La Tribuna. Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán
Núm. 9, 241 - 330
© 2012-2013. Casa-Museo Emilia Pardo Bazán

Nuevos textos recopilados de Pardo Bazán En *La Nación* de Madrid

Mar Novo Díaz
marimarnovo@gmail.com

(recibido setembro/2013, revisado novembro/2013)

RESUMEN: En el presente artículo se rescatan un total de dieciséis crónicas y dos entrevistas de Emilia Pardo Bazán publicadas en el diario madrileño *La Nación*. La primera colaboración aparece en 1916 y la última en 1918. Los temas en ella tratados son variados: pestes, epidemias, feminismo, teatro, el hábito de fumar, etc.

PALABRAS CLAVE: Pardo Bazán, crónicas no registradas, *La Nación*, textos recopilados, Madrid, feminismo y teatro.

ABSTRACT: In this current article there are recaptured a total of sixteen chronicles and two interviews from the Corunian writer published in the Madrid daily *La Nacion*. The first work appears in 1916 and the final one in 1918. The topics discussed in those are varied: plagues, epidemics, feminism, theatre, smoking habits, etc.

KEY WORDS: Pardo Bazan, unregistered accounts, *The Nation*, compilations, Madrid, feminism and theatre.

Afirmar a día de hoy que Emilia Pardo Bazán escribió asiduamente en todo tipo de periódicos no es ninguna exageración; a la vista está el número ingente y no cerrado de cabeceras que pueden presumir de haber sido la tribuna de la Condesa.

En sus trabajos periodísticos abarca un amplio abanico de temas, en este caso rescatamos lo que publicó en el diario germanófilo *La Nación* de Madrid entre 1916 y 1918.

Estamos ante una cronista nostálgica del pasado, defensora acérrima de lo español y crítica con el futuro y la sociedad. La crónica es la excusa perfecta para reflexionar sobre la sociedad y sus cambios, añora el pasado y se siente mayor para nuevos retos como afirma en "A la puerta de la sabiduría": "La etnografía y la prehistoria son dos lagos en que gustosa me sumergiría; pero ya no es tiempo, y he de conformarme con mi papel de espectador que, siquiera, siente la sugestión del espectáculo" (19/08/1917).

Es crítica con la sociedad que conforme avanza se degenera, el hombre es malo, hace todo el daño que puede y solo la realidad y la necesidad serán capaces de educarlo ("Injertos" 2/09/1917). Opina sobre teatro, feminismo, vegetarianismo, el tabaco y el hábito de fumar, la incultura que campa a sus anchas, el valor de lo propio e individual, temas de actualidad como peste y epidemias que asolan pueblos y ciudades. Publica dos entrevistas en las que opina sobre el teatro, literatura, condiciones que requiere el ser novelista, el cuento que debe ser breve, significativo, movido y sin nada que sobre.

Estamos pues ante una Pardo Bazán madura y desengañada de la realidad y la sociedad, que vierte en este diario sus opiniones más críticas sobre la realidad que vive. No solo publica en *La Nación*, también se sigue su trayectoria vital: conferencias, nacimiento de su nieto, su cumpleaños, asistencia a fiestas, etc.

Podemos afirmar que no es un periódico en el que se diseminan noticias y publicaciones de doña Emilia, sino que es su cabecera desde 1916 a 1918.

La Nación es el título de varios periódicos: *La Nación* de Buenos Aires, Argentina; *La Nación* de Lima, Perú; *La Nación* de Madrid, desaparecido en 1936; más reciente *La Nación* de Madrid, diario publicado únicamente en Internet, y *La Nación*. *Diario de la mañana*, de Madrid, publicado entre 1916 y 1918, que hoy nos ocupa.

La Nación de Madrid, como bien reza su subtítulo, es un diario de la mañana que nace durante la I Guerra Mundial. Su fundador es Alfonso María García Polavieja, perteneciente al Partido Conservador. Como subdirector figura Juan Pujol, periodista germanófilo miembro de la plantilla del diario *ABC*, donde ejercía como corresponsal de guerra desde 1914.

Su primer número sale el lunes 23 de octubre de 1916. Su precio era de 5 céntimos y constaba de 16 páginas con material fotográfico de actualidad, tanto internacional como española. Juan Pujol en este número escribe un artículo titulado "Cómo se ha hecho *La Nación*", donde describe la creación de este diario gráfico. Está al servicio del ejército alemán y publica muchas instantáneas que éste le brinda. Cuenta con secciones fijas:

–"La vida escénica", de la que se ocupan Julio Casares y Jesús Gabaldón.

–"Revista taurina", de Felipe Sassone.

–"Vida deportiva", de Juan Spottorno y Topete.

–"Por la neutralidad", firmado por Polavieja.

–"Nuestros colaboradores", sección en la que escriben Pardo Bazán, Julio Casares y Vicente Gay.

–"Vida aristocrática".

–"Aspectos de la guerra".

–"Un cuento cada día", donde escriben Juan José Llovet, Antonio Gullón, Mariano Alarcón, José Francés, Cansinos- Assens o Emilio Carrere.

–"Por ellas y para ellas por Claudine Regnier": sección dedicada a las mujeres, donde publica artículos como "La moda española", "El encanto de la mantilla", "A propósito de lutos… El dolor de las viudas".

Las dos últimas páginas se dedican a anuncios. Dispone también de corresponsales en provincias y servicios de telégrafo y radiotelegrafía. Doña Emilia publica por última vez el 3 de noviembre de 1918, a finales de ese mismo año cesa el periódico, concretamente el 31 de diciembre de 1918.

Pasamos ahora a la transcripción de las 16 crónicas y 2 entrevistas rescatadas de *La Nación*. He sido lo más fiel posible al texto original, corrigiendo erratas o errores ortográficos evidentes ("largos" / "lagos"), conservando la puntuación, expresiones o voces que no he localizado ("ú y dos levantino") y regularizando usos tipográficos.



LA NACION PÁGINA 5

EL TEATRO EN ESPAÑA

Habla la condesa de Pardo Bazán

NO HAY UNIDAD DE IDEALES. EL ROMANTICISMO Y LAS COMEDIAS MORALISTAS. LOS GRANDES ARTISTAS EN HUELGA. LA RISA EN EL TEATRO. EL ANARQUISMO DE IBSEN. NUESTRA «FEDRA». LOS GUSTOS DEL PUBLICO ELEGANTE. ¡SI YO FUESE MULTIMILLONARIA! HAY QUE EDUCAR AL PUBLICO. ¡TEATRO, NUNCA! BENAVENTE. GUIMERA, GALDOS. LA CRITICA Y EL PUBLICO. LA INDIFERENCIA DE LA MULTITUD. «SOR SIMONA». NUESTROS ACTORES. «EL CRIMEN DE TODOS». EL «TENORIO» EN MEJICO. LOS SOLDADOS ESCRIBEN. MAETERLINK Y MAX-NORDAU

La condesa de Pardo Bazán, con una bondad que nunca agradeceremos en su justo valor, al ser requerida para colaborar con nosotros una interviú, rapsoda, diligente y sencilla:

—Venga usted á las diez; tendré mucho gusto en conversar á lo que se ve gusto.

Precisamente que las opiniones de la insigne escritora sobre este nuestro tiempo merecían ser oídas. Cuando la cierra fuerza, de toda nuestra, encadenada de frases bonitas, rica en ideas, nuestra vejez sabe a su vasta soledad. Abrevaremos, pues, la palabrería en un cuerdo más, e iremos interesar, lo que interesa al público sea las juergas de la dama noble y docta, de la novecista un par.

Misteriosos querrán copiar largamente las palmeras de la cumbre conversa. No fue posible; que pendiente de su escritorio, tan egregiamente, tan bonita, vividas maneras, consiente de periodista, que hablara que cumplir su deber, para ser sólo agente de una provincia, sobre se cita de arte, de valor aun más imprecisable, para que pero el encanto de la superioridad.

* * *

—Me pide usted opinión sobre el teatro de ahora. Le soy debo opinar sobre un arte que en los momentos pero más carece de unidad ideal, y aun se puede decir hoy menos. No existe ahora ninguno de los días que sorprenden: hay, eso sí, algún anecdotismo inserto generando el artificio, pero nada más, obras divertidas; pero todo ello disgregado, sin fin, sin amor, sin con la tradición nacional ni con las grandes corrientes modernas, sin que pueda agruparse como remitido de orientaciones definidas ni claras. ¿No cree usted lo mismo?

—Exactamente igual, señora.

—En la, tiempos, en romanticismo, existía un ideal de la que hoy carecemos. Más tarde existió la unidad en aquella serie de cien cien que pudieran llamarse donados y nuevos, que servirán los autores del tiempo de Regalía. Ahora, ya lo está usted viendo: junto á un drama en verso, en el que se intentaba una tradición histórica, se estrena un drama social, una sátira burguesa, una obra análoga á las de los dramaturgos franceses de ahí hace, un sainete, un vaudeville. Todo, y á veces muy bello; nada como orientación fija y general.

—¿Cree usted que el ultimo actual de nuestro gran dramaturgo influye en esta desequilibrio y en esta desorientación?

—Algo influirá, pues poderosa hace muchos, bienvenido, el prodigioso Benavente, salla. Y no es el solo, porque unidos á él también Guimerá, Marquina, Galdós, Valle-Inclán y algunos otros.

—¿Otros usted que no escriben por primera?

—No puede hablarse de ellos al enumerar la tesitura de esos escritores. Ya usted el caso de Benavente. ¿Cómo acusar de pesimista á un artista tan Bernardo?

—Recuerdo...

—Entonces—un abajo, vivamente la tiesta condesa—los que hacen las sainetes por otros nombres. La hora es incierta y la mudanza. Parece que la literatura actual—á ver, pensado los trágicos momentos presentes, algo durante de lo que ya—fué lo dijo en mi conferencia de la Residencia de estudiantes. Quiso decir que la literatura presente tendería á ser brillante, para gusto y vida de la colectividad. No se sabría el arte por el arte: es el arte por el bien ó por la utilidad nacional. O hay que ser verdaderamente de primera, pública, ó hay que buscar la risa del público ó todo fracaso... que se lo que privé.

—Pero los grandes artistas—interrumpimos—no pueden dedicar su talento á hacer reír.

—Cierto, cierto. La risa es legítima; sólo que pocos tienen este. Tal vez por eso en ellos los artistas. Benavente, después de «La ciudad alegre y confiada», que es ya teatro de 1 qu. yo augures como consecuencia de la guerra, teatro enseñante, ha dicho ya lo que tenía que decir. Pasa usted, por ejemplo, en libros, angustia de pensamiento, si se viene obligado, por una causa nacional, á escribir obras de tendencia, moralizadoras, de utilidad colectiva. ¿No tendría que vivir usted en naturaleza de artista para servir fines diferentes? Alejandro Dumas, hijo, entre otros, escribió cosas que podrían decirse de tesis social. Su literatura era la que pedía un público goloso de todo. En los momentos de angustia que sufre ahora el mundo, los artistas tienen que sacrificarse ó callar.

—¿No piensa usted que sería provechoso para el arte sacudir con mayor frecuencia nuestras obras clásicas?

—Para la riqueza, sí. Ven usted: el teatro romántico antiguo no gusta al público distinguido. Yo recuerdo que María Guerrero y Fernando Mendoza hicieron una vez «Lealtad» no triunfaron, porque el drama, y no cayó bien la maravillosa obra de Lope. El mismo pretendió escribirá á la Empresa nueva en las que acostumbran de inmoral á la obra maestra.

—¿Como cree usted, entonces, que podríamos encontrar los gustos del público?

—Lo primero que habría que hacer es el público mismo. Ahora no hay público en esto respecto. A la gente, cuanto más elevada en lo social, menos le gustan las obras intensas y tristes, y más aplaude las de risa. ¿No es verdad?

—Una verdad muy triste...

—Si yo fuese multimillonaria, haría un teatro de arte para educar en él al público español. Pero hasta hallar que tener muchos millones ó encontrar un rincón del arte caótico que tuviese el noble capricho de sacrificar á pérdida, mucho, mayor ó menor relieve, durante ocho ó diez años. Y no es tan difícil! Los ricos, claro que hay excepción, no acostumbran á dinero en empresas costosas y de resultados dudosísimos.

—Pero el Estado ¿no podría hacer un teatro de arte?

—¡Claro que sí! Y pocas cosas deberían ser tan urgentes para el Estado como esa necesaria escuela de estético teatral, en la que al lado de un arte brillante tradicional, literario, se fuese haciendo lo nuevo, lo que no puede hacerse ahora, porque el teatro, en su parte industrial, y el público no acepta el pronto las novedades.

—Y usted, no escribirá más para el teatro?

—Oh, no!—replica rápida la doctísima intelectuona—. El teatro me ha dejado un desagrado recordado. No pretendía lo menos de mí, y por suerte, no sentía yo, esa estética necesidad, de la escena. Pero á mí me gusta lo dramático: amo un teatro realista, fuerte, con realismo, con energía, precisamente la que yo que no quiso emplear el público de nuestro tiempo.

—Entonces no es difícil, por esas preferencias, adivinar quiénes son sus autores favoritos.

—No es difícil, porque en mi voto una la pequeña. Sentiría, el Benavente de la noche del estudio, de «Los primos», Bebé, de aquellas comedias modernas, de ingenio, sátira, no parece ni más flexible y matizada de nuestro dramaturgo. Otro mucho del viejo dramático de Guimerá. Admiro de un modo profundo el caballeresco de Galdós, observador crítico de la vida española, y más existiendo aún de la sala madrileña, aunque también de la provincia y pueblo. D. Benito no ha sido jamás aplaudido, como merece, en el teatro. Aquella «Realidad», aquella «Alma y vida», y aun, en parte, esas obras flamencas, así como el poco Tallaví... Adecuá, Galdós, lo mencionado, dado «Doña Perfecta», una vela de la vida española que no puede ser explotada en la escena. Es pueden ser, el episodio nacional dramático. ¡Hay nada más pintoresco! ¡Parece novelita que pensando tan á la mano un filón de bellas escenas, nadie lo aprovecha para la escena? Cuando yo pensaba en teatro, quería hacer algo de «pretidos» en el cerro gallego, donde no se pretende á ella el amianto.

—¿Es indiscreto preguntar á usted qué opina de la crítica?

—La crítica? Pero si ahora todo el mundo es crítico de teatros. No hablo de los profesionales, solamente, que también son muchos más: hablo del público. Aun, llevada, Clarín, pocos, juzgaba, como más y menos acierto, mientras el público decía: «Es flojo» mucho», una diversión muchísimo, sino lo consiguió distraerme. Ahora es el público el que dicen en una obra muy poco bella, sin carácter ni unas consistencias, sin diálogo se adapta bien á las situaciones, y así, por el estilo.

—Y á qué achaca usted su repentina capacidad crítica del público?

—No es capacidad crítica; yo no creo que sí de ahora mismo, más con permiso y cuido que sí de antes. Es que hay como una indiferencia de concepto, crítico en el público, que puede ser como una corteza sobre la sensibilidad, que muchas veces ahoga la emoción. El público está cansado y es exigente (con lo cero). Ambos la agrada adoración por los poetas favoritos; no hay curiosidad por la literatura. Y no es que yo no exigiese pocas galanas, que hagan bella, á la, belleza, no, pero ¡sí! de observa que nadie aprende ahora versos de memoria! ¡No nota usted la indiferencia con que se acogen los nombres, y el trabajo que cuesta imponerse á la consideración pública! ¡Antes era un acontecimiento, que se celebraba en toda parte, cuando Pedro Antonio de Alarcón ó D. Juan Valera publicaban á la vuelta un libro nuevo, y cuando Zorrilla ó Campoamor entregaban á la voracidad de sus lectores un poema!... Todo eso ha acabado! Pocos quedamos de la generación pretérita, y ¡ahora contra la indiferencia y el indiferentismo del público los que luchan por la fama. Todo esto, para los artistas jóvenes, es desconsolador.

—Medio, señora. Pero es la verdad misma.

—¡Y cierta! Ya ve usted: no despierta interés ni lo que escriben los consagrados. ¡No conocía usted de «Sor Simona»? Ya un poco menos de quince conocen la nueva obra de Galdós.

—Y la pone usted entre buenas?

—¿Cómo la echa usted?

—Porque entonces, si pero, el habladillo Tallaví, quizá que ya tiene un nombre (escalando de ser, y me pida entusiasmado. Ya la vi á usted aquella noche, entusiasmado, la acción de la obra.

—Tan bien! Especialmente el primer acto! Pues, como usted recordará, aquella reunión un público de gente decorosa, las clases sociales más recogidas al vulgo, en la diosa oscura. De mi, nadie se podría hablar...

Aún tiene la novelista insigne aire animado, juicioso, vivaracho, el público, y me dice de su emoción, cuando hace una diablesa á un público popular enardecido, lo de entusiasmo, al estallar á Enrique Tarde los parlamentos de allí arrebato y el rey.

—Bueno, señor es Herrán—me dice—, y me gusta su tendencia á reformar el repertorio antiguo. Me gustaría ver allí malogrado Tellaví á hacer la modernos importante. Eso sí: siempre muy bueno en todo.

—Mejores actores que obras.

—Yo no diría tanto, no, por cierto; pero alguna vez, vuelto, pongo por caso á Catalina Barcena en «Adiós, ilusiones», y á Vilche, en «El conde Don Juan», el primero confesaré que, sin interpretaciones las perfectas, nuestras obras predestinadas y formas cómicas.

—¿Qué opina usted de los dramas de tesis, drama social que algunos autores, cabildean?

—¡Si refiere usted á Federico Oliver! Todos los elogio, no parecen menos, dando el punto de vista en que Oliver se coloca. «El enemigo de todos, afortunadísima comunicación de la tendencia de «Los guiñolescos, nuevos los pálidos», más, ahora. Es una orientación sana, porque se inspira en la verdad y en el bien.

—Y en la belleza!... Para completar la trinidad augusta, la belleza es necesaria...

—Claro que sí!... Y ya el que no es el «Prometeo», de Esquilo! Pero aunque no me obras de Federico Oliver no sea obra de arte intencionado, son cosa muy bien construido y vista y de un realismo sugestionar admirable. Oliver bien en día en drama que no pasa como muy artístico. La audiencia, y el público en la gusto, pues de que el lector y mundo lo que cuenta Zola que dijo Victoriano Sardou, con motivo del estreno de una obra maestra con su título: «Patria», y que tampoco fué del agrado de sus admiradores: «No sólo las pasan esa obra maestra». Cuando sea, Galdós, no hay público para el arte... ¡Real falta de sentimentalidad! ¡Qué gente bárbara!

—Y de todo pasa con indiferencia, cuando

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.



PAGINA 6 **LA NACION**

...e se recibe, dice el extranjero noticias ...el telégrafo como sepulta de la represión ...lanto de sido instituido por ...lleno prisioneros en un campamento alo...

...No sabía eso...

—LA NACION dió una nota grá...fica y ...de información muy interesante...

—¡Ah!, pues prometemos enviarle un ...ejemplar. Eso es curioso y bonito.

—Más bonito y curioso porque tuvimos ...a idea en celebrarlo.

—Bienvenido habéis experimentado una ...gran alegría.

—Ya lo creo! Estaba pendiente del ...arribo huésped á su obra, y á España.

—Sorpresa de ella que pocos veces se ...conoció tan fundamente como en México. Prueba á competencia del país en una lo...cura, interpretar «Don Juan Tenorio». Habría que verles con sus trajes típicos, ...sombrero cordobés, con su ca...pote de palma...!... Pero es demasiado ...grande de los primeros... ¡Pobre gente!

Yo le exhibiré ahora varias cartas, de sol...dados, desde la trinchera, según ellos, y ...tarjas francesas, que han traído allí obras ...pías, y las elogian, y piensan en tradu...cirlas cuanto coloniales... Contesté á esas cartas, con el pliego que usted fácilmente imaginará, y no he tenido respuesta á ninguna de mis contestaciones... ¡Dios sa...be si habrán muerto! ¡Qué será de tanto desventurado amigo desconocido!

Y la voz de la noble dama tiene ahora como una velladura de amarga emoción, al creerse la tragedia perversa que llena de sangre el mundo.

La he despedido, la condesa de Pardo Bazán nos había de Manricio Masterlink, hoy huésped de España...

—¡Qué artista tan admirable y tan nueva!... Diga lo que quiera Max Nordau, Masterlink es un prestigioso poeta. Y es que no se puede sentir el arte, si se patrulla obra con un lente científico, que es lo que hace Nordau. Con ese criterio Sarcey, Catedra, pero San Francisco de Asís tendría que ser un demente, como le reprocha los que le apostrofan, y Safo una histérica, ¡litigna de la Salpetrière!

* * *

Conservaremos siempre el recuerdo de la bondadosa de la sabiduría, de la discreción amable de la dama eminente, que nos hizo la merced de dirigirse sus horas con nosotros, que elogió esta publicación, y que consiguió, en fuerza de amabilidad, hacernos olvidar la distancia intelectual que media entre nuestra insignificancia y su grandeza.

JESUS J. GABALDON.

Sesiones del Parlamento

Senado

SESION DEL DIA 9 DE DICIEMBRE

Se abre la sesión á las cuatro menos cuarto.

Presidió el marqués de Alhucemas.

En el banco azul, el ministro de la Gobernación.

NECROLOGIA

El PRESIDENTE propone que conste en acta el sentimiento de la Cámara por el fallecimiento del señalado D. José Nakens.

El ministro de la GOBERNACION se adhiere á la propuesta en nombre del Gobierno.

Se acuerda que conste en acta el sentimiento del Senado.

RUEGOS Y PREGUNTAS

El señor JUNOY pide se proceda por todos los medios al habido carácter para el economato, debido á la dificultad de los transportes. En Barcelona consideran á carbón ya una falta, y pide se obligue á los Ferrocarriles Españoles, á que cumplan lo ganado vacuno á Barcelona, gran parte del cual se encuentra detenido en Lérida.

El ministro de la GOBERNACION dice que el ministro de Fomento se ocupa de la cuestión.

El vizconde de VAL DE ERRO se ocupa de la alarma que ha producido el propósito de la Junta de Subsistencias de fijar la tasa y sus derivados.

Pondera de los atropellos de que han sido objeto los ferroviarios patriotas, de Valladolid y de la parcialidad de las autoridades.

Pide ahora el Gobierno si está dispuesto á garantizar la libertad del trabajo.

El ministro de la GOBERNACION pide el ampare que merecen los casos para imponer inmediata corrección.

ORDEN DEL DIA

La Cámara se reune en sesión.

Reanudada la sesión, se pone á discusión el

PRESUPUESTO DE GOBERNACION

Se aprueba, sin debate, la totalidad del presupuesto extraordinario.

Continúa la discusión por capítulos y artículos.

El señor ABADAL defiende una enmienda pidiendo que pase al presupuesto ordinario aquellas partidas referentes á la construcción de Casas de Correos.

Para esto vicevocero, que comprenden á cabeceras de provincias, deben figurar las necesidades.

El señor GUILLON (D. R.) le contesta que la Comisión.

Insiguen hablando ambos.

El señor ALLENDESALAZAR se muestra conforme con la propuesta del señor Abadal.

Califica esto de una falta de sinceridad.

El señor GUILLON dice que no comprende la intolerancia con que se propone pasar al presupuesto ordinario esas partidas.

El ministro de la GOBERNACION alega que existía contradicción entre sus manifestaciones, y había de acuerdo de llevar al presupuesto extraordinario todos los gastos que tuvieran las obligaciones contraídas. Esos gastos responden todos á una mejora importantísima en el ramo de Correos, y que influye notablemente en la reconstrucción nacional.

Después de recitar brevemente los antecedentes del asunto, dice que no ha tenido la intención en el extraordinario de algunas partidas que deberían figurar en el ordinario.

El conde de ESTEBAN-COLLANTES pide que se pague á los vigilantes de Correos y Telégrafos las cantidades que se les adeudan en concepto de gratificaciones, y que asciende á 150.000 pesetas.

El ministro de la GOBERNACION dice que no tiene noticia de que se adeuda esas cantidades; pero procurará enterarse.

El señor ABADAL combate que figuren en este presupuesto las partidas para construcción de un cuartel de la Guardia civil en Madrid, la del hospital de epidemias y otra para el sanatorio antituberculoso de Malarrosa (Valencia).

El señor CASTRO, de la Comisión, le contesta.

Rectifica el señor ABADAL.

Se admite una enmienda del doctor ESPINA, según la cual, el hospital de epidemias se denomine de enfermedades infecciosas.

Después de desechar algunas enmiendas, se aprueba el presupuesto extraordinario, dictamen de Gobernación.

PRESUPUESTO ORDINARIO

Sin debate, se aprueba la totalidad y los siete primeros capítulos.

El señor ORMOBAIN dice que una enmienda al octavo, pidiendo se aumente la consignación señalada al Consejo Nacional de Protección á la Infancia.

Queda aprobado, después de breves palabras del señor RENOVICH.

El señor SEDO combate un artículo de este capítulo referente á la organización del Instituto de Reformas Sociales.

Expone la necesidad de dar cabida en el Instituto al elemento técnico, según vienen pretendiendo las representaciones patronales y obreras.

Pide la creación de un Museo social.

A este propósito habla del existente ya en Barcelona, cuya protección se debe olvidar el Gobierno.

Solicita, además del establecimiento de un Museo social central en Madrid, que se cree otro en Bilbao.

Se ocupa de las Bolsas de Trabajo, cuyo desarrollo se hace necesario en los momentos presentes. Para ello convendría establecer un organismo central.

Anticipa pide que se agilice á las Cooperativas, obreras, que ahora, con la carestía de las subsistencias, atraviesan una gran crisis.

El señor PULIDO le contesta, reconociendo la importancia de los puntos tratados por el Sr. Sedó; pero debe hacer en cuenta que no es ésta ocasión la más indicada para acometer esa labor, puesto que para ello se necesitarán suficientes recursos.

El señor SEDO replica, insistiendo en que debe darse en el Instituto de Reformas, mayor cabida á la representación patronal.

Se suspende esta discusión, y se levanta la sesión, á las ocho menos cuarto.

Congreso

SESION DEL DIA 9 DE DICIEMBRE

Se abre á las tres y veinte, presidiendo el Sr. Villanueva.

En el banco azul, el señor ministro de Fomento.

El señor ROMEO pide se lea el artículo 100 del reglamento, haciendo constar que con ello se propone solamente protestar de la falta de puntualidad de los diputados.

RUEGOS Y PREGUNTAS

El señor ZUMARRAGA se queja de la falta de personal en la estación de Rueda.

El ministro de FOMENTO le promete estudiar este asunto.

El señor VENTOSA pide á la presidencia ampare á los diputados en su derecho á reclamar documentos en los Centros oficiales, y dice que los referentes á adquisición de material de guerra no le solicitado, infructuosamente, varias veces.

El ministro de FOMENTO niega que haya discrepancia en la conducta del ministro de la Guerra, manifestando que el retraso en el envío habrá obedecido á estar ordenando los documentos.

El PRESIDENTE dice que hay casos en que el ministerio puede negarse á enviar documentos.

El señor VENTOSA protesta de que no se le hayan dado que razones de interés público pueden haber impedido al ministro de la Guerra acceder á la petición.

El señor AURA BORONAT, como presidente de la Comisión de examen de contratos, declara que están en estudio los de 1906 á la fecha, y que se dará de ellas cuenta á la Cámara.

El señor TORRES protesta de que se hayan retirado las concesiones acordadas á ciudades españolas en Orotas.

El señor GASSET promete estudiar la cuestión.

El señor SANTA CRUZ pregunta cuándo va á ser llevado el proyecto de ferrocarriles secundarios.

El ministro de FOMENTO: Se cumplirá lo que anunció el presidente del Consejo.

El señor NOUGUES: No hay más que promesas incumplidas. Estamos hartos de ellas.

El señor DOMINGO se queja de que tampoco hoy esté en la Cámara el conde de Romanones.

El PRESIDENTE: El presidente del Consejo vendrá pronto al Congreso.

El señor DOMINGO llama nuevamente la atención del Gobierno hacia el problema de los transportes, y el ministro de FOMENTO dice que el Gobierno ha tomado otras medidas respecto á ese asunto.

El señor DOMINGO agrega que las Compañías de Ferrocarriles han vendido muchos vagones.

Después pide que se entere el Gobierno de las dificultades y pico de justos celebrados para combatir el cólera, de las tierras que cultivan en la provincia de Tarragona.

Añade que, según parece, el juez no sea de los interesados en el asunto.

El ministro de GRACIA Y JUSTICIA promete proceder en justicia.

El señor MORENO pide que, como primo, se rebaje algo de condena á los que llevan trabajando varios años en la penitenciaría del Dueso.

El ministro de GRACIA Y JUSTICIA ofrece interesarse en ello.

El señor GOMEZ CHAIX pide diferentes datos á varios ministerios.

El señor MATOS se ocupa de la difícil situación por que atraviesan las islas Canarias.

El ministro de FOMENTO manifiesta que viene realizando gestiones para mejorar la situación en Canarias, y que pedirá al Senado la rebaja de los suplementos de las islas, á fin de darle cuenta de esas gestiones.

El señor BARCIA trata de la actuación de España en Puerto Rico y de la campaña que hace el Sr. De Diego para que se siga allí hablando el castellano.

El ministro de INSTRUCCION PUBLICA dice que, cuando en cuenta que ha llegado á la Cámara el jefe del Gobierno y hay impaciencia por que quede ultimada la cuestión referente al orden de los debates, aplaza contestar extensamente al Sr. Barcia.

El señor AYUSO comienza á hablar cuando entra en el salón el conde de Romanones, y los rumores impiden se le oiga.

PROPOSICION INCIDENTAL

Lee la siguiente proposición incidental:

«Los diputados que suscriben proponen al Congreso se sirva declarar que considera urgente la discusión y aprobación del proyecto de ley de ferrocarriles secundarios y económicos, aunque para ello hubieran de habilitarse horas extraordinarias de sesión.—Nougués, Dr. Amado, Alberi, Gómez de los Ríos, Martínez (D. Galicio), García y Lamasagra.»

El señor NOUGUES la defiende, encareciendo la importancia de los ferrocarriles secundarios y lo conveniente que sería se habilitasen horas extraordinarias para discutirlos, y la sesión entera de mañana.

El señor LA CIERVA expone que él llegará á límites extremos de resistencia si se mantienen denominados puntos del proyecto, pero que éste debe ser discutido en seguida, por su gran importancia.

Añade que un proyecto que tiene por finalidad principal transformar las arterias, comerciales, hasta de los ferrocarriles terminados, dándoles el derecho á ejutar hasta el 65 por 100 del capital en obligaciones con la garantía del Estado, es con gravísima.

Hay no obligan á consumir una por una esas concesiones.

Pide gravemente sobre la economía nacional el error ferroviario de nuestros antepasados, y no quiere que lo repita.

Tal como está el proyecto, beneficia á intereses privados.

Yo votaré por que se construyan ferrocarriles secundarios, por cuanto del Ya tarde pero es oportuno, no.

El ministro de FOMENTO dice que el proyecto no defiende intereses particulares, y que él lo considera beneficioso para el Estado.

El señor LA CIERVA rectifica, y insiste en que, lo mismo este proyecto que el de faltas de tranvías, han de discutirse detenidamente.

El señor NOUGUES: De las palabras del Sr. De Cierva se deduce que no se opone á la discusión.

Entiende también que el proyecto puede discutirse con todo detenimiento.

El presidente del CONSEJO dice que el jueves se le acercarán representantes de todos los lados de la Cámara, pidiéndole se designara este día para el proyecto de ferrocarriles secundarios; pero después de lo dicho por el Sr. La Cierva, creo no puede porque á ambos ministros no se tengan todos los datos coleccionados.

El señor LLORENTE: ¿Que discutirían mañana?

El señor conde de ROMANONES: Pues aquéllos.

El señor LLORENTE: Se contino en que un día presupuestos y otro proyecto especiales. Eso no es formal.

El señor conde de ROMANONES: No discutiéndose ese proyecto, no se puede interrumpir el debate de presupuestos.

El señor VENTOSA: Eso no fué lo tratado. El Gobierno debe fijar su posición y su criterio respecto al orden de los días.

El presidente del CONSEJO contesta que se seguirá discutiendo el presupuesto en igual forma que ahora, y que si no marcha mucho el tiempo, ya verán el modo de que se cumplieri el propósito constitucional, relativo á los presupuestos.

El señor VENTOSA: Si entiende que eso quiere decir que, llegado el momento á que se refiere el conde de Romanones, se procederá á discutir el proyecto ordinario, y pregunta si ese criterio es unánime en el Gabinete.

El presidente del CONSEJO: Me he expresado con toda claridad. (Grandes risas.)

Cada cual tiene su hora. Yo ya he dicho cuál es mi criterio, y no he de decir nada sino que seguiremos discutiendo en igual forma. Respecto al presupuesto de ingresos, cuando llegue el momento discutiremos.

El señor VENTOSA: Ahora es cuando el Gobierno debe fijar su criterio, porque la discusión de la proposición de presupuesto extraordinario, y los proyectos de ferrocarriles extraordinarios y de algunos antes del 31 de Diciembre.

El presidente del CONSEJO: No hablando cuestión de Gobierno. Procedo en cada momento según las circunstancias.

El señor VENTOSA recuerda que el Sr. Alba declaró el 27 de Octubre que el Gobierno traía su vida ministerial á la aprobación del presupuesto extraordinario, y también se refirió á las declaraciones del Sr. Alba el 4 de Diciembre.

El presidente del CONSEJO contesta que mantiene su criterio, para el Gobierno considera indispensable la aprobación de la obra que ha presentado al Parlamento, sin que eso quiera decir que ha de aprobarse antes del 31.

El señor VENTOSA: Aunque no quiera que la parezca, el jefe del Gobierno está en desacuerdo con el Sr. Alba.

El ministro de INSTRUCCION PUBLICA: No ha dicho eso. Lo que hace falta es, que esa cuestión quede clara.

El presidente del CONSEJO: A lo que supone el Sr. Ventosa no he de contestar.

Digo sólo que el Gobierno, mientras esté con dignidad, estará aquí.

El señor CAMBO: El Gobierno quiere

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

EL TEATRO EN ESPAÑA

Habla la condesa de Pardo Bazán

NO HAY UNIDAD DE IDEALES. EL ROMANTICISMO Y LAS COMEDIAS MORALISTAS. LOS GRANDES ARTISTAS EN HUELGA. LA RISA EN EL TEATRO. EL ANARQUISMO DE IBEN. NUESTRA "FEDRA". LOS GUSTOS DEL PÚBLICO ELEGANTE. ¡SI YO FUESE MULTIMILLONARIA! HAY QUE EDUCAR AL PÚBLICO. ¡TEATRO, NUNCA! BENAVENTE, GUIMERA, GALDÓS. LA CRÍTICA Y EL PÚBLICO. LA INDIFERENCIA DE LA MULTITUD. "SOR SIMONA". NUESTROS ACTORES. "EL CRIMEN DE TODOS". EL "TENORIO" EN MÉXICO. LOS SOLDADOS ESCRIBEN. MAETERLINK Y MAX-NORDAU

La condesa de Pardo Bazán, con una bondad que nunca pagaremos en su justo valor, al ser requerida para celebrar con nosotros una interviú, respondió, diligente y amable:

–Venga usted a las diez; tendré mucho gusto en contestar a lo que me pregunte.

Presumíamos que las opiniones de la eminente escritora acerca de nuestro teatro tendrían interés. Oyendo la charla fluida, de tono sencillo, constelada de frases bellísimas, rica en ideas, nuestras esperanzas se vieron colmadas. Ahorraremos, pues, la palabrería de un exordio más o menos literario. Lo que interesa al público son los juicios de la dama noble y docta, de la novelista sin par.

Hubiéramos querido copiar íntegramente las palabras de la eximia condesa. No fue posible; que pendiente de su "causerie", tan espiritual, tan honda, olvidamos nuestra condición de periodistas que tenían que cumplir un deber, para ser solo oyentes de una provechosa conferencia de arte de valor aún más inapreciable, pues que tuvo el encanto de la espontaneidad.

*

* *

–Me pide usted opinión sobre el teatro de ahora. Es muy difícil opinar sobre un arte que en los momentos presentes carece de unidad ideal, y aun de predominantes tendencias. No existe teatro definible en los días que corremos: hay, eso sí, algún emocionante invento dramático o artístico, bellas comedias, obras divertidas; pero todo ello disgregado, suelto, sin nexo, ni con la tradición escénica nacional, ni con las grandes corrientes modernas, sin que pueda agruparse como resultado de orientaciones estéticas colectivas. ¿No cree usted lo mismo?

–Exactamente igual, señora.

–En los tiempos del romanticismo, existía una unidad de la que hoy carecemos. Más tarde persistió la unidad de aquella serie de comedias que pudieran llamarse docentes y morales, que escribían los auditores del tiempo de Eguilaz. Ahora, ya

lo estamos viendo: junto a un drama en verso, en el que se teatraliza una tradición histórica, se estrena un drama social, una comedia burguesa, una obra análoga a las de los dramaturgos franceses o italianos, un sainete, un "vaudeville". Todo, y a veces muy bello; nada como orientación fija y general.

–¿Cree usted que el silencio actual de nuestros grandes dramaturgos influye en este desequilibrio y en esta disociación?

–Algo influirá, pues pudieran hacer escuela. Benavente, el prodigioso Benavente, calla. Y no es él solo, porque mudos están también Guimerá, Marquina, Galdós, Valle Inclán y algunos otros.

–¿Cree usted que no escriben por pereza?

–No puede hablarse de pereza al comentar la actitud de esos escritores. Vea usted el caso de Benavente. ¿Cómo acusar de perezoso a un artista tan fecundo?

–Entonces –nos ataja vivamente la ilustre condesa –hay que buscar las causas por otros caminos. La hora es incierta y de zozobra. Parece que la literatura tiende a ser, pasados los trágicos momentos presentes, algo distinto de lo que era. Así lo dije en mi conferencia de la Residencia de estudiantes. Quise decir que la literatura presente tenderá a ser beneficiosa para la vida de la colectividad. No es ahora el arte por el arte: es el arte por el bien o por la utilidad nacional. O hay que ser sembradores de gérmenes prácticos, o hay que buscar la risa del público a todo trance… que es lo que priva.

–Pero los grandes artistas –aventuramos –no pueden dedicar su talento a hacer reír.

–Cierto, cierto. La risa es legítima; solo que necesitamos más. Tal vez por eso callen los artistas. Benavente, después de *La ciudad alegre y confiada*, que es teatro del que yo auguro como consecuencia de la guerra, teatro enseñante, ha dicho ya lo que tenía que decir. Piense usted, por ejemplo, en Ibsen, anarquista de pensamiento, si se viese obligado, por una causa nacional, a escribir obras de tendencias moralizadoras, de utilidad colectiva. ¿No tendría que violentar su naturaleza de artista para servir fines diferentes? Alejandro Dumas, hijo, entre otros, escribió cosas que pudieran decirse de tesis social. Su literatura era la que pedía un público goloso de tesis. En los momentos de angustia que sufre ahora el mundo, los artistas tienen que sacrificarse o callar.

–¿No piensa usted que sería provechoso para el teatro resucitar con mayor frecuencia nuestras obras clásicas?

–Para la taquilla, no. Vea usted: el teatro romántico antiguo no gusta al público distinguido. Yo recuerdo que María Guerrero y Fernando Mendoza hicieron una vez *Castigo sin venganza*, nuestra *Fedra*, y no cayó bien la maravillosa obra de Lope. El abono protestó escribiendo a la Empresa cartas en las que acusaban de inmoral a la obra maestra.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN.

– ¿Cómo cree usted, entonces, que pudieran encauzarse los gustos del público?

–Lo primero que habría de hacer es el público mismo. Ahora no hay público en este respecto. A la gente, cuanto más elevada en lo social, menos le gustan las obras intensas y tristes, y más anhela las de la risa. ¿No es verdad?

–Una verdad muy triste…

–Si yo fuese multimillonaria, haría un teatro de arte para educar en él al público español. Pero haría falta eso: tener muchos millones o encontrar un devoto del arte escénico que tuviese el noble capricho de decidirse a perder mucho, muchísimo dinero, durante ocho o diez años ¡Y eso es tan difícil! Los ricos, claro que hay excepciones, no aventuran su dinero en empresas costosas y de resultados dudosísimos.

–Pero el Estado sí podría hacer ese teatro de arte.

–¡Claro que sí! Y pocas cosas debieran ser tan sagradas para el Estado como esta necesaria escuela de estética teatral, en la que al lado de nuestra brillante tradición literaria se haría todo lo nuevo, lo que no puede hacerse ahora, porque el teatro es un negocio industrial, y el público no acepta al pronto las novedades.

–¿Y usted, no escribiría más para el teatro?

–¡Oh, no! –replica rápida la doctísima interlocutora–. El teatro me ha dejado un desapacible recuerdo. No necesita la escena de mí, y por suerte, no necesito yo, con estricta necesidad, de la escena. Pero a mí me gusta lo dramático: amo un teatro realista, fuerte, con médula, con sangre, precisamente lo que veo que no quiere aceptar el público de nuestro tiempo.

–Entonces no es difícil, por sus preferencias, deducir quiénes son sus autores favoritos.

–No es difícil, porque en eso voto con la mayoría. Benavente, el Benavente de *La noche del sábado*, *La princesa Bebé*, de aquellas comedias mordaces, de elegante sátira, me parece el más flexible y matizado de nuestros dramaturgos. Gusto mucho del vigor dramático de Guimerá. Admiro de un modo profundo el españolismo de Galdós, observador certero de la vida española, y más exactamente de la vida madrileña, aunque también de la provincia y pueblo. D. Benito no ha sido juzgado todavía, como merece, en el teatro. ¡Aquella *Realidad*, aquella *Alma y vida*, y aun, en parte, esta *Sor Simona*, que estrenó el pobre Tallaví!.. Además, Galdós ha encontrado, desde *Doña Perfecta*, una veta de la vida española que apenas se ha explotado en la escena: la guerra civil, el episodio nacional dramático. ¿Hay nada más pintoresco? ¡Parece mentira que teniendo tan a mano un filón de belleza como ése, nadie lo aproveche para la escena! Cuando yo pensaba en teatro, quería hacer algo de "partidas" en el suelo gallego, donde no se prestaba a ellas el ambiente.

–¿Es indiscreto preguntar a usted qué opina de la crítica?

–¡La crítica! Pero si ahora todo el mundo es crítico de teatros. No hablo de los profesionales solamente, que también son muchos más: hablo del público. Antes, Revilla, Clarín, pocos, juzgaban con mayor o menor acierto, mientras el público decía: "he llorado mucho", "me divertí muchísimo", "no he conseguido distraerme". Ahora es el público el que dice: "es una obra mal concebida", "los caracteres no tienen consistencia", "el diálogo se adapta bien a las actuaciones", y así, por el estilo…

–¿Y a qué achaca usted esa repentina capacidad crítica del público?

–No es capacidad crítica; yo no creo que el de ahora sea más comprensivo y culto que el de antes. Es que hay como una infiltración de conceptos críticos en el público, que pueden ser como una coraza sobre la sensibilidad, que muchas veces ahoga la emoción. El público está cansado y es exigente (con lo serio). Acabó la antigua adoración por los poetas favoritos; no hay curiosidad por la literatura. Y no es que ya no existan poetas galanos, que escriben bellas ideas, bellamente, no; pero ¿usted no observa que nadie aprende ahora versos de memoria? ¿No nota usted la indiferencia con que se acogen los nombres nuevos, y el trabajo que cuesta imponerse a la consideración pública? ¡Antes era un acontecimiento, que se comentaba en todas partes, cuando Pedro Antonio de Alarcón o D. Juan Valera ponían a la venta un libro nuevo, y cuando Zorrilla o Campoamor entregaban a la voracidad de sus idólatras un poema!.. ¡Todo eso se ha acabado! Pocos quedamos de la generación penúltima, y pelean contra la desconfianza y el indiferentismo del público los que luchan por la fama. Todo esto, para los artistas jóvenes, es desconsolador…

–Mucho, señora. Pero es la verdad misma.

–¡Y tanto! Ya ve usted: no despierta interés ni lo que escriben los consagrados. ¿Se acuerda usted de "Sor Simona"? Yo no podía menos de querer conocer la nueva obra de Galdós…

–Y la presenció usted entre bastidores…

–¿Cómo lo sabe usted?

–Porque entonces, el pobre, el inolvidable Tallaví, quiso que yo ensayase mis facultades de actor, y me tenía contratado. Yo la vi a usted aquella noche, siguiendo, emocionada, la acción de la obra.

–¡Tan bella! ¡Especialmente el primer acto! Pues, como usted recordará, apenas reunió un público de gente desconocida, las clases sociales más escogidas no volvieron la cabeza. Algo pudo andar en ello la política… en el teatro, la política es el enemigo, es la dama duende. De eso, mucho se podría hablar…

Aún tiene la novelista insigne muy atinados juicios, referentes al público, y nos dice de su emoción, cuando hace unos días vio a un público popular enardecido, loco de entusiasmo, al escuchar a Enrique Borrás los parlamentos de *El zapatero y el rey*.

–Buen actor es Borrás –nos dice–, y me gusta su tendencia a refrescar el repertorio antiguo, como me gustaba la del malogrado Tallaví a hacer lo moderno importante. Eso sí: tenemos muy buenos actores…

–Mejores actores que obras.

–Yo no diría tanto, no, por cierto; pero algunas voces, viendo, pongo por caso a Catalina Bárcena en *Adiós, Juventud* y a Vilches en *El eterno Don Juan*, es preciso confesar que, sin interpretaciones tan perfectas, muchas obras perderían realce y fuerza cómica.

–¿Qué opina usted de los dramas de tendencia social que algunos autores cultivan?

–¿Se refiere usted a Federico Oliver? Todos los elogios me parecen escasos, desde el punto de vista de que Oliver se coloca *El crimen de todos*, afortunadísima continuación de la tendencia de *Los semidioses*, merece los plácemes más efusivos. Es una orientación sana, porque se inspira en la verdad y en el bien…

–¿Y en la belleza?.. Para completar la trinidad augusta la belleza es necesaria.

–¡Claro que sí!.. ¡Y ya sé que no es el *Prometeo*, de Esquilo! Pero aunque estas obras de Federico Oliver no sean obras de arte intencionales, son cosa muy bien construida y vista y de un realismo popular admirable. Oliver hizo un día un drama que yo juzgo como muy artístico: *La esclava*, y al público no le gustó. Puede que él haya pensado lo que cuenta Zola que dijo Victoriano Sardou, con motivo del estreno de una obra maestra que se titulaba *Patrie*, y que tampoco fue de agrado del sus admiradores. "No nunca más obras maestras". Créalo usted, Gabaldón, no hay público para el arte puro… ¡Hace falta ese multimillonario de que antes hablaba!

–Y da más pena esa indiferencia cuando se reciben desde el extranjero noticias de tal belleza como aquélla de la representación de *Los intereses creados* por ingleses prisioneros en un campamento alemán.

–No sabía eso…

–LA NACIÓN dio una nota gráfica y una información muy interesante…

–¡Ah!, pues prométame enviarme un número… Es curioso y bonito.

–Más bonito y curioso porque lucieron la obra en castellano.

–Benavente habrá experimentado una gran alegría.

–¡Ya lo creo! Estaba contentísimo del extraño homenaje a su obra y a España.

–Zorrilla decía que pocas veces se emocionó tan hondamente como en México, viendo a campesinos del país en una toldería, interpretar *Don Juan Tenorio*. ¡Habría que verles con sus trajes típicos, y aquellos sombreros enormes, con su cúpula de palma!.. Pero es conmovedor ese rasgo de los prisioneros… ¡Pobre gente!.. Yo he recibido ahora varias cartas de soldados, desde la trinchera, algún alemán y varios franceses, que han leído allí obras mías, y las elogian, y piensan en traducirlas entre cañonazos… Contesté a esas cartas, con el placer que usted fácilmente imaginará,

y no he tenido respuesta a ninguna de mis contestaciones… ¡Dios sabe si habrán muerto! ¿Qué será de tanto desventurado amigo desconocido?

Y la voz de la noble dama tiene ahora como una veladura de amarga emoción, al evocar la tragedia pavorosa que llena de sangre el mundo.

Ya en despedida, la condesa de Pardo Bazán nos habla de Mauricio Maeterlink, hoy huésped de España…

–¡Qué artista tan admirable y tan nuevo!.. Diga lo que quiera Max Nordau, Maeterlink es un prodigio de poeta. Y es que no se puede sentir el arte, si se miran las obras con un lente científico, que es lo que hace Nordau. Con ese criterio agrio, estrecho, seco, San Francisco de Asís tendría que ser un demente, como le creyeron los que le apedreaban, y Safo una histérica, ¡digna de la Salpetriére!

*

* *

Conservaremos siempre el recuerdo de las bondades, de la sabiduría, de la discreción amable de la dama eminente, que nos hizo la merced de dialogar una hora con nosotros, que elogió esta publicación, y que consiguió, en fuerza de amabilidad, hacernos olvidar la distancia intelectual que media entre nuestra insignificancia y su grandeza.

JESÚS J. GABALDÓN.

La Nación. Diario de la mañana. Madrid. Núm.491. Domingo 10 de diciembre de 1916. Pp. 5-6.

MADRID.—Año II.—Núm. 167. 5 céntimos. Lunes 9 de Abril de 1917

LA NACION

Director-Fundador EL MARQUÉS DE POLAVIEJA DIARIO DE LA MAÑANA Sub-Director JUAN PUJOL

Redacción y Administración: Alcalá, 49, primero.

Gerente: FÉLIX AGUILERA TELEFONO 3.557 APARTADO 73

Un mes, 1,50 pesetas. Provincias: trimestre, 5 pesetas. Extranjero: seis meses, 28 pesetas.

AMERICA Y EUROPA

En fila con los cipayos

Los telegramas de ayer nos informan de que la República de Cuba ha declarado la guerra á Alemania. Como no sabemos qué ofensas directas habrá recibido del Imperio alemán la nación cubana, sospechamos que esta participación en el conflicto se debe también, á motivos alcaeistas, análogos á los que han inspirado, según asegura el mismo, á Mr. Wilson. Tal vez la influencia financiera de los Estados Unidos en Cuba no sea ajena á esta declaración.

Y de todos modos, ya tenemos un nuevo combatiente puesto en las filas de la Triple, y dispuesto á aniquilar á los Imperios centro-europeos, con el poder de sus ejércitos y de sus fuerzas navales. Al mismo tiempo se habla de una supuesta indignación en Chile y en el Brasil, que acaso pronto se concrete en nuevas declaraciones de guerra contra Alemania y Austria-Hungría.

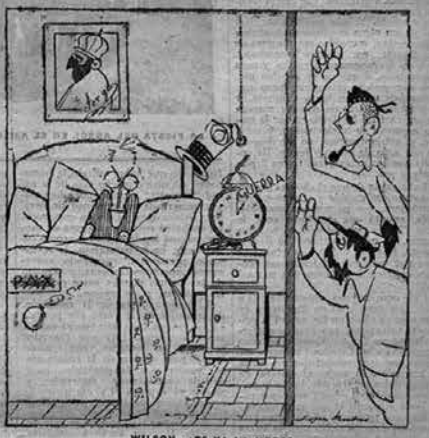
Toda esa agitación, que la Agencia Reuter se encarga de divulgar por el mundo, se fragua en los centros financieros de Norte-América. Los Gobiernos sudamericanos van á ir cediendo quizá á una presión económica que sobre ellos se ejerce desde Nueva York, y mediante la cual el imperialismo yanqui ha ido extendiendo sus tentáculos sobre el Nuevo Continente. Y esta sumisión á los dictados de la Casa Blanca, por parte de la América española, es para nosotros motivo de tristeza, porque demuestra hasta qué punto esas naciones que hablan nuestra lengua y fueron animadas por el espíritu de España, han perdido su libertad de acción política, dominadas por la gran República comercial que es, naturalmente, su enemiga.

Lo que aquí se ha hecho imposible, por que, ¡somos cansado y desalentado, todavía el pueblo español ha tenido la cohesión suficiente para imponer su voluntad contra los manejos de los traidores que han querido llevarnos á la guerra, se ha podido intentar con éxito en aquellos pueblos jóvenes, en la mayor parte de los que el poder público se detenta y sostiene precisamente merced á la protección y al apoyo de los yanquis. Y así, países alejados de la lucha, totalmente ajenos á ella, y que de ella no van á obtener robustecimiento material ni moral alguno, se lanzan á esta aventura, para desempeñar un papel trági-cómico, que por cariño de parentesco y de simpatía nos asombra y nos duele.

Pero el lector avisado comprenderá que el resultado de la lucha no se alterará por la adición de estos factores á la suma de los enemigos de Alemania y Austria-Hungría. Prácticamente hace ya muchos meses, desde que la guerra empezó, que todo el continente americano, ó dicho mejor, todo el mundo, guerrea contra los dos Imperios. Los productos naturales é industriales del mundo entero, están siendo utilizados por Inglaterra y sus cómplices, que los pagan en papel, es decir, que no los pagan. La enorme importación que para proseguir la guerra han tenido que hacer los aliados, procede de todos los países de la tierra. Esta importación se hace cada día más difícil. Y como las ventajas que Inglaterra obtenía de la neutralidad de esas naciones desaparece, procura que se alisten entre los beligerantes, para explotarlas de otro modo.

Ahora, las Repúblicas americanas que siguen el ejemplo de Cuba, van á movilizar Ejércitos, á pagarlos, á armarlos, para enviarlos á Europa? Sería quimérico. Más, si se llegaba á formarlos debidamente y á darles la adecuada instrucción, ¿dónde estarían las flotas mercantes necesarias para transportarlos á Europa? En ninguna parte. Si las hubiera, se emplearían en llevar patatas á Inglaterra. Patatas que se hacen mucha más falta que soldados transatlánticos. Y puesto que de enviar soldados no puede tratarse, ni de organizarse industrialmente tampoco—ya que esto, de ser posible, no requeriría una declaración de guerra, y podría hacerse dentro de la neutralidad—de lo que se trata indudablemente es de algo más modesto: esto es, de despojar á los alemanes de sus buques internados en aquellos puertos, y más adelante de sus bienes particulares. Operación de bandolaje á que también se nos ha querido adherir, aunque sin éxito, hasta ahora en buen hora.

Se hace, pues, entrar á esas Repúblicas en la guerra. Su cambio de actitud, respecto de toda grupo de beligerantes, tendrá un alcance meramente jurídico. No podrán enviar ni un grano de café, ni una piña, ni una banana á Londres, más que han podido enviarlas hasta la fecha. Lo que lograrán será facilitar la tarea destructora de los submarinos y hacer más difíciles las comunicaciones entre los dos continentes. Tal vez, capturando esas naves, vengan á Europa grupos de hombres valerosos, á los que se habrá inflamado con arengas y discursos, porque la mala retórica es la especialidad en aquellos países, hijos del nuestro. Y eso es lo que más nos entristece. La posibilidad de que gentes que sabrían ser heroicas en otro trance, vengan á hacer la guerra en un bando en el que no puede haberla, aunque logre un triunfo final, más improbable cada día. Porque serían tantos á repartirse, que de la ínfima parte que le correspondería, ninguno podría enorgullecerse.



WILSON.—¿ES YA LA HORA?
DIBUJO DE LOPEZ RUBIO

En favor de Lituania

Ha sido recibido por el nuncio de Su Santidad, monseñor Ragonesi, el ranciano lituano monseñor Olonvski.

Monseñor Ragonesi se mostró en un todo conforme con la idea de realizar en todas las iglesias de España una colecta pro-Lituania, el día 20 del próximo Mayo. Manifestó que se hallaba identificado en absoluto con la sublimidad iniciativa de hacer que el generoso pueblo español acudiese en auxilio del desgraciado pueblo lituano, uno de los que más han sufrido en la actual guerra. El nuncio escribirá la suscripción con un donativo particular y entre él y sus visitantes quedó acordado que los donativos que se recauden en las iglesias españolas sean enviados á la Nunciatura de esta corte, que á su vez cuidará de remitirlos á la Haya. Bajo, por otro conducto llegarán á poder del Comité de Socorro de Lituania.

NUESTROS COLABORADORES

INDICIOS

Aun cuando no existiesen otros síntomas de que la causa de la mujer encuentra, hasta en España, cierto ambiente favorable, bastaría para probarlo el que los diarios judan á los escritores que traten la cuestión del feminismo de lo que ya irremediablemente se llama así. Cuando lo solicitan, es que entienden que ha de interesar al público: si no, el tema sería arrumbado, y dormiría en el olvido. Difícilmente se encontrará persona menos optimista, menos soñadora que yo en lo que á la suerte de la mujer se refiere, sobre todo aquí. Es profundo mi convencimiento de que la mujer, en mi Patria, no sufre la menor inquietud de mejoramiento (hablo en general) y no es menos arraigada mi convicción de que semejante atonía depende de fenómenos similares, á los cuales se deben achacar la flaqueza y atraso del país; porque donde hay actividades, las hay para todo.

Este hecho social, el escaso interés que despierta en la mujer su propio destino, sin modificar mi criterio, sin ha sugerido una prudente reserva en lo que atañe á propagandas y predicaciones. Todo labrador ha de sembrar; pero ninguno será tan sandio que siembre en tierra no removida por la arada ó el arado, no beneficiada con algún abono. Cosecha segura se miente de flores ó de hortalizas en los invernaderos de mi casa de campo, no he omitido la preparación de labor cuidadosa, y el terreno está cavitado y hasta cernido.

Para el caso de los feminismos que ya en Europa bonancan, la tierra ibérica está agrietada de sequedad y dura é infértil.

Cuando tenía más ilusiones, fundé la Biblioteca de la Mujer. En ella, al cabida á obras tan capitales como «La Esclavitud Femenina», de Stuart Mill, y «La Mujer ante el Socialismo», de Augusto Bebel. Ediciones, no me quejo: estas obras se agotaron, y tendré que reimprimirlas. Lo que dudo es que las hayan leído muchas mujeres. Tal vez en el elemento obrero habría encontrado lectoras: no lo sé. Lo positivo es que no respondieron sus efectos á mis propósitos. Y, al cabo de bastante tiempo, única desahuciada pero un tanto desengañada, di en publicar, en «La Biblioteca de la Mujer», libros de cocina... Uno, el último, el segundo, va ahora á los escaparates de los libreros. Y si Dios no lo remedia, incluiré también en esa Biblioteca, que nació social é histórica, libros de recetas de tocados y economía doméstica.

No desdeño ni la cocina, ni el tocador, al contrario. A la cocina le reconozco insalvable importancia. Sobre la de Cataluña, que hasta el arte, la elocuencia, todo lo hollo, se hace, tanto como con el cerebro, con el es-

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.



PÁGINA 2 — LA NACION

tómago. Si el estómago decae, el cerebro pierde sus bríos. ¡Y la cocina es á veces la clave de tantos misterios!

En mi feminismo, (conviene que lo advierta), lejos de dominar un espíritu de extranjerismo, ha prevalecido siempre un sentimiento españolista, acentuado, natural y fuerte. Hasta cuando ofrezco á la mujer recetas de cocina, (á falta de tesis sociológicas), las quiero españolas, preferente ó exclusivamente, porque en las recetas de cocina, veo algo tan genuino y propio como pudiera ver en un azulejo mudejar ó un bargueño. Hay recetas de cocina que son historia y epopeya, que envuelven poesía. Tal impresión me produjo, por ejemplo, el artículo reciente de Eugenio Noel, «Garpachada en una almazara». Ese festín ibérico todo y agreste, varonil y primitivo, me encantó. Y, más palidamente, hay poesía en otros cosidumos españoles. Mis recetas, recogidas por mujeres de mi familia, por amigas hacendosas, tienden á conservar los estilos y usos domésticos, á que no se pierdan guisos que podrán discutirse, pero que á muchos parecen harto sabrosos, y que forman parte de nuestra manera de ser castiza. Mi deseo es que la mujer española se intelectualice, y estudie; y, conjuntamente, no me disgusta que sepa de horno y fogón. He notado que las extranjeras hacen á pluma y á pelo.

Es la razón de que el «home» sea en el extranjero amable y atractivo. Una extranjera, que parece una mariscalilla, resulta una excelente ama de casa. Suponer lo contrario, es un error común, en que nosotrinos sin darnos cuenta. Hay por ahí mucha gente que cree que todo eso del feminismo consiste en freir los huevos con su rascara.

Las noticias son animadoras. La mujer ya tiene voto en Inglaterra (y ahora se ve cómo no fué esteril la agitación sufragista, tan cruelmente reprobada); y ha hay un diputado del sexo femenino en los Estados Unidos; se figuro que será verdad que en Rusia se concede á la mujer el derecho de ocupar todos los puestos, hasta la poltrona ministerial. Aquí, no representa poco adelanto el que tales nuevas se lean con paz, y no se comenten con ferocidad é insulto. No está la tierra destripada y llamada para la germinación de la semilla exótica.

Sin embargo, si desde arriba, como aquí ya ha hecho todo, se hiciese eso también, tengo para mí que parecería, á la mayor parte, algo sencillo, lógico y sin trascendencia. La masa indiferente posee esa condición: si de nada le importa, de nada tampoco se asusta. Todo resbala sobre el invamergable corcho de su estatismo.

Mas ved la obra del tiempo, la lenta precesión de las ideas, cuando son pacíficas, cuando no es la violencia quien las impone. El feminismo representa, seguramente, la mayor transformación que habrá sufrido la humanidad: alcanza á mucho más de la mitad de nuestra especie, pues hay mayor número de mujeres que de hombres. Ahora bien, el día en que triunfe, no habrá costado una gota de sangre, ni una lágrima. Habrá venido como viene, en la naturaleza, la renovación primaveral: componiendo suavemente superficies ásperas, y surgiendo las tiernas plantas entre peñascales y arenas, si es preciso...

El mejoramiento de la condición de la mujer no se corta por patrón. Es hijo que en cada país tendrá caracteres peculiares. Hay que conceder mucho á las latitudes, aun cuando la más para esencia de la civilización sea vencer esas desigualdades, nacidas de circunstancias materiales, y nivelar el espíritu. La corriente de equidad favorable á la mujer siempre procederá del Norte. Algún día trataré de estudiar las razones de este fenómeno. Hoy me limito á señalarlo. No ha muchos días hablábamos un insigne amigo francés y yo de las anomalías en perjuicio de la mujer que persisten en Francia, y recordábamos que nuestras instituciones jurídicas, inspiradas en las francesas, que lo están en las romanas, no son tampoco benignas para nosotras.

Francia hizo una revolución sálica, (ya se que la palabra no es exacta, y pide larga explicación) toda en beneficio del hombre. Y, en general, las naciones latinas son refractarias á la extensión feminista. Con todo eso, el día llegará; está alboreando. Mi pesimismo no va hasta el extremo de dudar del avance de la doctrina. Se avanza en todas partes, y acaso la lentitud es un bien: soy del número de los que á las revoluciones prefieren las evoluciones, hasta las más laboriosas y tardías.

Bien sé que hay, para las doctrinas, un momento casi peor que aquel en que ni se las conoce, y es aquel en que se apodera de ellas una multitud que, sin sentirlas, sin efusión, sin caridad, y también sin información suficiente, las trata y las manosea, y las desfigura y roba su vigor, haciéndolas vulgares antes de ser populares.

Esta cuestión de la mujer es sencillísima, pero se han empeñado en complicarla, y en prestarle consecuencias que no tiene. La fórmula es elemental: toda diferencia entre los derechos de un sexo y otro debe desaparecer. Nada más. Establecido este criterio, la realidad será la que señale la línea divisoria. Si las mujeres no quieren ó no pueden ejercitar su derecho, peor para ellas, como sería peor para el varón que en igual caso se encontrase. Siempre es la realidad la que dice la última palabra. Y ha sido la realidad, en la hora crítica y suprema de la guerra, la que ha manifestado claramente á estadistas como Asquith que la mujer puede cooperar á toda obra humana, sin inferioridad, con igual abnegación y energía que el hombre. Ante la realidad, lo palpable y positivo, hubo que escuchar la reclamación de la mujer. Andando, se ha demostrado el movimiento.

No permita Dios, lo digo á pesar de mis teorías, que aquí por tales caminos vayamos á ninguna parte.

En segundo lugar, porque probablemente ni ahí iríamos. ¡Y cualquiera sabe adonde va nadie, en este catacluso moral, material, social, nacional, universal, racial y todavía incalculable, ni aproximadamente, que renueva, intensificándolos, los terrores milenaristas!

La condesa de PARDO BAZAN

JACARAS

¡MUY SUAVE!

No se puede hablar, señor,
de nada internacional,
porque le parece mal
al caballero censor.

Igualmente, desde ahora,
está prohibido á la Prensa
cuidarse de lo que piensa
la gente trabajadora.

Asimismo son tachados
por la censura exquisita
las líneas en que se cita
la marcha de los soldados.

¿Barcos que se hacen al mar?
Nada podemos decir!
Barcos que van á venir!
¡De eso no se puede hablar!

¡Lo que opina un socialista
sobre la huelga futura!
¡Silencio, que la censura
es tachadora sin lista!

¡Tratar del yanqui vehemente
que á la lucha se apercibe!
¡La censura nos prohibe
hablarle de eso á la gente!

¡Que el cubano sienta plan
y á ir á luchar se disponga!
¡También, aquí nos impone
la censura una mordaza!

¡Que hay hambre en la población!
¡Cállese, voto á Satán!
¡Que piden trabajo y pan
los jornaleros! ¡Chitón!

.....

Esto ocurre desde ayer,
pues se logró, por ventura,
suavizar á la censura...
como ustedes pueden ver.

ALADINO

Asamblea de Maestros

El día 10 próximo, por mañana y tarde, se celebrará en la Escuela Normal de Maestros de Valladolid, una importantísima Asamblea de maestros inspectores y normalistas, á la que concurrirán las federaciones provinciales de todo el distrito universitario.

En esta Asamblea se tratará de los problemas que más hondamente afectan á la escuela y al maestro, en relación con las aspiraciones de esta sufrida clase del Magisterio, digna del mayor apoyo.

Al acto concurrirá la Comisión permanente de la Nacional de la clase.

TELEFONO DE «LA NACION», 1.100

LA FIESTA DEL ARBOL EN EL ASILO DE SANTA CRISTINA.—UNA ASILADA PLANTANDO UN ARBOL
FOT. MARIN Y ORTIZ

SU MAJESTAD EL REY (Q. D. G.) PRESIDIENDO EL CAPITULO DE CABALLEROS DE SANTIAGO, CELEBRADO AYER EN LA IGLESIA DE LAS COMENDADORAS
FOT. MARIN Y ORTIZ

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

Indicios

Aun cuando no existiesen otros síntomas de que la causa de la mujer encuentra, hasta en España, cierto ambiente favorable, bastaría para probarlo el que los diarios pidan a los escritores que traten la cuestión del feminismo: de lo que ya irremediablemente se llama así. Cuando lo solicitan, es que entienden que ha de interesar al público: si no, el tema sería arrumbado, y dormiría en el olvido. Difícilmente se encontrará persona menos optimista, menos soñadora que yo en lo que a la suerte de la mujer se refiere, sobre todo aquí. Es profundo mi convencimiento de que la mujer, en mi Patria, no sufre la menor inquietud de mejoramiento (hablo en general) y no es menos arraigada mi convicción de que semejante atonía depende de fenómenos similares, a los cuales se deben achacar la flaqueza y atraso del país; porque donde hay actividades, las hay para todo.

Este hecho social, el escaso interés que despierta en la mujer su propio destino, sin modificar mi criterio, me ha sugerido una prudente reserva en lo que atañe a propagandas y predicaciones. Todo labrador ha de sembrar; pero ninguno será tan sandio que siembre en tierra no removida por la azada o el arado, no beneficiada con algún abono. Cuando esparzo simiente de flores o de fina hortaliza en los invernaderos de mi casa de campo, no he omitido la preparación de labor cuidadosa, y el terrón está calentado y hasta cernido.

Para el caso de los feminismos que ya en Europa lozanean, la tierra ibérica está agrietada de sequedad y dura e infértil.

Cuando tenía más ilusiones, funde la Biblioteca de la Mujer. En ella di cabida a obras tan capitales como *La Esclavitud Femenina*, de Stuart Mill, y *La Mujer ante el Socialismo*, de Augusto Bebel. Editorialmente, no me quejo: estas obras se agotaron, y tendré que reimprimirlas. Lo que dudo es que las hayan leído muchas mujeres. Tal vez en el elemento obrero habrán encontrado lectoras: no lo sé. Lo positivo es que no respondieron sus efectos a mis propósitos. Y, al cabo de bastante tiempo, nunca desalentada pero un tanto desengañada, di en publicar, en *La Biblioteca de la Mujer*, libros de cocina… Uno, el último, el segundo, va ahora a los escaparates de los libreros. Y si Dios no lo remedia, incluiré también en esa Biblioteca, que nació social e histórica, libros de recetas de tocador y economía doméstica.

No desdeño ni la cocina, ni el tocador, al contrario. A la cocina le reconozco incalculable importancia. Solía decir Castelar, que hasta el arte, la elocuencia, todo lo bello, se hace, tanto como con el cerebro, con el estómago. Si el estómago decae, el cerebro pierde sus bríos. ¡Y la cocina es a veces la clave de tantos misterios!

En mi feminismo, (conviene que lo advierta), lejos de dominar un espíritu de extranjerismo, ha prevalecido siempre un sentimiento españolista acentuado, natural y fuerte. Hasta cuando ofrezco a la mujer recetas de cocina, (a falta de tesis

sociológicas), las quiero españolas, preferentemente o exclusivamente, porque en las recetas de cocina veo algo tan genuino y propio como pudiera ver en un azulejo mudéjar o un bargueño. Hay recetas de cocina que son historia y epopeya, que envuelven poesía. Tal impresión me produjo, por ejemplo, el artículo reciente de Eugenio Noel, "Gazpachada en una almazara". Ese festín ibérico rudo y agreste, varonil y primitivo, me encantó. Y, más pulidamente, hay poesía en otros condumios españoles. Mis recetas, recogidas por mujeres de mi familia, por amigas hacendosas, tienden a conservar los estilos y usos domésticos, a que no se pierdan guisos que podrán discutirse, pero que a muchos parecen harto sabrosos, y que forman parte de nuestra manera de ser castiza. Mi deseo es que la mujer española se intelectualice, y estudie; y conjuntamente, no me disgusta que sepa de horno y fogón. He notado que las extranjeras hacen a pluma y a pelo.

Es la razón de que el "home" sea el extranjero amable y atractivo. Una extranjera, que parece una marisabidilla, resulta una excelente ama de casa. Suponer lo contrario, es un error común, en que incurrimos sin darnos cuenta. Hay por ahí mucha gente que cree que todo eso del feminismo consiste en freír los huevos con su cáscara.

Las noticias son animadoras. La mujer ya tiene voto en Inglaterra (y ahora se ve como no fue estéril la agitación sufragista, tan cruelmente reprobada); ya hay un diputado del sexo femenino en los Estados Unidos; y me figuro que será verdad que en Rusia se concede a la mujer el derecho de ocupar todos los puestos, hasta la poltrona ministerial. Aquí, no representa poco adelanto el que tales nuevas se lean con paz, y no se comenten con ferocidad e insulto. No está la tierra destripada y allanada para la germinación de la semilla exótica.

Sin embargo, si desde arriba, como aquí se ha hecho todo, se hiciese eso también, tengo para mí que parecería, a la mayor parte, algo sencillo, lógico y sin trascendencia. La masa indiferente posee esa condición: si de nada le importa, de nada tampoco se asusta. Todo resbala sobre el insumergible corcho de su estatismo.

Mas ved la obra del tiempo, la lenta procesión de las ideas, cuando son pacíficas, cuando no es la violencia quien las impone. El feminismo representa, seguramente, la mayor transformación que habrá sufrido la humanidad: alcanza a mucho más de la mitad de nuestra especie, pues hay mayor número de mujeres que de hombres. Ahora bien, el día en que triunfe, no habrá costado una gota de sangre, ni una lágrima. Habrá venido como viene, en la naturaleza, la reventazón primaveral: rompiendo suavemente superficies ásperas, y surgiendo las tiernas plantas entre peñascales y arena, si es preciso…

El mejoramiento de la condición de la mujer no se corta por patrón. Es fijo que en cada país tendrá caracteres peculiares. Hay que conceder mucho a las latitudes, aun cuando la más pura esencia de la civilización sea vencer esas desigualdades, nacidas

de circunstancias materiales, y nivelar el espíritu. La corriente de equidad favorable a la mujer siempre procederá del Norte. Algún día trataré de estudiar las razones de este fenómeno. Hoy me limito a señalarlo. No ha muchos días hablábamos un insigne amigo francés y yo de las anomalías en perjuicio de la mujer que persisten en Francia, y recordábamos que nuestras instituciones jurídicas, inspiradas en las francesas, que lo están en las romanas, no son tampoco benignas para nosotras.

Francia hizo una revolución sálica, (ya sé que la palabra no es exacta, y pide larga explicación) toda en beneficio del hombre. Y, en general, las naciones latinas son refractarias a la extensión feminista. Con todo eso, el día llegará; está alboreando. Mi pesimismo no va hasta extremo de dudar del avance de la doctrina. Se avanza en todas partes, y acaso la lentitud es un bien: soy del número de los que a las revoluciones prefieren las evoluciones, hasta las más laboriosas y tardías.

Bien sé que hay, para las doctrinas, un momento casi peor que aquel en que ni se las conoce, y es aquel en que se apodera de ellas una multitud que, sin sentirlas, sin efusión, sin caridad, y también sin información suficiente, las trata y las manosea, y las desflora y roba su vigor, haciéndolas vulgares antes de ser populares.

Esta cuestión de la mujer es sencillísima, pero se han empeñado en complicarla, y el prestarle consecuencias que no tiene. La fórmula es elemental: toda diferencia entre los derechos de un sexo y otro debe desaparecer. Nada más. Establecido este criterio, la realidad será la que señale la línea divisoria. Si las mujeres no quieren o no pueden ejercitar su derecho, peor para ellas, como sería peor para el varón que en igual caso se encontrase. Siempre es la realidad la que dice la última palabra. Y ha sido la realidad, en la hora crítica y suprema de la guerra, la que ha manifestado claramente a estadistas como Asquith que la mujer puede cooperar a toda obra humana, sin inferioridad, con igual abnegación y energía que el hombre. Ante la realidad, lo palpable y positivo, hubo que escuchar la reclamación de la mujer. Andando, se ha demostrado el movimiento.

No permita Dios, lo digo a pesar de mis teorías, que aquí por tales caminos vayamos a ninguna parte.

En "segundo lugar", porque probablemente ni ahí iríamos. ¡Y cualquiera sabe adonde va nadie, en este cataclismo moral, material, social, nacional, universal, racial y todavía incalculable, ni aproximadamente, que renueva, intensificándolos, los terrones milenaristas!

La condesa de PARDO BAZÁN.

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 167. Lunes 9 de Abril de 1917. Pp. 1-2.

PÁGINA 2 — LA NACION

NUESTROS COLABORADORES

SUBSISTENCIAS

En una crónica del «A B C», el joven y ya famoso autor de «Volverás» discurre con más gracia que justicia sobre lo que llama «el partido vegetariano». A título de aficionada á la cocina, más que de higienista, (porque no puedo pretender autoridad en lo que se refiere á cuidar de la salud, huíllndome siempre propensa, como saben mis amigos, á no dar á la mía suma importancia), voy á romper una lanza en favor del vegetarianismo ó vegetarianismo, palabra que no encuentro en mi Diccionario, y lo siento, porque con el Diccionario soy bien mandada y respetuosa.

Ante todo, convendría recordar que los doctores é higienistas han demostrado ser unas verdaderas volverotas, y parecerse á aquella torre de la Catedral de Orense, que «se movía á todos los vientos». Cuando se criaron mis hijos, el dogma de la carne no tenía disidentes. Bifteca ó besteque (sería mejor lonjas, pues tampoco el Diccionario trae estas palabrejas exóticas y usuales); filetes á todas horas; y, poniendo ser, la vianda muy sanguante, cuanto más roja mejor. Hasta creída la reconocerábanos, para que no perdiese sus jugos. Se trataba nada menos que de mejorar la raza, por medio de una alimentación rica en principios muy nutritivos, y de buena fe rendíamos tributo á la cortadería, y veíamos, allá en tierra gallega, con cierta envidiosa añoranza, cómo se Bevaban á Inglaterra los gordos cerdones, transportados por «el barco» tradicional.

Y no perdábamos mientes en que los mismos que cebaban los magníficos ejemplares de ganado, eran unos vegetarianos, por necesidad, pero vegetarianos al fin. Eran los labriegos mantenidos con la berza, «brassica vulgaris», con patata, con harina de maíz, y para quienes era tan extraordinario el «compango» de carne, que, cuando danzaba en el pote el rabo de cerdo, ordenaban «alegría y alegrete» para solemnizarlo.

Ya quisiéramos, los entonces asiduos devoradores de carne, más ó menos sanguinolenta, emular en fuerza y vigor físico á los vegetarianos agrícolas. Y poco iba la ciencia á tardar en cambiar de disco, y en señalarnos, como mejor dieta, la de los cenobitas, solitarios, ascetas y demás categorías reñidas con la carne en todas sus formas.

Pocas personas ya dejan de estar «á régimen», y estar á régimen significa, en la mayoría de los casos, la prohibición de la carne. El fantasma del artritismo se yergue y se proyecta agigantado sobre el horizonte visible. Esta frase no deja de ser enfática, pero sabido así, un hablista rebasado, y por eso no la borro. Traducco: media humanidad es artrítica, y tanto en reumática. Convienen pues las hortalizas y legumbres (hoy son dos cosas diferentes, aunque suelen confundirse).

Al adoptar la ciencia esta teoría, contrapuesta á la que patrocinó hará unos treinta y tantos años, el vegetarianismo tenía que ser un hecho general, y su difusión revestir las formidables proporciones que en todos los países europeos ha adquirido. En los asiáticos y africanos, no necesitó adquirir proporciones, porque era ya el sistema allí uso. Cuando, el japón, Occanía, se alimentan de vegetales, y está su población tercse que tiene. Y aquí, el jornalero andaluz, ¿qué come para su dura faena? Gazpacho. Lo mismo mantienen los vegetales que las carnes. He aquí una verdad que, después de convencida, requiere algunos comentarios.

El mantenerse de vegetales no es tanto imposición de vegetarianismo determinados, si aún como la dieta más sana, defensa contra algún «pathos» agudo ó crónico. Los vegetales reponen la fuerza perdida y la calorea gastada, pero hay que saber cómo emplearlos, y hasta escogerlos, conociendo sus propiedades. Los ascetas solían echar cenizo á las yerbas que componían el único plato de su lenta: no reconociendo el sistema, excepto á los ambiciosos y artrivistas que se propongan ganar el cielo. El condimento de los vegetales es el «aguá» de la cocina. Cualquiera sazonalante una cierta acidez ó unas cualcitlas de temeri; pero la cocción, sazón y punto de unas coles cuanas de Bruselas, no es grano de anís.

El observador de las costumbres podría notar que, si el pueblo siempre fué más bien vegetariano, es recentísima la moda de los vegetales en la gente acomodada. El plato de legumbres ó de hortalizas, que en los antiguos libros de cocina no tiene fórmulas, no puede ahora faltar. En las guisanderías, cada día impera más la hortaliza. Las ensaladas son resultado indispensable. Sin exclusivismo, sin suprimir los platos llamados, impropiamente, «fuertes», la hortaliza se enseñorea. Y se van cultivando nuevas hortalizas finísimas. ¿Estrella el alfetuvo? Pues ahí están las escorzoneras y «salvias», que no me deberán mentir. Hasta se traen de Francia, por no ser fácil encontrarlas en nuestros huertos. Y en un banquete algo esmerado, no es atrevidas á servir calabacines rellenos, mientras unos salsifís son mota delicada, selecta. Como ya no se puede resollar sin alabar á la guerra, salta á los ojos que este acontecimiento mínimo está influyendo también en la entronización de los vegetales. La cosa da parca y sobria dentina en todo el planeta.

No quisiera parecer intransigente. Buenos son los vegetales, pero el hombre, no lo olvidemos, es carnívoro. Tan carnívoro, que en el cuadro de sus alimentos ha entrado durante siglos un manjar refinado, todavía muy del gusto de bastantes idiotas que ignoran la tiranía y hasta la existencia del ante. No llego al extremo de calificar de «comedores de cadáveres» á los que gustan de la pierna de buey, entre otras cosas porque no sé si puede aplicarse á las especies animales la palabra «cadáver», y se me figura que no suena bien y que hay que reservarla para nuestra especie; y si en efecto la necrofagia parece cosa poco simpática, ello es que vivimos de la muerte, que todo tiene que morir para que todo nazca, y que cumplimos una ley de lucha por la existencia cuando chupamos un ala de perdiz. No hay como un poco de filosofía para resolver una infinidad de problemas embarazosos. Allaho pues el vegetarismo y su difusión entre nosotros, y la implantación de aquella sencillez en los manjares que León XIII, de inmarcesible memoria, cantó en estrofas por cierto muy bellas. Pero mi vegetarismo es tolerante y lato. Es un vegetarismo semejante á la fórmula eterna de la olla nacional, tal cual hoy se confecciona: en cuyo caso no falta un cacho de tocino, su tajada de falda, y acaso su chorizo rojo.

Y ya verán ustedes como este eclecticismo no indisponerá con la mayoría: con los vegetarianos y con los carnívoros. No hay poor cosa que el equilibrio, que la imparcialidad. Toda la vida me ha sucedido que los radicales me han puesto como hoja de perejil por esta inclinación invencible á la templanza y á reconocer que á nadie le falta, en su olla, un grauito de sal de razón. El vegetarismo tiene sabia este grauito de sal: representa, y habido completamente en serio, una tendencia de las más sanas, morales y útiles que hacerse cabe la movido, ó al menos predicado. La tierra, que sustenta al hombre, y le sufre, y no es poco sufrir, ahora que la está destrozando á cañonazos—debe poder mantenerle regaladamente, con deliciosos sabores, y suministrarle la blanda yerba que la necesite, si no precisamente para sí, no sonreírse, para las vacas pacíficas, porque la leche también ocupa cada día mayor lugar en la alimentación humana, y la leche es el adversario del alcohol, y leche, hortalizas, legumbres y frutas, con tal cual postura del ave doméstica, sobran para fortalecer con energías poderosas á la raza, especialmente si se ayudan con la brisa del arroyuelo, administrada pródigamente por toda la piel, y aficionada de jabón... Tal creen al menos los sabios, tomada esta palabra en el sentido que se le daba en el siglo XVIII, entendiendo por sabio al que vive moderadamente, ama á la naturaleza y prefiere, entre las fruciones, las más inocentes y piadosas.

La condesa de PARDO BAZAN



SS. MM. ENTRANDO EN EL HOTEL RITZ PARA ASISTIR A LA FIESTA DE LA CRUZ ROJA CELEBRADA ANTEANOCHE
FOT. MARIN Y ORTIZ

ARTE

Artistas argentinos, en Madrid

Falta tarde se inauguró una Exposición internacionalísima, en el salón que el Círculo de Bellas Artes ha abierto en el Palacio. Aprovechamos la oportunidad, para de pasada enviar un aplauso y la cordial bienvenida á la simpática sociedad, otro exaquerete de menudrios. Nada de Exposiciones sin ayden ni logica, sin otra homogeneidad que el deseo de la venta. Convertirse la sala en aula, y así cumplirá el Círculo uno de sus deberes educativos. De algún tiempo á esta parte, ya mencionan los catálogos que valen por guías artísticas. Fué interesante la instalación de los hermanos Bon, ya que nos revelo el estado en que se halla nuestra pintura contemporánea en los países de América. Fué admirable de todo la reciente exposición de arquitectura romana en España, y ya no vermos nunca sobre esto para honrar como se merecen á los señores Muguruza, Hernández-Briz y Valbuena, y al organizador, el genial arquitecto Antonio Palacios. Por último, nos encontramos ahora con el envío argentino y treintaí de los artistas argentinos.

Se trata de unos pintores, un escultor y un músico que residían en París. Los señores Rossetti, Castells, Meredit, Guttero, Quevarro y Butlier. Dichos señores se agrupan en sociedad y se disponen á ir levantando en retablo en las grandes capitales europeas. En tributo á la madre España, comienzan su cielo en Madrid. El músico, un pianista, dará conciertos en la exposición.

Ayer, amablemente invitados por el ilustre embajador de la Argentina, decenas Marcos Avellaneda, tuvimos el gusto de almorzar con los visitantes fraternalmente en el Ritz.

Se sentaron en la mesa varias de las más ilustres personalidades de la República artística: Mariano y Juan Antonio Benlliure, Villegas, Moreno Carbonero, Rinaldini, Anselmo Miguel Nieto, Pons, Francés, Rafael Domenech, Cavanillas, Bonell, Calvo, el maestro Serrano, Frances Rodríguez, Melchor de Almagro, Reyes y Vicent, Miguel Blasco, Navarro Tomaras, Sardoa, Cusappa, Franco, algunos de Valdelgleslas, Anzellano de Beruete, duque de Tovar...

Luego del almuerzo nos trasladamos al salón de Fabre, todavía cerrado al público. En conjunto, la Exposición da una sensación de patrioterismo agrario. Se puede alternar que las telas y las creaciones de los artistas argentinos, van á pasar, vocar discusiones acaloradas y pintorescas. Nosotros nos permitimos recomendar á los señores de marco, que no olviden cómo se debe juzgar al artista, según el éxito alcanzado en sus propósitos, y quede para otra segunda crítica más sesuda y con un sentido filosófico, el resolver si es buena ó mala la orientación general. Dicho esto, hay que reconocer la victoria de los argentinos bolsevidones.

Son unos estilistas y decoradores que buscan antes que nada la armonía de las tonalidades. Hacen tonos elevados y claros y llegan á forzar las líneas en batida de expresión. Son perfectamente conscientes, ya anarcoico errores. Para de esto, conviene acordarse de que la mayoría de los lienzos expuestos en el Palacio, no son sino proyectos para tratados á otras materias, de más aliento ó brillantez, como el mosaico, las telas y los esmaltes. Por modo que casi ninguna de las obras adquirió en el sitio ó en el templo la calidad definitiva.

Sentados estos principios, no hay más remedio que reconocer el éxito de los argentinos. Muchas de sus armonías coloristas son de una belleza perfecta, ya grandes planos á un tiempo encendidos y rebajados. Pero sobre todo vemos por la elegancia y la espiritualidad. Su arte tiene el don de las diferencias, de los modelos y de los tonos, y una cierta alburnura del arabesco que es la esencia de la moderna sensibilidad. Se nota la nostalgia de los balbuceos primitivos, más que nada en la escultura, en las modernas tallas al modo ingenuo é infalsificable de los antiguos estatuarios egipcios.

¿Por qué no nos referimos en particular á cada uno de los expositores? Porque todos coinciden en la orientación, y en realidad con hallamos ante el programa trazado en colores de una pequeña escuela, de un cenáculo. He ahí la buena nueva que predican uno, cuantos mozos, con sensibles, inteligentes y refinados, saludores de un arte noble que decora una vida que sea como otra obra de arte.

Acaso los argentinos no extremen, ocho de menos el argentinismo. Acaso los españoles se lamenten de la falta de españolismo. Esa es otra cuestión... De todos modos, los señoritos delicados deberemire para sentir á la grandeza avasallacha de la teoría, que va á caer como si se desplomara sobre nuestros amigos argentinos, los flamantes caballeros del ideal.

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

Subsistencias

En una crónica del *ABC*, el joven y ya famoso autor de *Volvoreta* diserta con más gracia que justicia sobre lo que llama «el partido vegetariano». A título de aficionada a la cocina, más que de higienista, (porque no puedo pretender autoridad en lo que se refiere a cuidar de la salud, hallándome siempre propensa, como saben mis amigos, a no dar a la mía suma importancia), voy a romper una lanza a favor del vegetarismo o vegetarianismo, palabras que no encuentro en mi Diccionario, y lo siento, porque con el Diccionario soy bien mandada y respetuosa.

Ante todo, convendrá recordar que los doctores e higienistas han demostrado ser unas verdaderas volvoretas, y parecerse a aquella torre de la Catedral de Orense, que «se movía a todos los vientos». Cuando se criaron mis hijos, el dogma de la carne no tenía disidentes. Biftecs o bisteques (sería mejor lonjas, pues tampoco el Diccionario trae estas palabrejas exóticas y usuales); filetes a todas horas; y, pudiendo ser, la vianda muy sangrante, cuanto más roja mejor. Hasta cruda la recomendaban, para que no perdiese sus jugos. Se trataba nada menos que de mejorar la raza, por medio de una alimentación rica en principios muy nutritivos, y de buena fe rendíamos tributo a la cortaduría, y veíamos, allá en tierra gallega, con cierta envidiosa añoranza, como se llevaban a Inglaterra los gordos cebones, transportados por «el barco» tradicional.

Y no parábamos mientes en que los mismos que cebaban los magníficos ejemplares de ganado, eran unos vegetarianos, por necesidad, pero vegetarianos al fin. Eran los labriegos mantenidos con la berza, «brassica vulgaris», con patata, con harina de maíz, y para quienes era tan extraordinario el «compango» de carne, que, cuando danzaba en el pote el rabo de cerdo, ordenaban «alegría y alegrote» para solemnizarlo.

Ya quisiéramos, los entonces asiduos devoradores de carne, más o menos sanguinolenta, emular en fuerza y vigor físico a los vegetarianos agrícolas. Y poco iba la ciencia a tardar en cambiar de disco, y en señalarnos, como mejor dieta, la de los cenobitas, solitarios, ascetas y demás categorías reñidas con la carne en todas sus formas.

Pocas personas ya dejan de estar «a régimen»; y estar a régimen significa, en la mayoría de los casos, la prohibición de la carne. El fantasma del artritismo se yergue y se proyecta agigantado sobre el horizonte visible. Esta frase no deja de ser enfática, pero salió así, sin haberla rebuscado, y por eso no la borro. Traduzco: media humanidad es artrítica, y también reumática. Convienen pues las hortalizas y legumbres (que son dos cosas diferentes, aunque suelen confundirse).

Al adoptar la ciencia esta teoría, contrapuesta a la que patrocinó hará unos treinta y tantos años, el vegetarianismo tenía que ser un hecho general, y su difusión revestir las formidables proporciones que en todos los países europeos ha adquirido. En los

asiáticos y africanos, no necesitó adquirir proporciones, porque era ya el sistema al uso. La India, el Japón, Oceanía, se alimentan de vegetales; y está su población terne que terne. Y aquí, el jornalero andaluz, ¿qué come para su dura faena? Gazpacho. Lo mismo mantienen los vegetales que las carnes. He aquí una verdad que después de enunciada, requiere algunos comentarios.

El mantenerse de vegetales no es triste imposición de estómagos, ni aún como la dieta láctea, defensa contra algún «pathos» agudo o crónico. Los vegetales reponen la fuerza perdida y la caloría gastada, pero hay que saber condimentarlos, y hasta escogerlos, conociendo sus propiedades. Los ascetas solían echar ceniza a las yerbas que componían el único plato de su lista: no recomiendo el sistema, excepto a los ambiciosos y arribistas que se propongan ganar el cielo. El condimento de los vegetales es el «quid» de la cocina. Cualquiera saca adelante una carne asada o unas chuletitas de ternera; pero la cocción, sazón y punto de unas coles enanas de Bruselas, no es grano de anís.

El observador de las costumbres podrá notar que, si el pueblo siempre fue más bien vegetariano, es recientísima la moda de los vegetales en la gente acomodada. El plato de legumbre o de hortaliza, que en los antiguos libros de cocina no tiene fórmulas no puede ahora faltar. En las guarniciones, cada día impera más la hortaliza. Las ensaladas son requisito indispensable. Sin exclusivismo, sin suprimir los platos llamados, impropiamente, fuertes; la hortaliza se enseñorea. Y se van cultivando nuevas hortalizas elegantes. ¿Extraña el adjetivo? Pues ahí están las escorzoneras y endivias, que no me dejarán mentir. Hasta se traen de Francia, por no ser fácil encontrarlas en nuestros huertos. Y en un banquete algo esmerado, no os atreveríais a servir calabacines rellenos, mientras unos salsifis son nota delicada, selecta. Como ya no se puede resollar sin aludir a la guerra, salta a los ojos que este acontecimiento mínimo está influyendo también en la entronación de los vegetales. La comida parca y sobria domina en todo el planeta.

No quisiera parecer intransigente. Buenos son los vegetales pero el hombre, no lo olvidemos, es omnívoro. Tan omnívoro, que en el cuadro de sus alimentos ha entrado durante siglos un manjar nefando, todavía muy del gusto de bastantes isleños que ignoran la tiranía y hasta la existencia del sastre. No llego al extremo de calificar de «comedores de cadáveres» a los que gustan de la pierna del buey, entre otras cosas porque no sé si puede aplicarse a las especies animales la palabra «cadáver», y se me figura que no suena bien y que hay que reservarla para nuestra especie; y si en efecto la necrofagia parece cosa poco simpática, ello es que vivimos de la muerte, que todo tiene que morir para que todo nazca, y que cumplimos una ley de lucha por la existencia cuando chupamos un ala de perdiz. No hay como un poco de filosofía para resolver una infinidad de problemas embarazosos. Alabo pues el vegetarismo y su difusión entre nosotros, y la implantación de aquella sencillez en los manjares

que León XIII, de inmarcesible memoria, cantó en estrofas por cierto muy bellas. Pero mi vegetarismo semejante a la fórmula eterna de la olla nacional, tal cual hoy se confecciona: un cocido en que abundan hortalizas y legumbres, patata, cardillo, garbanzo, pero donde no falta su cacho de tocino, su tajada de falda, y acaso su chorizo rojo.

Y ya verán ustedes como este eclecticismo me indispondrá con la mayoría: con los vegetarianos y con los carnívoros. No hay peor cosa que el equilibrio, que la imparcialidad. Toda la vida me ha sucedido que los radicales me han puesto como hoja de perejil por esta inclinación invencible a la templanza y a reconocer que a nadie le falta, en su olla, un granito de sal de razón. El vegetarismo tiene más que el granito de sal: representa, y hablo completamente en serio, una tendencia de las más sanas, morales y útiles que nuestra edad ha innovado, o al menos predicado. La tierra, que sustenta al hombre, y le sufre, –y no es poco sufrir, ahora que la está destrozando a cañonazos– debe poder mantenerle regaladamente, con deliciosos sabores, y suministrarle la blanda yerba que ha menester, si no precisamente para sí, no sonreírse, para las vacas pacíficas, porque la leche también ocupa cada día mayor lugar en la alimentación humana, y la leche es el adversario del alcohol, y leche, hortalizas, legumbres y frutas, con tal cual postura del ave doméstica, sobran para fortalecer con energías poderosas a la raza, especialmente si se ayudan con la linfa del arroyuelo, administrada pródigamente por toda la piel, y adicionada de jabón… Tal creen al menos los sabios, tomada esta palabra en el sentido que se les daba en el siglo XVIII, entendiendo por sabio al que vive moderadamente, ama a la naturaleza y prefiere, entre las fruiciones, las más inocentes y piadosas.

La condesa de PARDO BAZÁN

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 174. Lunes 16 de Abril de 1917. P. 2.

MADRID.—Año II.—Núm. 180. 5 céntimos. Domingo 22 de Abril de 1917

LA NACION

Director-Fundador: EL MARQUÉS DE POLAVIEJA — DIARIO DE LA MAÑANA — Sub-Director JUAN PUJOL

Redacción y Administración: Alcalá, 49, primero. — Gerente: FELIX AGUILERA. TELÉFONO 3.557. APARTADO 771 — Un mes, 1,50 pesetas. Provincias: trimestre, 5 pesetas. Extranjero: seis meses, 28 pesetas.

EN TORNO A LA NOTA DEL CONDE

¿NUESTRA NEUTRALIDAD OFENDE?

A lo que parece, resulta que estamos en ridículo los periódicos que habiendo combatido al señor conde de Romanones, nos atribuímos el mérito ó la culpa, según se considere, de su caída. El pintoresco señor no ha tenido que recurrir del Poder por imperativo ineludible de la opinión nacional, disconforme, según confesión del interesado, de su propósito intervencionista. Lo que ha ocurrido es que «la abnegación del señor conde de Romanones ha sufrido un eclipse». ¿«Tetrático risum»? No es que el conde de Romanones haya tratado de llevar al país á la guerra, en favor del bando beligerante aprovisionando al cual, se lucra indirectamente, por su participación en una empresa exportadora de contrabando de guerra. No es que habiendo repetido sus tentativas de conducirnos á la catástrofe, y ante la justificada indignación del pueblo al que quería sacrificar, ha debido retirarse. Aunque él mismo lo haya confesado así, sus obstinados defensores no quieren creerlo. Y á pesar de que su declaración ante el Monarca y el país es la confirmación plena de que quiso sacar á España de la neutralidad, ahora sus parciales oficiosos ponen la sinceridad del señor conde en duda. Mal se concierta, sin embargo, este respeto á la neutralidad española que ciertos periódicos ex populares se empeñan en que le reconozcamos, con los elogios que, precisamente á título de intervencionista, le tributa la Prensa francesa. Y sobre todo, parece un sistema de defensa sorprendente este de negar que un político esté en abierta pugna con la mayoría de la nación, cuando es él mismo quien lo reconoce y declara.

Dejemos consignado el hecho por lo curioso é inaudito. Y hagamos observar á la vez, que si el conde de Romanones no ha caído porque así lo han procurado muchos periódicos que representan á la mayoría de la opinión, ¿por qué se ha ido? ¿Por el modo de defenderlo que han tenido los que le son afectos?

No menos curiosa es la advertencia que se hace á la Corona respecto á la facilidad con que los «prestigios» de nuestra política se retiran ante la presión de la Prensa. ¡Ah! ¿Pero el conde de Romanones era «un prestigio»? No lo sabíamos. Se le tenía por un hombre travieso, interesado, ávido de lucro, capaz de simultanear la Presidencia del Consejo de un país neutral con la participación en empresas dedicadas al contrabando de guerra. Como hombre dispuesto á simular que respetaba la neutralidad, sin perjuicio de procurar por todos los medios á su alcance apartarnos de ella. Pero, ¿como un prestigio?... Vamos, hay cosas que no pueden escucharse seriamente.

Lo que ocurre es que ha habido quien intentó defender á este hombre pernicioso, y ahora tiene que compartir la ridícula de su fracaso; quien creyó que podía simultanear el apoyo al conde de Romanones con la defensa de la neutralidad, y ahora ve, por propia declaración del interesado, que tal cosa no era posible.

Y eso explica la paradoja de que, negando realidad á las declaraciones del ex jefe del partido liberal, sean ciertos órganos de publicidad exclusivamente romanonistas que Romanones.

* * *

Indigna la aseveración de que España no pueda seguir en buenas relaciones con Francia é Inglaterra, si sus hijos no van á morir por esas dos naciones. Mienten, por años puestos que haya podido escalar, quien afirme que tal obligación dimana de los tratados hispanofrancobritánicos. Pues, ¿qué? ¿No tienen ya esos dos pueblos motivos de profunda gratitud para con el nuestro? ¿No los hemos provisto de todo cuanto han necesitado? ¿No hemos permitido, con nuestra generosidad, que desguarnecan sus fronteras, seguros de nuestra falta de intención hostil? ¿No ha sido aquí voluntad de todos, hasta de los germanófilos, que no se ocasionara perjuicio ni dificultad á ninguno de los beligerantes, y que se otorgara la protección que nuestra neodicha permisión á los súbditos de todos ellos? ¿En virtud de qué ley humana ni divina nuestro amor á la paz y nuestro deseo de aplicarnos á la obra de reconstrucción interior, ha de constituir una ofensa para ningún pueblo extranjero? Sólo los agentes provocadores enviados aquí como propagandistas, pueden sostener idea tan monstruosa. Es decir, que el empeño honrado y honroso de España, su afán de trabajo y de paz, su propósito de actuar de mediadora en el conflicto, ¿son un crimen para ingleses y franceses? Pues si en verdad esos países pensaran así, sería cosa de defender la intervención, pero contra ellos.

* * *

España puede estar segura de que, sabiéndola unida y decidida como lo está, nadie se atreverá á perturbarla en su actitud. Quienes tengan interés en hacerlo es porque la necesitan, y mal podrían intentar provocarla. Pero esta convicción no excluye, antes bien, hace necesaria una preparación militar que el Gabinete de Romanones ha descuidado deliberadamente, incurriendo en gravísima responsabilidad. La «Correspondencia Militar» de anoche también encarece la conveniencia de la «neutralidad armada». Es público que desde que la guerra empezó, vienen procurando, en la proporción que mi insignificancia lo permite, propagar la misma idea.

JUAN PUJOL

Rogamos á nuestros suscriptores de provincias que tengan la bondad, los que no lo estuvieren, de ponerse al corriente en el pago, haciendo los envíos por giro postal ó otro medio de fácil cobro á nombre del administrador.



FALSA ALARMA.—MADAME: ¡ES HORRIBLE! ESTA MUY DEBIL, DOCTOR, ¿QE HACEMOS?

NUESTROS COLABORADORES

ESCARLATA

Otra vez, desde las profundidades abismáticas de lo ancestral, surge el rito de la sangre y la afirmación de sus virtudes maravillosas.

En pocos años, en España, dos horrendos crímenes han revelado la fuerza de tal convicción, albergada en los senos del humano instinto; en pocos años, dos criaturas han sido sangradas á cuchillo (cual si estuviésemos en los tiempos del señor Gil de Retz, alias «Barba Azul») y el licor de sus venas, bebido con avidez, incorporado á otra vida, como soberano remedio. ¿De dónde procedería, en las edades sin historia, la creencia acérrima en las propiedades curativas de la sangre? Grosera anticipación de lo que luego se llamó en medicina, al transfundir de venas pletóricas á venas exhaustas el vigor necesario; siempre esa creencia dormitó cual agazapada sierpe, unida á otras muy análogas, de las cuales la ciencia ha encontrado testimonios en las cavernas y paraderos, primeros asilos de la que Dante llamó, con la energía habitual de sus terribles, «la mala casta de Adán». Por el agujero de los cráneos trepanados, salía el seso de los vencidos, á ira á sumarse al de los vencedores y acrecentar su potencia.

También la médula de los huesos encerraba el valor del guerrero, transmisible al que le hacía morder el polvo. Y hasta la cabellera, arrancada y colgada de la silla, era un trofeo, y á la vez un amuleto.

Porque no hay en ello duda: criminales como el de Avilés y los de Gador, obedecen á tradicionales sugestiones, á un sedimento que se remueve, y cuya fecha y origen ignoran. Y tal sedimento influye, hasta en los individuos superiores por su inteligencia. Jamás olvido el día, por mejor decir, la noche, en que D. Ramón de Campoamor, invitado á comer en Lhardy por el doctor Fastenrath, con otros literatos, no quiso sentarse á la mesa («á la mesa», fíjense, y no «en la mesa», como ahora dan en decir), porque éramos trece. Y mientras no arreglamos, en «Monsieur quatorzième», aunque el temático y escéptico autor de las «Doloras» arrinconado en un ángulo de la sala, á la mayor distancia posible de la mesa susodicha. La superstición, en cual-

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

PÁGINA 2 — LA NACION

quier forma, es algo connatural al hombre. Superstición y magia: esto encontrarás en el fondo de la psicología y de la historia de los pueblos.

Suponían los aztecas que el heroísmo residía en el corazón, y, como premia de triunfo y homenaje á sus Dioses, (que eran figura y habitáculo del demonio, según nos dejaron dicho los primeros cronistas y conquistadores españoles), abrían el pecho del prisionero, con la cuchilla de pedernal, sobre la ritual piedra, haciendo pender la cabeza y los pies de la víctima, para que el esternón sobresaliese, y facilitase la operación cruenta, y extraían el corazón, palpitante aún, que, presentado al feroz Cohbri en un platillo, seguía aún contrayéndose por espacio de algunos segundos. Y cada corazón suponía una victoria sobre los enemigos del gran Imperio, y sólo por cosechar corazones, y no por extender territorios ni abrirse mercados, se guerreaba sin cesar en aquellas regiones del nuevo Continente.

De las cualidades de la sangre, de su poder redentor, encontramos la más calurosa apología en los escritos del conde de Maistre. Interpretación todavía materialista de las viejas creencias, tantos siglos después de que la «Voz divina» las consagró, en la Cena sacra, convirtiendo en sacrificio incruento el cruentísimo de las edades que venía á transformar. «Esta es mi sangre» declaró, mientras bendecía y transubstanciaba el jugo de la vid. Siempre la sangre redentora: siempre la virtud de la sangre. Pero por el amor; por la fe. La fe animosa, afirmando lo que no ha visto. Vencida la materia.....

Abrahan, alzando el cuchillo sobre su hijo para degollarle sobre el ara, y el Señor, ordenándole que reemplace al mocete por un cordero, anuncian ya otro sacrificio, más puro y misericordioso todavía. ¿Qué eran los sacrificios humanos, rito casi universal, sino la afirmación de la creencia en la eficacia de la sangre? Para propiciar á los Dioses y obtener vientos favorables á la escuadra griega; para obtener la victoria naval de Salamina, no bastaba sangre de toros y cabritos: era necesaria la víctima noble. Y nosotros, los cristianos, venimos al mundo redimidos de tal barbarie; pero desechar por completo la superstición de la sangre, no nos fué dado. ¿No habéis oído hablar de lavar con sangre las ofensas, el honor, tantas cosas? Es que la sangre, todavía, conserva su aureola soberana en lo espiritual como en lo físico. Y, de tiempo en tiempo, allá en lo obscuro, en los senos de la subconsciencia, en las sombrías repelencias de la voluntad y del instinto, surge la imperiosa afirmación de las propiedades ultranaturales de la sangre. En el cuerpo de los niños, donde la vida alborea, con lisonjeros de «inmanecer, es dónde se busca al chorro vital; el medicamento soberano. Aquella vida naciente, fresca, incontaminada, pasará al enfermizo y desgraciado organismo del sacrificador. La onda esplendente le reanimará. Y el supersticioso spaga en esa onda su sed sacrílega.

La civilización, nos dicen, se ha extendido; estamos en un siglo de prodigiosos adelantos. Y es muy cierto; sólo que, en las regiones inexploradas del alma, si registras despacio, no hallarás tanta diferencia entre edades y edades. Jack el Destripador surge en un foco de cultura, en Londres; pero en las aldeas de primitivo carácter, de Galicia, también se cree firmemente que las muñecas «de moza rubia y virgen» curarán todos los males, y en especial, los más repugnantes. De tal superstición se han ocupado, en la Composteia antigua, leyendas con mucho sabor y color.

Casi me atrevería á decir que, reprobando con horror el crimen de Avilés y deseando que informes posteriores lo desmientan, no veo en él sino una diferencia de grado, al compararlo con otras supersticiones que sobreviven, y tal vez no mueran nunca. Y, ya en el camino de las reflexiones desengañadas, hasta reconoceré que la superstición es cosa natural, sobre todo cuando no se posee ó una alta cultura filosófica ó una recia educación cristiana. Más ¿no tendría alta cultura filosófica D. Ramón de Campoamor? No le bastó para sentarse intrépidamente entre trece comensales. Bien sabemos que Napoleón consultaba á las adivinadoras y sibilas, y creía en sus predicciones. Y es que no somos nada; nada, sino un puñado de polvo, como dijo quien sabía verdades; y que estamos solos en el vasto mundo, solos dentro de la selva de nuestra conciencia ¡aunque nos rodee, como á D. Ramón, turba de admiradores, ó como al Corso, numerosos ejércitos...

La soledad interior es la que engendra los terrores de lo ignoto, lo que hace erizarse el pelo cuando pasa algo que anubula y ronda en las tinieblas» y se percibe el soplo del misterio y del destino...

Y cuanto que escribe esto una persona poco supersticiosa, que no ha tenido presentimientos, ni cree en espíritusmos ni hace girar veladores, sino en broma; que toma la superstición como juego y recreo imaginativo, sin atribuirles otro alcance. Respecto á esas conciencias y avisos de que muchos se jactan, puedo repetir con el poeta:

«En este valle y líquida laguna,
para decir verdad como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna.»

Lo cual no significa que no pueda sucederme un día á otro. Si, mi cabeza pudiera debilitarse, y los maestros que educaron mi cerebro, entre ellos el Benedictino padre Feijóo, tan debelador de supersticiones, se avergonzaban entonces de su alumna. Tanto más fácil sería que esto ocurriese, cuanto más me cautive el estudiar ese indestructible elemento, ese subsuelo moral de todas las razas, y reconozca la eterna ráfagabre que tiene en nosotros. ¡No le llamemos pues el pasado! El drama monstruoso del belardor de sangre de Avilés nos desmentiría.

La condesa de PARDO BAZAN

GLOSARIO

A un codiablado brevaje
contenido en el Mensaje
llama Romanones vino
al que el tiempo no hará ultraje
trocándole en cubo fino.

La expresión no ha sido fel
¡Demasiado sabe él...
que aunque se añe le consagre
en el fondo, hay mucha hiel
para que no se avinagre!

A la Empresa del «Metro»
han hecho una demanda
de cien mil pesetejas,
para limpiar de trabas
el rico expediente
que se goza en España.

La Empresa se ha negado.
De lo que se declara
que la Empresa de un metro
se empresa muy larga.

Un mirueño, emisario de la Intrusa,
ha cogido al ex Chico de la Rusa.
Y hay un corresponsal desconsertante
que en su despacho expresa
que la bolín al cabo no interesa
ni un órgano importante...
¡Pero vaya, señor,
si de interesa al bravo de Pastor!

CALAINOS



NIÑOS MOROS COMPRANDO BURUELOS EN UN ZOCO



EL EQUIPO DEL F. C. BARCELONA, QUE JUGO AYER CON EL MADRID
Fot. Marín y Ortiz.

EN MARRUECOS

TIROTEO EN MELILLA. UN OFICIAL MUERTO. HUNDIMIENTO EN UNAS CANTERAS. DOS SOLDADOS MUERTOS

En el Ministerio de la Guerra nos facilitaron ayer la noticia que sigue:

«Según telegrafía el comandante general de Melilla, el enemigo, en número de 200 individuos, agredió al servicio de Policía, delante de Dreh, número 2, teniendo única baja primer teniente de la Escala de Reserva, D. Miguel Rodríguez Galvez, muerto; y quebrando en lugar próximo, dos muertos del enemigo, que fué rechazado, después de dos horas de tiroteo.

Ey hundimiento en unas canteras próximas al cuartel Zoco de Melilla, causó la muerte de los soldados de Ingenieros Manuel Lorenzo Barrios y Manuel Lorenzo Moreno, que trabajaban en la extracción de piedra.»

CUATRO PALABRAS...

GABRIEL MIRO

La salida á la luz pública del segundo tomo de la obra inmortal «Figuras de la Pasión del Señor» y debida á la pluma de Gabriel Miró, suscita en mi ánimo el recuerdo de mi última estancia en Barcelona, durante el breve transcurso de la cual visité con todos los días al exquisito novelista, ocupado asiduamente en la elaboración de tal libro.

Era el principio del otoño. La frondosidad de los jardines del Tibidabo, frontero y muy cercano á la morada de Gabriel, empezaba á amarillear. La luz pacífica de la tarde había convertido ya su presencia inquieta, voluptuosa, de los días estivales, en una tristeza solemne, pensativa, y ponía en el sosiego despacho amueblado sencilla y algo austeramente, donde Gabriel me recibía, una grata apariencia de apostolado abacial.

El autor de «Oleza» descansaba, charlando, fumando, en la honda calma que me rodeaba...

Yo me encontraba en Barcelona de paso para mi Madrid, del que siempre me estoy marchando y al que estoy regresando siempre, y Gabriel me hablaba de nuestros amigos de la tierra, y quienes ya iba á ver en breve, como un fraile amable que en la paz del convento recordase á sus camaradas del siglo.

El siglo, para Gabriel Miró, el mundo de que vive apartado, en su retiro de la Bonanova, es ese mundo tan absurdo, tan horriblemente artificioso que constituyen el Ateneo, las Asociaciones de los periodistas, los académicos literarios, los comentarios de los teatros, las tertulias de algunas damas, y en el que la vida es generalmente diversión á ratos, á veces interesa; pero casi siempre vana, falsa y, en el fondo, triste.

Gabriel Miró, en su apartamiento, escribe libros como ese, verdaderamente publicado, de las «Figuras de la Pasión», que sobrevalen entre lo más bello de nuestra literatura actual.

Y sin beber ajenjo, sin emborracharse, sin murmurar, sin hacer otras cosas tan pretestuosas como esas, viviendo muy cerca de su madre, su mujer y sus hijas, es todo un artista.

JOSE PEREZ BOJART

CONTRA NUESTRA NEUTRALIDAD

Impertinencias Intolerables de la "Entente"

SIGUE LA BATUDA

PARIS, 21.—Siguen los periódicos comentando la crisis ministerial de España.

Del «Petit Journal»:

«Nadie de cuantos están al corriente de las cosas de España ignora que la camarilla de Berlín había jurado desembarazarse á toda costa del jefe del Gobierno que tomó el Poder al salir el señor Dato.

Cualesquiera que sean los intentos del señor Prieto y de sus colegas, estamos convencidos de que no corresponderán en el fondo, á los propósitos y ejemplos de la diplomacia germana.

España neutral cuando á las naciones ya agrupadas contra Alemania, vimos á añadirse los Estados Unidos, el Brasil, las Repúblicas centrales, y pronto se sumará la América, constituye una paradoja.

Y yo me pregunto—dice el articulista—esa gran nación en que la civilización latina se extravió más gloriosamente al Nuevo Mundo y que pretende ser neutral en conservar en situación en medio de los pueblos en guerra; ¿cuánto tiempo podrá aún permanecer en medio de una crisis en que el mundo latino se yergue todo él contra su enemigo hereditario y mortal?

Del «Figaro»:

«El marqués de Alhucemas, ya á cruzar un mantenimiento de la política de neutralidad, política que Romanones no juzgaba compatible con los intereses de España.

No es probable que el nuevo presidente preserve mucho tiempo en tal empeño. Tiene mucha experiencia y no ha de tardar en advertir que ya no es posible á una potencia, que no está obligada á ello por su situación geográfica, aceptar actos contra los países protegidos su gobierno pasado; la confusión á que llegó en seguida anteayer, que sigue siendo en algo, no tardará en imponerse también al nuevo presidente.»

De «La Action Francesa»:

«El mensaje de despedida de Romanones no es mensaje de adiós. Parece difícil que no se vuelva á ver en el poder algún día al señor de una magnífica página. De todos modos, es idea vivida, para contar con el porvenir.

EN CHINA

ARMAMENTO DE LOS BUQUES MERCANTES

LONDRES 21.—«El Eco de China» anuncia desde Tokio que las Compañías de navegación japonesas han decidido armar sus barcos de comercio que hacen el servicio de Europa, de América y del Africa Austral. Dichos barcos son 27. El mismo periódico dice que el Gobierno chino ha resuelto reorganizar el ejército en 35 divisiones y 35 brigadas mixtas.

El Gobierno chino va á dividir la flota china en seis escuadras.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

Escarlata

Otra vez, desde las profundidades abismáticas de lo ancestral, surge el rito de la sangre y la afirmación de sus virtudes maravillosas.

En pocos años, en España, dos horrendos crímenes han revelado la fuerza de tal convicción, albergada en los senos del humano instinto; en pocos años, dos criaturas han sido sangradas a cuchillo (cual si estuviésemos en los tiempos del señor Gil de Retz, alias «Barba Azul») y el licor de sus venas, bebido con avidez, incorporado a otra vida, como soberano remedio. ¿De dónde procedería, en las edades sin historia, la creencia acérrima en las propiedades curativas de la sangre? Grosera anticipación de lo que luego se hizo en medicina, al trasfundir de venas pletóricas a venas exhaustas el vigor necesario; siempre esa creencia dormitó cual agazapada sierpe, unida a otras muy análogas, de las cuales la ciencia ha encontrado testimonios en las cavernas y paraderos, primeros asilos de la que Dante llamó, con la energía habitual de sus terzinas, «la mala casta de Adán». Por el agujero de los cráneos trepanados, salía el seso de los vencidos, e iba a sumarse al de los vencedores y acrecentar su potencia.

También la médula de los huesos encerraba el valor guerrero, transmisible al que le hacía morder el polvo. Y hasta la cabellera, arrancada y colgada de la silla, era un trofeo, y a la vez un amuleto.

Porque no hay en ello duda: criminales como el de Avilés y los de Gador obedecen a tradicionales sugestiones, a un sedimento que se remueve, y cuya fecha y origen ignoran. Y tal sedimento influye, hasta en los individuos superiores por su inteligencia. Jamás olvido el día, por mejor decir, la noche, en que D. Ramón de Campoamor, invitado a comer en Lhardy por el doctor Fastenrath, con otros literatos, no quiso sentarse a la mesa («a la mesa», fíjense, y no «en la mesa», como ahora dan en decir), porque éramos trece. Y mientras no arreglamos, un «Monsieur quatorziéme», siguió el irónico y escéptico autor de las «Doloras» arrinconado en un ángulo de la sala, a la mayor distancia posible de la mesa susodicha. La superstición, en cualquier forma, es algo connatural al hombre. Superstición y magia: esto encontraréis en el fondo de la psicología y de la historia de los pueblos.

Suponían los aztecas que el heroísmo residía en el corazón, y, como prenda de triunfo y homenaje a sus Dioses (que eran figura y habitáculo del demonio, según nos dejaron dicho los primeros cronistas y conquistadores españoles), abrían el pecho del prisionero, con la cuchilla del pedernal, sobre la ritual piedra, haciendo prender la cabeza y los pies de la víctima, para que el esternón sobresaliese, y facilitase la operación cruenta, y extraían el corazón, palpitante aún, que, presentado al feroz Colibrí en un platillo, seguía aún contrayéndose por espacio de algunos segundos. Y cada corazón suponía una victoria sobre los enemigos del gran Imperio, y solo por

cosechar corazones, y no por extender territorios ni abrirse mercados, se guerreaba sin cesar en aquellas regiones del nuevo Continente.

De las cualidades de la sangre, de su poder redentor, encontramos la más calurosa apología en los escritos del conde de Maistre. Interpretación todavía materialista de las viejas creencias, tantos siglos después de que la «Voz» divina las conjuró en la Cena sacra, convirtiendo en sacrificio incruento el cruentísimo de las edades que venía a transformar.

«Esta es mi sangre» declaró, mientras bendecía y transubstanciaba el jugo de la vid. siempre la sangre redentora: siempre la virtud de la sangre. Pero por el amor; por la fe. La fe animosa, afirmando lo que no ha visto. Vencida la materia…

Abraham, alzando el cuchillo sobre su hijo para degollarle sobre el ara, y el Señor, ordenándole que reemplace al mocete por un cordero, anuncian ya otro sacrificio, más puro y misericordioso todavía. ¿Qué eran los sacrificios humanos, rito casi universal, sino la afirmación de la creencia en la eficacia de la sangre? Para propiciar a los Dioses y obtener vientos favorables a la escuadra griega; para obtener la victoria naval de Salamina, no bastaba sangre de toros y cabritos: era necesaria la víctima noble. Y nosotros, los cristianos, venimos al mundo redimidos de tal barbarie; pero desechar por completo la superstición de la sangre, no nos fue dado. ¿No habéis oído hablar de lavar con sangre las ofensas, el honor, tantas cosas? Es que la sangre todavía conserva su aureola soberana tanto en lo espiritual como en lo físico. Y, de tiempo en tiempo, allá en lo obscuro, en los senos de la subconsciencia, en las sombrías espeluncas de la voluntad y del instinto, surge la imperiosa afirmación de las propiedades ultranaturales de la sangre. En el cuerpo de los niños donde la vida alborea con limpideces de amanecer, es donde se busca al chorro vital; el medicamento soberano. Aquella vida naciente, fresca, incontaminada, pasará al enfermizo y desgastado organismo del sacrificador. La onda caliente le reanimará. Y el supersticioso apaga en esa onda su sed sacrílega.

La civilización, nos dicen, se ha extendido; estamos en un siglo de prodigiosos adelantos. Y es muy cierto; solo que, en las regiones inexploradas del alma, si registráis despacio, no hallaréis tanta diferencia entre edades y edades. Jack el Destripador surge en un foco de cultura, en Londres; pero en las aldeas de primitivo carácter, de Galicia, también se creía firmemente que las mantecas «de moza rubia y virgen» curaban todos los males, y en especial, los más repulsivos. De tal superstición se han forjado, en la Compostela antigua, leyendas con mucho sabor y color.

Casi me atrevería a decir que, reprobando con horror el crimen de Avilés y deseando que informes posteriores lo desmientan, no veo en él sino una diferencia de grado, al compararlo con otras supersticiones que sobreviven, y tal vez no mueran nunca. Y, ya en el camino de las reflexiones desengañadas, hasta reconoceré que la superstición es cosa natural, sobre todo cuando no se posee o una alta cultura

filosófica o una recia educación cristiana. Más ¿no tendría alta cultura filosófica D. Ramón de Campoamor? No le bastó para sentarse intrépidamente entre trece comensales. Bien sabemos que Napoleón consultaba a las adivinadoras y sibilas, y creía en sus predicciones. Y es que no somos nada; nada, sino un puñado de polvo, como dijo quien sabía verdades; y que estamos solos en el vasto mundo, solos dentro de la selva de nuestra conciencia, aunque nos rodee, como a D. Ramón turba de admiradores, o como al Corso, numerosos ejércitos…

La soledad interior es la que engendra los terrores de lo ignoto, lo que hace erizarse el pelo cuando pasa «lo que ambula y ronda en las tinieblas» y se percibe el soplo del misterio y del destino…

Y conste que escribe esto una persona poco supersticiosa, que no ha tenido presentimientos, ni cree en espiritismos, ni hace girar veladores, sino en broma; que toma la superstición como un juego y recreo imaginativo, sin atribuirles otro alcance. Respecto a esas coincidencias y avisos de que muchos se jactan, puedo repetir con el poeta:

«En este valle y líquida laguna,
para decir verdad como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna.»

Lo cual no significa que no pueda sucederme un día u otro. Sí mi cabeza pudiera debilitarse, y los maestros que educaron mi cerebro, entre ellos el Benedictino padre Feijóo, tan debelador de supersticiones, se avergonzarían entonces de su alumna. Tanto más fácil sería que esto ocurriese, cuanto más me cautive el estudiar ese indestructible elemento, ese subsuelo moral de todas las razas, y reconozca la eterna raigambre que tiene en nosotros.

¡No le llamemos pues el pasado! El drama monstruoso del bebedor de sangre de Avilés nos desmentiría.

La condesa de PARDO BAZÁN.

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 180. Domingo 22 de Abril de 1917. Pp. 1-2.

PÁGINA 2 **LA NACION**

Sumario de este número

PAGINA PRIMERA: Comentarios, por don Luis López Ballesteros. Caricatura, de López Rubio. Glosario, por Calsinos.—PAGINA SEGUNDA: Niñerías, por la condesa de Pardo Bazán. Arte, por Federico García Sanchiz.—PAGINA TERCERA: Después del discurso de Maura. Política interior. PAGINA CUARTA: Prensa extranjera El Ayuntamiento. Vida palatina.—PAGINA QUINTA: Vida deportiva. Vida escénica. Concierto Bousotti. Mundo taurino. Entierro de la señora de Villalba.—PACINAS SEXTA Y SEPTIMA: Guerra. Impresión diaria, por el coronel Trillo. Informaciones de todos los frentes. La revolución Rusa. El bloqueo.—PACINA OCTAVA: Hoja agrícola. Algo sobre abonos, por Ramón Nadales. Agricultura, por Javier Cabezas. El primero de Mayo.—PACINA NOVENA: Ultima hora.—PACINA DECIMA: Panorama de Madrid. Las provincias españolas.—PACINA ONCE: Guerra y Marina. Sumario de la «Gaceta». La Bolsa.

Niñerías

No andarán ustedes tan atrasados de noticias que no haya llegado á sus oídos lo que se cuenta de los prodigios del Niño Dios ó Nazareno de Arganda. La Prensa los empezado á propalarlos, y, á estas horas, en todas urbes, en retiradas caseríos, en donde los humildes se cobijan, sedientos de albores y de conmuciones con lo infinito, se soñará con esa figurilla devota, por medio de la cual el Cielo se pone en contacto con la tierra.

Yo encuentro encantadores á los Niños Dioses, vistan ó no de Nazarenos. No hay culto más simpático que el de la Divina Infancia. Niños Jesuses y Sanjuancos han inspirado á nuestros artistas del pulillo y de la gubia, creaciones encantadoras. Porque el Niño Dios que me interesa, no es el de mármol ó alabastro, sino el de madera, el nutrido de palo, de genuino estilo español; y me gusta más vestido; con sus rojajes de terciopelo, reso ó tiso, su cordón de oro ceñido al talle, su camisita fina de lino, orlada de puntilla angosta, con su pelusa de rizos cubos ó de negros mechones, y, en la mano, argentado globo, y, en torno de la cabeza, las tres potencias, de plata y pedrería.

Adorables niñitos que sonríen como exclamando «tarde ó temprano, mío será el mundo», como si desentendiesen al espíritu de burla y negación que lo posee, y al espíritu de destrucción y odio que lo está anquilando. Niñitos que son un símbolo de la concordia y de la paz, de la piedad eterna, y que proclaman, por encima de las severidades de los ascetismos, la efusión tierna y dulce de las cosas familiares. ¿Habeis reparado en el sentimiento que revelan los rostros de los Santos que aparecen llevando en brazos á Jesús infante? ¿Los San Antonios, los San Josés? No es el éxtasis arrebatado, no es la fe ardorosa, no es el arrobo de las perspectivas celestes, entrevistas, no es el terror, en que se abisma el alma contemplando el gran Misterio del más allá. No: no es nada de eso lo que sonríe en la rasurada faz de Antonio de Belhem, el taumaturgo, ni entre las barbas bellamente españolas, de cálido tono morellesco, de José el de la vara florida. Es sencillamente la miel de la humana ternura, el hechizo peculiar de la niñez que reinuevo el sedimento de la paternidad posible; es algo que todo hombre nacido de mujer siente en sus entrañas, si no son de bronce. Y así, el Niño es el puente por el cual el amor humano comunica con el celestial, como las elegías de las Dolorosas son lo que une á la maternidad con la fe, dando calor de corazón al drama religioso. Niños Dioses y Dolorosas con uno ó con siete puñales, son lo más artístico y lo más sentimental que ha producido el fervor de España, acaso tras Abajo como florado Jerez, y siempre convendrá reproducir, con su carácter castizo, esas imágenes bíblicas ó trágicas, llenas de sentido, de emoción.

Viniendo al Jesusito de Arganda... No he ido allí á adquirir el convencimiento por el método de Santo Tomás: y, lo he ido, porque se me fué ra que puedo ahorrarme el viaje y la fatiga de la jornada, y la situación embarazosa en que se encuentra el que no se convence de algo que le quieren demostrar.

No me figuro que nadie emplease conmigo el sistema que en un período de revueltas políticas se empleó con cierto escéptico que se empeñaba en no ver lo que una muchedumbre aseguraba que veía en el cielo: una cruz luminosa, símbolo de que creerán ustedes?, ¡de la Constitución! El pobre hombre repetía:

—Pero, ¿dónde está? ¡No la veo, señores!

Y el más próximo, le descargó tremenda bofetada, preguntando:

—¿Y ahora, la ves?

—Sí, sí, allí está!, clamó el perseguidor...

Sin recelar el uso de argumentos tan convincentes, es siempre peligroso, y hasta tiene algo de ingrato y antipático, ir á negar lo que otros creen, ó haber de darse por persuadido ,no estándolo en realidad, y respetando la providencia que haya de tomar el venerable señor obispo de la diócesis en tan delicado punto, he de confesar que no han llevado el menor convencimiento á mi ánimo los hechos prodigiosos que se refieren del Niño arganderío, y que conozco, no sólo por los diarios, sino por referencias de personas que han ido á visitar á la imagen.

¿Será una de las razones de mi incredulidad, en este punto concreto, el que la elgie, según noticias, es tosca y mal configurada? Pudiera esto influir en mí, porque cuando algo se tiene de artista, el camino que nos lleva á la fe es muchas veces la belleza. Pintores, escultores, arquitectos, imagineros, tallistas, esmaltistas, plateros, cinceladores, labradores de tapices, arabacheros y marmoristas, tejedores de ricos damascos y brocados, bordadores de ropajes que deslumbran, ¿cuánto habéis hecho para despostar á nuestro espíritu con la idea religiosa, y para crear el mundo encantado en que nuestra sensibilidad estética se funde estrechamente con la sensibilidad, más íntima aún, de los que nos transmitieron tales normas de sentimiento y hermosura? Hemos venido á tiempos en que la belleza artística emigra al cerrado recinto de los palacios de los ricos, y abandona ese otro recinto abierto de monasterios, iglesias y catedrales, en que su fruición era patrimonio de todos, y ningún plutócrata podía jactarse de poseer las riquezas artísticas que el hombre del pueblo, con los ojos gozaba inconscientemente. Reconozco que si el Niño de Arganda fuese obra prima de Berruguete ó de Alonso Cano, tendría más probabilidades de interesarme. Con todo, siempre este género de milagros que se le atribuyen me parecería inocente y asaz pueril.

En esta horrible hora de tragedia que nos ha tocado atravesar, me cuesta trabajo explicarme qué objeto llenan, ni como edificación, ni como aviso, ni como promesa, ni como amenaza de castigo justo, esos malabarismos de andar pasando una estampita de un brazo á un hombro, y una cruz de un hombro al otro, ó á la falda de la túnica. Son poderío evitar, me acuerdo del sabio Benedictino, padre Feijóo y de su campaña contra los milagros supuestos, contra las célebres flores de San Luis. Todos los pelígros que el gran crítico señaló en sus artículos brosos, de periodista sabio, me vienen á la memoria. La misma piedad, la misma dirección, protestan enérgicamente contra los conatos de supercheria. La Iglesia ha trabajado mucho para depurar tales conceptos, y perseguir los falsos milagros y las falsas reliquias.

En todo tiempo, tal cisaña ha crecido alrededor del árbol poderoso de la fe. Son los milagros supuestos como las herejías: nacen de la exuberancia religiosa. He ahí porqué el padre de la Iglesia dijo: «conviene que haya herejes», por que prueban lo mismo que quieren negar. En esto veo la excesa mejor sobrezala para los milagros, que no me convencen, del Niño arganderío. Existe un ansia de consuelo, y una sed devoradora de algo que vaya más allá de la ordinaria prosa de la vida, diaria, sin horizontes, monótona, reclusa en un pueblecillo. El hombre huye del tedio por cualquier puerta que se le abra, y si no hay puertas, por las tendijas. Lo apocaliptico y lo horror que llega hasta nosotros en letra de molde, en grábados; esa especie de Juicio final, de nuevo diluvio de sangre, prepara á las almas á que abran sus corolas á esperanzas obscuras, á promesas indefinidas. En épocas terribles, el creyente lo es con más fuerza, con más abandono. La figurilla de palo lora, humedece los pañuelos que se acercan á su rostro mal tallado.

¡Es tan natural! ¡No ha de llorar el Nene, ante el espectáculo impío de las matanzas y los incendios, la ruina, la crueldad, la muerte que pasa hollando humanos troncos! El Nene se arrueda de que nació por todos los hombres, y por todos fué envuelto en pañales, y por todos rebalió esa cuna dulce, enternecedora, conque el recien nacido pide su sustento. Y así, llora por todos, como hubo de llorar ya en la edad viril, sobre las tristezas sobre la triste grey por ellas representada. Al menos, en el conjunto de los milagros atribuidos al Nazareno, uno hay que comprendemos, que nos parece simbólico, en este instante: las lágrimas...

Tentados estamos á pedirle que llore, en efecto, y que con el llorar los elgies, cuantos pueblan nuestros templos y son tutelares de nuestras casas. ¡¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!» Pero tampoco las lágrimas son ahora cosa que se lleve mucho. El mundo se ha vuelto estóico, imposible.

Reclamo, siquiera para los pequeñuelos Jesuses, el derecho á llorar, en esta hora...

La condesa de PARDO BAZAN

ARTE

Enrique de Ochoa



Cuando á lo largo de nuestras excursiones, en mitad inofrecidable de los hornos de cerámica que hay en cierto pueblecillo valenciano, al ver la fauna y la flora interminables y bellas, conque decoran los platos unas muchachas laboriosas que no saben pintar, ni leer, ni nada, nos preguntábamos con una delirosa inquietud:

—¿Qué tesoro hondrás en el alma estas amables hembrucas, que maravilloso jardín no florecerá en su espíritu, para que espontáneamente, surjan de su pincel los paisajes azules y dorados que tu combinaria con más encanto un poeta sutil?

Ante los dibujos de Enrique de Ochoa, vuelve á asaltarnos una parecida curiosidad. Este adolescente moreno y pálido, de mirada inocua y ambarina, el pelo en desorden, y siempre cerrada la boca, ¿de qué voluptuoso martirio sueña la víctima envidiable? El arte de Enrique de Ochoa, está compuesto por cristales irisados y distantes, por piedras preciosas, por la sobre, por la nostalgia, por la literatura, por la obsesión de un recuerdo maligno y encantador, por estos pájaros del Oriente, por las supremas sensualidades imposibles. Como las imágenes ideadas por Ochoa, así deben de ser las tentaciones en la fantasía insana y alucinada de los anacoretas que fueron antes grandes señores.

Se pueden marcar tres tendencias en la obra de Enrique de Ochoa, aunque se fusionen en la homogeneidad de su regusto, como en el naranjo vemos que simultanea la flor, la hoja y los pimpollos de fuego. Forman el trebol, los retratos de hombre, las telas femeniles, las composiciones arbitrarias y exquisitas. Enrique de Ochoa se esfuerza tenazmente en dar misterio á la cabeza varonil, en infundirle una gravedad profunda y transparente, con la trasparencia de las aguas negras de un estanque que reflejan los lirios en su fondo. En cuanto á las novias y las princesas encantadas por la magia de nuestro artista, son como vírgenes del mal. Es curioso observar como Ochoa busca siempre aromáticos, delicada y sitiosa, y en una muy especial buen y consigue la aberración expresiva y morbosa. Sus per-



M. Alhambra. Manuel Palacios.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

Niñerías

No andarán ustedes tan atrasados de noticias que no haya llegado a sus oídos lo que se cuenta de los prodigios del Niño Dios o Nazarenito de Arganda. La prensa ha empezado a propagarlos, y, a estas horas, en viejas urbes, en retirados caseríos, en donde los humildes se cobijan, sedientos de albores y de comunicación con lo infinito, se soñará con esa figurilla devota, por medio de la cual el Cielo se pone en contacto con la tierra.

Yo encuentro encantadores a los Niños Dioses, vistan o no de Nazarenos. No hay culto más simpático que el de la Divina Infancia. Niños Jesuses y Sanjuanicos han inspirado a nuestros artistas del palillo y de la gubia, creaciones encantadoras. Porque el Niño Dios que me interesa, no es el de mármol o alabastro, sino el de madera, el santito de palo, de genuino estilo español; y me gusta más vestido, con sus ropajes de terciopelo, raso o tisú, su cordón de oro ceñido al talle, su camisita fina de lino, orlada de puntilla angosta, con su peluca de rizos rubios o de negros mechones, y, en la mano, argentado globo, y, en torno de la cabeza, las tres potencias, de plata y pedrería.

Adorables niñitos que sonríen como exclamando «tarde o temprano mío será el mundo», como si desmintiese al espíritu de burla y negación que lo posee, y al espíritu de destrucción y odio que lo está aniquilando. Niñitos que son un símbolo de la concordia y de la paz, de la piedad eterna, y que proclaman, por encima de las severidades de los ascetismos, la efusión tierna y dulce de las cosas familiares. ¿Habéis reparado en el sentimiento que revelan los rostros de los Santos que aparecen llevando en brazos a Jesús infante? ¿Los San Antonios, los San Josés? No es el éxtasis arrebatado, no es la fe ardorosa, no es el arrobo de las perspectivas celestes entrevistas, no es el terror en que se abisma el alma contemplando el gran Misterio del más allá. No; no es nada de eso lo que sonríe en la rasurada faz de Antonio de Bulhoes, el dramaturgo, ni entre las barbas bellamente españolas, de cálido tono amarillesco, de José el de la barba florida. Es sencillamente la miel de la humana ternura, el hechizo peculiar de la niñez que remueve el sedimento de la paternidad posible; es algo que todo hombre nacido de mujer siente en sus entrañas, si no son de bronce. Y así, el Niño es el puente por el cual el amor humano comunica con el celestial, como las efigies de las Dolorosas son lo que une a la maternidad con la fe, dando calor de corazón al drama religioso. Niños Dioses y Dolorosas con uno o con siete puñales, son lo más artístico y lo más sentimental que ha producido el fervor de España, ardiente y añejo como dorado jerez, y siempre convendrá reproducir, con su carácter castizo, esas imágenes idílicas o trágicas, llenas de sentido, de emoción.

Viniendo al Jesucristo de Arganda… No he ido allí a adquirir el convencimiento por el método de Santo Tomás; y no he ido, porque se me figura que puedo ahorrarme

el viaje y la fatiga de la jornada, y la situación embarazosa en que se encuentra el que no se convence de algo que le quieren demostrar.

No me figuro que nadie emplease conmigo el sistema que en un período de revueltas políticas se empleó con cierto escéptico que se empeñaba en no ver lo que una muchedumbre aseguraba que veía en el cielo: una cruz luminosa, símbolo ¿de qué creerán ustedes?, ¡de la Constitución! El pobre hombre repetía:

–Pero, ¿dónde está? ¡No la veo, señores!

Y el más próximo, le descargó tremenda bofetada preguntando:

–¿Y ahora, la ves?

–¡Sí, sí, allí está!, clamó él, persuadido…

Sin recelar el uso de argumentos tan convincentes, es siempre peligroso, y hasta tiene algo de ingrato y antipático, ir a negar lo que otros creen, o darse por persuadido, no estándolo en realidad; y respetando la providencia que haya de tomar el venerable señor obispo de la diócesis en tan delicado punto, he de confesar que no han llevado el menor convencimiento a mi ánimo los hechos prodigiosos que se refieren del Niño argandeño, y que conozco, no solo por los diarios, sino por referencias de personas que han ido a visitar a la imagen.

¿Será una de las razones de mi incredulidad, en este punto concreto, el que la efigie, según noticias, es tosca y mal configurada? Pudiera esto influir en mí, porque cuando algo se tiene de artista, el camino que nos lleva a la fe es muchas veces la belleza. Pintores, escultores, arquitectos, imagineros, tallistas, esmaltistas, plateros, cinceladores, labranderos de tapices, azabacheros y marfileros, tejedores de ricos damascos y brocados, bordadores de ropajes que deslumbran, ¡cuánto habéis hecho para desposar a nuestro espíritu con la idea religiosa, y para crear el mundo encantado en que nuestra sensibilidad estética se funde estrechamente con la sensibilidad, más íntima aún, de los que nos transmitieron tales normas de sentimiento y hermosura! Hemos venido a tiempos en que la belleza artística emigra al cerrado recinto de los palacios de los ricos, y abandona ese otro recinto abierto de monasterios, iglesias y catedrales, en que su fruición era patrimonio de todos, y ningún plutócrata podía jactarse de poseer las riquezas artísticas que el hombre del pueblo, con los ojos gozaba inconscientemente. Reconozco que si el Niño de Arganda fuese obra prima de Berruguete o de Alonso Cano, tendría más probabilidades de interesarme. Con todo, siempre este género de milagros que se le atribuyen me parecería inocente y asaz pueril.

En esta horrible hora de tragedia que nos ha tocado atravesar, me cuesta trabajo explicarme qué objeto llenan, ni como edificación, ni como aviso, ni como promesa, ni como amenaza de castigo justo, esos malabarismos de andar pasando una estampita de un brazo a un hombro, y una cruz de un hombro al otro, o a la falda de la túnica. Sin poderlo evitar, me acuerdo del sabio Benedictino, padre Feijóo y de su

campaña contra los milagros supuestos, contra las célebres flores de San Luis. Todos los peligros que el gran crítico señaló en sus artículos briosos, de periodista sabio, me vienen a la memoria. La misma piedad, la misma devoción, protestan enérgicamente contra los conatos de superchería. La iglesia ha trabajado mucho para depurar tales conceptos, y perseguir los falsos milagros y las falsas reliquias.

En todo el tiempo, tal cizaña ha crecido alrededor del árbol poderoso de la fe. Son los milagros supuestos como las herejías: nacen de la exuberancia religiosa. He ahí por qué el padre de la iglesia dijo: «conviene que haya herejes», por que prueban lo mismo que quieren negar. En esto veo la excusa mejor aderezada para los milagros, que no me convencen, del Niño argandeño. Existe un ansia de consuelo, y una sed devoradora de algo que vaya más allá de la ordinaria prosa de la vida, diaria, sin horizontes, monótona, reclusa en un pueblecillo. El hombre huye del tedio por cualquier puerta que se le abra, y si no hay puertas, por las rendijas. Lo apocalíptico del horror que llega hasta nosotros en letra de molde, en gráficos; esa especie de Juicio final, de nuevo diluvio de sangre, prepara a las almas a que abran sus corolas a esperanzas obscuras, a promesas indefinidas. En épocas terribles, el creyente lo es con más fuerza, con más abandono. La figurilla de palo llora, humedece los pañuelos que se acercan a su rostro mal tallado…

¡Es tan natural! ¡No ha de llorar el Nene, ante el espectáculo impío de las matanzas y los incendios, la ruina, la crueldad, la muerte que pasa hallando humanos troncos! El Nene se acuerda de que nació por todos los hombres, y por todos fue envuelto en pañales, y por todos exhaló esa queja dulce, enternecedora, con que el recién nacido pide su sustento.

Y así, llora por todos, como hubo de llorar ya en la edad viril, sobre las turbas, sobre la triste grey por ellas representada. Al menos, en el conjunto de los milagros atribuidos al Nazarenito, uno hay que comprender, que nos parece simbólico, en ese instante: las lágrimas…

Tentados estamos a pedirle que llore, en efecto, y que con él lloren las efigies, cuantas pueblan nuestros templos y son tutelares de nuestras casas. «¡Salid sin duelo, lágrimas, corriendo!» Pero tampoco las lágrimas son ahora cosa que se lleve mucho. El mundo se ha vuelto estoico, impasible…

Reclamo, siquiera para los pequeñuelos Jesuses, el derecho a llorar, en esta hora…

La condesa de PARDO BAZÁN.

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 189. Martes 1 de Mayo de 1917. P. 2.

MADRID.—Año II.—Núm. 195. 5 céntimos. Lunes 7 de Mayo de 1917

LA NACION

Director-Fundador EL MARQUÉS DE POLAVIEJA — DIARIO DE LA MAÑANA — Sub-Director JUAN PUJOL

Redacción y Administración: San Lorenzo, núm. 10 — Gerente: FELIX AGUILERA — Un mes, 1,50 pesetas. Provincias: trimestre, 5 pesetas. Extranjero: seis meses, 28 pesetas.

ESPAÑA EN AMERICA

El pasado y el presente

Insistamos.

Dicen algunos escritores aliados y simpatizantes que España cayera lejos con la América latina. (España se debe decir) eran ya muy débiles, se encuentra en trance de suspender por completo sus relaciones de declaración de guerra contra Alemania hecha por los Estados Unidos y algunas pequeñas repúblicas americanas. La solidaridad hispana que nos recomienda, prenle sabio á la vista que sólo aprovecha á los aliados? En cuanto á España hacen ya que sopesan los que nos acusan, la guerra, que los lazos que nos unían con la América española eran débiles desde la gran separación de 1810; pero que desde aquella época se han fortalecido cada vez más, habiendo contribuido á ello el gran contingente emigratorio español que se ha dirigido hacia América, y por otra parte, la difusión de la producción cultural española en América y el tiempo; el tiempo que, apaciguando las pasiones, ha hecho resplandecer la verdad de la colonización española, tinaber de piedra asaz y todo brillante de nuestra Historia. Los lazos entre España y América, en vez de debilitarse se han ido estrechando con el transcurso de los consabidos cuatro siglos. La leyenda de la tiranía española ha sido obra del odio, no de la verdad; así lo prueban los mismos publicistas americanos en cuanto de los escritores extranjeros que han puesto empeño evidente en desacreditarnos como colonizadores.

Bien podría yo citar, en confirmación de mis asertos, los profundos trabajos de nuestro gran Carracido, el actual rector de la Universidad Central, sobre la literatura científica hispanoamericana, y el Pedro José de Acosta; pero quiero prescindir de testimonios españoles y sólo añadir las juicios de los hispanoamericanos. ¿Qué dicen éstos? Veámoslo.

El mejicano Agustín Aragón, escribe: «Europa piensa y nos engaña la emisión á el olvido de todo lo que hacía á nuestra civilización y como vemos los indiendo tanto como cuando los yanquis prepararon su agresión brutal á España, encarnizándola y falseando á la verdad». Una civilización debe apreciarse, no por las estadísticas de sus importaciones y exportaciones, sino por su influjo en los destinos humanos; y los españoles pobladores la tierra con sus hijos, con su trabajo y con su sangre. En el balance que hace el escritor hispanoamericano de la contribución cultural de España en América, ¿qué mejor prueba del origen de los lazos que unen á ambos grandes pueblos. Lo que así es fuerza solo puede desaparecer si el vulgarismo cultural falta, si algún día desaparecido la fisonomía peculiar y pero no la espiritual.

Mientras los españoles realizaban el inmenso esfuerzo de extender su cultura en América y estudiar el nuevo continente, ¿qué hacían otros europeos? Aguilar Argón confiesa: «Cuando España fomentaba la cultura científica en América, Francia é Inglaterra protegían la piratería en el mismo continente y premiaban á los más insignes marinos. Sagrado todo objeto de crueldades, vejaciones, ultrajes, torturas, crueldad cometieron los filibusteros franceses é ingleses con sus pobladores en todas las Antillas, y la agonía continuaba y consoderaba sus propios soberanos. El inglés Cavendish, el francés Lozier, traidor al español la obra titulada «A New Voyage and Description of the Isthmus of America» (1698), escrita por el cirujano inglés y pirata Lionel Wafer. Este libro es tan importante desde el punto de vista de la historia, de los mismos ingleses mismos, que ha sido traducido también al francés, al alemán, y al sueco. Wafer fué de la mano de Francis Dampier, Hawkins, Morgan y Drake. El distinguido traductor inglés completa su obra con un estudio muy relativo á las hazañas de los mencionados ingleses, de los filibusteros franceses y de los «Hermanos de la Costa», que guarecidos en Santa Domingo y en la Isla de la Tortuga, infestaban el mar de las Antillas y sus contornos en el siglo XVII. Estos actos de piratería—dice Restrepo—eran autorizados por dos grandes naciones, bajo cuya protección se ejercitaban: Inglaterra y Francia; pues los gobernadores de Jamaica y de la isla francesa de la isla de Santo Domingo les daban comisiones y patentes.»

Siguiendo, el escritor mejicano:

Jean Bernard Desjeau, barón de Pointis, es invasor y ladrón de Cartagena de Indias (8 de Mayo de 1697), donde cogió inmenso botín. Fue protegido del Rey de Francia. Nunca un filibustero en el libro llamado «Botanica de Fernandina de Cherbourg», 1666. Sujetos al Rey de Francia y protegidos asimismo de este Monarca, fueron los compañeros de Pointis, el famoso bordo.

William Dampier fué un astuto pirata durante veintitrés años en las costas occidentales de América, y protegido por su Gobierno, Sir Francis Drake, el más célebre y conocido de los piratas ingleses de profesión, fué nombrado caballero por la Reina Isabel de Inglaterra en el propio barco del corsario, y la misma Reina le confió el mando de importantísimas expediciones de despojo. Murió en las aguas de Puerto Rico, al intentar un asalto. Fue miembro del Parlamento Sir John Hawkins, fué compañero de Drake y pirata, además. Son biógrafos dicen que algunos nobles compatriotas suyos de la misma Reina Isabel de Inglaterra tomaron participación en las ganancias de ese comercio inmoral que se realizaba con violación de la ley española. Estero en Veracruz á ver qué robaba, y lo robó español lo sabe, haciéndole perder la mejor parte de sus bienes. Se le prendió sombrío, debe tesorero del Almirantazgo inglés y llamándole «caballero». El más conspicuo de estos forajidos, sir Henry Morgan, saqueó varias ciudades de Cuba, y también Porto Rello, Maracaibo, Panamá y otras muchas poblaciones. El saqueo de Panamá, de Enero de 1671, le produjo un botín de millón y medio de pesos. En todas partes se condujo como hombre cruel y sanguinario. Su Patria le condecoró con el título de caballero, y nombrado comisionado en el Almirantazgo por su Rey y señor, Carlos II.

Lo que sigue? Muchos historiadores compatriotas de esos mismos piratas reconocen esas hazañas vandálicas realizadas á los colonizadores españoles los insultos juicios que debían de haber aplicado á aquellos bandidos del mar buscadores del oro ajeno. Pero por más falseadores que puedan ofender á la augusta majestad de la Historia, siempre bastará un pequeño trapo de luz para poder presentar en el día de esté la verdad, y con las mentiras que mientras los lazos de la fuerza que unían á España con sus colonias se rompieron, los lazos del espíritu que supieron cultivar, se eternizan y nos enseñan el camino á seguir para fortalecerlos más más. Pensar que alcanzado á Alemania cobrarían mayor ascendiente en el alma de América, es lo mismo que resultar las precedimientos de los Drake y de los Morgan que apostrofaríamos recordando un escritor mejicano y un colombiano como Aragón y Restrepo. La verdad en hará libres, dice el pasaje evangélico. Con la cultura, que es verdad, hacemos (la emancipación de los españoles en América preparando así la política consecuencia de la emancipación política. Sigamos con la verdad que propugna la unión, y venceré en el porvenir.

Fausto GAY.



Central... Comunicación con John Bull... digá, usted, aquí se hace lo que se puede ¿sabe usted? Pero estamos cada día más expuestos á que nos corten el hilo... —(El del teléfono.—No. El de la existencia.

NUESTROS COLABORADORES

Cavilando

Voy á hacer algunas observaciones sobre la precocidad, sin referirme á nada actual, porque soy amiga de decir á todo el mundo la acera, el sol y el margen. Entiéndase pues que cuanto digo es genérico, no va con nadie especialmente.

La precocidad y su culto son un signo nacional. En España se marca la precocidad donde menos debiera marcarse. Habida cuenta de las prescripciones de la higiene; en fumar, en el bañeo, en el pronto de negrear, de tener novio, en la mujer. A compás de estas aspiraciones, va la idea del atractivo de la mujer, restringido á los años en que la adolescencia palpita en las ojeras obscuras y los ojos febrilmente cándidos. El rosado de las tobilleras es ya definitivo. Conocí yo á un señor muchacho, para quien eran viejas las mujeres cuando pasaban de veinticinco. Lo afirmaba sinceramente, con esa malicieux y frescura.

La precocidad en alumar raya en lo fantástico, sobre todo en las ciudades, donde un fumador de diez años no sorprende, y los he visto en la calle, de siete y de ocho, apurando su colilla feliz, sin siquiera sacatarse. Estos fumadorcillos diminutos, dan ganas de llorar, aunque á veces, en sainetes, hagan reir. De todas suertes, el fumo no queda tranquilo, cuando la boca que apenas soltó el biberón, se cifie al pitillo fanfarronamente. No es que de gran importancia el hecho de chupar y quemar una yerba.

Hay quien se asusta de que fume la mujer, y no se alarma si ve fumar á un niño. La mujer, y lo mismo el hombre, deben evitar el tabaco, que cuesta caro, aposta si no es muy bueno, y no llena lo alguno, como no sea depositar en los pulmones y alrededor del corazón sedimentos venenosos, causa de muchísimas enfermedades; pero, al cabo, el hombre y la mujer, en edad adulta, hacen un sayo de su capa, y si quieren pagar al Estado esta contribución indirecta, allá ellos. El niño, en cambio, no tiene derecho á fumar, y debiera prohibirse severamente, hasta los veinte años.

Ya se ve que los veinte años parecen aquí una edad de hombre, de modo hombre ya formado y consolido; pero ahí está el error de la raza, que á fuerza de madrugar los convenció que no la amanece. D. Antonio Ca-

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.



PÁGINA 2 — LA NACION

novas del Castillo (¡quién pudiera resucitarle, aunque sólo fuese por unas horas, para oir su parecer acerca de toda la trapisonda contemporánea!), que hablaba á veces del caso frecuente aquí, de que los individuos parezcan dotados de sorprendentes facultades hasta los treinta, y luego se sequen y esterilicen, y su nombre, un momento símbolo de esperanza, se convierta en uno de esos ruidos apagados que nada significan. «Se diría»—costumbreba añadir el «monstruo»—que sólo en los años en que el entusiasmo de amor es vivo y enérgico aparecen en el español las cualidades que destacan una figura entre las demás de su época, y decaído con la proximidad de la madurez este hervor, decae á compás toda la personalidad.» Si estas no fueron las mismas palabras de D. Antonio, son por lo menos el sentido de su texto. Todos hemos oído mil veces, en provincia especialmente, augurar á bastantes criaturas un porvenir de gloria y brillo. No sólo á los varones; también á señoritas que despuntan: verbigracia, en el piano ó el violín. Hartos anuncieros nos han enviado su luz inciensa, en que se disuelven el nácar y el opalo; y hemos vaticinado, gozosamente, el sol de mediodía. Pronto lo cubrieron nubecillas grises, y entre esas nubes, se esfumó lo que esperaba á refulgir.

El Rey Ricardo III, al notar la discreción y agudeza de su sobrino, al cual pensaba suprimir para robarle la corona, tuvo una de sus atroces ironías, exclamando: «Estos niños tan precoces viven poco». Al expresarse así el personaje del vil más trágico y profundo que creó Shakespeare—¿quién fuese—encerraba la resistencia de lo existente á cuanto lo que asoma de nuevo: la disolución del sobrino se levantaba al tío ambicioso, y á la vez inspiraba un cáustico sentido de desdén al político británico, (porque era un habilísimo político el jabalí), hecho á notar que en su país, la precocidad no es un mérito, sino algo anormal y que es preciso madurar al calor de la experiencia.

No se si se ha cantado la belleza de la madurez. Generalmente sólo se entonan himnos á la primavera, porque la primavera también es una tontilería muy festejada y aunque se presente tan fosca y agria como ésta del año en que vivimos, nunca deja de recoger un ramillete de pimpos. El otoño, al contrario, suele inspirar solo elegías, como la famosa de Millevoye «A la caida de las hojas». Es, sin embargo, el tiempo que transcurre desde el fin del verano á la plenitud otoñal, el que dá su sazón á todo, el que cria en el recogimiento de lo intimo las esencias, el que realiza la preciosa crisma de la flor. La madurez es la espiga colma, que se doblá cargada de harina que extraerá la rueda; la madurez es el jugo azucarado de la fruta y su pulpa alimenticia; la madurez es la sangre de la vid, que conforta y alegra, y cada año es más espirituosa y generosa.

Y las razas también necesitan madurar, y, para lograrlo, reservar su juventud, no despilfarrarla, no adelantar lo que por sus pasos contados traerá el tiempo. Cuando esto escribo, voy recordando un artículo de revista que leí no sé dónde y cuyo autor era, tampoco sé quién. ¿Qué queria? La memoria nos hace de estas jugaretas. Decia pues el articulo que las razas del Mediodia, necesariamente más precoces que las del Norte, estaban sentenciadas á inferioridad por esa misma rapida reventazon de facultades y de elementos, que las gastaba antes de que pudieran realizar obra útil, pero que en vano se trataria de poner remedio á lo que era ingénito en tales razas, pues lo natural revolveria siempre. Tal sorrción me dió no poco en qué pensar. ¿No puedeo, en efecto, cambiar las razas? Y, además, ¿qué se entiende por raza? España, por ejemplo, en que se habla de la raza tan á menudo, ¿puede decir que forma una raza aparte? ¿No está llena de mezclas, no junta un número casi incontable de afluentes, y no ha variado, en su personalidad histórica, hasta un punto tal que ha dado en lugar común el decir que no somos los mismos, que es imposible reconocer en el español de hoy, al español de otros dias?

Y si ha podido variar tan en absoluto el carácter de la llamada Raza, (más ó menos impropiamente, pero la palabra la usamos todos), ¿por qué suponer que fuera inasequible cambiar su propensión á hacer de la niñez juventud, de la juventud, edad viril? ¿Por qué no esperar que aquí, un dia á otro, pudiese ser un comercio activo el de los libros «para muchachos», como en otras naciones donde el muchacho existe, donde la adolescencia se cuenta desde los quince á los veinte ó veintidós, y que la aparición de esa literatura respondiese á la del simpático mocete que no tiene prisa ninguna de «hombrear»?

No, seria posible entrar en consideraciones pedagógicas, sin alarmir un poco á los lectores. Pero tal vez nuestro gran problema educativo é instructivo esté ahí, en ese periodo de la segunda enseñanza que es el del abombreos temprano, intempestivo. Y, acaso, por oir á cada momento, y de labios bien autorizados, que nuestro problema está ahí, he llegado á acogerme con más pena que gloria los síntomas de precocidad de la «Raza». Y los hay de toda índole: ahora acabamos, segun leo en la Prensa, de estrenar un «Fantomitas» muy gracioso, de trece años, héroe de una película con su correspondiente escalamiento y fractura de cajas ó armarios de caudales... Toda la lira.

Como hay que ser en todo sincero, tengo que acusarme de precocidad. Hice versos á los siete años, y una novelita á los doce. Por fortuna, mis padres no hicieron más caso del debido de semejantes escarceos. Tampoco yo, de los catorce á los veinticuatro, me acordé sino á ratos perdidos de que había musas en el Parnaso, ni tomé las letras más que como entretenimiento de alguna hora desocupada. Mejor seria, sin embargo, lo reconozco, que no hubiese tocado á una pluma hasta le edad en que va formándose dentro el escritor. Pero, ¿qué le hemos de hacer? ¡La Raza! No en balde Espronceda dirigió á Carolina Coronado el famoso soneto que empieza:

«Apenas cuentas quince primaveras...»

La primavera, ¡oh, duendecillo! Y debo añadir que, en lo tocante á poesía, ya no reconcilio algo con la precocidad, pues recuerdo la de Zorrilla, la de Hugo, que, así y todo, crearon sus obras maestras cuando el verano las granó.

La cenizas de PARDO BAZAN

Sumario de este número

PACINA PRIMERA: España y América: Del pasado y del presente, por Vicente Cay. Cavilando, por la Condesa de Pardo Bazán.—PACINA SEGUNDA: «La Epoca» y nosotros. La venta de barcos mercantes.—PACINA TERCERA: Declaraciones del conde de Doña Marina. Política interior.—PACINA CUARTA: El Rey en Sevilla.—PACINA QUINTA: Vida escénica. Vida deportiva.—PACINAS SEXTA Y SEPTIMA: Guerra. Impresión diaria, por el coronel Trillita. Informaciones de todos os frentes. El bloqueo. La situación en Rusia.—PACINA OCTAVA: Los toros: Corridas en Madrid y provincias. PACINA NOVENA: Ultima hora.—PACINA DECIMA: Panorama de Madrid. Provincias españolas.—PACINA ONCE: «Yohvoreta» premiada. Exportación prohibida. Sumario de la «Gaceta». Los mercados. El cartel del dia.

"LA EPOCA" Y NOSOTROS

«La Epoca» de anoche prosigue en su conducta de injuriar á quienes discuten de su alladolidismo servil.

El diario del marqués de Valdeiglesias se permite aludir á la forma en que hemos superado las dificultades económicas, propias de estos tiempos calamitosos para la Prensa, y es justo que el público sepa que es cierto, que las hemos vencido con la ayuda de algunos correligionarios políticos del mentado señor, y no obstante las intrigas que para poner obstáculos en nuestro camino ha realizado éste. Nuestra casa ha sido adquirida, nuestro capital suscrito y nuestras máquinas compradas, pues, con nuestro dinero y con el que algunos españoles que comparten nuestro criterio han puesto á nuestra disposición. No hemos tenido necesidad de hacer un viaje al frente inglés para comprar un edificio.

Finalmente, el diario del marqués de Valdeiglesias viene á decir que nosotros hemos tenido «primicias de informaciones alemanas», con referencia á éxitos de información que nuestra diligencia ó buena suerte nos hizo obtener, y respecto de noticias que siempre, cuando las hemos dado, sobraban ya, aunque no se quisieran facilitar á la publicidad, en el Ministerio de Estado. La insinuación es necia y ruin. Como lo sería que nosotros sacáramos á cuento el hecho de que al salir de la Embajada francesa, el principio marqués de Valdeiglesias perdió una vez, ya hace cosa de bastantes años, cierta suma de dinero que el portero de la Embajada le devolvió honradamente.

Repetirse, pues, el señor marqués de Valdeiglesias, porque lo tolere ó no, diremos aquí lo que nos plazca, sin que sea obstáculo la juventud de nuestra publicación, ni la longevidad de la suya. La longevidad no es incompatible con la «frescura». No lo olvide su excelencia, y olvide menos aún que nosotros lo sabemos.

LA VENTA DE BARCOS

Publicamos á continuación la carta en que el Sr. Ministro de Fomento contesta á nuestras preguntas de ayer, referentes á la venta de buques de cierta compañía bilbaina. Con estas explicaciones resulta libre de toda responsabilidad legal por la autorización concedida, el señor ministro. Pero no es de él se han cumplido ó no las exigencias legales de lo que nosotros nos ocupamos. Ya suponiamos que habrian sido respetadas escrupulosamente. En cierto modo también la intervención de la Cámara de Comercio á que el señor Ministro se refiere excusa su autorización. Mas con todo eso, ¿no es posible que la realidad sea aquí distinta de la legalidad, como tantas veces ocurre, y como nos indace á sospechario nuestras referencias particulares.

Las columnas de este periódico están abiertas para cuantas informaciones garantizadas por una firma responsable, se nos ofrezcan sobre el caso.

Y de todos modos agradecemos al señor Ministro, la diligencia y la deferencia con que ha contestado á nuestras preguntas sobre el asunto.

* * *

Excelentísimo señor marqués de Polavieja.

Mi querido amigo: Leo en el número de hoy, del periódico de su digna dirección, la pregunta que se sirve dirigirme referente á si es cierto que se ha autorizado por este ministerio á la Casa Olazarri, para vender su flota «La Blanca», domiciliada en Bilbao, y tengo el gusto de manifestarle que el hecho es completamente cierto, pues yo no podia negar la venta de barcos entre españoles, desde el instante en que se cumplian todos los requisitos legales y después de haber adquirido yo la convicción moral de que los barcos no salian de manos españolas.

Solicitada de este Ministerio la autorización para la venta, practiqué las oportunas gestiones para conocer la solvencia de la Sociedad «La Blanca», y dadas las firmas que la integran, adquirí el conocimiento de que tenia la bastante. Además de estos informes particulares, en el expediente existe el de la Cámara de Comercio de Bilbao que dice que «la Compañía naviera «La Blanca», por ser una antigua entidad domiciliada en dicha plaza y por estar integrada y administrada por personas respetables, tiene garantía suficiente para la adquisición, por su cuenta, de los vapores de que se trata, entendiendo, además, que la venta de barcos, no se hace á sindicatos ó Sociedades extranjeras». En vista de esto, y sabiendo que podia existir una lucha de intereses en Bilbao que trajera como consecuencia campañas que agitaran la opinión, procuré tomar las medidas necesarias para asegurar que estos barcos no salian de capitales españoles, y al efectuar la venta, no sólo la garantía de 925.000 pesetas, sino siempre y cuando las acciones de la Sociedad compradora fueran nominativas, á favor de las mismas personas que constaban en acta que tomaron el acuerdo para la compra de la flota, y que al mismo tiempo no podrian vender estas acciones nominativas á terceras personas, sin la autorización de este Ministerio.

De modo que no tan sólo los informes particulares, mios, sujetos á error, sino la afirmación categórica de una entidad tan respetable como la Cámara de Comercio de Bilbao, y las condiciones que he impuesto de acciones nominativas, dan la garantía absoluta de que esa flota no puede salir de manos de españoles.

Rogándole haga pública esta manifestación, queda suyo afectísimo amigo, q. s. m. b., El duque de Almodóvar del Valle.»

DECLARACIONES DEL SEÑOR DATO

PARIS, 6.—El corresponsal del «Petit Parisien» en Madrid ha celebrado una interviu con el Sr. Dato.

El jefe del partido conservador español se habia seguido hasta hoy a toda interviu sobre los acontecimientos actuales, y ha creido no deber dar a conocer su opinión en cuanto al discurso del señor Maura.

Sin embargo—dice el corresponsal—, el señor Dato ha tenido a bien hacer una excepción en mi obsequio.

He aditivia en seguida en el señor Dato a un amigo de Francia.

—Soy jefe de partido—dice—, puede volver a tomar el Poder un dia, y comprenderá usted que en estas condiciones estoy muy obligado a guardar la mas extrema reserva.

Si hiciera declaraciones francófilas entusiastas, no servirian para nada; pero, en cambio, podrian paralizar mis esfuerzos si fuera llamado al Gobierno.

No es difícil, sin embargo, conocer sus tendencias.

—¿Qué piensa usted del discurso del señor Maura?

—Personalmente—contesta el señor Dato—, tiene poca importancia mi opinión particular. Pero lo que debo declarar, y sobre ello ruego a usted insista, para la Prensa francesa parece incurrir en confusión, es que el señor Maura no ha hablado, en modo alguno, en nombre del partido conservador.

El señor Maura ha hablado en nombre de unas cuantas personas; pero no puede representar al partido conservador, del que no es jefe. En cuanto a ello, no puede haber duda alguna.

—¿Cuál es la verdadera política del partido conservador?

—Todo el mundo puede conocerla—contesta el señor Dato—. He sido jefe del Gobierno hace muy poco y he sido perfectamente nuestra actitud. Hemos observado siempre la neutralidad, pero procurándonos de los intereses del país y del sentimiento de la dignidad nacional.

—El partido conservador ¿es favorable a una estrecha inteligencia con Francia y con Inglaterra?

—Ciertamente—responde el señor Dato—. Es, desde luego, una necesidad, como lo proclama Maura.

—Entonces, ¿qué debe pensarse de las reprobaciones tan vivamente formuladas por Maura acerca de Gibraltar y de Marruecos?

El señor Dato sonrie al hacerle esta pregunta y deja entrever su contestación.

—Evidentemente—dice—, todo esto sería escandaloso; pero, entre tanto, y en estos momentos, hay algunas cuestiones de secundaria importancia...

Decididamente—termina diciendo el corresponsal—, parece bien que el señor Maura no ha estado muy feliz en su creación.

Muy en breve comenzaremos á publicar unas interesantes informaciones bajo el título

«HABLAN LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES

A esta serie de interviús seguirá otra: «HABLAN LOS CRITICOS»

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

Cavilando

Voy a hacer algunas observaciones sobre la precocidad, sin referirme a nada actual, porque soy amiga de dejar a todo el mundo la acera, el sol y el margen. Entiéndase pues que cuanto digo es genérico, no va con nadie especialmente.

La precocidad y su culto son un signo nacional. En España se marca la precocidad donde menos debiera marcarse. Habida cuenta de las prescripciones de la higiene: en fumar, en el barón; en el prurito de agradar, de tener novio, en la mujer. Al compás de estas aspiraciones, va la idea del atractivo de la mujer, restringido a los años en que la adolescencia palpita en las ojeras obscuras y los ojos febrilmente cándidos. El reinado de las tobilleras es ya definitivo. Conocí yo a un señor machucho, para quien eran viejas las mujeres cuando pasaban de veinticinco. Lo afirmaba sinceramente, con risa maliciosa y funesca.

La precocidad en ahumar raya en lo fantástico, sobre todo en las ciudades, donde un fumador de diez años no sorprende, y los he visto en la calle, de siete y de ocho, apurando su colilla fétida, sin siquiera recatarse. Estos fumadorcillos diminutos, dan ganas de llorar; aunque a veces, en sainetes, hagan reír. De todas suertes, el ánimo no queda tranquilo, cuando la boca que apenas soltó el biberón, se ciñe al pitillo fanfarronamente. No es que dé gran importancia al hecho de chupar y quemar una hierba.

Hay quien se asusta de que fume la mujer, y no se alarma si ve fumar a un niño. La mujer, y lo mismo el hombre, deben evitar el tabaco, que cuesta caro, apesta si no es muy bueno, y no llena fin alguno, como no sea depositar en los pulmones y alrededor del corazón sedimentos venenosos, causa de muchísimas enfermedades; pero, al cabo, el hombre y la mujer, en edad adulta, hacen un sayo de su capa, y si quieren pagar al Estado esta contribución indirecta, allá ellos. El niño, en cambio, no tiene derecho a fumar, y debiera prohibirse severamente, hasta los veinte años.

Ya sé yo que los veinte años parecen aquí una edad de hombre, de hombre ya formado y cumplido; pero ahí está el error de la raza, que a fuerza de madrugar ha conseguido que no le amanezca. D. Antonio Cánovas del Castillo (¡quién pudiera resucitarle, aunque solo fuese por unas horas, para oír su parecer acerca de toda la trapisonda contemporánea!), me hablaba a veces del caso frecuente aquí, de que los individuos parezcan dotados de sorprendentes facultades hasta los treinta, y luego se sequen y esterilicen, y su nombre, un momento sinónimo de esperanza, se convierta en uno de esos ruidos apagados que nada significan. «Se diría –acostumbraba añadir el «monstruo» – que solo en los años en que el estímulo de amor es vivo y enérgico aparecen en el español las cualidades que destacan una figura entre las demás de su época, y decaído con la proximidad de la madurez este hervor, decae a compás

toda la personalidad». Si estas no fueron las mismas palabras de D. Antonio, son por lo menos el sentido de su tesis. Todos hemos oído mil veces, en provincia especialmente, augurar a bastantes criaturas un porvenir de gloria y brillo. No solo a los varones; también a señoritas que despuntan: verbigracia, en el piano o el violín. Hartos amaneceres nos han enviado su luz incierta, en que se diluyen el nácar y el ópalo, y hemos vaticinado, gozosamente, el sol de mediodía. Pronto lo cubrieron nubecillas grises, y entre esas nubes, se esfumó lo que empezaba a refulgir. El Rey Ricardo III, al notar la discreción y agudeza de su sobrino, al cual pensaba suprimir para robarle la corona, tuvo una de sus atroces ironías, exclamando: «Estos niños tan precoces viven poco». Al expresarse así el personaje tal vez más trágico y profundo que creó Shakespeare –o quien fuese– encarnaba la resistencia de lo existente contra lo que asoma de nuevo: la discreción del sobrino soliviantaba al tío ambicioso, y a la vez inspiraba un cáustico sentido de desdén al político britano (porque era un habilísimo político el jabalí), hecho a notar que en su país, la precocidad no es un mérito, sino algo anormal y que es preciso madurar al calor de la experiencia.

No sé si se ha cantado la belleza de la madurez. Generalmente solo se entonan himnos a la primavera, porque la primavera también es una tobillerita muy festejada y aunque se presente tan fosca y agria como ésta del año en que vivimos, nunca deja de recoger un ramillete de piropos. El otoño, al contrario, suele inspirar solo elegías, como la famosa de Millevoye «a la caída de las hojas». Es, sin embargo, el tiempo que transcurre desde el fin del verano a la plenitud otoñal, el que da su sazón a todo, el que cría en el recogimiento de lo íntimo las esencias, el que realiza la promesa efímera de la flor. La madurez es la espiga colma, que se dobla cargada de harina que extraerá la rueda; la madurez es jugo azucaroso de la fruta y su pulpa alimenticia; la madurez es la sangre de la vid, que conforta y alegra, y cada año es más espirituosa y generosa.

Y las razas también necesitan madurar, y, para lograrlo, reservar su juventud, no despilfarrarla, no adelantar lo que por sus pasos contados traerá el tiempo. Cuando esto escribo, voy recordando un artículo de revista que leí no sé dónde y cuyo autor era, tampoco sé quién. ¿Qué queréis? La memoria nos hace estas jugarretas. Decía pues el artículo que las razas del Mediodía, necesariamente más precoces que las del Norte, estaban sentenciadas a inferioridad por esa misma rápida reventazón de facultades y de instintos, que las gastaba antes de que pudiesen realizar obra útil; pero que en vano se trataría de poner remedio a lo que era ingénito en tales razas, pues lo natural prevalecerá siempre. Tal aserción me dio no poco que pensar. ¿No pueden, en efecto, cambiar las razas? Y, además, ¿qué se entiende por razas? España, por ejemplo, en que se habla de la raza tan a menudo, ¿puede decir que forma una raza aparte? ¿No está llena de mezclas, no junta un número casi incontable de afluentes, y no ha variado, en su personalidad histórica, hasta un punto tal que ha

dado en lugar común el decir que no somos los mismos, que es imposible reconocer en el español de hoy, al español de otros días?

Y si ha podido variar tan en absoluto el carácter de la llamada Raza (más o menos impropiamente, pero la palabra la usamos todos), ¿por qué suponer que fuera inasequible cambiar su propensión a hacer de la niñez juventud, de la juventud edad viril? ¿Por qué no esperar que aquí, un día u otro, pudiese ser un comercio activo el de los libros «para muchachos», como en otras naciones donde el muchacho existe, donde la adolescencia se cuenta desde los quince a los veinte o veintidós, y que la aparición de esa literatura respondiese a la del simpático mocete que no tiene prisa ninguna de «hombrear»?

No sería posible entrar en consideraciones pedagógicas, sin aburrir un poco a los lectores. Pero tal vez nuestro gran problema educativo e instructivo está ahí, en ese período de la segunda enseñanza que es el del «hombreo» temprano, intempestivo. Y los hay de toda índole: ahora acabamos, según leo en la Prensa, de estrenar un «Fantomitas» muy gracioso, de trece añitos, héroe de una película con su correspondiente escalamiento y fractura de cajas o armarios de caudales… Toda la lira.

Como hay que ser en todo sincero, tengo que acusarme de precocidad. Hice versos a los siete años, y una obrita a los doce. Por fortuna, mis padres no hicieron más caso del debido de semejantes escarceos. Tampoco yo, de los catorce a los veinticuatro, me acordé sinó a ratos perdidos de que había musas en el Parnaso, ni tomé las letras más que como entretenimiento de alguna hora desocupada. Mejor sería, sin embargo, lo reconozco, que no hubiese tocado a una pluma hasta la edad en que va formándose dentro el escritor. Pero, ¿qué le hemos de hacer? ¡La Raza! No en balde Espronceda dirigió a Carolina Coronado el famoso soneto que empieza:

«Apenas cuentas quince primaveras…»

La primavera, ¡oh, duendecillo! Y debo añadir que, en lo tocante a poesía, ya me reconcilio algo con la precocidad, pues recuerdo la de Zorrilla, la de Hugo, que, así y todo, crearon sus obras maestras cuando el verano las granó.

La condesa de PARDO BAZÁN

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 195. Martes 7 de Mayo de 1917. Pp. 1-2.



MADRID.—Año II.—Núm. 201. 5 céntimos. Domingo 13 de Mayo de 1917

LA NACION

Director-Fundador: EL MARQUÉS DE POLAVIEJA

DIARIO DE LA MAÑANA

Sub-Director JUAN PUJOL

Redacción y Administración: San Lorenzo, núm. 10

Gerente: FELIX AGUILERA. TELÉFONO 247. APARTADO 713

Un mes, 1,50 pesetas. Provincias: trimestre, 5 pesetas. Extranjero: seis meses, 28 pesetas.

ESPAÑA MEDIATIZADA

Su Majestad el cónsul inglés

Concedida en la creencia que en gran parte de la América española se mueve contra los españoles gracias á los ataques que contra él y las antenas con que anteriores son dirigidos. Pero aun irritando el cónsul yanqui á los comerciantes hispanoamericanos con amenazas de intervención de las armas norteamericanas, no llega á los extremos que en nuestro país están llegando algunas cónsules extranjeros. Estos obran como si España fuese un país de soberanía y un ninguno de los atributos propios de todo Estado libre; no se limitan á hacer reclamaciones más ó menos fundadas contra los abusos españoles y en defensas de los extranjeros que los explotan, sino que se atreven, cada uno de por sí, como verdaderos inquisidores, á un que mantienen obstinada alguna. Un día se le ocurre á un cónsul en Málaga llamar á un comerciante de vinos y pesas españoles, para exigirle que desinfectara sus inmundas bodegas que servían en una casa-posada del comerciante español. El español se niega, y el cónsul le dice: «Lo siento mucho; pero si usted no se allana á no desinfectar, no le daré los certificados de riqueza que necesita cuando usted haga una exportación de aceitunas.» No sé si el comerciante quedó ufanado al oírse así interpelar; lo cierto es que, á raíz de estas reflexiones sobre el libre albedrío ajeno, para el mismo cónsul que el comerciante español no podía traer gente de aquende contra la asonada extranjera, á la cual dan pábulo la arrogancia de un cónsul inglés por creer se interpuesta en la conserva de carbón con una casa inglesa, y el cónsul inglés le contesta que el Gobierno de S. M. británico se ha declarado en que el comerciante español habla desmoronado un cargadero por los alemanes, y por lo tanto, no podía consentir con el mismo inglés. Creería el lector que el comerciante sevillano era un terrible propagandista racial de Hurtado y Nada de eso. Lo que sabedor de que en España no hay Inquisición, y que todo español puede acudir libremente á un cónsul, el señor Vert, tomando café en la unión comercial, de Sevilla, dijo simplemente que los alemanes eran hombres finos y atentos, con los cuales cualquier persona sable puede decir justo de sus propios intereses, sin dejarse para nada Pero al cónsul inglés le pareció posible tal ejercicio.

Así se explica que en muchas plazas importantes, españolas haya gran número de comerciantes que reciben su opinión por temor á ver perjudicado su negocio por los agentes del cónsul inglés, el cual, derramando amenazas, logra sencillamente lo que se le antoja, y le lleva á la ruina.

En Málaga, las extralimitaciones de ciertos cónsules han llegado á lo intolerable. El director de El Diario Malagueño, con un tino de la mayoría, ha dado todos los avances sido por no sufrir á Alemania. Yo soy liberal; mi periódico ha sido siempre grande y campeón por el partido en la península. No admito á Alemania y por lo tanto la combato enérgicamente en cualquier sitio y en cualquier ocasión. Y sabe usted lo que ha hecho el cónsul inglés? Aquí tiene usted las amenazas de intervención, documentadas, de un inglés. A todos los que tienen relaciones con Inglaterra les ha prohibido que importen los artículos que hasta ahora venían introduciendo á mi provincia. Y no tolerando en los momentos de Málaga ideas hostiles á los que, como Don Portia Virginia de Norte de España, se encuentran muy alejados de nuestros intereses, hasta ha llegado á anunciarle al tal cónsul á los empresarios de almacenes ingleses que no recibirán más películas si siguen anunciando en el periódico. Además, no ha quedado ningún parte de la subvención con que el periódico se Málaga y en provincias.

Le parecerá mucho todo esto al lector español, ¿verdad? Pues aún hay más, mucho más.

Algunos redactores de El Diario Malagueño, son profesores particulares, muy interesados por distinguidas familias de comerciantes de Málaga. Con el producto de las lecciones es cavaban muy bien el pan. Pero se interpuso S. M. el cónsul inglés, el cual amenazó á esas familias con retirarles en las listas negras si seguían regalando sus hijos lecciones de los colaboradores de El Diario Malagueños. Muchas lecciones se acabaron, y otras siguieron dadas bajo la condición de que el profesor español estaba á deshora, y no por la puerta principal, á fin de que no le notasen S. M. el cónsul inglés.

Esto es lo que se hace en territorio español con los españoles por terratenientes extranjeros.

Si de Málaga saltamos á Almería, encontramos la repetición de casos semejantes. Pero ya que seguir? El cuadro es lamentable.

La sombra de Gibraltar se extiende amenazante á todo lugar en donde asoman los; como consecuencia de la soberanía española, Gibraltar se prolonga á muchos trozos del territorio español.

Allí los ingleses tratando á sus consulados como los plazas; confiscan la propiedad de los extranjeros, arrebatan en las casas de los bancos alemanes fondos de sus clientes; prohíben todo trato comercial con ellos. Allí ellos, con una soberbia y entereza, si quieren, en sus hogares y en sus almas; pero no arrodillan el pensamiento á nadie ante. Los españoles tememos en la Patria nuestras autoridades hostiles que nos juzgan contrarios á la ley, y no nos podemos permitir algo á quien nos administra en nombre del Rey de España. El cónsul extranjero, sea de la nacionalidad, cuarteles, duro, comprender que el terruño que pisa no es suyo, y si no se entera á tiempo, tal vez tenga que lamentar algún día de algún día bajo los pies.

VICENTE GAY

NUESTRAS INFORMACIONES

Hablan los novelistas españoles

Mañana, AZORIN dirá á la juventud literaria de cercar del sentimiento de rebeldía.

El miércoles, ARMANDO PALACIOS VALDES hablará de la impotencia de los escritores, de cómo se escribe y de las obras que quedan.

El sábado, DOÑA BLANCA DE LOS RIOS hablará de la aptitud de la mujer, de Santa Teresa de Jesús y de Tirso de Molina.

NUESTROS COLABORADORES

Una poza

En las playas de Galicia—supongo que lo mismo sucederá en otras playas—suele haber rincones de fondo, defendidos por peñascos, á las cuales el inmundo oleaje no llega nunca, y donde el agua amarga se cobija en quedadas llamadas «pozas». Los chicos gustan de inclinarse sobre estos depósitos de cristal apenas rozado por el viento, y ver como pececillos y moluscos se bañan allí, lejos, lejos de la tormenta, de los naufragios, no sospechados por nadie, ó menos que algún mañoncho, de la especie banzana, quiera turbar su dicha formada de paz y pequeñez.

Por qué me vinieron á la memoria las pozas de mis playales, cuando entré en la chaurura del Convento de Porta Coeli, vulgarmente llamado de las Calderonas, en la antigua capital de Castilla?

La primer alarmación que escuché de las monjas fué la de una perfecta felicidad. ¿Cuña rara, cuyo inferente, en labios humanos! Y á la afirmación verbal respondía la expresión del rostro, la blandad inocente de la voz, ese no sé qué de todo el aspecto, que habla de conformidades con el destino y de aciertos en la senda.

Se es un lugar común de viajero. Esta alegría no la he visto en todas las comunidades religiosas, y los Trapenses y Cartujos que á veces se visitan, por ejemplo las de Burgos, de la Cartuja magnífica, más bien me parecieron gravemente melancólicos, como abrumados por la idea de la muerte, que no se aparta de su puesto y les convence en una noche espantosa. No así las reclusas de Porta Coeli, que conocí, me enseñaron la matraca con que llaman á la Comunidad, en la hora suprema de la agonía de una de sus hermanas. Ese instrumento tosco, arcáico, de tan fúnebre uso, lo presentaban como se presentaría un lindo vina chica. Y es realmente una lírica trova, la que cantan las mujeres al cerrarse tras ellas la puerta del Convento.

La vida presente parece interrumpirse aquí, y dejarse á un lado todas las supremantes predecesiones del mañana que nos esperan. Nosotros vivimos en un tiempo sin horas ni medida, como dijo el poeta, en que el existir para cual un sueño. Lo que más me interesa en esta consideración, es que las monjas no la sospechan tal vez. No hacen comparaciones entre su suerte y la de los seglares metidos en trafago y lucha. Como la poza de agua de mar, ignoran la inmensidad oceánica que á corta distancia ruge y se encrespa furiosa.

La Comunidad pertenece á la Orden que fundó el español Santo Domingo de Guzmán, en la misma época en que fundaba la suya el italiano Francisco de Asís. Ardiente altruismo de los más puros ideales latinos, ambas Ordenes fueron el mundo por espacio de tres siglos ó más, hasta que uno á torcer el curso de la vida espiritual y de la corriente histórica la Reforma y su racionalismo. Todavía tuvieron esplendores ambas Ordenes, y los tienen y tendrán, por ser tan sanas su germen, pero ha cambiado el modo. Al decaer la obra de Santo Domingo, decayó á compás España. Mas viendo

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.



PÁGINA 2 — LA NACION

vocaciones como las contemplativas una afirmación de individualismo, no es extraño que las Dominicas de Porta Coeli no sospechen siquiera que pueda disminuir la llama de la antorcha que lleva en la boca el can, ni amenguar el brillo del sol. Pasa la figura del mundo, y no pasa la verdad.

Lo que diferencia estos tiempos de aquellos, para las reclusas, es que ellas se han quedado muy pobres, en la miseria casi. Gran dolor, ya que no pueden hacer funerales ni sufragios por el alma del Degollado, cuyos restos describiré según acabo de verlos. Les han quitado todo á las monjas, y de milagro se sostienen estas mujeres que, por muy santas que sean, bien han menester sustentarse un poco y calentarse otro poco en los recios inviernos, de la sobre ciudad castellana de Valladolid, cosepelio que en lo uno ni lo otro es sobrado fácil á las monjas del hábito blanquinegro. Tal preocupación, sin embargo, no parece inquietarlas un instante la serenidad del cazillo de cielo que se refleja en el agua mansa de la pora.

Hay un contraste en este caso, contraste curioso. Mientras las gnanascientes del fogón conventual llegan hasta los que visitanos el interior del Convento, y nos revelan toda la humildad de la refacción de berzas que se prepara, recorremos el refectorio, admirándolo, y lo vemos revestido de la más bella azulejería talaverana que puede soñar un aficionado al arte. Los escudos de Calderón, de la Orden, con otros blasones varios, se incrustan entre el alto friso, del lindo diseño y del colorido mágico, que nos hablan de los viejos alfares de Talavera. El púlpito destinado á la lectora, es de elegantísima traza, y de azulejo blasonado también. Todo, en este refectorio, está impregnado de grandeza, esa grandeza seria y sencilla de la hispánica decoración, hasta el suelo, que es de los que hoy se usan, de ladrillos rojo, alternado con diminutos losanges, también de cerámica. No hay idea del desgaste de este suelo, desgaste inverosímil, pensando que el tacito y recatado pisar de las religiosas. Materialmente está comido, roído, en polvo. Pero aquí no se remueva nada, no se deseha nada. La persistencia de lo que fué sugiere la idea de lo eterno.

Aún ahora, el cuerpo refectorio es fresco en invierno debe de ser glacial. La estufa es inimisible. Para defenderse del frío, ponen en los asientos de las silletas bajas donde labran y cosen, la tapa de una caja de cartón. Es todo el abrigo que exigen estas espartanas.

Y, al mismo tiempo, no hay salón cuyo movilario sea más artístico que el del coro alto donde cantan las Calderonas un hora canónica. La talla de la silleria, ennegrecida por los años, es un fondo digno del pincel. Al través de la verosa filigrana calada, se ve el templo, suntuoso, con su entramamiento, que ornan estatuas orantes de alabastro. Las pobres de solemnidad están rodeadas de obras dignas de un Museo. El Cristo que pertenece á D. Rodrigo Calderón, obra prima de bronce, se atribuye á Pompeyo Leoni, y al mismo maestro la soberbia placa, repujada, en bronce también, del Ecce Homo. D. Rodrigo era lo que se llama hoy un inteligente.

No son, sin embargo, estas hermosuras lo que más enamora á las Calderonas. Prefieren su «Relicario».

El Relicario es una cámara que da al Claustro abierto y no recibe luz directa. En la leve penumbra misteriosa de la estancia, á primera vista diríase que se agitan apariciones de ensueño. Son las efigies veridas de Vírgenes y Santas, que, á ambos lados, forman una hilera de temblantes limbos, amuñecados. La palabra acude sin querer; son muñecas de cartón, que las monjas cuidan, desnudan y visten. Los ropajes de las figuras pertenecen á la época de su ingreso en el Relicario: del XVII al XVIII, corpiños en punta, golas, tocas, amplia faldamenta. Pompadour, y coronando las frentes, pálidas rosas artificiales. Todo ello parece, lo repito, cosa inusitada, como si las efigies respondiesen á una visión de lo pasado, desvanecida cada amanecer, y las sustentase un cuerpo tangible tras de cortinajes de gasa. Esta sensación se agudiza al figurse en lo que rodea las paredes, detrás de las efigies. Se entrevesen, por los vidrios de urnas, calaveras; calaveras grandes y chicas, de mártires, de sacerdotes, de Niños Inocentes. Relicarios portátiles contienen no hueso del brazo de San Mauricio, una cabilla de algún otro bienaventurado. Colgado, ostenta su milagrosa gotita de sangre un fragmento de los Sacros Corporales de Daroca. Un rosario, la camisa de Santa Teresa, se ofrecen á la veneración. Lo sobrenatural nos rodea. Su hálito sutil, el soplo de lo pasado, estremece nuestro cuerpo. La estancia, en que tan terribles realidades se esconden tras de la gracilosa posesidad de las imágenes engalanadas como para un carao de sombras, nos lo explica todo: el Convento, la idealidad que en él se oculta. En este Relicario habitan los espíritus, infantiles y estóicos á la vez de sus moradoras. Reliquias, reliquias, lo que la Edad Media amaba, por lo cual guerrearon pueblos; reliquias, que fueron parte de la envoltura física de almas superiores, en voluntad y fuerza, á las de sus contemporáneos!

¡Y solo un momento compadecí á las monjitas, y fué cuando me dijeron que aquel huerto que veíamos desde el Claustro, aquel huerto seco, que invade la maleza, donde no se ve planta que revele el cuidado del hombre, está así porque el agua es demasiado cara! El agua debiera darse de balde: lo he pensado siempre, porque el agua como el aire, es una necesidad absoluta de la vida. Con agua, las monjas pudieran cultivar unas patatitas, unas judías, unas verduras frescas... Pero no se quejaron. Bien está lo que dispone Dios... Solo lamentan que, desde las ventanas de las casas que dominan su abandonado huerto, se las vea cuando salen á tomar el aire. Los ojos que se fijan en ellas, alteran poco ó mucho el remanso del agua. Al fin, son los turbios ojos del mundo...

La comtesa de PARDO BAZAN

Sumario de este número

PACINA PRIMERA: Su Majestad el cónsul inglés, por Vicente Cay. Una poza, por la condesa de Pardo Bazán. Cerlcatura, por López Rubio.—PACINA SEGUNDA: Por la neutralidad: Lista de afiliados. Prensa extranjera.—PACINA TERGERA: Política interior.—PACINA CUARTA: Un cuento, por Nieves Pi Margall.—PACINA QUINTA, Vida deportiva. Vida aristocrática.—PACINAS SEXTA Y SEPTIMA: Cuerra. Impresión diaria, por el coronel Trilita. Informaciones de todos los frentes. El bloqueo: noticias de Madrid, provincias y el extranjero. La situación en Rusia.—PACINA OCTAVA: Vida escénica. Las alhajas de Tórtola. Los toros.—PACINA NOVENA: Ultima hora.—PACINA DECIMA: Panorama de Madrid. Provincias españolas.—PACINA ONCE: En la Cárcel Modelo. Aviso á los comerciantes españoles. Liga africanista española. Sumario de la «Caceta». El cartel del día.

POR LA NEUTRALIDAD

Lista de afiliados á los Comités de provincias

ALDEASECA (AVILA)

Mariano Sanz, Casimiro Sanz, Eustaquio Martín, Calixto Martín, Rosario Sanz, Ezequiel González, Rufinio Avecalo, Lucio Sanz, Basilisa Alonso, Melchor Sanz, Gregorio Martín, Faustino Pérez, Roperto Conde, María Cruz Hernández, Eustaquia Hernández, Dolores Duran, Juan Cruz Posada, Víctor Lamelas, Luis Londono, Pedro Sanz Alonso, Federico Sanz, Laura Díaz, Antonio Sanz, María Sanz, Simona López, Valeriana Gil, Miguel Gil, Esperanza López, Mariano Portillo, Hermógenes Bolleto, Mauricio Sobrino, Emeteria López, Perpetua Avilés, Gregorio Hernández, Epifanio Hernández, Isaac Sanz, Rafael Sanz, Petra Sanz, Juan de Mata Garcés, Casilda López, Patrocinio Rincón, Elena Mateo Cáseno, María Teresa Mateo Cáseno, Florentina Teneira, Lucía Carballo, Mercedes, Muñoz, Sabina Rodríguez, Jose Horte Blázquez, Manuela Hernández, Purificación Cruces, Teresa Conde Sánchez, Isaac Prieto Terrón, Rufina Díaz González, Ana Alvarez Rodríguez, Marina Martín, María Mayo, Juana Ortega, Margarita Cornejo, Teresa González, Rafaela Yañez, Teresa Vidal, Eugenia Pérez, Mariano Maleyo, Victoriano Lumbreras, Cecilia Dortela, Toriano Lumbreras, Feliciana Lumbreras, Tomasa Lumbreras, Anastasio Lumbreras, Marina Lumbreras, Manuela Lumbreras, Jacinto Lumbreras, Pilar Lesgreras, Purificación Lopez, Fidela Jiménez, Teresa Gómez, María Crespo, Rita Redondo, Josefa Redondo, Valentina Redondo, Brígida Muñoz, Máximo Salondo, Mercedita Garcés, Amalia Gonzalez, Vicente González, Josefa Salcedo, Juan Saucedo, Bernardo Saucedo, Alicia Saucedo, Francisco Romo, Isidora Galán, Julia García, Margarita Casada, Santos Hernández, Rosaura Hernández, Felipe Cosmos, Angel Alonso, Pedro García, Angel Fernández, Teresa Sánchez, Pascuala Fernández, Leopoldo Sánchez, Pedro María Gutiérrez, Asceosion Martín, Juliana Sánchez, María Jiménez, Cecilia Hernández, Nestor Lopez, Julia Martín, Justa López, Eusebio López, Ecemesio López, Bernardino Jiménez, Isaac López, Florentino Jiménez, Teresa López, Encarnación Hernández, Baldomero Blázquez, Gregorio Rubio, María Antonia Blanco, Luciana Martín, Carmen Martínez, Amalia Gonzalez, Matilde Muñoz, Amparo Torrejón, Lucía Martín, Matilde Jiménez, Rita Velasco, Pilar Alonso, Julia García, Dionisia de Pablos, Carmen Asnar, Margarita Fernández, Damiana Amiendaris, Micaela Mata, Brígida Nieto, Vita Izquierda, Baltasara Molivas, Francisco G. Martín, Felix Martín Pinar, Longinos Pindado, Daniel Corbacho, Gabriel García, Francisco Collado, Saturnino Muñoz, Segundo García, Lorenzo de Miguel, Fausto Sánchez, Pío Hernández, Notero Martín, Antonio Martín, Víctor de S. Millán, Vicente Jiménez, Gregorio García, Dámaso Arenas, Roberto García, Vicente Garzón, Eustaquia Pinto, Román Martín, Pedro Herrero, Feliso Bañez, Antonio Laborda, Francisco Laborda, Hermenia Medina, José María Laborda, Clemencia Laborda, Camila Agero, Teresa Ortigosa, Marmia Zazo, Isabra Romeo, Amparo Cuero, María Blázquez Sánchez, Pilar García de Cuero, Isabel Pastor García, Feliciana Pastor, Eufrasia García, Modesto Castrejón, Agustina Martín, Antonia Castrejón, Pilar Castrejón, Obdulia Martín, Antonio Castrejón, Braulio Alonso, Julia Martín, Rafaela Alonso, Enrique Alonso, Estrella Alvarez, Máxima Marín, Natividad Tabajo, Eugenia Blázquez, Samuel Ruiz, Alfonso Ruiz, Esteban R. de Quiroz, Gerardo Rodríguez, Lorenzo R. de Quiroz, Pedro Gomez Nieves, Enrique Labandora Vaquero.

Los países escandinavos

NEUTRALIDAD IMPARCIAL

ESTOCOLMO, 12.—Un comunicado oficial da cuenta de que la conferencia celebrada por los ministros de Suecia, Noruega y Dinamarca ha puesto de manifiesto el absoluto acuerdo que existe entre estos tres países para el mantenimiento de una neutralidad imparcial.

Los ministros han acordado no tomar ninguna iniciativa para la mediación entre los beligerantes, limitando su acción á colaborar entre ellos muy estrechamente para dejar aislados á salvo sus intereses comunes durante y después de la guerra.

Se puso también á discusión el conflicto que tienen los daneses existente para la importación marítima en los tres países escandinavos, y se estudiaron cuidadosamente las medidas de establecer una cooperación económica entre los tres países.

Para dar forma á este último asunto, se acordó convocar una nueva conferencia, á la que asistan delegados técnicos de los tres países, que estudien las medidas más oportunas y traten también de aquellas que pudieran aplicarse, para evitar el peligro de las minas flotantes.

LA PRENSA EXTRANJERA

LA GUERRA SUBMARINA

Resultan interesantes los siguientes opiniones de Prensa sin banderas sobre la eficacia de la guerra submarina.

El vicealmirante Benoit escribe en el «Gaulois» del 3 de Mayo:

«La guerra submarina ha alcanzado una extensión temible; Inglaterra ha experimentado una notable disminución en su importación de víveres, y acude á un serio racionamiento.

En Francia también hemos comenzado á comprender lo serio de la situación.

Todos los astilleros alemanes trabajan con todas sus energías en la construcción de submarinos, y con una velocidad que nunca será alcanzada por nosotros.

Por un submarino hundido nacen mil nuevos. Aumentan de día en día, y el bloqueo es cada vez más peligroso. Hasta los zeppelines intervienen en él, sobrevolando uno á un barco noruego. Todos nuestros sabios han tomado contramedidas, pero todas sin éxito.»

LOS PRISIONEROS DE GUERRA EN AUSTRIA-HUNGRIA

En el «Nuevo Diario de Zurich» leemos el siguiente artículo:

«Un amigo que hace tiempo vive en Croacia, nos escribe:

En algunos órganos de la Prensa he leído con gran extrañeza de procedencia extranjera, sobre el trato á los prisioneros de guerra en Austria-Hungría, lo que me induce á manifestar en esta tarea, para que se esclarezca la verdad, mis testimonios observados aquí, en el mismo país.

Como industrial en Croacia-Eslavonia empleo en los años 1915 y 16 unos cuarenta prisioneros de guerra rusos, que había puesto á mi disposición como operarios la administración del ejército austro-húngaro.

Los decretos publicados por dicha autoridad, que no se extendieron solamente á la manutención, hospedaje, vestuario, asistencia y revisión médica y duración de la tarea, sino también al cumplimiento de las fiestas religiosas rusas y del servicio divino de los prisioneros, fueron siempre respetados escrupulosamente por los patronos, pues de lo contrario exp-

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

Una poza

En las playas de Galicia –supongo que lo mismo sucederá en otras playas– suele haber rinconcitos defendidos por peñascos, a los cuales el irritado oleaje no llega nunca, y donde el agua amarga se cobija en oquedades llamadas "pozas". Los chicos gustan de inclinarse sobre estos depósitos de cristal apenas rozado por el viento, y ver como pececillos y moluscos se bañan allí, lejos, lejos de la tormenta, de los naufragios, no inquietados por nadie… a menos que algún malhechor, de la especie humana, quiera turbar su dicha formada de paz y pequeñez.

¿Por qué me vinieron a la memoria las pozas de mis playales, cuando entré en la clausura del Convento de Porta Coeli, vulgarmente llamado de las Calderonas, en la antigua capital de Castilla?

La primer afirmación que escuché de las monjas fue la de una perfecta felicidad.

¡Cuán rara, cuán infrecuente, en labios humanos! Y a la afirmación verbal respondía la expresión del rostro, la hilaridad inocente de la voz, ese no sé qué de todo el aspecto, que habla de conformidades con el destino y de aciertos en la senda.

No es un lugar común de viajero. Esta alegría no la he visto en todas las Comunidades religiosas, y los Trapenses y Cartujos que a veces se visitan, por ejemplo los de Burgos, de la Cartuja magnífica, más bien me parecieron gravemente melancólicos, como abrumados por la idea de la muerte, que no se aparta de su mente y les envuelve en una niebla sepulcral. No así las reclusas de Porta Coeli, que sonriendo me enseñaron la matraca con que llaman a la Comunidad, en la hora suprema de la agonía de una de sus hermanas. Ese instrumento tosco, arcaico, de tan fúnebre uso, lo presentaban como se presentaría un laúd, una cítara. Y es realmente una lírica trova, la que cantan las mujeres al cerrarse tras ellas la puerta del Convento.

La vida presente parece interrumpirse aquí, y dejadas a un lado todas las apremiantes preocupaciones del momento que transcurre, nos sumergimos en un tiempo sin horas ni medida, como dijo el poeta, en que el existir pasa cual un sueño. Lo que más me interesa en esta consideración, es que las monjas no la sospechan tal vez. No hacen comparaciones entre su suerte y la de los seglares metidos en tráfago y lucha. Como la poza de agua de mar, ignoran la inmensidad oceánica que a corta distancia ruge y se encrespa furiosa.

La Comunidad pertenece a la Orden que fundó el español Santo Domingo de Guzmán, en la misma época en que fundaba la suya el italiano Francisco de Asís. Ardiente afirmación de los más puros ideales latinos, ambas Órdenes llenaron el mundo por espacio de tres siglos o más, hasta que vino a torcer el curso de la vida espiritual y de la corriente histórica la Reforma y su racionalismo. Todavía tuvieron esplendores ambas Órdenes, y los tienen y tendrán, por ser tan vivaz su germen, pero ha cambiado el modo. Al decaer la obra de Santo Domingo, decayó a compás España.

Mas siendo vocaciones como las contemplativas una afirmación de individualismo, no es extraño que las Dominicas de Porta Coeli no sospechen siquiera que pueda disminuir la llama de la antorcha que lleva en la boca el can, ni amenguar el brillo del sol. Pasa la figura del mundo, y no pasa la verdad.

Lo que diferencia estos tiempos de aquellos, para las reclusas, es que ellas se han quedado muy pobres, en la miseria casi. Gran dolor, ya que no pueden hacer funerales ni sufragios por el alma del Degollado, cuyos restos describiré según acabo de verlos. Les han quitado todo a las monjas, y de milagro se sostienen estas mujeres que, por muy santas que sean, bien han menester sustentarse un poco y calentarse otro poco en los recios inviernos, de la noble ciudad castellana de Valladolid. Sospecho que ni lo uno ni lo otro es sobrado fácil a las monjas del hábito blanquinegro. Tal preocupación, sin embargo, no parece nublar ni un instante la serenidad del cachillo de cielo que se refleja en el agua mansa de la poza.

Hay un contraste en este caso; contraste curioso. Mientras las emanaciones del fogón conventual llegan hasta los que visitamos el interior del Convento, y nos revelan toda la humildad de la refacción de berzas que se prepara, recorremos el refectorio, admirándolo, y lo vemos revestido de la más bella azulejería talaverana que puede soñar un aficionado al arte. Los escudos de Calderón, de la Orden, con otros blasones varios, se incrustan entre el alto friso, del lindo diseño y del colorido mágico, que solo se daba en los viejos alfares de Talavera. El púlpito destinado a la lectora, es de elegantísima traza, y de azulejo blasonado también. Todo, en este refectorio, está impregnado de grandeza, esa grandeza seria y sencilla de la hispánica decoración, hasta el suelo, que es de los que hoy se imitan, de baldosín rojo, alternado con diminutos losanges, también de cerámica. No hay idea del desgaste de este suelo, desgaste inverosímil, pensando en el tácito y recatado pisar de las religiosas. Materialmente está comido, roído, en polvo. Pero aquí no se renueva nada, no se desecha nada. La persistencia de lo que fue sugiere la idea de lo eterno.

Aun ahora, el enorme refectorio es fresco; en invierno debe ser glacial. La estufa es minúscula. Para defenderse del frío, ponen en los asientos de las silletas bajas donde labran y cosen, la tapa de una caja de cartón. Es todo el mullido que exigen estas espartanas.

Y, al mismo tiempo, no hay salón cuyo mobiliario sea más artístico que el del coro alto donde cantan las Calderonas sus horas canónicas. La talla de la sillería, ennegrecida por los años, es un fondo digno del pincel. Al través de la curiosa división calada, se ve el templo, suntuoso, con su enterramiento, que ornan estatuas orantes de alabastro. Las pobres de solemnidad están rodeadas de obras dignas de un Museo. El Cristo que perteneció a D. Rodrigo Calderón, obra prima de bronce, se atribuye a Pompeyo Leoni, y al mismo maestro la soberbia placa, repujada, en bronce también, del Ecce Homo. D. Rodrigo era lo que se llama hoy un inteligente.

No son, sin embargo, estas hermosuras lo que más enamora a las Calderonas. Prefieren su "Relicario".

El Relicario es una cámara que da al Claustro abierto y no recibe luz directa. En la leve penumbra misteriosa de la estancia, a primera vista dijérase que se agitan apariciones de ensueño. Son las efigies vestidas de Vírgenes y Santas, que, a ambos lados, forma una hilera de semblantes lindos, amuñecados. La palabra acude sin querer: son muñecas celestes, que las monjas cuidan, desnudan y visten. Los ropajes de las figuras pertenecen a la época de su ingreso en el Relicario: del XVII al XVIII; corpiños en punta, golas, tocas, amplia faldamenta Pompadour, y coronando las frentes, pálidas rosas artificiales. Todo ello parece, lo repito, cosa ilusoria, como si las efigies respondiesen a una visión de lo pasado, desvanecida cada amanecer, y las viésemos sin cuerpo tangible tras de cortinajes de gasa. Esta sensación se agudiza al fijarse en lo que rodea las paredes, detrás de las efigies. Se entrevén, por los vidrios de urnas, calaveras; calaveras grandes y chicas, de mártires, de ascetas, de Niños Inocentes. Relicarios piramidales contienen un hueso del brazo de San Mauricio, una canilla de algún otro bien aventurado. Colgado, ostenta su milagrosa mancha de sangre un fragmento de los Sacros Corporales de Daroca. Un rosario, la camisa de Santa Teresa, se ofrecen a la veneración. Lo sobrenatural nos rodea. Su hálito sutil, el soplo de lo pasado, estremece nuestro cuerpo. La estancia, en que tan terribles realidades se esconden de la graciosa puerilidad de las imágenes engalanadas como para un sarao de sombras, nos lo explica todo: el Convento, la idealidad que en él se oculta. En este Relicario habitan los espíritus, infantiles y estoicos a la vez de sus moradoras. Reliquias, reliquias, lo que la Edad Media amaba, por lo cual guerrearon pueblos; ¡reliquias, que fueron parte de la envoltura física de almas superiores, en voluntad y fuerza, a las de sus contemporáneos!

¡Y solo un momento compadecí a las monjitas, y fue cuando me dijeron que aquel huerto que veíamos desde el Claustro, aquel huerto seco, que invade la maleza, donde no se ve planta que revele el cuidado del hombre, está así porque el agua es demasiado cara! El agua debiera darse de balde: lo he pensado siempre, porque el agua como el aire, es una necesidad absoluta de la vida. Con agua, las monjas pudieran cultivar unas judías, unas verduras frescas… Pero no se quejaron. Bien está lo que dispone Dios… Solo lamentan que, desde las ventanas de las casas que dominan su abandonado huerto, se las vea cuando salen a tomar el aire. Los ojos que se fijan en ellas, alteran poco o mucho el remanso del agua. Al fin, son los turbios ojos del mundo…

La condesa de PARDO BAZÁN

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 201. Domingo 13 de Mayo de 1917. Pp. 1-2.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

PÁGINA 2 — LA NACION

ALIANZAS DE GUERRA Y RELACIONES DE PAZ

LA PAZ FUTURA

La multiplicidad de acontecimientos relacionados íntimamente con España, me ha impedido, durante varias semanas, proseguir el examen de la política exterior. Desde que aparecieron mis últimos artículos sobre esta materia, han ocurrido muchos sucesos importantes, entre los que se destaca singularmente la revolución rusa. Y sólo con hacer alusión á ella, se dice bastante para hacer comprender que la situación militar se ha modificado en el sentido de una consolidación acentuada en favor de los Imperios centrocuropeos, puesto que, aunque lo que quiera, significa una reducción de la potencia del primer factor militar de la Entente, mientras que á consecuencia de los efectos extraordinarios del bloqueo, Inglaterra, Francia é Italia se ven forzadas á emprender operaciones ofensivas, tan estériles en cuanto á sus resultados como desastrosas en cuanto conciene á las sensibles pérdidas de vidas humanas y de material difícilmente reemplazable. No es extraño, pues, que mientras los aliados sólo piensan en buscar nuevos colaboradores, los Imperios alemán y austrohúngaro se ocupen más seriamente cada día en consolidar la situación adquirida y en determinar las condiciones mediante las que podrá hacerse la paz.

Desde este punto de vista, el último discurso del canciller alemán es altamente instructivo. Verdad es que aquí fuera de reproducir y subrayar las frases que ha dedicado á España, se le ha prestado poca atención. Este es, en general, el criterio que se sigue respecto de todos los asuntos exteriores; y así ha podido decir recientemente uno de nuestros ilustres colaboradores, que España no se da cuenta de que haya guerra en el mundo y de que la guerra nos rodée como el mar á una isla. Es profundamente erróneo y de graves consecuencias, que nuestro pueblo y quienes lo dirigen se ocupen tan superficialmente de lo que ocurre al otro lado de ese grupo de países al que pertenecemos á título de explotados. Parece ya bastante evidente que la guerra no se decidirá por la voluntad de Inglaterra ni de Francia. La incógnita para su solución sabrá del centro de Europa y de Rusia. Y en este punto nada más interesante que el discurso del canciller.

Ese discurso demuestra de modo claro que existe una verdadera y total inteligencia entre Alemania y Austria Hungría en lo que se refiere á las negociaciones de paz. Aunque el canciller imperial se haya en general negado á precisar las condiciones según las que el Gobierno alemán estaría dispuesto á hacer la paz, ha encontrado, sin embargo, al hablar de la nueva Rusia, palabras que expresan con bastante claridad que Alemania no hará imposible, por propósitos de conquista, el establecimiento de buenas relaciones durables, si Rusia, por su parte, está dispuesta á inspirarse en criterio igual. —«No dudo de que, al fin, se pueda encontrar una mútua inteligencia sincera que excluya toda idea de violencia, y que no deje ninguna esfera ni ninguna descontentos—ha dicho el canciller.

Los comentarios de los periódicos de Viena referentes á este discurso, hacen resaltar la satisfacción reinante en las esferas políticas austrohúngaras, por esa unanimidad con que los dos Imperios consideran el modo de llegar á un acuerdo con Rusia; porque, en efecto, lo que el canciller alemán ha dicho en el Reichstag no es otra cosa que la fórmula del conde Czernin, referente á la conveniencia de obtenerse de conquistas territoriales en detrimento de Rusia. Esta fórmula que, como se recordará, había sido criticada por ciertos partidos alemanes, parece, á pesar de todo—y el discurso del canciller lo demuestra—haber sido reconocida como la mejor para tratar con una Rusia distinta de la que inció la guerra. Y así acaso sea, no obstante los esfuerzos de la Entente—que trabaja en San Petersburgo y se obstina en lograr que Rusia vuelva á sacrificarse por la causa de los aliados—, la idea de una paz sin sacrificios territoriales ha venido á ser moneda corriente allá.

Y ello es perfectamente comprensible. Es preciso ignorar lo que Rusia es, para creer todo lo que los aliados dijeron con referencia á las tendencias de la revolución rusa. El pueblo ruso no ha iniciado la revolución á cuyo desenvolvimiento asistimos para imitar á sus aliados, para igualar sus democracias; esa revolución es, al contrario, la consecuencia inmediata de enojo y de la fatiga que el papel ingrato impuesto á Rusia por sus aliados, había acabado por producir en un pueblo cuyo sangriento sacrificio no tiene igual en la historia. En realidad, esta revolución no se ha hecho contra la autocracia zarista, sino para librarse de los aliados del Zar. Nadie puede actualmente predecir á través de cuáles peripecias deberán pasar los rusos hasta llegar á un régimen que sea bastante independiente de las influencias extranjeras para lograr lo único á que el pueblo ruso aspira; es decir, á la paz.

En todo caso es innegable que la posibilidad de la paz ha dado un gran paso desde Diciembre último, cuando los Imperios centroeuropeos hicieron su oferta pacifista. Y debe reconocerse que es el conde Czernin—personaje de una actividad y elasticidad sorprendentes—quien parece dar la orientación á este movimiento.

Y cuando se leen las palabras que el canciller alemán dedica á la perfecta inteligencia que reina entre ambos Estados no hay dificultad en apreciarlas como expresión de la realidad. No debe ser realmente difícil entenderse entre aliados beligerantes, si aun respecto de las más importantes cuestiones, cuando el aspecto militar de la obra común se ofrece en condiciones tan excelentes como en el caso de esos dos Imperios.

Juan PUJOL

NUESTROS COLABORADORES

Ortega Munilla

Desde mañana lucirán las columnas de LA NACION la pluma de oro del novelista ilustre y maestro—el verdadero maestro—de periodismo, **don José Ortega Munilla.**

En el deseo de que sea el nuestro un periódico moderno y español, no titubeamos en demandar la colaboración de los escritores españoles contemporáneos que han alcanzado, con justicia, un puesto preeminente en la literatura patria.

Nos complacemos, pues, en dar á nuestros lectores la grata noticia de que semanalmente se deleitarán con la prosa cálida y sugeridora de Ortega Munilla, que... escribe hoy aunque parezca mentira, aún mejor que antes, según frase que en este mismo número dice, hablando de él, otro ilustre colaborador nuestro, la condesa de Pardo Bazán.

Mañana publicaremos el primer artículo del brillante escritor, titulado,

"Prólogo y confidencia".

El Ateneo y el dinero de España

Indicábamos ayer la inconveniencia de que en una sociedad subvencionada por el Estado, como lo está el Ateneo de Madrid, se susciten discusiones sobre temas que no son científicos ni literarios, con ocasión de los cuales se ofende, por lo visto, con la pretensión de hacerlo impunemente, á aquella numerosa parte de la nación que sostiene el criterio de la neutralidad española ante la guerra. El Ateneo ha sido en otro tiempo lugar donde se exponían todas las ideas sin que peligrase la integridad personal ó el decoro de quien las sostuviese. Pero desde hace algunos años la «docta casa» ha caído en poder de un grupito de mangoneadores, aliados como un solo hombre al mal llamado partido reformista, y ya es punto menos que hazaña heroica atreverse á frecuentarla si no se comulga en las ideas de ese rudimento de oligarquía. Lo mismo en las discusiones públicas que en las privadas, los mangoneadores del Ateneo procuran imponer su criterio, y no siempre por procedimientos de persuasión, sino con alardes desplantes é intransigencias impropias de gentes que á sí mismas se califican, modestamente, de intelectuales.

El asunto no tiene importancia, salvo en cuanto se relaciona con la antedicha subvención del Estado. Los señores socios del Ateneo son dueños de pensar lo que se les imponga aquel grupo reformista é intervencionista, si tal es su gusto ó su mandamiento. Pero los ciudadanos españoles estamos en el deber de impedir que el dinero de la nación se invierta en sostener ese Centro, en el que se labora descaradamente por la intervención de España al servicio de Francia, y del que muchos amantes de la cultura se han visto obligados á apartarse, por la imposibilidad de frecuentarlo sin tener disgustos personales.

Manifestación neutralista

Personas extrañas á la política y solamente defensoras de la neutralidad de España han organizado una manifestación que se celebrará el domingo próximo.

Dicho acto tendrá lugar á la misma hora en que los intervencionistas celebren su mitin acostumbrado—y tan monótono!—en la plaza de toros.

La manifestación se formará en la plaza de Manuel Becerra y se dirigirá á la Puerta del Sol, para exponer ante el ministro de la Gobernación los deseos de los españoles de permanecer neutrales.

Los organizadores ruegan á todos los que simpatizen con la idea, que acudan al acto y que pongan colgaduras en los balcones.

Es de esperar que la manifestación resulte imponente, pues el pueblo madrileño aprovechará esta nueva ocasión que se le presenta para exteriorizar sus sentimientos en contra de nuestra intervención en la guerra.

Esperamos que el Gobierno, tan partidario de que cada uno exponga sus opiniones en público, no tratará de impedir esta manifestación.

NUESTRAS INFORMACIONES

HABLAN LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES

La condesa de Pardo Bazán declara que nadie tiene un pasado tan glorioso como España, y nadie anda como ella á bofetones con ese pasado



La condesa de Pardo Bazán es, sin duda, uno de los novelistas más ilustres de Europa. Sobre su nombre, de reputación mundial, nada podríamos añadir nosotros, luego de aquellas palabras de «Clarín»: «Emilia Pardo Bazán es un sabio en muchas materias».

Y desde «Clarín» acá el prestigio de la insigne escritora, por la accesibilidad de todos, que ella, con Pérez Galdós y Palacio Valdés, forma la trinidad de novelistas reputados por excelentes, á las cuales ni en intensidad, ni en amenidad, ni en inventiva aventaja ninguno de los más ilustres escritores extranjeros.

Hace varios años que profesa una profunda admiración á mi amiga, la portentosa novelista. Yo fuí quien inició aquel movimiento contra la Academia de la Lengua, que le cerró sus puertas, no obstante haber pertenecido á tan ilustre Corporación la condesa de Oyanz, á raíz de fundarse aquella Institución por Felipe V. Demostrado quedó que en España habían existido mujeres académicas. Julio Burell, elevando á las alturas de «Las selvas negras» á catedrático de la Universidad Central, repuso, en cierto modo, la injusticia de la Academia.

Hoy halla á la condesa en todo el apogeo de sus facultades literarias, cuando su vigor no ha decaído en un solo punto, y asombra su pasmosa actividad, prodigiosamente esparcida en periódicos, revistas, folletos, novelas y libros de todo género. Sus obras completas son un monumento, gloria y galardón de España.

—¿Cómo ve el estado actual de la novela en nuestro País?—le pregunto.

—No me resuelvo á decir—contesta—que tan florecientes como allá por los años áureos de 1880 á 1890, y aun en época anterior: los tiempos de Valera, Alarcón y los que les han seguido.

—¿Y en otros países?

—Fuera de Francia, que siempre podrá admirarse que el nivel general de la novela no haya descendido, quizá por culpa de la sobreproducción y divulgación nefastas del género.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.



LA NACION — PÁGINA 3

—¿Significa ello que no se escriben muy buenas novelas actualmente?

—No, no lo.

—¿Y en cuanto al público?

—Lo creo más que nunca ávido á esa forma literaria. Los libreros, que dan la verdad, el no de lo que vale, al menos de lo que se acepta y vende, no hacen más que novelas y más novelas. Los editores casi no quieren otra cosa. Y sería difícil admitir que entre tanta novela como se publica no hubiera bastantes dignas de atención, y algunas que sobrevivan y sean parejas con las que ya ha consagrado la aprobación general. En última advierto en la novela más reciente, y es el predominio del regionalismo. Cuando yo escribí «Los pazos de Ulloa», sólo en verso se trataba el ambiente de Galicia. Y ahora hay una verdadera frondosidad de novela de carácter gallego y sabor criollo, por decirlo así. Hasta creo que el fondo y el paisaje van sobreponiéndose á otros elementos de la novela. La tierra es el verdadero apoderado.

—¿Con qué novelistas contamos ahora, cuentos?

—No se puede contestar concretamente. Todo el mundo sabe los novelistas que poseemos, aunque, naturalmente, en la apreciación de sus valores existan diferencias inevitables, según criterios y gustos.

—¿Cuáles son sus favoritos?

—Yo leo á todos, y en su producción cabe siempre obras que prefiero, pero por mi modo de ser, por mi criterio simplista, no tengo favoritos. En cada autor encuentro algo especial que me interesa. He aprendido que estrechar y reducir es perder. No quiero perder nada, ya que tengo la suerte de apreciarlo todo.

—Eso criterio le honra mucho. Y de los jóvenes, ¿qué me dice?

—Hago lo mismo, si bien para los jóvenes soy partidaria de aguardar un poco, á que su personalidad se defina enteramente. No cabe juzgar á un novelista por un par de novelas, por primeros ensayos, por tentativas que acaso no respondan á vocación, sino á probar fortuna. A veces, en la rica producción de un novelista profesional, sólo se destaca un libro. Y ese libro decisivo no ha tenido aún tiempo de escribirlo la mayor parte de los que usted llama jóvenes.

—¿Qué opina usted de la literatura que muchos llaman «nueva»?

—Contiene que no me parece impropio el vocablo. A un literato no se le caracteriza por ser «una cuarta», ni aproximativa semejanza. Las «Doloras» y el «Tenorio» son cosa recordar de una misma fecha, y ¡qué diferencia entre ambos instintos de arte!

—¿Qué le parece á usted Pío Baroja?

—Muy fuerte, muy intenso, y que una última novela podríamos ser el ejemplo—no hallo palabra española tan expresiva—de los «Episodios Nacionales» de Galdós, si revelasen mayor imparcialidad histórica, menos prevenciones sectarias.

—¿Y Ricardo León?

—Hace tiempo que lo leí, y formo parte de sus admiradores. Espero, pues, juzgarle mejor en conjunto, al ofrecerlo envía de la reciente edición de sus obras.

—Desearía conocer su juicio sobre Valle-Inclán.

—Me encanta su arte—exclama la condesa—porque está muy dentro del espíritu de nuestra región, que ha comprendido como yo, la poesía de su sentido supersticioso.

—Y del tan discutido Unamuno?

—Es un escritor sugerente—como siempre se dice, y no sin razón—pero me da idea de lo que quiere manifestar... Unamuno insita á la contradicción, á la reflexión, á sutilezas opuestas de lo aparente, y esto solo atestigua ya su talla. Unamuno es lo contrario de los edificantes; aquí, que nadie piense; con él no nos echamos fuera, sino que nos recogemos hacia adentro, en nuestra intimidad. No vamos con él, pero por él vamos hacia nuestros mismos, en lastantes casos.

—Aforismo le agradará, ciertamente.

—Se lectura siempre me lastra, y, además, no interesa.

—Y de Palacio Valdés, ¿qué concepto tiene?

—Ante su labor ganada gloria me inclino, llena de simpatía. Este es de los de mi generación, de la cual ya han desaparecido bastantes.

—¿Qué cree de Blasco Ibáñez?

—Un gran colorista. El Sorolla de las Letras.

—¿Qué le parece Galdós?

—De él digo lo que de Palacio Valdés. No hay más que saludar, como se saluda á la bandera. A su nombre un respeto definitivo. ¿Qué otra manifestación cabe?

—Doña Ortega Munilla demanda sobre el ahora que vuelve á escribir.

—Y deberá alegrarse. De día hacia casi que le digo que, aunque parezca difícil, escribe ahora mejor que en su primera época.

—¿Qué opina de Octavio Picón?

—Sentó de veras que se calle tanto. Por lo hecho, se lamenta lo que deja de hacer

—¿Qué escritores sobresalen de los modernos y qué defectos ve usted?

—Sería preciso definir quiénes son los modernos. Esto no se puede hacer en dos palabras. Y defectos, ¿quién no los tendrá, lo mismo si es moderno que si es antiguo?

—¿Qué condiciones principales requiere el novelista?

—Son difíciles de marcar. La novela es un género tan amplio, que en él caben todos los temperamentos y todas las orientaciones. De ello, la historia literaria nos ofrece testimonios elocuentísimos. Apenas hay escritor que no nos sepa dar escribir una novela. Eso sí: no es igual escribir una novela que ser novelista.

—En efecto... Y el cuento, ¿qué debe ser?

—Breve, significativo, movido, sin nada que sobre.

—Dígame usted algo de los críticos. ¿Hay ó no hay ahora buenos críticos?

—Las circunstancias no son favorables al desarrollo de esa crítica concienzuda, porque en la Prensa apenas se le otorga lugar, y en libros no se compra, según los libreros afirman. Así y todo, se leen, á veces, cosas muy acertadas. Yo recorto artículos, que guardo, porque contienen puntos de vista que revelan sagacidad crítica.

—Tiene críticos favoritos?

—En cada uno encuentro aciertos y también ideas que no podría aceptar.

—¿Qué condiciones se precisan en el crítico?

—Gran cultura, gran cultura y gran cultura. Humanidades, letras—y comprensión y tolerancia... Y, después, cierta gracia para hacer que se lea y sus juicios influyan.

—¿Qué defectos advierte en la crítica?

—Los defectos de la crítica actual son hijos de las circunstancias. Se obliga á criticar somerísimamente, de un modo precipitado. Aplicados no faltan; pero, tan aprisa, sin madura el juicio.

—Se ha hablado estos días sobre la precocidad de los escritores. ¿Qué cree de los niños prodigio?

—La precocidad es frecuente en nuestras costas del mediodía. El caso es saber encauzarla y hacerla dar el gran fruto. La tendencia de la pedagogía científica moderna es no adelantar nada, y que cada edad lleve consigo su natural desarrollo. Tiene la idea del niño prodigio en oposición á la pedagogía sana y normal.

—¿Tropezará hoy en España buenos estéticos?

—No abunda mucho la especie. En la Prensa se cultiva bastante la crítica; pero siempre incidentalmente. Más conocha veo de encontrarlas que de autéticos, porque la declaración no es sabios, y bastantes, en rigor, no saben el humorismo.

—Hablemos de los poetas. ¿Hay poetas?

—Naturalmente que hay poetas. El momento, sin embargo, tampoco es favorable á la poesía. Cuelan poetas que en otros tiempos tendrían quien se aprendiese sus versos de memoria, hoy apenas son leídos. Ejemplo: Cristóbal de Castro, temperamento de poeta; pero dedicado á distintas tareas y que apenas respira por la herida del verso.

—¿Qué poetas son sus favoritos?

—No muchos, que algos, si no ¿por todos. En general, prefiero á los poetas sencillos, que no recargan, ni predican, ni moralizan.

—Como está hoy nuestro teatro, señora?

—No tan mal como se dice. Por lo pronto, hay gracia, pintura de costumbres, bastante interés. Para convencerse de esto, lean comedias y dramas de hace treinta años, comparándolos á los de ahora.

—Qué opinión tiene usted de Benavente?

—Le creo indiscutible, en conjunto. Prefiero sus obras hasta «La Malquerida», á las de fecha más reciente; pero no porque deniegue nuestra asentía, sino porque no me persuaden las pieza sociales en el teatro.

—Y de Linares Rivas?

—Si le alabase demasiado, le achacarían al paisanaje. Es muy diestro comediógrafo.

—Y los Quintero?

—Su teatro delicia y ha hecho carrera. Señala un momento de nuestra escena nacional en que se quiere y busca lo amable y lo simpático, sin nervios crispados ni sangrientos espíritus. Es el optimismo, confiado en ingenio.

—Y de la crónica, ¿qué me dice usted?

—Cuidos con los cronistas de un agrado sobresaliente. En el mismo que yo prefiero, los ella pongamos todos los demás estudios.

—Son aprovechar sobre obras, trabajo sus del cordoso.

—Por la mañana, á máquina, por escrito el calambre del escritor. Para trabajar necesito un poco de orden en la mesa-escritorio, un cacharrito con flores que mirar y la ilusión de que me leerán con la tarde.

—¿Cree en el genio? ¿Qué es la inspiración?

—Creo en el genio y en la inspiración.

—Creo en un grado eminente de la vida espiritual que se llama genio y en que se funden el entendimiento y el instinto.

La palabra egenio es delicada y no debiera prodigarse. En nuestra relativa horno salido del paso con lo egenial, que no es enteramente lo mismo.

—¿Hay muchas buenas escritoras en España?

—Sin ser muchas, son lucidas y hacen labor brillante. En la Prensa se destaca «Colombine». En el libro, Blanca de los Ríos, un sabio en toda la extensión de la palabra, una autoridad en crítica, un escritor castizo y puro. Las crónicas de Sofía Casanova son muy atractivas. En lo social, sobresale María Maestu. No las puedo nombrar á todas y lo siento, pues como usted comprenderá, algo aumentamos los progresos de la intelectualidad femenina.

—¿Cuáles son sus autores cumbres, de los antiguos?

—Cervantes, Rivilla, Santa Teresa, Bermal Díaz, Gómara, Tirso, Torres Villarroel, el Padre Feijóo, y claro es que los romances y las gestas. Para justificar esta aparente mezcolanza hablaríamos un día entero.

—Desearía conocer su opinión sobre Quevedo.

—Hice de él un estudio en el «Nuevo Teatro Crítico». Desde aquella fecha clave no me falta que añadir. A mi parecer, lo mejor de Quevedo es, en primer término, el dominio increíble del idioma; en segundo, la conciencia clara y amarga que tuvo de la decadencia nacional. Y parece como si quisiéramos reír á Quevedo de la memoria cambio. En Leóo, su prisión subterránea ó poco menos, desde la cascada la pierna la humedad del río, ha sido arrasada sacrilegamente, para hacer creo que un alcalde. Y ahora, son pobres huesos torcidos, no parecen por ninguna parte. Nadie tiene en pasado tan glorioso como España, y nadie anda como ella, á bofetones con su pasado.

—¿Qué me dice del estilo? ¿Como se escribe hoy?

—Cada uno escribe como puede. No hay un estilo general. ¿Quién identificará el estilo, por ejemplo, de Ricardo León con el de Baroja? El caso es que cada cual tenga su estilo propio, y cuanto en su sencillez, y Cristo con todos.

Y con esto damos fin á la interviú.

Luis ANTÓN DEL MARMOL

Política interior

El Sr. Burell y el aprovisionamiento de Portugal

Se lamentó ayer el señor ministro de la Gobernación de las censuras de que LA NACION le hizo objeto, con motivo de su autorización para el envío de trigo á Portugal. Por lo mismo que presumo al señor Burell estimación sincera, nos contrario tener que evidenciar la ligereza con que ha obrado en tan delicado asunto. Aquí sólo estamos deseando tener ocasión de aplaudirle. Y ayer mismo nos la dió al negar que sea el Gobierno español el del país neutral que, según un ministro lusitano, está gestionando la exportación de trigo á la nación vecina. Ya suponíamos que el señor Burell encontraría disparatado el anuncio de semejante exportación, y perfectamente justo que el trigo que haya en España sea para los españoles. Conste, pues, que el ministro de la Gobernación concede con nosotros al considerar absurdo que se exporte trigo á Portugal. Absurdo y criminal sería, en efecto. Y estas palabras del ministro nos eximen de la obligación de justificar nuestra oposición á que semejante aprovisionamiento se haga ni se intente siquiera.

El Presidente

CONFERENCIA

Después de despachar con S. M. fué el presidente á un despacho oficial, conferenciando tranquilamente con el Sr. Burell, el cual le manifestó que la huelga, el ramo de aguas de la industria textil de Barcelona, proseguía sin nuevos incidentes.

LO DEL ATENEO

Hablando el jefe del Gobierno del incidente ocurrido en el Ateneo, dijo que carecía de importancia.

CONSEJO A LAS SEIS

Anunció por último, el presidente, que el Consejo de por la tarde, empezaría á las seis, porque tanto él como varios de los ministros, asistirían al entierro de la madre política del Sr. Galdós.

El mitin de las izquierdas

HABLA EL PRESIDENTE

No creas—decía ayer el señor García Prieto—que el Gobierno haya prohibido la celebración del mitin de las izquierdas.

Todavía no tengo noticia oficial de que haya sido solicitado el oportuno permiso; pero desde luego puedo afirmar que no será denegado, pues tengo una gran confianza en el patriotismo de la opinión y espero que no ocurrirán sucesos desagradables.

El Gobierno, dentro de su esfuerzo de moralidad, debe garantizar por todos los medios á su alcance que cada uno se exprese en ideas.

Después el presidente que ignoraba sus gustos si hicieron con consejo del mitin manifestó y afortunadamente no ocurrió nada.

Si una vez empezado el acto ocurrieran sucesos de tal gravedad que á juicio de las autoridades, aconsejaran la suspensión, así se haría, pero no creo que no suceda.

OYENDO AL SR. BURELL

Ayer aparecieron con gran profusión pegados en las esquinas de las casas y vallas de los innumerables solares que hay en Madrid, grandes carteles, anunciando para hoy, día de la mañana del domingo 27 un mitin nuestros de reafirmación de las izquierdas.

En la lista de oradores se cita á los señores Unamuno, Lerroux, Melquiades Alvarez, Simarro, Castrovido y Moreno.

Un entusiasta compañero, redactor de un periódico de conjunción republicana-socialista, pasaba ayer al señor Burell el lo ocurrido anteanoche en el Ateneo, infiriría para no asistir el mitin de las izquierdas el próximo domingo, con la Plaza de Toros de Madrid.

El señor Burell manifestó que él, como ajeno en absoluto en todo conocimiento de que tal mitin se vaya á celebrar. Como todos los periodistas sabía que se están organizando y aun confidencialmente algo le habían dicho.

—Pues los carteles anunciando el mitin... se han fijado en los sitios más públicos—se le contestó.

—No dá cuenta de los que van á hablar? ¿Entre ellos el señor Burell?

Se le dieron los nombres de los oradores apuntados, y entonces el ministro de la Gobernación, con un gran sentido político, exclamó:

—Pues en mitin, no puede significar una afirmación de izquierdistas, faltan en la lista de los oradores Rodrigo Soriano, y por lo menos una del partido socialista, que forma en la extrema de esos partidos.

—En que el mitin es alisódico; por eso no asisten lleciano y los socialistas, herido acto de protesta.

—Eso no basta; irán unos cuantos como particulares, pero no el partido, pues si con el criterio de los organizadores coincidieran los socialistas, hoy día de Pentecostés tendrían justo silencio al fin que se persigue. Bien claro se revela, ya que las izquierdas no pueden afirmar su criterio condenando la política internacional, porque en ese acto se abstienen de tomar parte Rodrigo Soriano y los socialistas, á pesar de la conjunción de éstos con los republicanos, en los asuntos de política interior. Cuando el blasquismo, casi republicano, se opone á todos los interesados en la defensa de los principios democráticos. No sucede ahora. Se manifiesta con expresión de sentimientos y afectos de grupos, no el pensamiento unánime de los partidos de las izquierdas.

—Pero el Gobierno hará respetar el derecho de todos—pregunté el aludido periodista.

—Quien le duda! Se garantizará el derecho de todos. Pero vuelvo á repetir que el ministro de la Gobernación nada sabe hasta la hora presente de dicho mitin.

EN EL CONGRESO

Puede decirse que ayer el único tema de todas las conversaciones fué el mitin de las izquierdas.

Por cierto, que varios alisódicos, entre ellos algunos reformistas, después de ale-

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

NUESTRAS INFORMACIONES HABLAN LOS NOVELISTAS ESPAÑOLES

La Condesa de Pardo Bazán declara que nadie tiene un pasado tan glorioso como España, y nadie anda como ella a bofetadas con ese pasado

La Condesa de Pardo Bazán es, sin duda, uno de los novelistas más eminentes de Europa. Sobre su nombre, de reputación mundial, nada podríamos añadir nosotros, luego de aquellas palabras de "Clarín: Emilia Pardo Bazán es un sabio en muchas maneras."

Y desde "Clarín" acá el prestigio de la insigne escritora se ha acrecentado de modo que ella, con Pérez Galdós y Palacio Valdés, forma la trinidad de novelistas españoles por excelencia, a los cuales ni en intensidad, ni en emoción, ni en inventiva aventaja ninguno de los más ilustres escritores extranjeros.

Ha varios años que profeso una profunda admiración a mi amiga, la portentosa novelista. Yo fui quien inició aquel movimiento contra la Academia de la Lengua, que le cerró sus puertas, no obstante haber pertenecido a tan ilustre Corporación la condesa de Oñate, a raíz de fundarse aquella Institución por Felipe V. demostrado quedó que en España habían existido mujeres académicos, Julio Burell, elevando a la autora de *La selva negra* a catedrático de la Universidad Central, reparó, en cierto modo, la injusticia de la Academia.

Hoy hallo a la condesa en todo el apogeo de sus facultades literarias, cuando su vigor no ha decaído ni un solo punto, y asombra su pasmosa actividad, prodigiosamente repartida en periódicos, revistas, folletos, novelas y libros de todo género. Sus obras completas son un monumento, gloria y galardón de España.

–¿Cuál es el estado actual de la novela en nuestra Patria? –le pregunto.

–No me resuelvo a decir –contesta– que tan floreciente como allá por los años áureos de 1886 a 1896, y aun en época anterior: los tiempos de Valera, Alarcón y los que les han seguido.

–¿Y en otros países?

–Tampoco en Francia, por ejemplo, podrá afirmarse que el nivel general de la novela no haya descendido, quizá por culpa de la sobreproducción y divulgación excesiva del género.

–¿Significa ello que no se escriben muy buenas novelas actualmente?

–No, eso no.

–¿Y en cuanto al público?

–Le creo más que nunca adicto a esa forma literaria. Los libreros, que dan la señal, si no de lo que vale, al menos de lo que se acepta y vende, no hacen más que pedir más y más novelas. Los editores casi no quieren otra cosa. Y sería difícil admitir que entre tanta novela como se publica no hubiera bastantes dignas de alabanza, y algunas que sobrevivan y emparejen con las que ya ha consagrado la aprobación general. Un síntoma advierto en la novela más reciente, y es el predominio del regionalismo.

Cuando yo escribí *Los pazos de Ulloa*, solo en verso se trataba el tema de Galicia. Y ahora hay una verdadera frondosidad de novela de carácter gallego y "adialectada", por decirlo así. Hasta noto que el fondo y el paisaje van sobreponiéndose a otros elementos de la novela. La tierra es el verdadero "personaje".

–¿Con qué novelistas contamos ahora, condesa?

–No le puedo contestar concretamente. Todo el mundo sabe los "novelistas" que poseemos, aunque, naturalmente, en la apreciación de sus valores existan diferencias inevitables, según criterios y gustos.

–¿Cuáles son sus favoritos?

–Yo leo a todos, y en su producción existen siempre obras que prefiero; pero por mi modo de ser, por mi criterio amplísimo, no tengo favoritos. En cada autor encuentro algo especial que me interesa. He aprendido que estrechar y reducir es perder. No quiero perder nada, ya que tengo la suerte de apreciarlo todo.

–Ese criterio le honra mucho. Y de los jóvenes soy partidaria de aguardar un poco, a que su personalidad se defina concretamente. No cabe juzgar a un novelista por un par de novelas, por primeros ensayos, por tentativas que acaso no respondan a vocación, sino a probar fortuna. A veces, en la rica producción de un novelista profesional, solo se destaca un libro. Y ese libro decisivo no han tenido aún tiempo de escribirlo la mayor parte de los que usted llama "jóvenes".

–¿Qué opina usted de la literatura que muchos llaman "novecentista"?

Confieso que me parece impropio el vocablo. A un literato no se le caracteriza por cronología exacta, ni aproximativa siquiera. Las "Doloras" y el "Tenorio" son (creo recordar) de una misma fecha, y ¡qué abismo entre ambos testimonios de arte!

–¿Qué le parece a usted Pío Baroja?

–Muy fuerte, muy intenso, y que sus últimas novelas pudieran ser el "pendant" –no hallo palabra española tan expresiva –de los *Episodios Nacionales*, de Galdós, si revelasen mayor imparcialidad histórica. Son apasionadas –sin parecerlo–.

–¿Y Ricardo León?

Hace tiempo que le leí, y formo parte de sus admiradores. Espero, para juzgarle mejor en conjunto, el ofrecido envío de la reciente edición de sus obras.

Desearía conocer su juicio sobre Valle Inclán.

–Me encanta su arte –exclama la condesa –porque está muy dentro del espíritu de nuestra región, que ha comprendido como yo, la poesía de sus sentimientos espaciales.

– ¿Y del tan discutido Unamuno?

–Es un escritor "sugerente" –como ahora se dice, y no me suena muy bien; pero da idea de lo que quiero manifestar –Unamuno incita a la contradicción, a la reflexión, a muchas operaciones de la mente, y esto solo atestigua ya su valía. Unamuno es lo contrario de los "disputadores", que aquí padecemos: con él no nos echamos fuera,

sino que nos recogemos hacia adentro, en nuestra intimidad. No vamos con él, pero por él vamos hacia nosotros mismos, en bastantes cosas.

–"Azorín" le agradará, ciertamente.

–Su lectura siempre me ilustra, y, además, me interesa.

–Y de Palacio Valdés, ¿qué concepto tiene?

–Ante su bien ganada gloria me inclino llena de simpatía. Este es de los de mi generación, de la cual ya han desaparecido bastantes.

–¿Qué cree de Blasco Ibáñez?

–Un gran colorista. El Sorolla de las Letras.

–¿Qué le parece Galdós?

–De él digo lo que de Palacio Valdés. No hay más que saludar, como se saluda a la bandera. A no escribir un estudio detenido, ¿qué otra manifestación cabe?

–De Ortega Munilla desearía saber algo, ahora que vuelve a escribir.

–Y debemos alegrarnos. De él bastará decir que le diga que, aunque parezca difícil, escribe ahora mejor que en su primera época.

–¿Qué opina de Octavio Picón?

–Siento de veras que se calle tanto. Por lo hecho, se lamenta lo que deja de hacer.

–¿Qué escritores sobresalen de los modernos y qué defectos ve usted?

–Sería preciso definir quiénes son los modernos. Esto no se puede hacer en dos palabras. Y defectos, ¿Quién no los tendrá, lo mismo si es moderno que antiguo?

–¿Qué condiciones principales requiere el novelista?

–Son difíciles de marcar. La novela es un género tan amplio, que en él caben todos los temperamentos y todas las orientaciones. De esto, la historia literaria contiene testimonios elocuentísimos. Apenas hay escritor que no sea capaz de escribir una novela. Eso sí, no es igual escribir una novela que ser novelista.

–En efecto… Y en el cuento, ¿qué debe ser?

–Breve, significativo, movido, sin nada que sobre.

–Dígame usted algo de los críticos. ¿Hay o no hay ahora buenos críticos?

–Las circunstancias no son favorables al desarrollo de una crítica concienzuda, porque en la Prensa apenas se le otorga lugar, y en libros no se compra, según los libreros afirman. Así y todo, se leen a veces, cosas muy acertadas. Yo recorto artículos, que guardo porque contienen puntos de vista que revelan sagacidad crítica.

–¿Tiene críticos favoritos?

–En cada uno encuentro aciertos y también ideas que no podría aceptar.

¿Qué condiciones se precisan en el crítico?

–Gran cultura, gran cultura y gran cultura. Humanidades, letras –y comprensión y tolerancia–. Y después, cierta gracia para hacer que se lea y sus juicios influyan.

–¿Qué defectos advierte en la crítica?

–Los defectos de la crítica actual son hijos de las circunstancias. Se obliga a criticar someramente, de un modo precipitado. Aptitudes no faltan; pero, tan aprisa, no madura el juicio.

–Se ha hablado estos días sobre la precocidad en los escritores. ¿Qué cree de los niños-prodigio?

–La precocidad es frecuente en nuestras gentes del mediodía. El caso es saber ocultarla y esperar a que grane la espiga. La tendencia de la pedagogía científica moderna es no adelantar nada, y que cada edad lleve consigo su natural desenvolvimiento. La idea del niño-prodigio es opuesta a la pedagogía sana y normal.

– ¿Tenemos hoy en España buenos satíricos?

–No abunda mucho la especie. En la Prensa se cultiva mucho la sátira; pero siempre incidentalmente. Más cosecha veo de encomiastas que de satíricos, porque la detracción no es sátira y tampoco, en rigor, es sátira el humorismo.

–Hábleme de los poetas. ¿Hay poetas?..

–Naturalmente que hay poetas. El momento, sin embargo, tampoco es favorable a la poesía. Ciertos poetas que en otros tiempos tendrían quien se aprendiese sus versos de memoria, hoy apenas son leídos. Ejemplo: Cristóbal de Castro, temperamento de poeta; pero dedicado a distintas tareas y que apenas respira por la herida del verso.

–¿Qué poetas son sus favoritos?

–Lo son muchos "por algo", si no "por todo". En general, prefiero a los poetas "inútiles", que no enseñan, no predican, ni moralizan.

¿Cómo está hoy nuestro teatro, condesa?

–No tan mal como se dice. Por lo pronto, hay gracia, pintura de costumbres, y bastante interés. Para convencerse de esto, léanse comedias y dramas de hace treinta años, comparándolos a los de ahora.

–¿Qué opinión tiene usted de Benavente?

–Le creo indiscutible, en conjunto. Prefiero sus obras hasta *La Malquerida*, a las de fecha más reciente; pero no porque denoten menor maestría, sino porque no me persuaden las tesis sociales en el teatro.

–¿Y de Linares Rivas?

–Si me alabase demasiado, lo achacarían al paisanaje. Es muy diestro comediógrafo.

–¿Y los Quintero?

–Su teatro deleita y ha hecho escuela. Señala un momento de nuestra escena nacional, en que se quiere y busca lo amable y lo simpático, sin nervios crispados ni acongojados espíritus. Es el optimismo, confitado en ingenio.

–Y de la crónica, ¿qué me dice usted? ¿Cuáles son los cronistas de su agrado?

–Muchos. La crónica adelanta a pasos agigantados. Es el género que veo progresar. En ella palpitan todas las ansias actuales.

–Sería interesante saber cómo trabaja usted, condesa.

–Por la mañana, a máquina, por evitar el "calambre del escritor". Para trabajar necesito un poco de orden en la mesa-escritorio, un cacharrito con flores que mirar y la ilusión de que me leerán con interés.

–¿Cree en el genio? ¿Qué es la inspiración?

–Creo en un grado eminente de la vida espiritual que se llama "genio" y en que se funden el entendimiento y el instinto.

La palabra "genio" es delicada y no debiera prodigarse. En nuestra retórica hemos salido del paso con lo "genial", que no es enteramente lo mismo.

–¿Hay muchas buenas escritoras en España?

–Sin ser muchas, son lúcidas y hacen labor brillante. En la Prensa se destaca "Colombine". En el libro, Blanca de los Ríos, un sabio en toda la extensión de la palabra, una autoridad en crítica, un escritor castizo y puro. Las crónicas de Sofía Casanova son muy atractivas. En lo social, sobresale María Maeztu. No las puedo nombrar a todas y lo siento, pues como usted comprenderá, sigo atentamente los progresos de la intelectualidad femenina.

–¿Cuáles son sus autores cumbres, de los antiguos?

–Cervantes, Ercilla, Santa Teresa, Bernal Díaz, Gómara, Tirso, Torres Villarroel, el Padre Feijóo, y claro es que los romances y las gestas… Para justificar esta aparente mescolanza hablaríamos un día entero.

–Desearía conocer su opinión sobre Quevedo.

–Hice de él un estudio en el *Nuevo Teatro Crítico*. Desde aquella fecha claro es que no me faltaría que añadir. A mi parecer, lo mejor de Quevedo es: en primer término, el dominio increíble del idioma; en segundo, la conciencia clara y amarga que tuvo de la decadencia nacional. Y parece como si quisiésemos raer a Quevedo de la memoria sensible. En León, su prisión subterránea o poco menos, donde le canceró la pierna la humedad del río, ha sido arrasada sacrílegamente, para hacer creo un aljibe. Y ahora, sus pobres huesos torcidos no parecen por ninguna parte. Nadie tiene un pasado tan glorioso como España, y nadie anda como ella, a bofetones con ese pasado.

–¿Qué me dice del estilo? ¿Cómo se escribe hoy?

–Cada uno escribe como puede… No hay un estilo general. ¿Quién identificará el estilo, por ejemplo, de Ricardo León con el de Baroja? El caso es que cada cual tenga su estilo propio, y coma en su escudilla, y Cristo con todos.

Y con esto dimos fin a la interviú...

Luis ASTRANA MARÍN.

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 212. Domingo 24 de Mayo de 1917. Pp. 2-3

DIRECTOR
JUAN PUJOL
Redacción, Administración y talleres:
Calle San Lorenzo, 16

LA NACION

Fundador EL MARQUÉS DE POLAVIEJA

GERENTE
FÉLIX AGUILERA
Teléfono 363. Apartado de Correos 113
Madrid.—Año II.—Núm. 243

El director de LA NACIÓN

El Consejo de Administración de la Sociedad anónima editora de este periódico, a propuesta de su presidente, el marqués de Polavieja, ha acordado nombrar director de LA NACIÓN a nuestro querido compañero Juan Pujol.

Si tenemos por norma no prodigar elogios inmerecidos a los de fuera, no queremos tampoco cocinar nunca a los de Casa.

Por ello direms a nuestros lectores esta noticia sin añadir a los nombres que figuran en ella adjetivos de ninguna clase.

Queremos decir tan sólo que los que escribimos este diario veramos siempre en el marqués de Polavieja, no ya al presidente del Consejo de Administración, sino al hombre todo voluntad, energía y optimismo, que fundó el periódico y consiguió colocarlo donde hoy se encuentra, y al compañero y amigo que nos prestó y seguirá prestando el concurso de su talento y de su inspiración.

Lo temas—y no hemos de decir al brillante—labor periodística de Juan Pujol, ¿no es verdad que nos releva de clasificarlo nosotros mismos entre los valores positivos del periodismo español?

***

Ha sido nombrado redactor-jefe de este periódico nuestro compañero Antonio Navarro.



Grupo de asistentes al banquete en honor del ministro de Marina (x) celebrado ayer en el Casino de Madrid: Señores Sánchez Guerra (1), Bogallal (2) y Francos Rodríguez (3).
(Fot. Martín y Ortiz.)

NUESTROS COLABORADORES

SOBRE UN TEMA ELEGIACO

¿No os ha causado pena—en medio de los relatos de tantos dolores como soporta estoicamente, o al menos en silencio, la humanidad—, el dolor aislado de esa mísera italiana, que se arrojó al paso del tren porque la era imposible sobrellevar la vida?

¿Qué importa, se me dirá, el sufrimiento de una criatura, cuando tan gran parte de la especie aguanta a todas horas crueilísimos tormentos (sieros o morales, o ambos cosas a la vez? Pero la infeliz a la cual las ruedas de hierro de los vagones redujeron a sangrienta masa, era el *individuo*, siempre superior a la colectividad—al menos, yo lo entiendo así—. El individuo, con su facultad de concentrar el mundo entero, y hasta de abolirlo de negarlo, de pisotearlo, de imponer su sentimiento propio, erfado o no, a la masa, que también camina a ciegas, en sentido contrario muchas veces, del que le dicta ría su voluntad, si fuese consultada...

Y en eso estriba la inferioridad de la masa: en eso. Se creerá que es al revés, y que el mérito de la masa consiste en sacrificar su criterio, en aceptar el que le dan ya construido. Mérito o inferioridad, la masa nunca será la que alumbre y caldee, la que remueve y remueva el espíritu. El individuo es la levadura, que hace fermentar esa masa, informe, como el caos en el principio de los tiempos.

No quiero significar que haya sido ningún extraordinario rasgo el de la desventurada que se lanzó en busca de horrible muerte, muerte colérica, furiosa, con todos los caracteres peculiares de la desesperación. Al parecer—¿quién puede saber nunca toda la verdad de tales dramas?—, la causa espiritual falta en este caso: las torturas de una enfermedad incurable fueron el motivo del suicidio. No puede interesar, desde el punto de vista poético, como una Ana Karenine, que se acuesta bajo el tren porque ha perdido la ilusión en que radicaba su vivir. La heroína de Tolstoi es una de las más calificadas románticas, y por lo tanto individualistas, que campean en la novela del siglo XIX.

Con la creación de su Ana Karenine, demostró Tolstoi que hay otros problemas distintos de los que, agitados por su pluma poderosa, ayudaron a preparar los acontecimientos actuales, la revolución social de Rusia. Poco les importa el estado social a los líricos personajes que no miran hacia fuera, sino adentro de su universo, del que llevan en sí mismos. Puede como quiera el carro de la historia; transformeme como le plazca la sociedad; hundanse imperios, dinastías, pueblos, razas, obtenga quien la obtuviere la hegemonía y el triunfo, las Karenine no lo sabrán siquiera, absortas en devanar la seda que crían en el secreto y caliente cobijo de sus corazones, para tejer con ella su suerte.

Y ahí veis porqué el verdadero poeta lírico nunca será el que cante los progresos y hechos de la humanidad, ni las instituciones, ni aun las glorias de la Patria (a no ser que las vea al través de su propio sensibilidad). El verdadero poeta lírico será el cantor del sentimiento individual, y hasta en el poeta épico, este sentimiento, cuando asoma, es lo que nos conmueve. De Homero, nos importa Andrómaca, despidiéndose con sollozos del hombre amado, del que le ha sido a la vez «padre, madre hermano y dulce esposo»; nos importa el viejo Priamo, yendo a rescatar el cadáver del hijo; nos importa Aquiles, rabioso de cólera porque le han quitado a Briseida. Del poema de Virgilio nos importa la elegiaca Dido, abandonada, predestinada al mismo fin, si bien por instrumento distinto, que la heroína de Tolstoi, de la cual la separan mundos, Estados seculares, torrentes de historia. Nos importan, en suma, los sentires individuales, que condensan despertando eco profundo en nuestra alma, mientras los intereses raciales y de todo orden que han hecho surgir semejantes poemas, nos son ya tan indiferentes como el polvo de lo pasado, que huellan, sin que nos demos cuenta de ello, nuestros pies.

Será cosa fuerte el que tanta sangre vertida, tantas tribulaciones y privaciones como están padeciendo los que combaten, no dejen rastro en la vecindera sensibilidad, y se olviden con tanta mayor rapidez cuanto mayor haya sido su acción ahora: será injusto el anonimato cómplice que espera a tantos millones de resignados y humildes héroes: por lo menos, las antiguas guerras destacaban nombres, y no eran siempre los de los jefes; la gloria besaba también la frente de los soldados.

Será, lo repito, pensión que tanto esfuerzo se disuelva sin eco y sin memoria, como se disuelven los ríos en el mar amargo: pero ello es así sólo para el drama individual hay posteridad y recuerdo. Los dramas colectivos..., obra sin nombre, como las catedrales de la Edad Media, cuyos arquitectos, ingenieros y decoradores apenas si los conoce la erudición, siempre entre la vaguedad de la conjetura.

Y es la pena que tengo de la historia contemporánea: ha cerrado el camino a las individualidades, y ha erigido un dogma cerrado lo colectivo. Nunca ha sido tan difícil la empresa de conservar nuestro yo. La masa nos envuelve, nos domina, nos ahoga. En nada puede ejercer tan desastrosa influencia la masa como en el arte. Es el arte broje de originalidad y personalidad, y para entenderlo tienen las multitudes que haberse educado en su respeto. Y [illegible] arte que hoy se practica, no vacilo en afirmar que [illegible] intimidad ni lo siento ni lo entiendo nuestro. Quizá la única excepción a esta regla que establezco, sea, en España, la música. La música tiene aquí un público, una cantidad de gente que la cultiva y la respeta, y hasta experimenta su fanatismo. En cambio, decae la admiración por la poesía y otras manifestaciones artísticas, y el nombre de artista, entre todos sagrado, se aplica sin examen a cualquiera, en la furia de nivelación igualitaria, para el bien tan dañosa. Porque el arte, o no existe, o es una diferenciación, una distinción, una desigualdad esencial.

¿Quién sabe si un día crearán los verdaderos artistas su Junta de Defensa, para rechazar calificaciones de arte que a cada paso merman su crédito, no y contribuyen a desorientar al público? Distinguirían entonces entre ejercicio y ejercicio; restablecerían aquellos antiguos dictados de «nobles» y «bellas» artes, y delimitarían la belleza, conservando a conocerla y diferenciarla. Ese título de «artista» atribuido ahora hasta a los que ensartan cuentas y cuentas de vidrio y ámbar, volvería a tener el grave y profundo sonido que tuvo bajo el Renacimiento. Sabríamos cómo se conquista y cómo se merece. Porque ya es difícil discernirlo. Ya no somos capaces de explicar en qué se distingue el artista del que ejercita abalorios. Y el arte es lo único en que no cabe suprimir jerarquías.

¿Cómo haríamos, amigos—me dirijo a todos los que me comprendan—, para defender al arte? Tal vez afirmar con mayor energía los fueros del individuo. Y aquí tropiezo con una piedra muy grande, en que por poco me caigo.

Es un brote de individualidad, nos lo asegurar, el futurismo de ciertas decoraciones y el estilo de ciertos lienzos que acabamos de ver por ahí. Sin embargo, ¿están ustedes convencidos de ello? Por mi, no lo estoy. Los que cultivan el arte bajo tal norma, creo que, viviendo hace cien años, lo cultivarían bajo otra, totalmente diversa. En cambio, el modo de sentir de los personajes líricos no cambia con las edades. Por eso viven entre nosotros perpetuamente, porque les reconocemos, porque son de entonces igual que de ahora.

Safo, Dido, Trisán, Ana Karenine, no tienen edad. No cabe en su representación el futurismo, como no caben las tendencias arcaicas. La Fedra de la tragedia griega y la Casandra de la tragedia española parecen hermanas, y en episodios de la vida moderna, sentimental, resiven las vírgenes pasiones fabulosas. Y las formas efímeras del arte, las escuelas, los caprichos, los amaneramientos, las exageraciones, las apariencias de personalidad, se borran.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.



Página 4. LA NACION

se esfuman, mientras el sentimiento individual persiste, fresco y sangrante, como si se acabase de inventar.

¿Y qué consecuencia saco de todo ello? De aplicación práctica, ninguna. Ardua cosa es ser un gran artista, aunque el calificativo esté tan prodigado, y acaso justamente por eso; pero todavía en esto puede influir algo la voluntad, el propósito. No así en cuanto a realizar un tipo lírico. Lo decía Fedra: no era ella, eran los dioses los que habían marcado su destino. Y muchas madres y esposas, en Troya, padecieron lo que Andrómaca, pero sólo el epíglotis de la consorte de Hector ha llegado hasta nosotros, transmitido por el arte. El arte hace una selección de dolores y sensibilidades, y desecha la mayor parte, desdeñosamente. No hay dos gotas de llanto que tengan igual valor, igual peso específico: unas cuajarán en sucares, otras se evaporarán fugaz y definitivamente...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

AYER...

Las grandes damas parisienses ya se han trasladado cada una a su *chateau*. La Prensa ultraprimaica registra en su *carnet* mundano las deserciones del bulevar. Y de pasada aconseja a las viajeras sobre la moda en el campo. Por ejemplo, indica el traje conveniente para el cultivo de hortalizas...

No sólo algún venerable parque inglés fué destruido con objeto de convertirlo en patatal. En el fondo de las avenidas de castaños de Indias, alrededor de los castillos con sus muselinas y sus pizarras, ya no hay los rosales que regaba con sus manos y cantaba con su corazón la *Comtesse de Ndiales*. Ahora el jardín es una huerta, como los quioscos versallescos pertenecen al pueblo. Las grandes damas parisienses cuidan del crecimiento de las alcachofas como antaño de las flores. Tal vez un día monsieur André de Fouquieres, eclipsado actualmente por los *pulius*, consiga renacer a la gloria, si introduce la costumbre de adornarse la solapa con una alcachofa que arrancó con sus dedos Ida Rubinstein...

Y dice un modisto que las hortelanas deberán llevar una blusa de cuello abigrto, y un delantal con pechera, y unos zuecos, que por nuestra parte suponemos se encargarán a los porcelanistas de Sevres, y un sombrero halduda. ¡Ah, es indispensable el uso de pantalones! Con una condición: la de que no descienda más abajo de las rodillas... No es lo mismo quedarse sin rosas, que sin mujeres...

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

VALENCIA SIN ARROZ

Los especuladores y el pan del pueblo

Cuando se llega a los límites de la provincia de Valencia por la línea de Madrid, el viajero puede ver que el tren parece precipitarse por una gran pendiente desde la Encina, serpeando en busca del valle de Játiba, adonde se llega después de recorrer una curva, cuyos carriles semejan hoces gigantescas. Se pasa rápidamente, desde un paisaje accidentado, de sierras peladas y secanos de blanca terriza, a un valle fresco, donde se extienden los grandes cuadriláteros verdes de los naranjales y de los campos de arroz. Son éstas las dos riquezas de la región: el naranjo y el arroz ocupan las comarcas más fértiles de la provincia; empieza su cultivo cerca de Játiba, y va a perderse en la costa, alcanzando hasta la plana de Castellón. Verá el observador que el tipo del pueblo no recuerda el rostro seco del español del centro; abunda el tipo de vientre grueso. ¿A qué viene todo esto?, dirá el lector. Pues a mostrar la importancia del arroz en Valencia.

Los valencianos tienen su alimentación a base de arroz; le comen a todas horas, frío o caliente, y en fuerza de alimentarse de ese producto se les desarrolla el paquete intestinal, y muchos de ellos semejan idolillos chinos, con su gran abdomen y su faja caída por debajo de la masa gelatinosa del vientre. Valencia produce arroz bastante para su población y aun puede exportar. Sin embargo, hoy apenas se encuentra arroz, porque... los arrozales no pueden abastecer a toda Francia ni a toda Inglaterra. Valencia se queda sin arroz... para los españoles.

La población se queja porque en muchas tiendas no se encuentra ni un grano de arroz. Hace pocos días uno de los asilos de la capital no podía abastecerse; el consumidor clama. ¿Qué pasa? La eterna historia de la especulación durante la guerra. Mientras los naranjeros mueren arruinados, los arroceros obtienen ganancias fabulosas, y no contentos éstos con el oro que a caño libre entra en sus cajas, todavía intentan aumentar sus beneficios.

Las cosechas son espléndidas, lo suficientemente cuantiosas para que no falten en el mercado las cantidades necesarias y aun más. Pero del extranjero llegan incesantes demandas ofreciendo precios subidísimos, y los arroceros hallan medio para hacer que el arroz escape del país, y mientras el pueblo se aprieta el estómago, sintiendo el vacío, los vapores ingleses y franceses salen del puerto de Valencia con su vientre repleto de miles de sacos de arroz. El frenesí comercial llega a extremos inconcebibles. Se pretende obtener la autorización necesaria para consachar el cultivo, llevando los cotos de los arrozales hasta las mismas paredes de los poblados, aunque los habitantes tengan que vivir como ranas en medio de las charcas donde bullen los gérmenes palúdicos. No ya los pueblos cercanos a la costa que pueden dar salida al mar a las aguas impuras del arrozal piden la extensión de los cotos, sino también los que se encuentran enclavados tierra adentro. ¡Hay que ganar!... ¡Hay que ganar!... Aunque los consumidores coman menos a pesar de que se extienda el cultivo.

No se repara en nada por algunos para los cuales la palabra patriotismo es una invocación molesta. El arrocero quiere más dinero. Los molinos de arroz se cierran si no se aumenta la tasa para el arroz, fijada por los arroceros. No se contentan ya con las 44,50 pesetas los 100 kilos piden más; y para hacer presión sobre el Gobierno sueltan por delante el elemento obrero a fin de plantear el problema del paro.

Mientras tanto, el arroz está acumulado en los almacenes, escondido para lanzarle al mercado en el momento oportuno, que será cuando consigan los especuladores la subida de la tasa. Una vez llegada la nueva cosecha seguirán exportando, sin perjuicio de pedir nuevos aumentos en el precio de dicho artículo.

La fiebre del oro no reconoce límites. Como los avaros de la *Divina Comedia*, no cejan los especuladores en su esfuerzos por subir a la cumbre de la montaña las talegas de oro.

Pero en realidad no hay problema. No lo ha habido en otros países y no lo debe de haber en el nuestro. Basta con que los Ayuntamientos se inculten del arroz para que se acabe la especulación.

¿No recuerda el lector esa página de Galdós cuando describe en su episodio *Zaragoza* al tío Candiola, al avaro que niega su harina a los defensores de la heroica ciudad? Pues aquí el tío Candiola aparece por todas partes; recorre los arrozales, perora en las tertulias del Ateneo Mercantil, hostiga con telegramas al Gobierno pidiendo energía contra los submarinos que atacan los buques contrabandistas cargados de arroz; se siente arrocero, aliadófilo y se olvida de que es español y que los españoles padecen hambre.

Lícito es que el comerciante se resarza en las buenas coyunturas de las pérdidas que sufre cuando aparecen en la realidad las vacas flacas; pero... también tiene la ganancia un límite, también se puede ser rico sin necesidad de explotar la necesidad ajena. El gran moralista Ruskin recuerda ejemplos en un verdadero Evangelio: «Unto this last». Pero el tío Candiola no entiende a Ruskin.

VICENTE G.A.

CARTAS PARA LA NACIÓN

Visiones de América

La desespañolización de América por los Estados Unidos.

La influencia sospechosa de los Estados Unidos en América se intensifica a medida que su política sufre algún descalabro, efecto de su precipitación en creer enteramente madura la fruta que ambiciona su hegemonía.

Cada fracaso político de los Estados Unidos en América significa para ellos una enseñanzaza práctica, que saben recoger a tiempo y enmendar al momento. Puede decirse que la política yanqui en América es un tanteo, y por eso no es el desaliento el fruto de los fracasos, sino la intensificación de una más empeñada labor y de un tenaz esfuerzo bien meditado, de alcanzar, más tarde o más temprano, la completa hegemonía del Continente por medio de una enmienda Platt más amplia, y a satisfacción del ingolosino anglosajón americano.

Brasil, Cuba, Panamá, alguna que otra república centroamericana y hasta un tanto la Argentina, empapadas de hegemonía yanqui, se han dejado influenciar por los Estados Unidos, y hoy patalean entre la red de las intrigas de ese país.

En cambio, no todo el Continente ha caído en la trampa, pues muchos pueblos, tales como Chile, una de las repúblicas mejor organizadas, y como Perú, el Ecuador, Colombia y otros, se han rebelado contra esa tutela, y se empeñan en demostrar al Tío Sam que son mayores de edad y tienen patrimonio propio para aceptar su protección dadosa.

La expansión yanqui de Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Panamá y de muchos países centroamericanos, más la adquisición de las Antillas holandesas, ha sido para Norteamérica, después de lo de Méjico, una torpe demostración de su hambre de conquistas a costa de la debilidad de los demás.

El incremento cada día más alarmante de su flota, siguiendo el ejemplo de su madre Inglaterra, a la que pretende heredar la hegemonía de los mares, ya que en éstos está la riqueza y el porvenir, y por lo tanto la influencia en el mundo, arruga el ceño de las naciones vecinas, y el propósito de crear un ejército proporcional al valor eficiente de esa flota, ha hecho obligar a esos países a examinar su conciencia y sus elementos combatientes, comparándolos en su notoria inferioridad con los de la *hermana mayor* del Continente.

Comparemos los métodos usados por los Estados Unidos en Puerto Rico y Filipinas para desespañolizar y desarraigar hasta el recuerdo de nuestra dominación en esas tierras, y nos convenceremos del empeño gastado para captarse por medio de granjerías el afecto de los demás países en el mismo sentido, al igual de lo que hicieron con no pequeño éxito inglaterra y Francia para expulsar nuestro recuerdo de esos pueblos.

Los aliados, en su deseo de curedar a Sudamérica en la trama urdida contra Alemania, echan en cara a los hispanoamericanos la ayuda que les prestaron en su independencia de España, y obligan a los aliadófilos americanos a llamarles sus progenitores espirituales, como a los Estados Unidos sus maestros en la ciencia del progreso.

Que Chile, Perú y otros países hayan declarado y afirmado su neutralidad más absoluta en la actual contienda, a pesar de cuantos esfuerzos han hecho los aliados por intervención y presión de los norteamericanos, demuestra que no todo se ha perdido por completo, y que aún es tiempo de aprovechar las enseñanzas de una práctica amarga, si queremos que España no se desintegre por entero de América, y no deje de ser, al menos, lo que es hoy, *un recuerdo*.

JAVIER FERNÁNDEZ PESQUERO,
Director del diario *Chile Austral*.
Punta Arenas Magallanes, Chile, Mayo 1917.

LOS REVOLUCIONARIOS

EL EJÉRCITO DEBE INTERVENIR

Los rumores relativos a la persistencia de trabajos revolucionarios se acentúan. No es un secreto para nadie que el Gobierno se halla preocupadísimo, ni constituye un misterio que el impulso y las órdenes para la revuelta procedan de París, donde van a recibir instrucciones los personajes que figurarán a la cabeza del movimiento si éste lograra triunfar. Parece también que se han introducido en nuestro país armas procedentes de Francia, ignorándose a esta fecha en poder de quién están, aunque puede presumirse. El comienzo de la revolución se pretende que sea el 4 del próximo de Julio. Todo hace suponer que, fracasada la acción diplomática, se intenta producir en España un estado de anarquía que facilite los siniestros fines que Romanones confesó abrigar.

En este momento culminante de la vida de España, sólo en el Ejército podemos confiar. Si nuestra confianza fuera defraudada, podremos dar por definitivamente acabada nuestra independencia nacional. Al Ejército incumbe el alto deber de sofocar esa criminal tentativa por la fuerza, aplastando a los traidores que a sueldo del extranjero están organizando el desorden en nuestro país. Durante tres años ha consentido el Ejército que se mantenga, y más aún, que se procure la indefensión de España, y sólo al cabo de tres años ha levantado la voz; con eficacia que todavía hemos de ver. Porque en él ponemos la última esperanza, tenemos la obligación de hablarle con sinceridad y de decirle que no sólo procede hablar de sus derechos, sino de sus deberes. De éstos antes que de aquéllos. Y el primer deber de un Ejército consiste en impedir su propia degradación, su propio desprestigio, permitiendo que ante su vista se organice la anarquía en el país y se le prepare para una acción internacional que le repugna. Importante es la defensa de la patria en lo externo, pero igualmente lo es el mantenimiento del orden en lo interior; sólo en los países caídos, hundidos y moralmente disueltos, la fuerza armada tolera que se le altere por agentes extranieros.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

Sobre un tema elegiaco

¿No os ha causado pena –en medio de los relatos de tantos dolores como soporta estoicamente, o al menos en silencio, la humanidad–, el dolor aislado de esa mísera italiana, que se arrojó al paso del tren porque le era imposible sobrellevar la vida?

¿Qué importa, se me dirá, el sufrimiento de una criatura cuando tan gran parte de la especie aguanta a todas horas cruelísimos tormentos físicos o morales, o ambas cosas a la vez? Pero la infeliz a la cual las ruedas de hierro de los vagones redujeron a sangrienta masa, era el *individuo*, siempre superior a la colectividad –al menos, yo lo entiendo así–. Era el individuo, con su facultad de concentrar el mundo entero, y hasta de abolirlo de negarlo, de pisotearlo, de imponer su sentimiento propio, errado o no, a la masa, que también camina a ciegas, en sentido contrario, muchas veces, del que le dictaría su voluntad, si fuese consultada…

Y en eso estriba la inferioridad de la masa; en eso. Se creerá que es al revés, y que el mérito de la masa consiste en sacrificar su criterio, en aceptar el que le dan ya construido. Mérito o inferioridad, la masa nunca será la que alumbre y caldee, la que renueve y remueva el espíritu. El individuo es la levadura, que hace fermentar esa masa, informe, como el caos en el principio de los tiempos.

No quiero significar que haya sido ningún extraordinario rasgo el de la desventurada que se lanza en busca de horrible muerte, muerte colérica, furiosa, con todos los caracteres peculiares de la desesperación. Al parecer – ¿quién puede saber nunca toda la verdad de tales dramas?–, la causa espiritual falta en este caso: las torturas de una enfermedad incurable fueron el motivo del suicidio. No puede interesar, desde el punto de vista poético, como una Ana Karenine, que se acuesta bajo el tren porque ha perdido la ilusión en que radicaba su vivir. La heroína de Tolstoi es una de las más calificadas románticas, y por lo tanto individualistas, que campean en la novela del siglo XIX.

Con la creación de su Ana Karenine, demostró Tolstoi que hay otros problemas distintos de los que, agitados por su pluma poderosa, ayudaron a preparar los acontecimientos actuales, la revolución social de Rusia. Poco les importa el estado social a los líricos personajes que no miran hacia fuera, sino adentro de su universo, del que llevan en sí mismos. Ruede como quiera el carro de la historia; transfórmese como le plazca la sociedad; húndanse imperios, dinastías, pueblos, razas; obtenga quien la obtuviere la hegemonía y el triunfo, las Karenine no lo sabrán siquiera, absortas en devanar la seda que crían en el secreto y caliente cobijo de sus corazones, para tejer con ella su suerte.

Y ahí veis por qué el verdadero poeta lírico nunca será el que cante los progresos y luchas de la humanidad, ni las instituciones, ni aun las glorias de la Patria (a no ser que las vea al través de su propia sensibilidad). El verdadero poeta lírico será el

cantor del sentimiento individual; y hasta en el poeta épico, este sentimiento, cuando asoma, es lo que nos conmueve. De Homero, nos importa Andrómaca, despidiéndose con sollozos del hombre amado, del que le ha sido a la vez «padre, madre, hermano y dulce esposo»; nos importa el viejo Príamo, yendo a rescatar el cadáver del hijo; nos importa Aquiles, rabioso de cólera porque le han quitado a Briseida. Del poema de Virgilio nos importa la elegíaca Dido, abandonada, predestinada al mismo fin, si bien por instrumento distinto, que la heroína de Tolstoi, de la cual la separan dos mundos, Estados seculares, torrentes de historia. Nos importan, en suma, los sentires individuales, que continúan despertando eco profundo en nuestra alma, mientras los intereses raciales y de todo orden que han hecho surgir semejantes poemas, nos son ya tan indiferentes como el polvo de lo pasado, que huellan, sin que nos demos cuenta de ello, nuestros pies.

Será cosa fuerte el que tanta sangre vertida, tantas tribulaciones y privaciones como están padeciendo los que combaten, no dejen rastro en la venidera sensibilidad, y se olviden con tanta mayor rapidez cuanto mayor haya sido su acción ahora: será injusto el anonimato completo que espera a tantos millones de resignados y humildes héroes: por lo menos, las antiguas guerras destacaban nombres, y no eran siempre los de los jefes; la gloria besaba también la frente de los soldados.

Será, lo repito, penoso que tanto esfuerzo se disuelva sin eco y sin memoria, como se disuelven los ríos en el mar amargo; pero ello es así: solo para el drama individual hay posteridad y recuerdo. Los dramas colectivos.., obra sin nombre, como las catedrales de la Edad Media, cuyos arquitectos, imagineros y decoradores apenas si los conoce la erudición, siempre entre la vaguedad de la conjetura.

Y es la queja que tengo de la historia contemporánea: ha cerrado el camino a las individualidades, y ha erigido en dogma cerrado lo colectivo. Nunca ha sido tan difícil la empresa de conservar nuestro yo. La masa nos envuelve, nos domina, nos ahoga. En nada puede ejercer tan desastrosa influencia la masa como en el arte. Es el arte brote de originalidad y personalidad, y para entenderlo tienen las multitudes que haberse educado en su respeto. Y el arte que hoy se practica, no vacilo en afirmar que la multitud ni lo siente ni lo entiende mucho. Quizás la única excepción a esta regla que establezco, sea, en España, la música. La música tiene aquí un público, una cantidad de gente que la cultiva y la respeta, y hasta experimenta su fanatismo. En cambio, decae la admiración por la poesía y otras manifestaciones artísticas, y el nombre de artista, entre todos sagrado, se aplica sin examen a cualquiera, en la furia de nivelación igualitaria, para el arte tan dañosa. Porque el arte, o no existe, o es una diferenciación, una distanciación, una desigualdad esencial.

¿Quién sabe si un día crearán los verdaderos artistas su Junta de Defensa, para rechazar las falsificaciones de arte que a cada paso merman su terreno y contribuyen a desorientar al público? Distinguirían entonces entre ejercicio y ejercicio;

restablecerían aquellos antiguos dictados de «nobles» y «bellas» artes, y definirían la belleza, enseñando a conocerla y diferenciarla. Ese título de «artista» atribuido hasta ahora a los que ensartan caracoles y cuencas de vidrio y ámbar, volvería a tener el grave y profundo sonido que tuvo bajo el Renacimiento. Sabríamos cómo se conquista y cómo se merece. Porque ya es difícil discernirlo. Ya no somos capaces de explicar en que se distingue el artista del que enhebra abalorios. Y el arte es lo único en que no cabe suprimir jerarquías.

¿Cómo haríamos, amigos –me dirijo a todos los que me comprendan–, para defender al arte? Tal vez afirmar con mayor energía los fueros del individuo. Y aquí tropiezo con una piedra muy grande, en que por poco me caigo.

Es un brote de individualidad, nos lo aseguran, el futurismo de ciertas decoraciones y el estilo de ciertos lienzos que acabamos de ver por ahí. Sin embargo, ¿están ustedes convencidos de ello? Por mí, no lo estoy. Los que cultivan el arte bajo tal norma, creo que, viviendo hace cien años, lo cultivarían bajo otra, totalmente diversa. En cambio, el modo de sentir de los personajes líricos no cambia con las edades. Por eso viven entre nosotros perpetuamente, porque les reconocemos, porque son de entonces igual que de ahora.

Safo, Dido, Tristán, Ana Karenine, no tienen edad… No cabe en su representación el futurismo, como no caben las tendencias arcaicas. La Fedra de la tragedia griega y la Casandra de la tragedia española parecen hermanas, y en episodios de la vida moderna, sentimental, reviven las viejas pasiones fabulosas. Y las formas efímeras del arte, las escuelas, los caprichos, los amaneramientos, las exageraciones, las apariencias de personalidad, se borran, se esfuman, mientras el sentimiento individual persiste, fresco y sangrante, como si se acabase de inventar.

¿Y qué consecuencia saco de todo ello? De aplicación práctica, ninguna. Ardua cosa es ser un gran artista, aunque el calificativo esté tan prodigado, y acaso justamente por eso; pero todavía en esto puede influir algo la voluntad, el propósito. No así en cuanto a realizar un tipo lírico. Lo decía Fedra: no era ella, eran los dioses los que habían marcado su destino. Y muchas madres y esposas, en Troya, padecieron lo que Andrómaca, pero solo el quejido de la consorte de Héctor ha llegado hasta nosotros, transmitido por el arte. El arte hace una selección de dolores y sensibilidades, y desecha la mayor parte, desdeñosamente. No hay dos gotas de llanto que tengan igual valor, igual peso específico: unas cuajarán en nácares, otras se evaporarán fugaz y definitivamente…

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 243. Domingo 24 de Junio de 1917. Pp. 3-4.

DIRECTOR
JUAN PUJOL
Redacción, Administración y Talleres:
Calle San Lorenzo, 10

LA NACION

Fundador EL MARQUÉS DE POLAVIEJA

GERENTE
FÉLIX AGUILERA
Teléfono 245. Apartado de Correos 112
Madrid. Año II.—Núm. 230

NUESTROS COLABORADORES

DESCUBRIMIENTO ERUDITO

Quiero darlo a conocer, no vaya a adelantárseme algún diligente investigador y me quite el mérito de lo que me ha costado vigilias su número. Y, no contenta con revelarlo, tengo el honor de dedicárselo al señor ministro de Instrucción pública, para que deduzca las consecuencias que le sugiera su alto criterio.

¿En qué polvoriento archivo, en qué infolio pergaminoso he hallado esa, al parecer, ignorada noticia? A punto cierto no lo sé. Viene germinando en mi cerebro la noción, al través de mil observaciones, unas menudas y otras no tanto, que envueltas en la sorpresa me condujeron a la verdad. He aquí tal verdad: «Asómbrense los cervantistas profesionales: ¡el Quijo es... una novela!

¿Qué ocurre, por qué os reís, qué significa esa algazara? ¿Seréis capaces de decir que he escrito una vulgaridad grandísima? ¿Que eso lo saben los chicos de la escuela, los mozos de café? Pues si tal afirmáis, explicadme cómo se compagina la apoteósis del Quijote y el desprecio al género a que pertenece. ¿Que no existe, decís, tal desprecio? Veámoslo.

Las novelas, dijo San Francisco de Sales, son como las setas, que las mejores no valen nada. Dante, el del severo perfil, atribuyó a la novela de los amores de Ginebra y Lanzarote la perdición de Francesca y Paolo. El mismo Cervantes, del cual acabo de asegurar que es autor de novelas, culpa a otras novelas del trastorno y secura del mesillo de su héroe. Y en mi juventud no había grave señor, confesor cauto, mamá celosa, dueña vigilante, que no lanzase el anatema sobre las *novelluchas*, a ni cuidarse de distinguirlas, ni menos de enterarse de su contenido. A mi parecer, esta reprobación ha ido alcanzándose, pero quedan sus rastros, quedan su huella, en muy inesperados aspectos. Y uno de ellos, y es el que me inspira esta crónica, lo encuentro en el Reglamento de la Biblioteca Nacional.

Esta Biblioteca, que encierra un tesoro, merece que le dediquemos alguna atención los que en ella podemos encontrar el remedio de nuestras ignorancias a poco que el verdadero concepto del fin que debe llenar inspire su funcionamiento. Pero mientras llega el instante de repetir lo ya dicho y olvidado, o de sugerir algo nuevo, porque sobre tal asunto se ha escrito bastante, sin que yo sepa fruto, fijémonos tan sólo en este curioso detalle que en el Reglamento encuentro, y me ha llevado definitivamente a suponer desconocido, hasta en la misma Biblioteca, el hecho de que sea una novela el *Quijote*.

Trátase de la cláusula 7.ª del artículo 105 de dicho Reglamento. En esta cláusula, correspondiente al préstamo de libros a domicilio tuno de los aspectos que pueden ser más útiles y beneficiosos de la Biblioteca, y que debiera hacerse todo lo amplio y fácil posible, dentro de las condiciones de precaución naturales e indispensables para evitar la pérdida de lo prestado), se exceptúan «las novelas, piezas de teatros (*sic*), colecciones de poesías, y demás libros de mero entretenimiento».

Este texto, que reproduzco al pie de la letra, abre vastísimo campo a mis descubrimientos eruditos. Con él en la mano, puedo ya suponer que las dudas sobre el verdadero carácter del *Quijote*, que tantos libros de tinta han hecho gastar, quedan disipadas. Que sí el *Quijote* es un tratado de profundísima y recóndita filosofía, que si es un demoledor alegato antisocial, que si tuvo por objeto esto y lo otro... Al constar que el *Quijote* es una novela, cosa que espero no ofrecerá duda, también queda explicado su misterio. Es un libro «de mero entretenimiento», ¡bah!, y por eso no puede prestarse en la Biblioteca Nacional española...

Verdad es que, dado el texto que comento, tampoco pueden prestarse ni el *Romancero*, ni los *Autos Sacramentales* de Calderón, ni el *Amadís*, ni una *Antología de poetas líricos* como la que coleccionó y explicó Menéndez y Pelayo; y aun queda un margen inmenso de obras imprestables, que son los «otros libros de mero entretenimiento.»

Será pretensión excesiva, pero yo desearía saber qué se entiende, oficialmente, por libros «de mero entretenimiento» en la Biblioteca Nacional. No siendo ni novelas, ni «piezas de teatros», ni colecciones de poesías, tengo curiosidad. ¿Pudieran ser las colecciones de periódicos ilustrados? No lo creo, porque esas están exceptuadas de préstamo ya expresamente. Quisiera aclarar este punto.

Regularmente, cada bibliotecario entenderá una cosa distinta por libros de mero entretenimiento, pues no a todos nos entretienen los mismos libros. Es decir, que el público está a merced de interpretaciones ilimitadas. Y es cosa segura que, si una persona cualquiera pide, a fin de consultarlo, el *Quijote* con notas de Clemencia, o el que anotó el mismo actual diligentísimo director de la Biblioteca, estará en su derecho todo bibliotecario si respone, mentándose en el Reglamento, como en un Rocinante:

—*Absit*. ¿Sabe usted lo que pide? Eso es una novela, y está exceptuado de préstamo.

Claro es que, siendo las notas lo accesorio, y la obra anotada lo esencial, la negativa de préstamo puede extenderse a la *Divina Comedia*, aunque esté enriquecida con sapientísimos comentarios, y hasta la Biblia, en la cual hay novelas y poemas, y que, para quien no reconozca su divina autoridad, puede figurar entre los libros de «mero entretenimiento».

No cito algunas opiniones en este particular, porque suenan a irreverencia.

Se me dirá que todo ello es absurdo. Naturalmente que lo es. Y se me dirá que, a fuer de absurdo, no se aplica, y que lo exceptuado de préstamo no es ni el *Quijote* ni la *Divina Comedia*. No lo será en la costumbre; no lo sé, pues no he pedido esas obras; pero basta que lo sea en el derecho. ¿Por qué mantener escrito un derecho inaplicable, y que da mala idea de nuestra mentalidad y de nuestra cultura? ¿Por qué dejar subsistir lo ambiguo y lo inconcebible?

Dejando a un lado al *Quijote*, que es dejar, ¿por qué han de estar exceptuadas otras novelas, otras poesías, ¿Por qué todo lo restante? Suponiendo que fuese perder el tiempo leer tales libros, siempre verdad más perderlo así que yendo a los toros, al café o a una sesión de cine. Leer, en mi humilde opinión, no es nunca perder tiempo. Miremos la cuestión con un sentido humano, moderno, racional. El que solicita un préstamo de libros a domicilio y abona la cantidad correspondiente, ¿qué fin se puede proponer? Sencillamente un fin de lectura: lo más inocente y sano. No veo que deba el Reglamento de la Biblioteca legislar los gustos del solicitante. No es ese el papel que a la Biblioteca incumbe. Muy reducido deja el campo esa cláusula, en que se encarna el espíritu de la restricción. Toda la bella literatura es o novela, o poesía, o teatro. Se prohíbe, pues, en esa cláusula casi el cuerpo entero literario, y se opone una traba a su difusión y propagación.

Las grandes Bibliotecas no tienen más objeto que difundir el amor al estudio, y los conocimientos, y no archivar libros en estantes, inaccesibles como cerrado santuario. Cuesta bastante al Estado una Biblioteca de tal fuste; pero será dinero bien empleado, si responde, no a estancar la sabiduría, sino a derramarla próvidamente, por todos los medios, dentro, claro es, del mayor cuidado en no perder lo adquirido. Y hay un espíritu de restricción, con el cual tropezamos siempre, y del cual es muestra originalísima, pero muestra tan sólo, la cláusula referida.

Notemos este concepto despectivo, que se extiende a los libros «de mero entretenimiento»; aquí donde una novela, algunas «piezas de teatros» y varias colecciones de poesías, constituyen lo más refulgente de nuestra gloria y las bases de la construcción magnífica de nuestra habla. Nuestro pensar, nuestro sentir, nuestra alma, se contienen en varios de esos libros «de vaga y amena...» que no pueden prestarse, ¡ah, señores!

Y conste que debo decir, como los colegiales del conocido cuento: «Yo no lo entiendo, ni el señor Corregidor tampoco...» Porque el director de la Biblioteca, que acaba de consagrar todo su trabajo de bastante tiempo a estudiar y anotar la novela que se llama el *Quijote*, encuentra sorprendente la consabida cláusula. Y me da la noticia, no menos sorprendente, de que el Reglamento no procede de los tiempos de la Nana, sino que es recientísimo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN



EN EL CASINO MILITAR. Fiesta celebrada en la sala de armas con motivo de fin de curso. Un asalto interesante.
(*Fot. Marín y Ortiz.*)

En la página sexta,
"Habla don Julio Burell"

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

Descubrimiento erudito

Quiero darlo a conocer, no vaya a adelantárseme algún diligente investigador y me quite el mérito de lo que me ha costado vigilias sin número. Y, no contenta con revelarlo, tengo el honor de dedicárselo al señor ministro de Instrucción pública, para que deduzca las consecuencias que le sugiera su alto criterio.

¿En qué polvoriento archivo, en qué infolio pergaminoso he hallado esta, al parecer, ignorada noticia? A punto cierto no lo sé. Viene germinando en mi cerebro la noción, a través de mil observaciones, unas menudas y otras no tanto, que envueltas en la sorpresa me condujeron a la verdad: «Asómbrense los cervantistas profesionales: ¡el *Quijote* es… una novela!

¿Qué ocurre, por qué os reís, que significa esa algazara? ¿Seréis capaces de decir que he escrito una vulgaridad grandísima? ¿Qué eso lo saben los chicos de la escuela, los mozos de café? Pues si tal afirmáis, explicadme como se compagina la apoteosis del Quijote y el desprecio al género a que pertenece. ¿Qué no existe, decís, tal desprecio? Veámoslo.

Las novelas, dijo San Francisco de Sales, son como las setas, que las mejores no valen nada. Dante, el del severo perfil, atribuyó a la novela de los amores de Ginebra y Lanzarote la perdición de Francesca y Paolo. El mismo Cervantes, del cual acabo de asegurar que es autor de novelas, culpa a otras novelas del trastorno y secura del meollo de su héroe. Y en mi juventud no había grave señor, confesor cauto, mamá celosa, dueña vigilante, que no lanzase el anatema sobre las noveluchas, sin cuidarse de distinguirlas, ni menos de enterarse de su contenido. A mi parecer, esta reprobación ha ido atenuándose, pero quedan sus rastros, queda su huella, en muy inesperados aspectos. Y uno de ellos, y es el que me inspira esta crónica, lo encuentro en el Reglamento de la Biblioteca Nacional.

Esta Biblioteca, que encierra un tesoro, merece que le dediquemos alguna atención los que en ella podemos encontrar el remedio de nuestras ignorancias a poco que el verdadero concepto del fin que debe llenar inspire su funcionamiento. Pero mientras llega el instante de repetir lo ya dicho y olvidado, o de sugerir algo nuevo, porque sobre tal asunto se ha escrito bastante, sin que yo sepa fruto, fijémonos tan solo en este curioso detalle que en el Reglamento encuentro, y me ha llevado definitivamente a suponer desconocido, hasta en la misma Biblioteca, el hecho de que sea una novela el Quijote.

Trátase de la cláusula 7ª del artículo 105 de dicho Reglamento. En esta cláusula, correspondiente al préstamo de libros a domicilio (uno de los aspectos que pueden ser más útiles y beneficiosos de la Biblioteca, y que debiera hacerse todo lo amplio y fácil posible, dentro de las condiciones de precaución naturales e indispensables

para evitar la pérdida de lo prestado), se exceptúan «las novelas, piezas de teatros (sic), colecciones de poesías, y demás libros de mero entretenimiento».

Este texto, que reproduzco al pie de la letra, abre vastísimo campo a mis descubrimientos eruditos. Con él en la mano, puedo ya suponer que las dudas sobre el verdadero carácter del *Quijote*, que tantos litros de tinta han hecho gastar, quedan disipadas. Que si el *Quijote* es un tratado de profundísima y recóndita filosofía; que si es un demoledor alegato antisocial; que si tuvo por objeto esto y lo otro… Al constar que el *Quijote* es una novela, cosa que espero no ofrecerá duda, también queda explicado su misterio. Es un libro «de mero entretenimiento», ¡bah!, y por eso no puede prestarse en la Biblioteca Nacional española.

Verdad es que, dado el texto que comento, tampoco pueden prestarse ni el *Romancero*, ni los *Autos Sacramentales* de Calderón, ni el *Amadís*, ni una *Antología de poetas líricos* como la que coleccionó y explicó Menéndez Pelayo; y aun queda un margen inmenso de obras imprestables, que son los «otros libros de mero entretenimiento».

Será pretensión excesiva, pero yo desearía saber qué se entiende, oficialmente, por libros «de mero entretenimiento» en la Biblioteca Nacional. No siendo ni novelas, ni «piezas de teatros», ni colecciones de poesías, tengo curiosidad. ¿Pudieran ser las colecciones de periódicos ilustrados? No lo creo, porque esas están exceptuadas de préstamo ya expresamente. Quisiera aclarar este punto.

Regularmente, cada bibliotecario entenderá una cosa distinta por libros de mero entretenimiento, pues no a todos nos entretienen los mismos libros. Es decir, que el público está a merced de interpretaciones ilimitadas. Y es cosa segura que, si una persona cualquiera pide, a fin de consultarlo, el *Quijote* con notas de Clemencín, o el que anotó el mismo actual diligentísimo director de la Biblioteca, estará en su derecho todo bibliotecario si responde, montándose en el Reglamento, como en un Rocinante:

–*Absit*. ¿Sabe usted lo que pide? Eso es una novela, y está exceptuado de préstamo.

Claro es que, siendo las notas lo accesorio, y la obra anotada lo esencial, la negativa de préstamo puede extenderse a la *Divina Comedia*, aunque esté enriquecida con sapientísimos comentarios, y hasta la Biblia, en la cual hay novelas y poemas, y que, para quien no reconozca su divina autoridad, puede figurar entre los libros de «mero entretenimiento».

No cito algunas opiniones en este particular, porque suenan a irreverencia.

Se me dirá que todo ello es absurdo. Naturalmente que lo es. Y se me dirá que, a fuer de absurdo, no se aplica, y que lo exceptuado de préstamo no es ni el *Quijote* ni la *Divina Comedia*. No lo será en la costumbre; no lo sé, pues no he pedido esas obras; pero basta que lo sea en el derecho. ¿Por qué mantener escrito un derecho

inaplicable, y que da mala idea de nuestra mentalidad y de nuestra cultura? ¿Por qué dejar subsistir lo ambiguo y lo inconcebible?

Dejando a un lado al *Quijote*, que es dejar, ¿porqué han de estar exceptuadas otras novelas, otras poesías?; ¿Por qué todo lo restante? Suponiendo que fuese perder el tiempo leer tales libros, siempre valdrá más perderlo así que yendo a los toros, al café o a una sesión de cine. Leer, en mi humilde opinión, no es nunca perder tiempo. Miremos la cuestión con un sentido humano, moderno, racional. El que solicita un préstamo de libros a domicilio y abona la caución correspondiente, ¿qué fin se puede proponer? Sencillamente un fin de lectura: lo más inocente y sano. No veo que deba el Reglamento de la Biblioteca legislar los gustos del solicitante. No es ese el papel que la Biblioteca incumbe. Muy reducido deja el campo esa cláusula, en que se encarna el espíritu de la restricción. Toda la bella literatura es o novela, o poesía, o teatro. Se prohíbe, pues, en esa cláusula casi el cuerpo entero literario, y se pone una traba a su difusión y propagación.

Las grandes Bibliotecas no tienen más objeto que difundir el amor al estudio, y los conocimientos, y no archivar libros en estantes, inaccesibles como cerrado santuario. Cuesta bastante al Estado una biblioteca de tal fuste; pero será dinero bien empleado, si responde, no a estancar la sabiduría, sino a derramarla próvidamente, por todos los medios, dentro, claro es, del mayor cuidado en no perder lo adquirido. Y hay un espíritu de restricción, con el cual tropezamos siempre, y del cual es muestra originalísima, pero muestra tan solo, la cláusula referida.

Notemos este concepto despectivo, que se extiende a los libros «de mero entretenimiento»; aquí donde una novela, algunas «piezas de teatros» y varias colecciones de poesías, constituyen lo más refulgente de nuestra gloria y las bases de la construcción magnífica de nuestra habla. Nuestro pensar, nuestro sentir, nuestra alma, se contienen en varios de estos libros «de vaga y amena…» que no pueden prestarse, ¡ah, señores!

Y conste que debo decir, como los colegiales del conocido cuento: «Yo no lo entiendo, ni el señor Corregidor tampoco… » Porque el director de la Biblioteca, que acaba de consagrar todo su trabajo de bastante tiempo a estudiar y anotar la novelita que se llama el *Quijote*, encuentra sorprendente la consabida cláusula. Y me da la noticia, no menos sorprendente, de que el Reglamento no procede de los tiempos de la Nana, sino que es recientísimo.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 250. Domingo 1 de Julio de 1917. P. 3.

DIRECTOR
JUAN PUJOL
Redacción, Administración y Talleres:
Calle San Lorenzo, 10

LA NACION

Fundador EL MARQUÉS DE POLAVIEJA

GERENTE
FÉLIX AGUILERA
Teléfono 242. Apartado de Correos 713
Madrid. Año II.—Núm. 265

NUESTROS COLABORADORES

EL VENENO DEL "QUIJOTE"

Todos los años, al desempaquetar en mis Torres de Meirás los libros que traigo de Madrid, y que han llamado la atención del público durante la temporada de invierno, advierto invariablemente la diferencia numérica entre los que tratan de Cervantes y el «Quijote» y los que versan sobre otros asuntos.

Si por nuestra bibliografía cervantesca se hubiese de juzgar nuestra actividad intelectual y literaria, no quedaríamos desairados en tal terreno ni seríamos tildados de perezosos.

La desproporción entre el interés que, según estos indicios, inspira Cervantes, y el que, por ejemplo, se otorga a Lope de Vega, Quevedo, Calderón, Santa Teresa, Tirso de Molina, los demás primates de nuestras letras, es excesiva y hace temer que algo anómalo ande en ello. Por lo menos, incita a reflexionar sobre tal fenómeno y a preguntarse cuáles son los efectos y virtudes de la lectura del «Quijote» sobre la mentalidad española.

La incertidumbre en que siempre me ha sumido el comprobar este especialísimo papel que desempeña la obra de Cervantes, se ha agudizado al encontrar, entre mis libros cervantinos recién salidos del cajón, uno que se titula «El contraquijotes», y del cual es autor don Fernando Boedo. En él encuentro puntos de vista originales, y aun cuando no esté conforme con todos, por lo menos me estimulan a mirar a Cervantes y al «Quijote», en ciertos respectos, con ese sentido de interrogación que nos inquieta ante las mayores obras del espíritu humano, entre las cuales figura en primera línea.

Ante todo, y para que no se me tache de ilusa, diré que, a pesar de tanta publicación, comentario, discusión, elogio y disquisiciones de toda índole, no hay que suponer que se lea mucho a Cervantes. Observaciones recientísimas me permiten afirmar que la juventud, la que parecería más llamada a leerle, apenas sabe de él si a lo concreto vamos. Verdad es que tampoco se lee a los demás clásicos, ni del siglo de oro ni de siglo alguno. Sería por lo tanto ilógico atribuir a Cervantes una decisiva influencia en la mentalidad de la raza, ni buscar las raíces de nuestro modo de ser en la acción de ese libro. No estamos saturados de él, ni mucho menos (hablo en general, claro es). Lee a Cervantes una reducida minoría, y no basta para que en el conjunto de la vida nacional sea un factor, ni aun mínimo, el «Quijote». Quizá influya más Santa Teresa, porque hay quien la lee sin sombra de propósito literario, como elemento de la vida contemplativa y religiosa.

Un libro que actúa sobre una raza, o que, por lo menos, encierra un ideal que esa raza acepta resueltamente, sería, verbigracia, «Robinsón». Para los anglosajones, Taine lo afirma en su «Historia de la literatura inglesa», «Robinsón» es un libro evangélico. No se sirve Taine de este calificativo, pero se extiende en recordar cómo la historia de un hombre abandonado en una isla desierta, obligado a defender, no sólo su vida, sino la comodidad y felicidad de esa vida, con sólo su energía y paciencia consigue recuperar en abreviatura todo lo que la humanidad conquistó en largos siglos, y deja el modelo y norma de conducta que han de practicar los conquistadores de desiertos, los emigrantes y «squatters», los creadores de pueblos. Pero «Robinsón» está en manos de todos, y en especial de los niños y muchachos de esa raza; se empapan en su lectura desde los bancos de la escuela. Los efectos de la doctrina de ese libro saltan a la vista. Son del orden práctico. No cabe sobre ello sutilizar.



Mesopotamia: Soldados indios al servicio de ingeniería alojados en la ciudad de Oshar.

Teniendo el «Quijote», como tiene, un carácter universal, humano, le han estimado desde un principio con más alta estimación los extranjeros, y siendo por un lado obra representativa de España, por otro se ha salido de los límites nacionales—una frontera es al cabo un límite—y se ha derramado por el mundo. ¿Qué enseñanzas, qué filosofía secreta se deduce del «Quijote»? No es tan fácil la respuesta como si se tratase de la obra de Daniel de Foe o del «Telémaco». Reduzcamos el problema a España. ¿Cuáles son los efectos de la frecuentación del «Quijote» con respecto a la obra de Calderón y Lope de Vega. Al contrario: la obra de Lope representa la adivinación y fórmula anticipada del ideal moderno, con los tipos rebeldes, y, diría yo, ultraindividualistas de los personajes de sus dramas. Y que el individualismo haya de triunfar a la postre, lo dudo; pero que lo representen bien esos personajes, diré que sí. Esbozado en otras comedias, en «La vida es sueño», el tipo del héroe individualista llega a lo sublime de la intensidad. Mi vacilación empieza si pienso lo que, en nosotros, puede obrar el tipo de Segismundo. Y basta añado que, estando puesto en olvido Lope, como reconoce el autor del «Contraquijotes», creeríais a veces que son saidueos en su lectura e imitación no pocos españoles contemporáneos. Confieso, sin embargo, que nuestro individualismo es más externo que interno. Desacatar la ley por fanfarronería, jactarse de todo y no hacer gran cosa, es más frecuente que ese otro individualismo interno, perseverante, raíz del elemento lírico en el arte, en las letras, en la misma vida social. El individualismo se ha entendido como oposición a los demás, y no como afirmación consciente de nosotros mismos. Hay quien fuma en el tranvía, porque la autoridad lo prohibe—[erre!—; pero no veo muchos Segismundos ni Príncipes Constantes...

Volviendo al «Quijote», diré que el autor que en gran parte me sugiere este artículo, le llama «libro terrible y deletéreo», y casi le caga el peso de todas nuestras desdichas, mientras supone en otros tipos literarios, los líricos, Segismundo, el Príncipe Constante y Rugero de Moncada, los que él llama «contraquijotes», la trinca del veneno quijotesco.

¿Será, en efecto, el «Quijote» un libro malsano? Resueltamente yo digo que no. Todos esos libros de inmenso contenido pueden tomarse por donde se quiera. No me costaría gran trabajo buscarle con la pluma las tendencias más modernas y progresivas al «Quijote»; y no sería ni la primera a hacerlo: otros lo han hecho, hasta el grado de la exageración. Todo este placer estriba en que se mira al «Quijote» y hasta a «La vida es sueño» como si los hubiese dictado, no el oscuro impulso del cual nace la obra de arte exceles, sino como algo voluntario, pensado, preparado, en previsión del desarrollo de los tiempos y las edades.

Lo único que por mi parte quisiera añadir a la suma de observaciones que vergan sobre los efectos del «Quijote» y sus relaciones con la raza, es una cosa que tampoco he inventado: el efecto del libro sobre la mentalidad de una fuerte proporción de sus lectores asiduos y de sus estudiadores incansables: sobre los que la gente llama «cervantistas», y de los cuales habla con rumba, por lo regular. La idea se ha hecho vulgarísima. La reflejan hasta los sainetes, y en uno muy gracioso, de Parellada, titulado «En un lugar de la Mancha...», vemos a uno de estos cervantistas de oficio, dedicado a contar cuántas palabras contiene cada renglón del «Quijote» y apuntarlas cuidadosamente.

Es decir, que este libro, en quien tantos y tan insignes han visto un milagro de grandeza u-

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.



PÁGINA 4 — LA NACION

selectual y mental, ejerce sobre el cerebro de nuestros lectores. Yo llamaría deletéreo.

¿A qué atribuir el síntoma? No lo sé. Ese libro debiera ser, para la raza, educador, vigorizador; en ese libro debiera encontrarse el germen de sanidad ideal que necesariamente engendrarían tan extraordinarias manifestaciones de la inspiración y tan hondos estudios de la realidad, llamados a despertar a nuestra alma de su letargo de indiferencia. ¿No parece asombroso que en ahí se crea que vuelve locos, guillados y hasta idiotas a los que lo toman por Breviario?

Hay en los extractos de ciertas plantas, sumos que lo mismo restauran las fuerzas y afianzan la razón, como, tomada la dosis, producen delirio. Pudiera creerse del «Quijote» esta virtud. Todo quisiera yo creer y opinar del libro maravilloso (y lleno de defectos, vaya la verdad por delante); todo quisiera, digo, creerlo, menos lo que considero tan triste: que sea ya mucho libro para nosotros; que el manjar posea demasiados elementos nutritivos para el cuerpo enfermo de la raza. También hay veneno en las comidas fuertes. ¡Que no sea eso, oh Apóstol Santiago Patrón de las Españas!

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

AYER...

Ya mediada la noche, que ha sido musical, con el sexteto de zíngaros en la terraza del «restaurant», con la banda en el quiosco, con la orquesta del teatrillo. Por fin, al conjuro de tantas diversas sevenatas, diríase que se desprende de la luna una mariposa bailarina. Bajo el azul amoratado y sedeño, con su pedrería astral sobre la multitud, de que sólo alcanzan a verse los estivales sombreros femeninos, con toda su flora y toda su fauna del reino de los silfos; entre los árboles inmóviles y con sus ramas cuajadas de esmeraldas, no en un tamblado fabuloso, sino en el aire, danza la silueta luminosa, ligera, alegre y fugaz, el «papillon» con que el nocturno ardiente y lírico florece como ser maravilla de los sueños...

María Esparza surge a esa hora de las apariciones mágicas en el cielo del Retiro, y una muchedumbre admirada asiste con un almenado extasis, como si se tratase de sorprender el paso de la estrella verde, que cada mil años se muestra y revela su destino a la humanidad. Y la vasta bacante vuela tan aladamente, que se persigue a sí misma. Los poetas tienen el secreto divino de agrupar las palabras en la armonía de los versos, y así la bailarina podría comparar se a una estrofa. María Esparza reúne el ritmo de su espíritu, y las exactas y pulidas rimas de su estatuilla carnal, espectral, donde si los brazos semejan dos cuellos de dos cisnes, remedan las piernas los reflejos de los dos cuellos en el agua especiante...

Al cabo de los siglos, María Esparza, vuelve por ti a la actualidad el epitafio que adornaba la tumba de una danzarina griega: «¡Que pese tan poco la tierra sobre tu cuerpo como has pesado tú en ella!»

FEDERICO GARCIA SANCHIZ

LA EXPANSION DEL IBERISMO

España y América

Con la soberanía sobre el Estrecho, le es fácil a España emprender la tarea de asegurar para siempre, federándose con Portugal, la hegemonía de la raza en la Península y en los tres mares que la circundan. Siendo como somos centrales en la grandiosa contienda europea, debemos aprovechar estas especiales y únicas circunstancias para restaurar nuestra integridad geográfica en la medida que las fuerzas económicas y militares del país lo consientan, preparando así el programa del «paniberismo», del «imperialismo ibérico».

Entonces nos podremos erguir en este extremo de Europa y dirigirnos a los pueblos americanos y decirles: «Os hemos descubierto, os hemos civilizado, os hemos dado nuestro idioma y nuestras leyes, y nos hemos desangrado, dándoos nuestra sangre; os hemos transmitido la institución municipal que de Roma heredamos, institución que en su patria primitiva sirvió para conservar la ciudad libre dentro de la nación esclava, que en España fué el hogar de la libertad, hasta defenderse con las armas en la mano contra el Poder central, y caer vencida por el despotismo de los reyes, y que, entre vosotros mismos, representó la autonomía regional, dentro de cada colonia; ahora, emancipados completamente, olvidad los viejos odios y volver hacia nosotros la mirada, para formar los «Estados Unidos Ibéricos» y dar a nuestra raza el lugar que le corresponde en el mundo.» ¿Qué pueblo ultramarino, cuyos hijos no hayan perdido el sentimiento étnico y la conciencia de esa comunidad de costumbres, de lengua y de civilización que perdura entre España y la América latina, rechazará este soberbio ideal, prenda de grandiosos destinos para lo futuro? ¿Quién no ve que su realización es el único recurso de que dispone el mundo iberoamericano para oponerse al imperialismo yanqui, que atropella instintos de raza y necesidades de superproducción?

El sojuzgamiento inmediato del Centroamérica y de Sudamérica por los Sindicatos de Norteamérica es el porvenir que espera a nuestros hermanos del Nuevo Continente, si no hallan una fuerza proporcionada de resistencia en su unión con nosotros.

Por la naturaleza ineludible de las cosas, los países latinos de América tendrán, por mucho tiempo, que continuar solicitando y obteniendo empréstitos del capital europeo; por la misma naturaleza de esas cosas, esos países, que hablan nuestra lengua, formados están con nuestra carne y obra son de nuestra civilización. Y siendo todo esto así, resulta de supremo interés que se unan a España para fortificarse mutuamente, salvar los ideales ibéricos en aquel hemisferio, y formar una agrupación humana de 80.000.000 de individuos, la única en el mundo que habla el mismo idioma y tiene la misma mentalidad. Este programa de liga general de iberos no es un pensamiento inspirado por egoísmos imperialistas, sino un pensamiento vastamente mundial. Tan es así, que hace cosa de un año se formó en Stuttgart, bajo la presidencia del príncipe Carlos de Urach, un Comité hispanoalemán, dedicado desde entonces al fomento de los intereses hispanoalemanes y «sudamericanoalemanes». El anhelo de este instituto consiste en procurar la aproximación de Alemania a «todos los países de lengua castellana», excluyendo desde luego cualesquiera motivos políticos y religiosos. Saludo con alegría iniciativa tan laudable, pues ella demuestra que tan tomando consistencia, afortunadamente, de día en día, las ideas de una triple inteligencia o concierto o acción común entre Alemania, España y la América latina, para resolver las cuestiones económicas y culturales. Así, con esta triple alianza tan vasta, no estaríamos tan solos en el mapa del mundo, y bien pudiera empezar para esta una nueva era germanoibérica, de incalculable trascendencia en el porvenir.

Fué grande el espíritu castellano, cuando se abrió a los cuatro vientos y se derramó por el orbe, y volverá a ser grande cuando se constituya en núcleo de fuerzas que una y vitalice a todos los pueblos de nuestra raza, haciendo que el germanismo y el iberismo se lleven, enfrente al sajonismo, la palma de la victoria en la lucha por la dirección de la humanidad. Frente a la política británica, que tiende a mecanizar a las naciones, la política de germanos e iberos debe tender a organizarlas. Inglaterra parece tener el empeño de que el mundo entero se sacrifique a ella y sufra por ella. De contrario, España encuentra providencial ocasión de fundar un Imperio pacífico con sus hermanos del Nuevo Mundo, dando solidaridad económica y cultural a los pueblos que viven en el territorio que en otro tiempo descubrió, conquistó y colonizó. En nuestros días, semejante proyecto no es más que un sueño; pero es de aquellos sueños que el tiempo bien pudiera hacer cuajar en realidades.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

POLITICA INTERIOR

La Asamblea de Cataluña

Habla el señor Dato.

El presidente del Consejo recibió ayer a los periodistas.

Hablando de la carta dirigida por el señor Maura a un jefe provincial de su partido, decía el señor Dato:

«No comprendo cómo esas cartas están escritas por el señor Maura; pues quien ha pasado por dolorosos y tremendos desórdenes, no puede decir lo que él dice.»

Un periodista le habló de un artículo de Cambó, suspendido por la censura, en el cual proponía un Gabinete nacional antes del día 19.

—Eso—dijo el presidente—equivaldría a dejar el Poder público por los suelos. Eso sería para que luego dijesen los catalanes que habían triunfado.

Añadió que recibe muchas cartas, de Barcelona inclusive, en las que se le estimula para defender el principio de autoridad, y por esto me extraña que el señor Maura, que ha pasado por el Gobierno, y por hechos dolorosos, por los que nosotros no hemos pasado, ni pasaremos, porque para evitarlo hemos tomado las medidas necesarias, se nos diga que somos un Gobierno incapacitado.

Tengo la tranquilidad de estar asistido por la opinión pública, que es, con la confianza de la Corona, la que mantiene al Gobierno en estos momentos.

Las dificultades no pueden ocultarse a nadie, y sólo el que esté ofuscado puede considerarse el único capaz de defender los intereses nacionales.

Esto podría decirlo quien no hubiese gobernado.»

Se volvió a hablar de la censura, y por los periodistas se dijo que si ésta se levantase una gran parte de la Prensa podría ayudar mejor al Gobierno.

El señor Dato contestó que, ciertamente, una parte de la Prensa lo haría; pero que ya sabe el pueblo por qué se ha ido a este extremo, ante la unión de Lerroux y Melquíades con Cambó y los recientes viajes de varios políticos al extranjero.

España lo que quiere es mantener sus buenas relaciones con todos los países.

Respecto de las declaraciones del Rey, dijo el señor Dato que, en el fondo, hay mucho de verdad y también su parte de fantasía.

—Desmentido oficialmente que se piense disolver las Cortes, tenemos que mantener la dignidad del Gobierno, confiando en el patriotismo de todos, en el amor de muchas a las instituciones, para evitar sucesos, de los cuales no podríamos hacernos responsables.

En el Congreso.

Se comentaron ayer las manifestaciones que hizo el presidente del Consejo a los representantes

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

EL VENENO DEL *QUIJOTE*

Todos los años, al desempaquetar en mis Torres de Meirás los libros que traigo de Madrid, y que han llamado la atención del público durante la temporada de invierno, advierto invariablemente la diferencia numérica entre los que tratan de Cervantes y el «Quijote» y los que versan sobre otros asuntos.

Si por nuestra bibliografía cervantesca se hubiese de juzgar nuestra actividad intelectual y literaria, no quedaríamos desairados en tal terreno ni seríamos tildados de perezosos.

La desproporción entre el interés que, según estos indicios, inspira Cervantes, y el que, por ejemplo, se otorga a Lope de Vega, Quevedo, Calderón, Santa Teresa, Tirso de Molina, los demás primates de nuestras letras, es excesiva y hace temer que algo anómalo ande en ello. Por lo menos, incita a reflexionar sobre tal fenómeno y a preguntarse cuáles son los efectos y virtudes de la lectura del *Quijote* sobre la mentalidad española.

La incertidumbre en que siempre me ha sumido el comprobar este especialísimo papel que desempeña la obra de Cervantes, se ha agudizado al encontrar, entre mis libros cervantinos recién salidos del cajón, uno que se titula *El contraquijote*, y del cual es autor don Fernando Boedo. En él encuentro puntos de vista orinales, y aún cuando no esté conforme con todos, por lo menos me estimulan a mirar a Cervantes y al *Quijote*, en ciertos respectos, con ese sentido de interrogación que nos inquieta ante las mayores obras del espíritu humano, entre las cuales figura en primera línea.

Ante todo, y para que no se me tache de ilusa, diré que, a pesar de tanta publicación, comentario, discusión, elogio y disquisiciones de toda índole, no hay que suponer que se lea mucho a Cervantes. Observaciones recientísimas me permiten afirmar que la juventud, la que parecería más llamada a leerle, apenas sabe de él si a lo concreto vamos. Verdad es que tampoco se lee a los demás clásicos, ni del Siglo de Oro ni de siglo alguno. Sería por lo tanto ilógico atribuir a Cervantes una decisiva influencia en la mentalidad de la raza, ni buscar las raíces de nuestro modo de ser en la acción de ese libro. No estamos saturados de él, ni mucho menos (hablo en general, claro es). Lee a Cervantes una reducida minoría, y no basta para que en el conjunto de la vida nacional sea un factor, ni aun mínimo, el *Quijote*. Quizá influya más Santa Teresa, porque hay quien la lee sin sombra de propósito Literario, como elemento de la vida contemplativa y religiosa.

Un libro que actúa sobre una raza, o que, por lo menos, encierra un ideal que esa raza acepta resueltamente, sería, verbigracia, *Robinsón*. Para los anglosajones, Taine lo afirma en su *Historia de la literatura inglesa*, *Robinsón* es un libro evangélico. No se sirve Taine de este calificativo, pero se extiende en recordar cómo la historia de un hombre abandonado en una isla desierta, obligado a defender, no solo su vida, sino la comodidad y felicidad de esa vida, con solo su energía y paciencia consigue

recuperar en abreviatura todo lo que la humanidad consiguió en largos siglos, y deja el modelo y norma de conducta que han de practicar los conquistadores de desiertos, los emigrantes y «squatters», los creadores de pueblos. Pero *Robinsón* está en manos de todos, y en especial de los niños y muchachos de esa raza; se empapan en su lectura desde los bancos de la escuela. Los efectos de la doctrina de ese libro saltan a la vista. Son del orden práctico. No cabe sobre ello sutilizar.

Teniendo el *Quijote*, como tiene, un carácter universal, humano, le han estimado desde un principio con más alta estimación los extranjeros, y siendo por un lado obra representativa de España, por otro se ha salido de los límites nacionales –una frontera es al cabo un límite– y se ha derramado por el mundo. ¿Qué enseñanzas, qué filosofía secreta se deduce del *Quijote*? No es tan fácil la respuesta como si se tratase de la obra de Daniel de Foe o del *Telémaco*. Reduzcamos el problema a España. ¿Cuáles son los efectos de la frecuentación del *Quijote* en esa minoría que cervantiza y quijotea? ¿Qué sacan en limpio, hablando llanamente, del libro inmortal sus devotos e iniciados?

He dicho que en la obra titulada *El contraquijote* encuentro originalidad de puntos de vista.

Para este autor, no hay tal superioridad del *Quijote* con respecto a la obra de Calderón y Lope de Vega. Al contrario: la obra de Lope representa la adivinación y fórmula anticipada del ideal moderno, con los tipos rebeldes, y, diría yo, ultraindividualistas de los personajes de sus dramas. Y que el individualismo haya de triunfar a la postre, lo dudo; pero que lo representen bien esos personajes, diré que sí. Esbozado en otras comedias, en *La vida es sueño*, el tipo del héroe individualista llega a lo sublime de la intensidad. Mi vacilación empieza si pienso lo que, en nosotros, puede obrar el tipo de Segismundo. Y hasta añado que, estando puesto en olvido Lope, como reconoce el autor del *Contraquijote*, creyerais a veces que son asiduos en su lectura e imitación no pocos españoles contemporáneos. Confieso, sin embargo, que nuestro individualismo es más externo que interno. Desacatar la ley por fanfarronería, jactarse de todo y no hacer gran cosa, es más frecuente que ese otro individualismo interno, perseverante, la raíz del elemento lírico en el arte, en las letras, en la misma vida social. El individualismo se ha entendido como oposición a los demás, y no como afirmación consciente de nosotros mismos… Hay quien fuma en el tranvía, porque la autoridad lo prohíbe –¡erre!–; pero no veo muchos Segismundos ni Príncipes Constantes…

Volviendo al *Quijote*, diré que el autor que en gran parte me sugiere este artículo, le llama «libro terrible y deletéreo», y casi le carga el peso de todas nuestras desdichas, mientras supone en otros tipos literarios, los líricos, Segismundo, el Príncipe Constante y Rugero de Moncada, los que él llama «contraquijotes», la triada del veneno quijotesco.

¿Será, en efecto, el *Quijote* un libro malsano? Resueltamente yo digo que no. Todos estos libros de inmenso contenido pueden tomarse por donde se quiera. No me costaría gran trabajo buscarle con la pluma las tendencias más modernas y progresivas al *Quijote*; y no sería ni la primera a hacerlo: otros lo han hecho hasta el grado de la exageración. Todo este pleito estriba en que se mira al *Quijote* y hasta a *La vida es sueño* como si los hubiese dictado, no el oscuro impulso del cual nace la obra de arte excelsa, sino como algo voluntario, pensado, preparado, en previsión del desarrollo de los tiempos y las edades.

Lo único que por mi parte quisiera añadir a la suma de observaciones que versan sobre los efectos del *Quijote* y sus relaciones con la raza, es una cosa que tampoco he inventado; el efecto del libro sobre la mentalidad de una fuerte proporción de sus lectores asiduos y de sus estudiadores incansables: sobre los que la gente llama «cervantistas», y de los cuales habla con zumba, por lo regular. La idea se ha hecho vulgarísima. La reflejan hasta los sainetes, y en uno muy gracioso, de Parellada, titulado «En un lugar de la Mancha…», vemos a uno de estos cervantistas de oficio, dedicado a contar cuántas palabras contiene cada renglón del *Quijote* y apuntarlas cuidadosamente.

Es decir, que este libro, en quien tantos y tan insignes han visto un milagro de grandeza intelectual y mental, ejerce sobre el cerebro de bastantes de los que de él se impregnan, un influjo que también yo llamaría deletéreo.

¿A qué atribuir el síntoma? No lo sé. Ese libro debiera ser, para la raza, educador, vigorizador; en ese libro debiera encontrarse el germen de sanidad ideal que necesariamente encierran tan extraordinarias manifestaciones de la inspiración y tan hondos estudios de la realidad, llamados a despertar a nuestra alma de su letargo de indiferencia. ¿No parece asombroso que por ahí se crea que vuelve locos, guillados y hasta idiotas a los que toman por Breviario?

Hay en los extractos de ciertas plantas, zumos que lo mismo restauran las fuerzas y afianzan la razón, como, forzada la dosis, producen delirio. Pudiera creerse del *Quijote* esta virtud. Todo quisiera yo creer y opinar del libro maravilloso (y lleno de defectos, vaya la verdad por delante); todo quisiera, digo, creerlo, menos lo que considero tan triste: que sea ya mucho libro para nosotros; que el manjar posea demasiados elementos nutritivos para el cuerpo enfermo de la raza. También hay veneno en las comidas fuertes. ¡Que no sea eso, oh Apóstol! ¡Santiago Patrón de las Españas!

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 265. Lunes 16 de Julio de 1917. Pp. 3-4.

DIRECTOR
JUAN PUJOL
Redacción, Administración y Talleres
Calle San Lorenzo, 10

LA NACION

Fundador: EL MARQUÉS DE POLAVIEJA

GERENTE
FELIX AGUILERA
Teléfono 341. Apartado de Correos 719
Madrid. Año [illegible]—Núm. 277

NUESTROS COLABORADORES

VOCES ANTIGUAS

Hace unas cuantas noches asistí a una fiesta musical, en La Coruña. Rasgo de originalidad, pues debo confesar que el teatro, al menos en las localidades caras, estaba semivacío. Y no pude menos de echarme a discurrir: ¿por qué estaría vacío el teatro.

El espectáculo consistía en que un coro, afinado y bien ensayado, entonaba canciones del país, acompañándose con guita, tamboril, cencerros y el clásico bombo. Las canciones eran, en su mayor parte, «alalás». Para aquellos de mis lectores que no sepan lo que es un alalá, diré que es una melodía y prolongada lamentación, que constituye lo más típico de nuestra música popular, la cual es lo más hermoso, en su género, de cuanto pudiera asimilársele en la Península ibérica. Ni el fado portugués, ni la recia jota, ni el sentido levantino, ni las soleares, ni la castellana seguidilla, pueden, en mi opinión (que naturalmente son ustedes muy dueños de no compartir), compararse en íntimo contenido poético a estas cántigas de la tierra, que no me resuelvo a llamar dolientes, aunque lo sean en gran parte, pero con dolor sabroso, templado por resignada ironía, que acepta y burla al Destino.

En general, todo lo popular, lo genuinamente popular me atrae; y más cuanto menos se ve la mano del erudito, aprovechando los materiales que le suministra el pueblo. Y hasta cuando se ve esta mano hábil, puede agradarme por lo que el pueblo tiene allí de su espíritu; y por eso he escuchado con gran placer una obra, estrenada este año y titulada «El gato montés», en la cual se reproducen, con inspiración, los temas de la música popular andaluza. Hay un segundo acto en «El gato montés», que a mí (advierto que soy incompetente en música) me parece de perlas. Los gritos y rumores de la Plaza de Toros están aprovechados de un modo realmente artístico.

En la belleza del sonido, según la expresan las canciones populares, veo revelarse el espontáneo impulso genial de los pueblos. Sin cálculo, sin operación reflexiva, el pueblo canta. Sus cantos se refieren, muchas veces, a ancestrales sentires, cuyo origen y causa ya ha olvidado; y, por ese mismo olvido, es más sugestivo el encanto que ejercen. No importa ni viene a cuento, para el goce estético que yo hallé en escuchar los alalás, todos distintos y todos empapados en las mismas esencias de naturaleza y de alma, ponerse a averiguar si el alalá es o no es una lamentación fúnebre por la muerte de Adonis, como mito solar, o una imitación involuntaria del ruido del viento en los «zoadores» y «bradores» pinos, ruido tan amado del bardo Gundar, que ya duerme, ansque no en su valle y a la sombra del árbol de los druidas.

Los orígenes de todo o de casi todo los envuelve densa sombra. Lo único que importa a nuestra hipótesis, es que exista diferencia profunda entre estos cantos y otros igualmente populares. Porque, cuando diferimos, es cuando nos afirmamos enérgicamente. Somos nosotros mismos, porque no somos los demás.

El individualismo, del cual tantas cosas se han dicho, limitándose a la personalidad de un individuo, está por estudiar en su aspecto colectivo: en lo que define y separa a razas, pueblos y regiones. Estos cantos populares, que acabo de escuchar con deleite una vez más, llevan dentro la individualidad de una región. Y vacilo antes de describir «una raza», y pensándolo mejor, no lo escribo, porque en Galicia no hay raza bien aislada, o al menos sus influencias son muy varias, por el arrastre y aluvión de inmigraciones antiguas. Por encima, sin embargo, de lo heterogéneo, se ha formado la homogeneidad, visible en caracteres comunes, físicos y morales. Y no sólo se ha formado, sino que aparece como una de las más poderosas y constantes, marcada con más honda sello de originalidad étnica.

Cuando se ha leído mucho y se ha asistido a no pocos espectáculos, se llega a un estado que llamaré de saturación, pero sí de indiferencia hacia lo que no despierta un especial interés. Si las imágenes visuales o auditivas no remueven lo más soterraño de nuestro ser, o no responden a lo más elevado de nuestras ideas, veremos y escucharemos con una especie de atonía, que se parece mucho al cansancio. Al consultarme a mí misma en esta cuestión, hallo que mis impresiones realmente estéticas son pocas, y que proceden de los dos extremos del arte. O vienen de concepciones muy atrevidas y originales—ejemplo, la Salomé de Wilde o ciertas páginas de Wagner—, o salen del pueblo, de lo más tradicional, como estas «Cántigas» y otras que he escuchado acompañadas por el gaitero del Lérez, ese Perfecto Feijoo a quien la música gallega debe tanto. En medio queda una zona neutral, que tenía sus partidarios, y que, además, es necesaria, para rellenar el hueco, para dar pasto a tanto espectador y lector, para satisfacer el ánimo de la variedad. Notad cómo en esta misma zona lo que tiene algunas probabilidades de tropezar con el arte es casi siempre algo popular. Sigue siendo el alma del pueblo la que palpita en las creaciones más duraderas de la dramaturgia y de la novela contemporáneas. Pensad, pongo por caso, de dónde proceden «La malquerida», «Juan José», «El sombrero de tres picos», la misma «Pepita Jiménez», y no hay que decir si «Sotileza».



San Sebastián: S. M. el Rey viendo los planos del nuevo paseo Urgull, acompañado de la Reina y del alcalde, señor Laffite. *(Fot. Carte.)*

Si hiciese un estudio retrospectivo, hablaría del «Quijote» y de nuestros grandes dramáticos, que tanto deben a la literatura popular tradicional y regional; y sólo citaré a Tirso y su «Maribernéndez La Gallega».

Es que el pueblo lleva en sí, aunque sea una colectividad, lo individual de comarcas, regiones y localidades. A no ser así, no se diferenciaría una cántiga gallega (con diferencia tan absoluta, íntima) de una jota valenciana. Ambas son bellas, pero no sé si caben expresiones más distintas.

Todo esto que voy ensartando no quita para que el teatro de La Coruña, la noche en que se cantaron los inefables alalás, estuviese muy holgado de sitio, en particular allí donde se sienta la gente de fuste. Cierto que la gente de fuste no es nunca la más identificada con el sentido popular de las regiones. El caso de Pastora Imperio, cuyos elementos estéticos en la canción son populares principalmente (aunque no lo sean todos, y es lástima) ¿el caso, digo, de esta gitana hija de la tradición, que ha conseguido que la sociedad elegante se preocupe de ella, es quizás único, y cabría analizar las causas de tan extraño fenómeno. En cuanto a nuestros gallegos y cantadores, declaro que tenían derecho a una escasa más concurrida. Sólo por el alalá de Carballino, de arrieros, que formaba parte del programa, se podía ir a escucharles. Al oír este alalá, creí ver surgir, en el vigor de su salvaje belleza, las crestas azules de los Pirineos, los precipicios que rodean el peligroso camino, la sombría soledad de aquellos parajes, tan distintos de la Galicia amuñecada que se suele pintar, siendo así

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.



PÁGINA 4 — LA NACION

que aquí hay todo género de hermosuras... y ya lo verán, si quiere Dios que alguna vez los tres circulen sin retrasos de siete horas, que va siendo lo usual y lo corriente.

Se aparecen, digo, al conjuro de este alalá, los recuerdos del majestuoso paisaje, y se ve desfilar, al son melancólico y claro de las esquilas, la recua, y se evoca el cantar de aquellos sacrificados, a quienes tanto quería y ensalzaba mi amiga Gabriela Cunninghame Graham, que sostenía hallarse redivivo en ellos nuestro caballeresco modo de ser de antaño... porque la valerosa chilena había viajado mucho por España, a lomos de mulo, encolinada por una recua que llevaba el mismo itinerario...

La poesía de estos cantos, sin duda, reclama lo que ahora se ha dado en llamar «teatro de la Naturaleza». Estos cantos piden aire libre, frondas, telones de fondo que sean pinos y encinares, suelo de alfalpada hierba, y, a lo lejos, un trozo de ría de ese azul siempre verdoso, que es el tono líquido de Galicia...

Y pedirían también, ¿quién lo duda?, un auditorio vestido a la usanza del país... Amarga cosa es que ya nadie cultive su individualidad, que ya nadie abunde en su propio sentido. En Loja hubo que buscar, para que yo viese bailar el fandango, a unas viejas secas y pergaminosas, espectros que por cierto se hicieron rajas, y pisaron el polvito muy mesuradito, porque no las no existía ninguna que conociese el clásico bailoteo. Y aquí, en las Mariñas, parece que ocurre algo análogo, cuando de nuestras danzas regionales se trata. Hay que buscar bailadoras, como se buscan actrices, alquilándolas, porque, en la parroquia, ya nadie se acuerda, ¡houn!

¡Oh dura edada! ¡Oh siglo, más que todos seco y árido! Hay que cerrar los ojos para no verte, y refugiarse en ese mundo encantado que se nos descubre cuando nuestras pupilas poseen el grado de sensibilidad necesaria para recoger la belleza de imágenes, formas y colores, y nuestro oído está, como quiere Grant Allen, en vibración perpetua, para absorber y enviar al cerebro, y de allí al alma, la sensación divina. Así podremos olvidar, por instantes, lo férreo, bronceino y plúmbeo del momento, que no atravesamos, sino que tenemos atravesado, y no pasa, no pasa.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

REFLEXIONES Y RECUERDOS

LO QUE PROLONGA LA GUERRA

Ya no interesa la guerra como espectáculo. Al cabo de tres años de lucha, vagamente comenzamos a darnos cuenta de que la catástrofe, como obra del Destino, superior a la voluntad humana, desborda la zona de nuestras simpatías y nuestros odios. Hay un anhelo universal de verla concluída, y con tristeza se piensa que los hombres que la vimos surgir ¿acaso volveremos a ver Europa tal como la conocimos antes de que la guerra fuese. Para abatir los rencores que levantó, será preciso que nazcan nuevas generaciones; para que se extinga el dolor que de ella brotó e inundó el mundo, el transcurso de nuestras vidas no bastará. Ya por eso los episodios ni exaltan ni apasionan. Este grandioso avance austroalemán por el Oriente de la Galitzia, no provoca las discusiones que hace unos meses todavía suscitaba cualquier modificación del mapa de la guerra.

Y sin embargo... Tarnopol estaba en poder de los rusos desde 1914. No había podido ser reconquistada ni aun cuando las tropas victoriosas de Mackensen irrumpieron triunfales hasta Lemberg, en la primavera de 1915. Tarnopol restituí al ejército del general Boehm Ermolli. Ahora ha sido recuperada ya, dejada atrás en la persecución de los desmoralizados regimientos de Rusia. Se hunde y desmorona, según los partes oficiales, el frente ruso de los Cárpatos. Una vasta extensión de tierras ocupadas a costa de horrendos sacrificios por Brusiloff, es libertada ahora. Sólo referencias vagas tenemos de cómo quedan estos pueblos y aldeas por donde el torrente de la invasión ha pasado y retrocedido. Pero quien vió la guerra allá, lo imagina. Y quien asistió, lleno de una pavorosa emoción, al desfile de millares de prisioneros, puede calcular ahora cómo estarán los caminos de la Polonia austriaca, después de este nuevo triunfo.

Yo conozco a este general Boehm Ermolli, cuyo nombre va unido siempre a la victoria. Es un hombre joven todavía, alto, poco hablador, aunque maestro en esa cortesía de que sólo las razas aristocráticas saben el valor y el uso. Yo lo conocí en Sambor, una villa galitziana que acababa de ser reconquistada por una tropa, y en cuya hospedería, tres días interminables de verano, esperamos la noticia de la toma de Lemberg. Llenábame de asombro la solicitud que para nosotros, modestos informadores de un país lejano, mostraba él, gran caudillo en la más grande de las guerras.

—¿Ustedes estarán aquí estos días?

—Hasta que Lemberg sea tomado—le dijimos.

—Pero ¿tienen ustedes la certeza de que lo será?—nos interrogó sonriendo.

—Y V. E. también, general—le replicamos, seguros por la tranquilidad risueña de su rostro.

En la caja había un huertecito, que los proyectiles de cañón habían dejado intacto. Y el pilar dé los pájaros entraba hasta la estancia sencilla, donde sencillamente hablábamos con el personaje que la Historia catalogará solemnemente un día. Nada menos ceremonioso que su conversación, deliberadamente superficial y amable. Y sin embargo todo en él daba la impresión de un espíritu concentrado, proyectado sobre la realidad con atención perenne, recogido y dispuesto a lanzarse sobre los acontecimientos, como un felino sobre la presa fugitiva. Mientras hablaba con nosotros, presentíamos su trabajo mental, ajeno a nuestra presencia.

—Vendrán ustedes a comer todos los días con los oficiales.

—Sí, sí, excelencia.

—Tendrán que conformarse con nuestra cocina, que no es ni delicada ni escogida, aunque sí limpia. Cocina de guerra...

—Será para nosotros un honor gustar de ella.

Pero su pensamiento—bien lo veíamos por la mirada penetrante y ausente, estaba lejos de nuestro diálogo. ¿Sobre qué telegramas de los que en la mesa se amontonaban hallábase concentrando su plan entonces? ¿En cuál de las rayas azules trazadas con lápiz sobre el mapa estaba el secreto del éxito que su voluntad había decidido ya? Y mil recuerdos anecdóticos, mil sugestiones literarias, en torno a la gloria militar, bullían en nuestra conciencia, aumentando el interés de la entrevista con quien, pasados los años, tendrá en la tradición y en la Historia el prestigio romántico de los héroes victoriosos...

Y ahora, al avance triunfal, va unido su nombre otra vez. Pero ya preferiríamos que la guerra fuera una evocación y no una trágica realidad actual, y que las banderas gloriosas estuvieran de nuevo en los Museos, y no flameando sobre los incendiados campos de batalla. Ya la grandeza épica de esta guerra no nos importa, y lo que nos atormenta y obsesiona como una pesadilla es este inmenso dolor que va extendiendo sus alas sobre el mundo. En el bando donde están los generales y los príncipes vetoricos, se ha querido poner término. Es el rencor de los vencidos, y la impotencia de los que no pueden vencer, lo que prolonga la matanza absurda, la matanza rabiosa que ahora se intensifica de nuevo...

Juan PUJOL

AYER...

Desde que comenzó el verano el cronista vive exclusivamente de noche.

Esto no le importa a nadie, pero es que el cambio de costumbres ha traído la renovación del panorama que nos sirve para las observaciones que luego brindamos al público. Por ejemplo, ya nos es familiar un tipo de noctámbulo, que siendo rico y hombre a la moda, por entusiasmo de los nocturnos madrileños, tan equilibrados y apacibles, tan frescos, no sale a las playas norteñas, donde la temperatura diurna se paga con tener que soportar aguaceros y vendavales después del toque de queda...

—Mire usted—dice el madrileñófilo—yo me levanto a las seis de la tarde... Un paseíto en coche por la Casa de Campo... Luego, a cenar en la terraza del Casino... Después, un rato de lectura o de partida, saboreando el habano... Suele amanecerme en los alrededores de Madrid, en la alegre compañía de amigos y amiguitas... Créame que no se siente el calor...

Y luego, como la corte se descongestiona de tantos estorbos, durante el verano, hay en las calles una tranquilidad y un silencio verdaderamente delicioso...

—¿Y encuentra usted siempre compañeros para sus excursiones de madrugada?

—Siempre... Y no sólo de gente que ha invertido la vida, como yo... Existen aquí muchas gentes que trabajan durante el día, y que no duermen... ¿No ha sorprendido usted nunca la tertulia de la acera del Casino, que se prolonga a veces hasta la salida del sol?... Entonces no falta quien rompa el corro con esta frase ya ritual:

—Vámonos un ratito a casa, que estarán con cuidado.

Federico GARCIA SANCHIZ

POLITICA INTERIOR

El presidente

Conferencia.

El presidente del Consejo manifestó ayer a los periodistas que había conferenciado telefónicamente con el marqués de Lema, comunicándole éste que la Familia Real continúa sin novedad.

El jefe del Gobierno informó al ministro de Estado de que reinaba tranquilidad en toda España, según le había dicho por teléfono el señor Sánchez Guerra.

La censura.

Decía ayer el jefe del Gobierno que en su entrevista de anteayer con el señor Sánchez Guerra había tratado del documento elevado al Gobierno por los directores de periódicos.

«Quedamos de acuerdo para que el ministro de la Gobernación cite a una reunión a la Comisión de oficiosos para comunicarles el pensamiento del Gobierno sobre este asunto.»

La normalidad.

Al hablar con el jefe del Gobierno, un periodista le preguntó si la situación estaba normalizada por completo.

El señor Dato dijo:

«En efecto, las cosas se van normalizando; pero el Gobierno, que tiene más elementos de juicio que los que juegan por aficionado, todavía no estima llegado el momento de dar a esa normalidad absoluta,

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

Voces antiguas

Hace unas cuantas noches asistí a una fiesta musical, en La Coruña. Rasgo de originalidad, pues debo confesar que el teatro, al menos en las localidades caras, estaba semivacío. Y no pude menos de echarme a discurrir: ¿por qué estaría vacío el teatro?

El espectáculo consistía en que un coro, afinado y bien ensayado, entonaba canciones del país, acompañándose con gaita, tamboril, "cunchas" y el clásico bombo. Las canciones eran, en su mayor parte, "alalás". Para aquellos de mis lectores que no sepan lo que es un alalá, diré que es una melodía y prolongada lamentación, que constituye lo más típico de nuestra música popular, la cual es lo más hermoso, en su género, de cuanto pudiera asimilársele en la Península ibérica. Ni el fado portugués, ni la recia jota; ni el "ú y dos" levantino, ni las "soleares", ni la castellana seguidilla, pueden, en mi opinión (que naturalmente son ustedes muy dueños de no compartir), compararse en íntimo contenido poético a estas cántigas de la tierra, que no me resuelvo a llamar dolientes, aunque lo sean en gran parte, pero con dolor sabroso, templado por resignada ironía, que acepta y burla al Destino.

En general, todo lo popular, lo genuinamente popular me atrae; y más cuanto menos se ve la mano del erudito, aprovechando los materiales que le suministra el pueblo. Y hasta cuando se ve esta mano hábil, puede agradarme por lo que el pueblo tiene allí de su espíritu; y por eso he escuchado con gran placer una obra, estrenada este año y titulada *El gato montés*, en la cual se entretejen, con inspiración, los temas de la música popular andaluza. Hay un segundo acto en *El gato montés*, que a mí (advierto que soy incompetente en música) me parece de perlas. Los gritos y rumores de la Plaza de Toros están aprovechados de un modo realmente artístico.

En la belleza del sonido, según la expresan las canciones populares, veo revelarse el espontáneo impulso genial de los pueblos. Sin cálculo, sin operación reflexiva, el pueblo canta. Sus cantos se refieren, muchas veces, a ancestrales sentires, cuyo origen y causa ya ha olvidado; y, por ese mismo olvido, es más sugestivo el encanto que ejercen. No importa ni viene a cuento, para el goce estético que yo hallé en escuchar los alalás, todos distintos y todos empapados en las mismas esencias de naturaleza y de alma, ponerse a averiguar si el alalá es o no es una lamentación fúnebre por la muerte de Adonis, como mito solar, o una imitación involuntaria del ruido del viento en los "zoadores" y "bruadores" pinos, ruido tan amado del bardo Gundar, que ya duerme, aunque no en su valle y a la sombra del árbol de los druidas.

Los orígenes de todo o de casi todo los envuelve densa sombra. Lo único que importa a nuestras hipótesis, es que exista diferencia profunda entre estos cantos y otros igualmente populares. Porque, cuando diferimos, es cuando nos afirmamos enérgicamente. Somos nosotros mismos, porque no somos los demás.

El individualismo, del cual tantas cosas se han dicho, limitándose a la personalidad de un individuo, está por estudiar en su aspecto colectivo: en lo que define y separa a razas, pueblos y regiones. Estos cantos populares, que acabo de escuchar con deleite una vez más, llevan dentro la individualidad de una región. Y vacilo antes de escribir "una raza", y pensándolo mejor, no lo escribo, porque en Galicia no hay raza bien aislada, o al menos sus afluencias son muy varias, por el arrastre y aluvión de inmigraciones antiguas. Por encima, sin embargo, de lo heterogéneo, se ha formado la homogeneidad, visible en caracteres comunes, físicos y morales. Y no solo se ha formado, sino que aparece como una de las más poderosas y constantes, marcada con más hondo sello de originalidad étnica.

Cuando se ha leído mucho y se ha asistido a no pocos espectáculos, se llega a un estado que no llamaré de saturación, pero sí de indiferencia hacia lo que no despierta un especial interés. Si las imágenes visuales o auditivas no remueven lo más soterraño de nuestro ser, o no responden a lo más elevado de nuestras ideas, veremos y escucharemos con una especie de atonía, que se parece mucho al cansancio. Al consultarme a mí misma en esta cuestión, hallo que mis impresiones realmente estéticas son pocas, y que proceden de los dos extremos del arte. O vienen de concepciones muy atrevidas y originales –ejemplo, la Salomé de Wilde o ciertas páginas de Wagner–, o suben del pueblo, de lo más tradicional, como estas "Cántigas" y otras que he escuchado acompañadas por el gaitero del Lérez, ese Perfecto Feijóo a quien la música gallega debe tanto, en medio queda una zona neutral, que tenía sus partidarios, y que, además, es necesaria, para rellenar el hueco, para dar pasto a tanto espectador y lector, para satisfacer el ánimo de la variedad. Notad cómo en esta misma zona lo que tiene algunas probabilidades de tropezar con el arte es casi siempre algo popular. Sigue siendo el alma del pueblo la que palpita en las creaciones más duraderas de la dramaturgia y de la novela contemporáneas. Pensad, pongo por caso, de dónde proceden *La malquerida*, *Juan José*, *El sombrero de tres picos*, la misma *Pepita Jiménez*, y no hay que decir si *Sotileza*.

Si hiciese un estudio retrospectivo, hablaría del *Quijote* y de nuestros grandes dramáticos, que tanto deben a la literatura popular tradicional y regional; y solo citaré a Tirso y, su *Marihernández la Gallega*.

Es que el pueblo lleva en sí, aunque sea una colectividad, lo individual de comarcas, regiones y localidades. A no ser así, no se diferenciaría una cántiga gallega (con diferencia tan absoluta, íntima) de una jota valenciana. Ambas son bellas, pero no sé si caben expresiones más distintas.

Todo esto que voy ensartando no quita para que el teatro de La Coruña, la noche en que se cantaron los inefables alalás, estuviese muy holgado de sitio, en particular allí donde se sienta la gente de fuste. Cierto que la gente de fuste no es nunca la más identificada con el sentido popular de las regiones. El caso de Pastora Imperio, cuyos elementos estéticos en la canción son populares principalmente (aunque no

lo sean todos, y es lástima); el caso, digo, de esta gitana hija de la tradición, que ha conseguido que la sociedad elegante se preocupe de ella, es quizás único, y cabría analizar las causas de tan extraño fenómeno. En cuanto a nuestros gaiteros y cantadores, declaro que tenían derecho a una "sereta" más concurrida. Solo por el alalá de Carballino, de arrieros, que formaba parte del programa, se podía ir a escucharles. Al oír este alalá, creí ver surgir, en el vigor de su salvaje belleza, las crestas azules de los Paraños, los precipicios que rodean el peligroso camino, la sombría soledad de aquellos parajes, tan distintos de la Galicia amuñecada que se suele pintar, siendo así que aquí hay todo género de hermosura… y ya lo verán, si quiere Dios que alguna vez los trenes circulen sin retrasos de siete horas, que va siendo lo usual y lo corriente.

Se aparecen, digo, al conjuro de este alalá los accidentes del majestuoso paisaje, y se ve desfilar, al son melancólico y claro de las esquilas, la recua, y se evoca el cantar de aquellos "arrieiriños", a quienes tanto quería y ensalzaba mi amiga Gabriela Cunninghame Graham, que sostenía hallarse redivivo en ellos nuestro caballeresco modo de ser de antaño… porque la valerosa chilena había viajado mucho por España, a lomos de mulo, escoltada por una recua que llevaba el mismo itinerario.

La poesía de estos cantos, sin duda, reclama lo que ahora se ha dado en llamar "teatro de la Naturaleza". Estos cantos piden aire libre, frondas, telones de fondo que sean pinos y castaños, suelo de afelpada hierba, y, a lo lejos, un trozo de ría de ese azul siempre verdoso, que es el tono líquido de Galicia…

Y pedirían también, ¿quién lo duda?, un auditorio vestido a la usanza del país… Amarga cosa es que ya nadie cultive su individualidad, que ya nadie abunde en su propio sentido. En Loja hubo que buscar, para que yo viese bailar el fandango, a unas viejas secas y pergaminosas, espectros que por cierto se hicieron rajas, y pisaron el polvito muy menudito, porque mozas no existía ninguna que conociese el clásico bailoteo. Y aquí, en las Mariñas, parece que ocurre algo análogo, cuando de nuestras danzas regionales se tarta. Hay que buscar bailadoras, como se buscan actrices, alquilándolas, porque, en la parroquia, ya nadie se acuerda, ¡hom!

¡Oh dura edad! ¡Oh siglo, más que todos seco y árido! Hay que cerrar los ojos para no verte, y refugiarse en ese mundo encantado que se nos descubre cuando nuestras pupilas poseen el grado de sensibilidad necesaria para recoger la belleza de imágenes, formas y colores, y nuestro oído está, como quiere Grant Allen, en vibración perpetua, para absorber y enviar al cerebro, y de allí al alma, la sensación divina. Así podremos olvidar, por instantes, lo férreo, broncíneo y plúmbeo del momento, que no atravesamos, sino que tenemos atravesado y no pasa, no pasa.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 277. Domingo 29 de Julio de 1917. Pp. 1-2.

DIRECTOR
JUAN PUJOL
Redacción, Administración y Talleres:
Calle San Lorenzo, 10

LA NACION

Fundador: EL MARQUÉS DE POLAVIEJA

GERENTE
FÉLIX AGUILERA
Teléfono 347. Apartado de Correos 749
Madrid. Año II.—Núm. 298

NUESTROS COLABORADORES

A LA PUERTA DE LA SABIDURIA

El aire, que entra copiosamente por el balcón rotado de mi gabinete de estudio, en lo más alto de alta torre, me trae un ruido familiar, el que más se oye en este país: el canto del carro de bueyes... Y veo pasar lentamente, por la carretera, ese carro antiguo, genuino, que transporta lentamente los troncos de pino, los montones de heno, las gavillas de trigo, las espigas de maíz, las cortas de lejo brasc, y admiro a los bueyes, gruesa yunta roja, que avanza, animada por esa melopea dolorida, tirando del artefacto, mientras algún automóvil, con silbido desesperado e irónico, vuela en sentido opuesto, y ya habituados, le miran sin asombro los carreteros, renegando de invenitas tales, pero sin exteriorizar la protesta de la tradición. Y cuando el carro, en desaparecido en la lejanía, se esconde al fin la blanca revuelta del ancho camino, he aquí que me trae el correo un libro, y es un libro de ciencia, de etnografía aplicada a España. Apenas lo hojeo, tropiezo con el carro. Sí, con este mismo carro que acababa de lanzar, bajo mi granítico y calado balcón, dorado por los líquenes, su característico chirrido. El carro aparece, en el libro, como uno de los elementos etnográficos más dignos de atención. Yo esto lo sabía: pero ¡cuántas cosas se saben sin saber que se saben! Aquí está la diferencia entre el lego y el sabio. Los señores Aranzadi y Hoyos, autores de este libro para mí muy aleccionante, me perdonarán si les digo que en él hay mucho que yo barruntaba, pero vaga y confusamente, sin conocimiento metódico; pertenecíendo, por lo tanto, a esa categoría que define bien el señor Aranzadi, de las personas que, sin lo romántico, lo pintoresco y lo nostálgico, no serían nunca útiles para aportar un granito al granero científico. Fué, quién lo duda, lo pintoresco y lo romántico de mi tierra lo que me incitó, hace años, a fundar en La Coruña la Sociedad del Folk Lore gallego, y a redactar, en unión con algunos amigos aficionados a tales estudios, su *Cuestionario*. La traslación de mi domicilio a Madrid hizo que, habiendo de abandonar la empresa, ésta se paralizase por último. Había empezado con alientos, y como recuerdo de su conato de Museo, figura en los estantes de este mismo gabinete una higa de azabache, que me fué devuelta al desbacerse la Institución.

Viniendo al interesante libro, tampoco es seguro que yo supiese, verbigracia, la extensión geográfica que abarca el que llama carro *chillón* el señor Aranzadi. Hasta supongo yo—de buen grado lo confesaré—que era como privativa de Galicia la gala del carretero, cifrada en que chilla largo y fuerte su vehículo. Y es que siempre he de mirar lo pintoresco y lo romántico, y olvidarme de lo útil. En este país de estrechos caminos hondos (por los cuales se enhebra el carro igual que por las amplias carreteras), el chillido llena un fin: impide que dos carros cargados se encuentren, y les permite aprovechar un aparadero propicio.

Este carro de rueda maciza o por lo menos sin radios, al cual tanta importancia conceden los etnógrafos, no será objeto de cultura universal (como pudiera decirse que lo son ciertos objetos cerámicos, que con modificaciones no esenciales en todas partes se encontrarían), pero abarca dilatados territorios, pues va desde Portugal al Japón, y camina desde Galicia hasta la Manchuria y Pekín. Y como yo no quisiera poner el carro antes que los bueyes, diré que la raza bovina es la que responde al invento de este carro chillón, sostén poderoso de la agricultura. En Méjico no existía antes de la llegada de los españoles, nos dice el libro, y claro que tampoco existía esa raza, una de las mayores y más abnegadas amigas de la humanidad. La llevamos allí nosotros, pues el excelso Conquistador pensó en eso como pensó en todo, y trasladó a aquel país, ya de suyo agrícola, los más fecundos elementos de pastoreo y agricultura. Antes, como no había, no ya bueyes, pero ningún animal de carga, cargaba el hombre, y sostenía la carga con la cabeza, como se puede apreciar en el conocido ídolo *cargando*, de Mérida de Yucatán. Los mozos de carga indios, y mejor diré esclavos, se llamaban, si mal no recuerdo, *tamemes*.

Toda mi vida me había preocupado, con una preocupación compasiva, de sensibilidad, la idea de que se uncíese al buey por el pescuezo. Con razón observa el señor Aranzadi que está desmentido el dicho común «al buey por el asta», pues si bien es cierto que por el asta se le unce en muchos países, en no pocos es por la gorja por donde se le sujeta a ese trabajo «sin fin, que es su vida, y que tanto derecho le da a nuestro cariño.

Este sistema de uncir por el pescuezo, más aflictivo seguramente que el de uncir por las astas, nos dicen los mismos autores que en opinión de algunas autoridades es latino, siendo el otro germano. Dudan, no obstante, de la exactitud de la división, y yo, desde mi incompetencia, también dudo, porque usan tal forma de uncir pueblos que no son latinos ni por semejas.

Todo ello me parece aventurado, como me lo parece el que el yugo por el asta dé carácter antiafricano y antiasiático, y antilatino y antimediterráneo, a la mayor parte de España. Galicia, donde se unce por el pescuezo—lo cual me disgusta mucho, pues fatiga el pulmón de los pobres y hermosos bueyes—, nada me parece tener de africana ni de asiática, ni casi de latina, en cuanto a su fondo étnico, y de mediterránea poquísimo, si bien quedan en ella testimonios y recuerdos del paso e inmigración parcial de pueblos mediterráneos.



Barcelona: Guardia civil disponiéndose a hacer fuego en la Gran Vía diagonal

(Fot. María.)

Ya lo reconocen mis dos eminentes etnógrafos: las fronteras etnográficas se entrecruzan. Ejemplo: Galicia, con carro chillón y sin yugo cornal; lugares de Huelva, con yugo cornal y sin carro. Lo cual prueba que, en lo científico, apenas se puede afirmar nada con carácter absoluto. La prudencia recomienda esta táctica.

Una de las incidencias más curiosas de este libro, es la que, por el camino de los yugos de bueyes, viene a tratar de las corridas de toros, desde un punto de vista original o, por lo menos, poco conocido. Cree, y con sobra de razón, el señor Aranzadi, que es reprobable vulgaridad eso de que el Africa empiece en los Pirineos; y demuestra que, si por africanismo se entiende, más o menos impropiamente, este de los toros, *Africa* empezaría mucho más allá... Las Landas francesas, y la Camarga, en las Bocas del Ródano, son tradicionalmente toreras; y—añade—Beaucaire, frente a Tarascón, conserva la costumbre del buey por las calles, suprimida en San Sebastián. Pregunta, pues, el autor: «Si no hubiese habido un fondo tradicional torero, ¿creéis que hubieran llegado a ser sibaritas de España, en este aspecto, todas las ciudades del Mediodía de Francia, incluso Limoges, asumiendo hasta el separatismo cuando París quiso imponer la prohibición de las corridas a la española?

Yo no estoy a bien con el desbordamiento taurino, por razones que ahora no son del caso; pero encuentro muchísima gracia a la indagatoria realizada por el señor Aranzadi para que no nos achaquen ser una excepción en el mundo de la cultura, y hallo saladas las resultas de dicha indagatoria, según las cuales, en Francia, ven la luz numerosos periódicos taurinos, igual que aquí, y hay revista «de ciencias y artes», que en la primera página ostenta el retrato de un torero español, y el *Chiquito de Begoña* brinda un toro a Poincaré, que presidía la corrida, lo mismo que la República. Poco menos original que este estudio es el del fandango, aquel *fandango* que Mauricio Barrès y Juan Lorrain me mostraron tantos deseos de co-

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

nocer, por ser lo más típicamente español, y que (según el libro a que vengo refiriéndome) tantas afinidades tiene con la *bourrée* auvernesa.

En suma, el libro es oportuno y utilísimo, y yo lo he encontrado doblemente grato, ya que mi invernada y lastimosa falta de tiempo no me ha permitido asistir al Ateneo de Madrid y escuchar las lecciones o curso de etnografía que dió el señor Hoyos. Pocos estudios me atraerían tanto como éste, si volviese a nacer y pudiese orientar, desde el primer momento, mis estudios hacia lo que más palpita en mi fondo romántico o nostálgico. La etnografía y la prehistoria son dos lagos en que gustosa me sumergiría; pero ya no es tiempo, y he de conformarme con mi papel de espectador que, siquiera, siente la sugestión del espectáculo.

Y he aquí que otro carro chillón, o mejor dicho, dos o tres carros chillones, a cómpetencia, asoman y desembocan en la carretera que domina mi balcón, y el prolongado eco de la queja aflábil sube, hasta parecerme que los carros cantan dentro de mí. Es un día gris, gallego peruano; los campos están verde manzana y jugosos de la reciente lluvia; y este verdor se extiende a cuanto la vista abraza, a todo el valle que se duerme en blanda ondulación, inspiradora de paisajistas, y siembra de rebaños de muselina glacea los campos morenos, que ya rindieron su cosecha. Y yo no me siento, ni siento a este paisaje, ni africano, ni mediterráneo, ni unirme por dondequiera los hermanos bueyes, que atirantan el pescuezo para hacer avanzar el carro, resignados y firmes.

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

DESPUÈS DE LA HUELGA

A VUELTA AL TRABAJO.--SUBLEVACIÓN EN EL PENAL DE ALCALÁ DE HENARES

¿DÓNDE ESTAN? ¿POR QUÉ SE ESCONDEN?

Está siendo objeto de profusos comentarios el hecho de que a esta fecha, cuando ya hace más de un día que ha sido detenido su hermano en Santander, se ignore el paradero de don Melquíades Alvarez. ¿Está en el extranjero? ¿Está en España? ¿Cómo habiéndose hecho público que se desconoce su residencia actual, no ha habido nadie que dé exacta cuenta de ella, tratándose de persona de tanto relieve?

Igual extrañeza está produciendo la ausencia del señor Lerroux, que por lo precipitada más se ha asemejado a una fuga.

Ignoramos, naturalmente, dónde están estos defensores de la libertad.

OPTIMISMO

La jornada de ayer en Madrid fué de completa calma, de tranquilidad absoluta; y aunque por prudencia continuaban las tropas custodiando las plazas y calles principales y los tranvías, no tuvieron ocasión los soldados ni los guardias de intervenir en incidente alguno.

Se reanudó el trabajo en casi todas las fábricas y talleres, el comercio continuó su marcha ordinaria y toda la población presentaba su aspecto normal.

También las noticias que se reciben de provincias son más tranquilizadoras. Los sediciosos están recogiendo la obediencia, y todo hace presagiar que, dentro breve, estará en calma muy en breve. Así lo esperan con mucha todos los buenos patriotas, confiando en que las medidas saludables de rigor adoptadas por la autoridad restablezcan la paz y la tranquilidad.

LOS ALBAÑILES

La mayoría de los huelguistas eran albañiles, por ser los de este oficio los que constituyen el núcleo más numeroso de la Casa del Pueblo, y que, habiendo reanudado el trabajo, de haber recibido de nuevo de su Directiva. El lunes lo harán, autorizados, por su Sociedad, dando así por terminada la huelga.

VARIOS DETENIDOS

Con motivo de los sucesos ocurridos en los días pasados en los ferrocarriles de Tetuán y los Cuatro Caminos, se hicieron ayer de madrugada varias detenciones.

Las agentes de la brigada de Investigación del inspector señores Santos, Acosta, Antón y Silvera, cumpliendo instrucciones de su jefe, el señor Fernández Luna, y en unión de fuerzas del regimiento de infantería de Soria, al mando de su comandante, practicaron gran número de registros en varias casas de los Cuatro Caminos y Tetuán, dando por resultado la detención de Tomás Sáez Ascaso, anarquista, que vivía en O'Donnell, 20; Lino Crespo Moreno, yerno del jefe de la Cooperativa Socialista, y la hija de esta última, Rosenda Alvarez, que viven en Bravo Murillo, 30.

A los dos primeros, en los cuales encontraron una pistola, un revólver y un cuchillo, y la citada María, según datos tenidos por ciertos, la que el día 14 de los corrientes, en que se desarrollaron los lamentables sucesos que conocen nuestros lectores, capitaneaba las masas huelguistas con una bandera roja.

Estas detenciones fueron ratificadas a las cuatro de la madrugada a la Dirección general de Seguridad.

También fueron detenidos anoche en Cuatro Caminos dos individuos más, uno de los cuales fué hallado en la cera el día de los sucesos.

EN LA ESTACION DEL NORTE

Se ha iniciado la vuelta al trabajo de los ferroviarios del Norte que se habían en huelga.

Ayer se presentaron casi todos los huelguistas solicitando ser readmitidos.

La Empresa, para evitar nuevos conflictos, ha dispuesto que se seleccione el personal, admitiendo sólo a los que hayan ido a la huelga sin causa de promover incidentes.

La mayoría de los huelguistas han manifestado que abandonaron el trabajo por temor a las represalias de sus compañeros.

LOS FERROVIARIOS DE MADRID A CACERES Y PORTUGAL

Los ferroviarios de esta Compañía, declarados en huelga, han desistido de ella, haciendo al efecto el director de Seguridad el siguiente oficio:

«Excelentísimo señor: En vista de las críticas circunstancias por que atraviesa España, y entendiendo que acaso pudiera tercer que nuestra huelga en una continuación del actual movimiento político, la Junta directiva de esta sección, en bien de los supremos intereses nacionales, ha acordado retirar de esa Dirección general el correspondiente oficio de notificación de huelga. Lo que tenemos el honor de poner en conocimiento de vuecencia a los debidos efectos.»

EL "HERALDO", SUSPENDIDO

El capitán general de Madrid comunicó ayer mañana al director del «Heraldo de Madrid» que quedaba suspendida hasta nueva orden la publicación del querido colega.

Lamentamos lo ocurrido al popular diario de la noche.

INFORMES OFICIALES

DECLARACIONES DEL PRESIDENTE

El jefe del Gobierno manifestó ayer, a mediodía, a los periodistas, que además de la comunicación del vicepresidente del Congreso había recibido un telegrama del presidente de la Cámara, en el que le llamaba su atención acerca de la detención del diputado señor Domingo.

A dicho telegrama ha contestado el jefe del Gobierno diciendo que el diputado de referencia había sido detenido en virtud del artículo 47 de la Constitución del Estado, que excusa todo trámite previo cuando las Cortes están cerradas.

En análogos términos se contestará al vicepresidente del Congreso.

—El Rey—dijo el presidente—no padece lesión alguna, como se ha dicho, en la rodilla. Se trata de un ligero ataque de sinovitis, con inflamación en los tejidos, que le obliga a cojear un poco, pero sin que le impida realizar su vida normal.

Entre las numerosas adhesiones recibidas por el jefe del Gobierno, figuran: una de la Comisión provincial de la Diputación de Palencia y otra del alcalde de Vigo. Este dice que aquel Ayuntamiento ha acordado por unanimidad elevar al Trono su más respetuosa adhesión y protestar de los sucesos de estos días, que tantos perjuicios causan a la Patria.

También el Ayuntamiento de Valladolid, por unanimidad, ha formulado su más enérgica protesta contra los perturbadores del orden, y ha enviado su felicitación al Gobierno.

El marqués de Alhucemas, desde Cestona, ha telegrafiado al presidente del Consejo ofreciéndole el incondicional apoyo del partido liberal, así como su personal concurso. Dice el señor García Prieto que si el Gobierno estima necesaria su presencia en Madrid, en el acto suspenderá su veraneo.



Barcelona: Conducción de presos por la Guardia civil, entre ellos dos mujeres que hicieron armas contra el Ejército. (Fot. Maria.)

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

A la puerta de la sabiduría

El aire, que entra copiosamente por el balcón volado de mi gabinete de estudio, en lo más alto de la alta torre, me trae un ruido familiar, el que más se oye en este país: el canto del carro de bueyes… Y veo pasar lentamente, por la carretera, ese carro antiguo, gemidor, que transporta lentamente los troncos del pino, los montones de heno, las gavillas de trigo, las espigas de maíz, las cortas de tojo bravo; y admiro a los bueyes, gruesa yunta roja, que avanza, animada por esa melopea dolorida, tirando del artefacto, mientras algún automóvil, con silbido desesperado e irónico, vuela en sentido opuesto, y ya habituados, le miran sin asombro los carreteros, renegando de inventos tales, pero sin exteriorizar la protesta de la tradición. Y cuando el carro va desaparecido en la lejanía y lo esconde al fin la blanca revuelta del ancho camino, he aquí que me trae el correo un libro, y es un libro de ciencia, de etnografía aplicada a España. Apenas lo hojeo, tropiezo con el carro. Sí, con este mismo carro que acaba de lanzar, bajo mi granítico y calado balcón, dorado por los líquenes, su característico chirrido. El carro aparece, en el libro, como uno de los elementos etnográficos más dignos de atención. Yo esto lo sabía: pero ¡cuántas cosas se saben sin saber que se saben! Aquí está la diferencia entre el lego y el sabio. Los señores Aranzadi y Hoyos, autores de este libro para mí muy atrayente, me perdonarán si les digo que en él hay mucho que yo barruntaba, pero vaga y confusamente, sin conocimiento metódico; perteneciendo, por lo tanto, a esa categoría que define bien el señor Aranzadi, de las personas que, sin lo romántico, lo pintoresco y lo nostálgico, no serían nunca útiles para aportar un granito al granero científico. Fue, quien lo duda, lo pintoresco y lo romántico de mi tierra lo que me incitó, hace años, a fundar en La Coruña la Sociedad del Folk Lore gallego, y a redactar, en unión con algunos amigos aficionados a tales estudios, su *Cuestionario*. La traslación de mi domicilio a Madrid hizo que, habiendo de abandonar la empresa, ésta se paralizase por último. Había empezado con alientos, y como recuerdo de su conato de Museo, figura en los estantes de este mismo gabinete una higa de azabache, que me fue devuelta al deshacerse la Institución.

Viniendo al interesante libro, tampoco es seguro que yo supiese, verbigracia, la extensión geográfica que abarca el que llama *carro chillón* el señor Aranzadi. Hasta suponía yo –de buen grado lo confesaré– que era como privativa de Galicia la gala del carretero, cifrada en que chilla largo y fuerte su vehículo. Y es que siempre he de mirar lo pintoresco y lo romántico, y olvidarme de lo útil. En este país de estrechos caminos hondos (por los cuales se enhebra el carro igual que por las amplias carreteras, el chillido llena un fin: impide que dos carros cargados se encuentren, y les permite aprovechar un apartadero propicio.

Este carro de rueda maciza o por lo menos sin radios, al cual tanta importancia conceden los etnógrafos, no será objeto de cultura universal (como pudiera decirse que lo son ciertos objetos cerámicos, que con modificaciones no esenciales en todas partes se encontrarían), pero abarca dilatados territorios, pues va desde Portugal al Japón, y camina desde Galicia hasta la Manchuria y Pekín. Y como yo no quisiera poner el carro antes que los bueyes, diré que la raza bovina es la que responde al invento de este carro chillón, sostén poderoso de la agricultura. En México no existía antes de la llegada de los españoles, nos dice el libro, y claro que tampoco existía esa raza, una de las mayores y más abnegadas amigas de la humanidad. La llevamos allí nosotros, pues el excelso Conquistador pensó en eso como pensó en todo, y trasladó a aquel país, ya de suyo agrícola, los más fecundos elementos de pastoreo y agricultura. Antes, como no había, no ya bueyes, pero ningún animal de carga, cargaba el hombre, y sostenía la carga con la cabeza, como se puede apreciar en el conocido *ídolo cargado*, de Mérida de Yucatán. Los mozos de carga indios, y mejor diré esclavos, se llamaban, si mal no recuerdo, *tamemes*.

Toda mi vida me había preocupado, con una preocupación compasiva, de sensibilidad, la idea de que se unciese al buey por el pescuezo. Con razón observa el señor Aranzadi que está desmentido el dicho común «al buey por el asta», pues si bien es cierto que por el asta se le unce en muchos países, en no pocos es por la gorja por donde se le sujeta a ese trabajo sin fin, que es su vida, y que tanto derecho le da a nuestro cariño.

Este sistema de uncir por el pescuezo, más aflictivo seguramente que el de uncir por las astas, nos dicen los sabios autores que en opinión de algunas autoridades es latino, siendo el otro germano. Dudan, no obstante, de la exactitud de la división, y yo, desde mi incompetencia, también dudo, porque usan tal forma de uncir pueblos que no son latinos ni por semejas.

Todo ello me parece aventurado, como me lo parece el que el yugo por el asta dé carácter antiafricano y antiasiático, y antilatino y antimediterráneo, a la mayor parte de España. Galicia, donde se unce por el pescuezo –lo cual me disgusta mucho, pues fatiga el pulmón de los pobres y hermosos bueyes–, nada me parece tener de africana ni de asiática, ni casi de latina, en cuanto a su fondo étnico, y de mediterránea poquísimo, si bien quedan en ella testimonios y recuerdos del paso e inmigración parcial de pueblos mediterráneos.

Ya lo reconocen mis dos eminentes etnógrafos: las fronteras etnógrafas se entrecruzan. Ejemplo: Galicia, con carro chillón y sin yugo cornal; lugares de Huelva, con yugo cornal y, sin carro. Lo cual prueba que, en lo científico, apenas se puede afirmar nada con carácter absoluto. La prudencia recomienda esta táctica. Una de las incidencias más curiosas de este libro, es la que, por el camino de los yugos de bueyes, viene a tratar de las corridas de toros, desde un punto de vista original o, por lo menos poco conocido. Cree, y con sobra de razón, el señor Aranzadi, que

es reprobable vulgaridad eso de que el África empiece en los Pirineos; y demuestra que, si por africanismo se entiende, más o menos impropiamente, esto de los toros; África empezaría mucho más allá… Las Landas francesas, y la Camarga, en las Bocas del Ródano, son tradicionalmente toreras; y –añadiré– Beaucaire, frente a Tarascón, conserva la costumbre del buey por las calles, suprimida en San Sebastián. Pregunta, pues, el autor: «Si no hubiese habido un fondo tradicional torero, ¿creéis que hubieran llegado a ser súbditas de España, en este aspecto, todas las ciudades del Mediodía de Francia, incluso Limoges, asomando hasta el separatismo cuando París quiso imponer la prohibición de las corridas a la española?»

Yo no estoy a bien con el desbordamiento taurino, por razones que ahora no son del caso; pero encuentro muchísima gracia a la indagatoria realizada por el señor Aranzadi para que no nos achaquen ser una excepción en el mundo de la cultura, y hallo saladas las resultas de dicha indagatoria, según las cuales, en Francia, ven la luz numerosos periódicos taurinos, igual que aquí, y hay revista «de ciencias y artes», que en la primera página ostenta el retrato de un torero español, y el *Chiquito de Begoña* brinda un toro a Poincaré, que presidía la corrida, lo mismo que la República. Poco menos original que este estudio es el del fandango, aquel *fandangó* que Mauricio Barrés y Juan Lorrain me mostraron tantos deseos de conocer, por ser lo más típicamente español, y que (según el libro a que vengo refiriéndome) tantas afinidades tiene con la *bourrée* auvernesa.

En suma, el libro es oportuno y utilísimo, y yo lo he encontrado doblemente grato, ya que mi inveterada y lastimosa falta de tiempo no me ha permitido asistir al Ateneo de Madrid y escuchar las lecciones o curso de etnografía que dio el señor Hoyos. Pocos estudios me atraerían tanto como este, si volviera a nacer y pudiese orientar, desde el primer momento, mis estudios hacia lo que más palpita en mi fondo romántico o nostálgico. La etnografía y la prehistoria son dos lagos en que gustosa me sumergiría; pero ya no es tiempo, y he de conformarme con mi papel de espectador que, siquiera, siente la sugestión del espectáculo.

Y aquí otro carro chillón, o mejor dicho, dos o tres carros chillones, a competencia, asoman y desembocan en la carretera que domina mi balcón, y el prolongado eco de la queja atávica sube, hasta parecerme que los carros cantan dentro de mí. Es un día gris, galiciano genuino: los campos están verde manzana y jugosos de la reciente lluvia; y este verdor se extiende a cuanto la vista abraza, a todo el valle que se duerme en blanda ondulación, inspiradora de paisajistas, y siembra de retazos de muselina glauca los campos morenos, que ya rindieron su cosecha. Yo no me siento, ni siento a este paisaje, ni africano, ni mediterráneo, únzanse por donde quiera los hermanos bueyes, que atirantan el pescuezo para hacer avanzar el carro, resignados y firmes.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 298. Domingo 19 de Agosto de 1917. Pp. 3-4.

DIRECTOR
JUAN PUJOL
Redacción, Administración y Talleres:
Calle San Lorenzo, 19

LA NACION

Fundador: EL MARQUÉS DE POLAVIEJA

GERENTE
FÉLIX AGUILERA
Edición 2ª. Aparece de tarde
Madrid. Año II.—Núm. 312

NUESTROS COLABORADORES

INJERTOS

¿Habéis pensado alguna vez en la bondad de la Naturaleza, que se presta a modificarse en interés nuestro, dando un ejemplo al hombre, tan refractario a la enseñanza y a la cultura? ¿Habéis notado lo fielmente que la Naturaleza responde a los medios que se emplean para corregirla y embellecerla? ¿Y no os agrada esa alumna que, ya adquirida la educación, la conserva fielmente, no sólo para sí, sino para transmitirla íntegra a su descendencia?

Con la especie humana pasa todo lo contrario que con las especies vegetales o animales. Asegurado por el cultivo o por el cruzamiento el cuadro de caracteres que forman la variedad, en las especies vegetales o animales se mantiene el tipo, y no veréis que se altere, si no por las hibridaciones que producen las variedades; pero, en nosotros, el tipo ya obtenido se pierde a cada generación. No sólo el tipo físico, sino, ¡ay!, el moral, el intelectual, el psicológico...

¿Cuántas veces habréis oído decir: «Si Fulano levantase la cabeza, se volvería a morir por no ver lo que hacen su hijo o su hija». El singular contraste entre padres e hijos es más frecuente que la semejanza. Hasta en las agrupaciones nacionales—no quiero hablar de razas, porque no hay cosa más discutida ni menos más discutible—; hasta, digo, en las agrupaciones nacionales, los caracteres se borran y esfuman, y resuena en nuestros oídos la frase ya trillada: «¡Cómo hemos cambiado; qué diferencia entre los españoles de antaño y los de hoy!»

Pues bien: una pera, una manzana, no cambian, sino para ganar, y así que han ganado, no vuelven a perder. Jamás he comprendido porqué, en son de injuria, se les da a los individuos nombres de árboles: «Eres un melocotón, eres un ciruelo...» No habría mayor bien que asemejarse a esos frutales encantadores. No llaméis a nadie melón, ni mata de apio, por calificarle de tonto. No corresponde a la idea de tonteria el hecho de que, una vez adquirida una suma de cualidades, esté asegurada para siempre. No sucede así a los pobres humanos. Aprendemos, y olvidamos; logramos una victoria sobre el mal, y al otro día sufrimos derrota vergonzosa; y por ser en todo inferiores al árbol, cuando envejecemos damos peor y más escaso fruto. ¡Quién fuese ciruelo!

Considérese la transformación, por ejemplo, del peral. El peral, en estado silvestre, es árbol espinoso, y da una fruteja, *piri communis fructus*, muy acedo, pequeña e incomible; por diferenciarse en todo del frutal amigo que conocemos, hasta se llama de otra manera, *peruétano* o *piruétano*. La educación hace de ese salvajillo un gran civilizado. Y la educación del peral se hace con el acero, con la herida de su corteza, con el sufrimiento de sus fibras: no es educación blanda, es espartana, que causa dolor por hacer bien. Injertándole, el indígena tosco se metamorfosea; y, cuando la primavera le estremece con su soplo, las blancas y rosadas flores que le cubren como una nieve delicada, prometen los jugosos frutos que madurará el otoño.

Para entender lo que hace el cultivo, comparemos al peruétano y a algún ejemplar de sfundertea o de amanteca de oro. Y, para convencer mejor, presentemos una canastilla en que los dones de Pomona lucen sus mondas de raso y paño finísimos, felpudo, matizado con colores que son alegría de los ojos. Ni a fuerza de buscar se halla algo más bonito que un limón o una manzana colorada sobre amarillo pálido. ¿Y las lindas fresas? En Inglaterra, recientemente, se adornaban las mesas con ramas de manzano, cargadas de pomas, en vez de centros de flores, y la manzana roja, que se arracima, llegó a ser un elemento decorativo de los más artísticos. La belleza riente de algunas especies de manzanas disculpa a nuestros primeros padres y explica su transgresión.

¡Si se pudiese coger a los niños, rasgarles con hábil corte la piel, vacunarles de castas buenas de individuos superiores! No: toda la pedagogía humana es verbal o escrita; ninguna es lo que pudiéramos decir de nueva savia comunicada al cuerpo y al espíritu. Mucho se ha hablado de cruzamientos y de infusiones de sangre de aquí y de allá; y hasta no ha faltado quien vea en este remedio el de nuestra decadencia. ¡Pch! Poblad como queráis un territorio: al poco tiempo, los trasplantados son indígenas. El hombre, por más que haga, no llegará nunca a la altura del frutal ni de la flor.

Admira calcular el esfuerzo realizado por la pedagogía para mejorar un poco la planta humana. Se trabaja en el mundo sin interrupción, con fe, y al lado de tal labor asidua, lo conseguido es bien poco. Contra la opinión de Rousseau y de Rabelais, yo creo que el hombre no es bueno de suyo, y que, al contrario, sus instintos, cuyo libre juego tanto se desea y procura en la actualidad, le llevan a hacer cuanto daño puede, unas veces por disfrutar de algo que codicia, otras sencillamente por evitar que los demás lo disfruten. Esto parece pesimismo, pero cuando las tesis se fundan en verdades no hay *ismo* que valga. Mas no por eso convendría desalentarse, ni renegar de la pedagogía. Sólo convendrá extender su esfera de acción, sus límites, sus dominios. No es pedagogía únicamente lo que se desprende de la composición griega del vocablo: no es sólo guiar al niño; los grandes han menester que los guíen tanto o más. Y la instrucción de la niñez es tortas y pan pintado, si la comparamos a la de los adultos, que ya han salido de colegios y aulas, y se creen educados, instruídos y muy hombres. Todos los días aprende y se educa el más viejo, y los sabios son los que se han declarado perpetuos estudiantes. Hacen de maestros, en esta pedagogía indirecta, todos: el más humilde nos da lección.



La Familia Real en Santander: Grupo de los augustos hijos de los Reyes reunidos con los del infante don Carlos y doña Luisa en la playa. (1) Príncipe de Asturias. (2) Infante don Jaime. (3) Infanta Beatriz. (4) Infanta Cristina. (5) Infante don Juan. (6) Infante Gonzalo.
(Fot. Marín y Ortiz.)

Yo recuerdo, en mi ciudad natal, que el primer conato de jardín—ocurrió esto hace más años de los que quisiera—, conato que consistía en un plantel de espliego, modesta y apagada flor cascra que perfuma la roja blanca y los cuartos de las parideras, fué devastado por turbas de golfos, al grito de: «¡Sea el espliego libre!» Por bastante tiempo no se pensó en jardines públicos. Cuando al fin se trazaron y poblaron, hubo algunos abusos, algunas flores cogidas o estropeadas. Por último, la educación del hecho produjo sus efectos beneficiosos: el respeto más absoluto se estableció. Era la noción, inconsciente tal vez, de que el jardín público civiliza gentil y graciosamente; y una vez arraigado en el alma el injerto de esta noción, pudo más que la barbarie y la expulsó quizás para siempre.

Ved un ejemplo, actualísimo, de los frutos de la pedagogía indirecta. La institución de los exploradores ha injertado (en muchachos que se hallan justamente en la *edad criminal*, y cuyas mejillas, como dijo Ferrari en una de sus más alabadas composiciones, «la adolescencia precomente descolora») una serie de nociones de las más sociales, y por lo tanto, de las más sanas. Mucho se ha hablado de esta institución de los exploradores, y yo he oído atacarla y defenderla con igual calor. Pero recordad lo que dije de los árboles: se les conoce por sus frutos; el peruétano da una pedregosa frutilla, de sabor acedo; el peral cultivado, delicioso regalo, que baña de jugo azucarado el cuchillo.

En los días de la huelga, en mi ciudad natal, los mocitos, casi niños, exploradores, han prestado un servicio que les granjea simpatías y consagra su institución. Han sustituido a

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

PÁGINA 4 — LA NACION

los barrenderos, han llevado al cementerio a los cadáveres, obra de misericordia. Donde hubo que trabajar en lo mas penoso, prodigaron su juvenil actividad.

Tal es la pedagogía que se deriva naturalmente de los sucesos. Los exploradores aprendieron primero que debían su concurso a la sociedad y, llegada la ocasión, lo practicaron. No se lo enseñaron en escuela alguna, en colegio ninguno, que yo sepa. Se lo enseñó la realidad, se lo dictó la necesidad. La necesidad es una gran pedagoga; y todo el argumento de Robinsón, de ese libro que es por excelencia el libro nortteño, el libro de la acción perseverante, descansa en tal base: el hombre, en horas críticas, de desamparo, siente la necesidad, y bajo su impulso vuelve a crear, individualmente, toda la civilización.

Este experimento, como digo, deja sancionado el instinto de los exploradores, y revelado su resorte principal, la razón de ser de su aparición, y su utilidad mayor, sin duda, aquí, donde infantes y póberos se diría que constituyen un peligro misterioso, cuando vagan por las calles sucios, no como potros, sí, no como jilmos malévicos y muecmeros, cuando se enelgan á docenas de los topes del tranvía, cuando creen emular á los fenómenos taurinos, banderilleando á los automóviles. Y es que su sangre hierve, y les empuja á hacer algo, cualquier cosa... Infundámosles el espíritu explorador.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

Ahora lo veredes...

AQUÍ ESTOY

Desde que el maestro Quevedo me topó en sus cuchas infernales, nadie, que yo sepa, me ha cuello a mentar. Y sin embargo sigo siendo lo que fui, amenaza de justicia, sorpresa para el réprobo triunfante, castigo inesperado para el vicio, esperanza del oprimido, una voz valerosa que suena en el silencio de los cobardes. Soy aquí Agrages de la vida cautiva, cocinero del Romancero, compadre del Cid, profeta en las Cortes de los Señores de Castilla, la verdad retumbante en plazas y mercados, en ferias y campamentos. Y el pueblo, el pueblo antiguo, el de Zocodover y el Azogajejo, el del Potro y las Alcaicerías de Tarifa, el que hizo España, me creó en sus ansias de justicia. Cuando la iniquidad triunfaba, consigné su voluntad reformadora en estas palabras: «Ahora lo veredes», dijo Agrages».

No me hizo mi creador maldiciente y satírico, sino justiciero. Así, en los casos en que había que castigar, mis vocablos eran látigo, y, cuando había que elogiar, mi alma acariciaba al digno de premio. Agrages soy, el dictaminador de la plebe, el nuncio del pecado impune, el amparo de la desdicha, el buen hombre humilde que no se resigna a que la iniquidad venza, ni a que la virtud sea humillada. Agrages soy, y ya veréis lo que dice Agrages.

Días habrá en los que abrumaré al lector con la abundancia de mis decires, e irán varios párrafos en el atropello del ansia de exponer lo que se me ocurra. Días seguiré en los que unas pocas palabras contendrán mi entusiasmo o mi ira. Y luego pasarán fechas en que quede mudo este vulgar cantor de desventuras y alegrías... No contéis a diario con mi elocución.

Breve y sucinto, lacónico y encogido, no abusaré de la paciencia del lector. Tres líneas, media página, ...No pasaré del reducido espacio que corresponde a mi insignificancia. ...Y como de seguir explicando quién soy y lo que me propongo ocuparía más espacio en el preámbulo que en todo el discurso, hago aquí punto final. Y asida la amarga pluma, que he arrancado del ala de negrísimo cuervo, empiezo y digo:

LLUVIA DE BILLETES

Ello es que Juan Trucios, obrero, salió de su casa aquella mañana a la hora de costumbre, y como le preguntaran si iba a trabajar, contestó: —«No; voy a que no trabajen los otros, porque estamos en huelga.» Y se apostó ante la fábrica, con dos docenas de piedras en los bolsillos, y en cuanto veía que iba a entrar un compañero en el taller le disparaba un morrillazo. Fué detenido por los agentes de la autoridad, y al ser registrado hallósele encima, amén de las piedras, dos billetes de Banco de a 25 pesetas cada uno, nuevos, limpios, recién sacados del arca. Interrogaron al Juan Trucios sobre la procedencia de los billetitos, y él contestó: —«Cayeron en mi poder como si hubieran llovido. Alguien me los dió.» —«¿Quién fué el dador?»—insistió el interrogante. Y Juan Trucios dijo: —«Un hombre que no he visto nunca, hasta el momento en que nos repartió a mí y a otros la pecunia.» —«¿Y por qué y para qué te los dió?» —«Me los dió como albricias de la felicidad. El me aseguró que, si yo impedía que en la fábrica se trabajase, España sería el país más dichoso del mundo, porque ya no habría pobres, porque los ricos serían zuecos a la que nosotros los mandábamos.» —«¿Y tú lo creíste?» —«Como creerlo, no lo creí, pero cincuenta pesetas, dadas de golpe, conmueven a cualquiera.» —«¿Y no te extrañó esa dádiva, hecha por persona desconocida?» —«Sí que me extrañó, pero en el tomar no hay engaño.» —«Lo ha habido, según veo, y no sólo engaño, sino daño.» —«Para mí no lo habrá, porque, si no es hoy, será mañana cuando vuelvan los huelguistas, y colocado...» —«No hay colocados que valga. Lo peor que os puede ocurrir es lo que deseáis. Ahora sois hijos del trabajo. Mañana, si ese mañana llega, el mañana con que soñáis los ilusos, seréis esclavos de la anarquía...» Juan Trucios quedó pensativo... Pensaba en los dos billetes de Banco que le habían dado, y deseaba ya de el hijo hacer en lo tomarlos, porque ellos habían puesto en su alma un sentimiento que antes le era desconocido: el odio.

AGRAGES

AYER...

Uno de los encantos de aquella París era la abundancia de idilios veinteañeros, en toda la extensión de la palabra. Es decir, que los amantes hacían alarde de su juventud, con mil diablura deliciosas. Dentro de la vida lumbrera lo contrario que en casi todas las grandes ciudades del mundo, ya que apenas se encuentran vejestorios en los bulevares. Acaso se explique el fenómeno si pensamos en la costumbre del ahorro que practican los franceses, en su tradición de retirarse al campo, ya ricos y ancianos. Lo cierto es que la urbe sagrada es el culto del corazón y del cerebro, se halla entregada a los muchachos. Por ello tienen tanta alegría las márgenes del Sena, bajo el azul muy pálido, con su música de risas y de besos, con el desfile de los enamorados entre los canetoncillos de lilas.

Aquí, en Madrid, al revés que en la capital del bello país de Francia, casi no se ven chicas en las calles. El abolengo moro y el caldeamiento se oponen a la feria libre de damiselas, que ya viven su vida. Por otro lado, hay un gran peligro para las señoritas en confiarse al respeto y la cultura de los galanes en cuadrilla de monos silváticos. En tanto caso, se exhiben las niñas en ringlas domésticas, al amparo de mamá y papá. Las aceras nutritenses recuerdan el corral con polluelos y lluecas, en tanto semejan palomas y golondrinas las emulietes sobre el asfalto decorado con ecuinbus, como si dijéramos, en un jardín.

Por fortuna, ya van asomando las siluetas que comenzábamos a olvidar en el destierro de entrambas orillas del Sena. De cada jerarquía poseemos unos pocos ejemplos representativos. Existen algunas aristocráticas comellas que cultivan el «footing» mañanero, sin más compañía que la de un can favorito. Entre las señoritas meritorias y las segundas tiples abundan las figulinas graciosas y rítmicas. Por último, contamos con una encantadora legión de mecanógrafas y de «claritas de compositor» y de mostrador, que imitan a sus colegas parisienses en el uso de «cubrebillas» y botinas y en el abuso del corazón.

Brindamos las anteriores nostalgias y esperanzas a «mademoiselle» Laura Pinillos, del teatro Reina Victoria. Anoche encontramos a la pinipinta cristara en la carrera de San Jerónimo. Acaba de regresar del veraneo. Se fué enfermiza y casi tísica, de tanta permanencia en la oscuridad húmeda de los ensayos y en el malsano resplandor de las apoteosis, y vuelve erudita y dorada y colorada. Llevaba ayer un vestido rojo, con medias y chapines del mismo color. Era como una granada, y el desnudo cuello adquirió la blandura mórbida de los melocotones jugosos. Le brillan más los ojos y los dientes. Ahora le da por peinarse de mala, con sus aplastados caracoles en las mejillas, y el moño estirado y pulido, que evoca una laca japonesa.

—Tengo que contarle muchas cosas, señor cronista...

«Mademoiselle» Laura Pinillos desapareció en seguida, sin pasar de la vaga promesa confidencial; pero conste que ya colecciona historietas literarias. La sensación del «tanguito» y del «rondi» de los tercios, subsiste en el navegante algunas horas después de haber pisado tierra. Así continuaba para nosotros el vértigo de miradas, grititos, revuelo de las manos, la refulgencia de los cabellos, el regocijo de la voz, la vivacidad de nuestra amiga. Según explicaba «mademoiselle», la antigua ola ha aminorado, en los grupos de gentes que se apartaban admirados, en que las aduanas fachadas viejas se iluminaban al paso del diablillo bermejo y áureo. Antes, la presencia de una mujer caturribaba con un dramático hueco sexual. Gracias a la espiritualísima ligereza de los femeniles tipos modernos, ahora su llegada produce un sano contento de vivir, y por tal modo Hispania ennoblece y afina su sensibilidad.

Federico GARCIA SANCHIZ



La señorita Pinillos.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

NUESTROS COLABORADORES

Injertos

¿Habéis pensado alguna vez en la bondad de la Naturaleza, que se presta a modificarse en interés nuestro, dando un ejemplo al hombre, tan refractario a la enseñanza y a la cultura? ¿Habéis notado lo fielmente que la Naturaleza responde a los medios que se emplean para corregirla y embonarla? ¿Y no os agrada esa alumna que, ya adquirida la educación, la conserva fielmente, no solo para sí, sino para transmitirla íntegra a su descendencia?

Con la especie humana pasa todo lo contrario que con las especies vegetales o animales. Asegurado por el cultivo o por el cruzamiento el cuadrado de caracteres que forman la variedad, en las especies vegetales o animales se mantiene el tipo y no veréis que se altere sino por las hibridaciones que producen las variedades; pero, en nosotros, el tipo ya obtenido se pierde a cada generación. No solo el tipo físico, sino, ¡ay!, el moral, el intelectual, el psicológico…

¿Cuántas veces habréis oído decir?: «Si Fulano levantase la cabeza, se volvería a morir por no ver lo que hace su hijo o su hija». El singular contraste entre padres e hijos es más frecuente que la semejanza. Hasta en las agrupaciones nacionales –no quiero hablar de razas, porque no hay cosa más discutida ni acaso más discutible–; hasta, digo, en las agrupaciones nacionales, los caracteres se borran y esfuman, y resuena en nuestros oídos la frase ya trillada: «¡Cómo hemos cambiado; qué diferencia entre los españoles de antaño y los de hoy!»

Pues bien: una pera, una manzana, no cambian, sino para ganar, y así que han ganado, no vuelven a perder. Jamás he comprendido por qué, en son de injuria, se les da a los individuos nombres de árboles: «Eres un melocotón, eres un ciruelo…» No habría mayor bien que asemejarse a esos frutales encantadores. No llaméis a nadie melón, ni mata de apio, por calificarle de tonto. No corresponde a la idea de tontería el hecho de que, una vez adquirida una suma de cualidades, esté asegurada para siempre. No sucede así a los pobres humanos. Aprendemos, y olvidamos; logramos una victoria sobre el mal, y al otro día sufrimos derrota vergonzosa; y por ser en todo inferiores al árbol, cuando envejecemos damos peor y más escaso fruto. ¡Quién fuese ciruelo!

Considérese la transformación, por ejemplo, del peral. El peral, en estado silvestre, es árbol espinoso, y da una fruteja, *piri communis fructus*, muy aceda, pequeña e incomible; por diferenciarse en todo del frutal amigo que conocemos, hasta se llama de otra manera, *peruétano* o *piruétano*. La educación hace de ese salvajillo un gran civilizado. Y la educación del peral se hace con el acero, con la herida de su corteza, con el sufrimiento de sus fibras: no es educación blanda, es espartana, que causa dolor por hacer bien. Injertándole, el indígena tosco se metamorfosea; y, cuando la

primavera le estremece con su soplo, las blancas y rosadas flores que le cubren como una nieve delicada, prometen los jugosos frutos que madurará en otoño.

Para entender lo que hace el cultivo, comparemos al peruétano y a algún ejemplar de «fundente» o de «manteca de oro». Y, para convencer mejor, presentemos una canastilla en que los dones de Pomona lucen sus mondas de raso y paño finísimos, felpudo, matizado con colores que son alegría de los ojos. Ni a fuerza de buscar se halla algo más bonito que un limón o una manzana colorada sobre amarillo pálido. ¿Y las lindas fresas? En Inglaterra, recientemente, se adornaban las mesas con ramas de manzano, cargadas de pomas, en vez de centros de flores, y la manzana roja, que se arracima, llegó a ser un elemento decorativo de los más artísticos. La belleza riente de algunas especies de manzanas disculpa a nuestros primeros padres y explica su transgresión.

¡Si se pudiese coger a los niños, rasgarles con hábil corte la piel, vacunarles de castas buenas de individuos superiores! No: toda la pedagogía humana es verbal o escrita; ninguna es lo que pudiéramos decir de nueva savia comunicada al cuerpo y al espíritu. Mucho se ha hablado de cruzamientos y de infusiones de aquí y de acullá; y hasta no ha faltado quien vea en este remedio el de nuestra decadencia. ¡Pch! Poblad como queráis un territorio: al poco tiempo, los trasplantados son indígenas. El hombre, por más que haga, no llegará nunca a la altura del frutal ni de la flor.

Admira calcular el esfuerzo realizado por la pedagogía para mejorar un poco la planta humana. Se trabaja en el mundo sin interrupción, con fe, y al lado de tal labor asidua, lo conseguido es bien poco. Contra la opinión de Rousseau y de Rabelais, yo creo que el hombre no es bueno de suyo, y que, al contrario, sus instintos, cuyo libre juego tanto se desea y procura en la actualidad, le llevan a hacer cuanto daño puede, unas veces por disfrutar de algo de codicia, otras sencillamente por evitar que los demás lo disfruten. Esto parece pesimismo, pero cuando las tesis se fundan en verdades no hay *ismo* que valga. Mas no por eso convendría desalentar, ni renegar de la pedagogía. Solo convendrá extender su esfera de acción, sus límites, sus dominios. No es pedagogía únicamente lo que se desprende de la composición griega del vocablo: no es solo guiar al niño: los grandes han menester que los guíen tanto o más. Y la instrucción de la niñez es tortas y pan pintado, si la comparamos a la de los adultos, que ya han salido de colegios y aulas, y se creen educados, instruidos y muy hombres. Todos los días aprende y se educa el más viejo, y los sabios son los que se han declarado perpetuos estudiantes. Hacen de maestros, en esta pedagogía indirecta, todos: el más humilde nos da lecciones.

Yo recuerdo, en mi ciudad natal, que el primer conato de jardín –ocurrió esto hace más años de los que quisiera–, conato que consistía en un plantel de espliego, modesta y apagada flor casera que perfuma la ropa blanca y los cuartos de las paridas, fue devastado por turbas de golfos, al grito de: «¡Sea el espliego libre!»

Por bastante tiempo no se pensó en jardines públicos. Cuando al fin se trazaron y poblaron, hubo algunos abusos, algunas flores cogidas o estropeadas. Por último, la educación del hecho produjo sus efectos beneficiosos: el respeto más absoluto se estableció. Era la noción, inconsciente tal vez, de que el jardín público civiliza gentil y graciosamente; y una vez arraigado en el alma el injerto de esta noción, pudo más que la barbarie y la expulsó quizás para siempre.

Vez un ejemplo, actualísimo, de los frutos de la pedagogía indirecta. La institución de los exploradores ha injertado (en muchachos que se hallan justamente en la *edad criminal*, y cuyas mejillas, como dijo Ferrari en una de sus más alabadas composiciones, «la adolescencia precozmente descolora») una serie de nociones de las más sociales, y por lo tanto, de las más sanas. Mucho se ha hablado de esta institución de los exploradores, y yo he oído atacarla y defenderla con igual calor. Pero recordad lo que dije de los árboles: se les conoce por sus frutos; el peruétano da una pedregosa frutilla, de sabor acedo; el peral cultivado, delicioso regalo, que baña de jugo azucaroso el cuchillo.

En los días de la huelga, en mi ciudad natal, los mocitos, casi niños, exploradores, han prestado un servicio que les granjea simpatías y consagra su institución. Han sustituido a los barrenderos, han llevado al cementerio a los cadáveres, obra de misericordia. Donde hubo que trabajar en lo más penoso, prodigaron su juvenil actividad.

Tal es la pedagogía que se deriva naturalmente de los sucesos. Los exploradores aprendieron primero que debían su concurso a la sociedad y, llegada la ocasión, lo practicaron. No se lo enseñaron en escuela alguna, en colegio ninguno, que yo sepa. Se lo enseñó la realidad, se lo dictó la necesidad. La necesidad es una gran pedagoga; y todo el argumento de Robinsón, de ese libro que es por excelencia el libro norteño, el libro de la acción perseverante, descansa en tal base: el hombre, en horas críticas, de desamparo, siente la necesidad, y bajo su impulso vuelve a crear, individualmente, toda la civilización.

Este experimento, como digo, deja sancionado el instituto de los exploradores, y revelado su resorte principal, la razón de ser de su aparición, y su utilidad mayor, sin duda, aquí, donde infantes y púberes se diría que constituyen un peligro misterioso, cuando vagan por las calles sueltos, no como potros, sino como jimios maléficos y muequeros, cuando se enelgan a docenas de los topes del tranvía, cuando creen emular a los fenómenos taurinos, banderilleando a los automóviles. Y es que su sangre hierve, y les empuja a hacer algo, cualquier cosa… Injertémosles el espíritu explorador.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 312. Domingo 2 de Septiembre de 1917. Pp. 3-4

DIRECTOR
JUAN PUJOL
Redacción, Administración y Talleres
Calle San Lorenzo, 10

LA NACION

Fundador: EL MARQUÉS DE POLAVIEJA

GERENTE
FÉLIX AGUILERA
Madrid. Año II.—Núm. 320

NUESTROS COLABORADORES

OTOÑAL

Hay algo más digno de respeto y simpatía que la ciencia y hasta que la misma inspiración: y es el deseo de saber y aprender leal y sinceramente manifestado.

Aquel coro regional de que os hablé aquí, y que tan lindas y genuinas cántigas entona, visitó la Exposición de arte gallego de La Coruña a tiempo de inaugurarse, y, ante los lienzos que cubrían las paredes y los bustos y relieves que se erguían en sus zócalos y pedestales, sentí un anhelo de *darse cuenta*, de que les fuese explicado lo que sólo de un modo incierto degusta hasta su espíritu.

No es privativo de ninguna clase social entender el arte, ni tampoco las letras. Y menos en España, donde no se hacen muy buenos estudios. Estoy por decir que ni uno. Diríase a cada paso, la comprensión del arte y de la sensitividad estética disminuyen, en proporción que alarma.

Emprended, si deseáis convenceros, conversaciones a diestro y siniestro, acerca de libros, cuadros, obras teatrales, y no digamos estatuas, monumentos y antigüedades. Veréis... ¡oh!, veréis... Mejor dicho, oiréis, y os quedaréis bajo el peso de una duda: ¿Es conveniente que haya arte, dado el reducido, cada día más reducido, número de los que lo aprecian con alguna exactitud y lo sienten y perciben con unas ráfagas de calor?

Dado el hecho, tan fácilmente comprobable, cuando los cantores, luciendo sus típicos trajes, entonada la última copla, solicitaron que les fuese enseñado lo que no sabían, pareciónse que la virtud del canto actuaba en ellos, y que, de la sensación poética de su evocación musical, nacía otra, significativa y profunda. ¡Qué fuera si quisiesen todos entender la esencia y energía del arte! ¡Qué fuera si Orfeo, una vez más, apaciguase la rebelión de los instintos!

En este caso, que presencié, el ilustrado arquitecto señor Palacios recibió el honroso encargo de atender al ruego de los cantores; y lo habrá desempeñado a maravilla. El conjunto de obras que forman esta Exposición, relativamente superior, en general, a la última de Madrid, da margen para presentar contrastes y desarrollar teorías, porque no es una Exposición, compuesta de elementos fortuitamente reunidos, sin nexo común, sino que responde a intereses espirituales estrechamente ligados, y el mérito de la unidad, que tan raro va siendo, la avalora. La región ha impregnado a escultores, pintores y dibujantes, y no por eso les ha sometido a monotonía ni a disciplina estrecha. Las riendas de oro del sentir unánime han dejado libre el cuello, flotante las crines, y cada artista, mirando a lo mismo, ha mirado con sus propios ojos.

Los paisajistas y marinistas, como Llorens y Bello Piñeiro, no ven el paisaje de la misma manera. Es verdad que en Galicia, en las cuatro provincias, tan diferentes en su fisonomía peculiar, hay tela cortada, no para dos paisajistas con estilo propio, para una docena. Y nunca agotarían el contenido lírico, dramático y sentimental del paisaje, aunque pintasen a lienzo por día. Aquí mismo, en el balneario de Mondariz, donde me encuentro, veo en el salón de espera los paneles con las escenas de «Ciegos gallegos», de Castelao. Y su paisaje trágico, dantesco, no es menos auténtico que el paisaje dulce y mudo del «Valle de Samoedo», interpretado por Llorens. He sabido después, al cruzar los salvajes «Carañones», que recomiendo a los pintores: no todo es riente en la comarca gallega: no todo son ondulaciones y blanduras y églogas. También cabe aquí lo áspero y lo sombrío. Pondal, en la poesía, fué el intérprete de la naturaleza esquiva, de la otra tierra que amaba y de la cual oía alzarse las voces ancestrales de su musa.

Ese aspecto de Galicia, lo bravío, lo grave, lo triste, lo hondo que sugiere, está representado en la Exposición por diversas obras, entre las cuales y en primer término hay que citar las de Correoleya, señaladamente «Los peregrinos». El aspecto burlesco, satírico, de esta misma tendencia lo encontramos en el escultor Asorey. Es sobrado complicada y tiene demasiadas capas y estratos el alma gallega para no dar cabida a la sátira, a la ironía, al juego de la razón que descompone el sentimiento. No es sólo en Asorey donde se observa esta descomposición negadora. También luce en Castelao y flota en Sobrino, y hasta se atisba al través de la serenidad de Juan Luis.

Acaso, analizando bien, pudierais descubrir esa veta, la más genuina de todas, en el retrato claro y equilibrado realismo de Sotomayor, cuyos lienzos han reunido el mayor número de votos, de elogios y de entusiasmos. Más allá de la región está la patria, y es el temperamento artístico de España lo que crea estos ejemplares de pintores sólidos, sinceros, que transcriben la verdad, y de ella sacan sin alejarnos alguna la poesía. Una cabeza de alcalda moza, arrebujada la cabeza en un pañuelo color de naranja y envuelto el cuerpo en otro pañuelo amarillo—ondas de colorista vigoroso y franco—, es, a mi ver, un trozo de pintura pasmoso. La cara de la aldeana, sin el pañuelo, con aureola, derivaría hacia el ensueño místico. Sería una virgen de un primitivo italiano.



Comisión del Ayuntamiento de Vallecas (Madrid), presidida por el alcalde, que ha visitado al señor Dato para felicitarle por su gestión resolviendo satisfactoriamente la huelga revolucionaria.
(Fot. Marín y Ortiz.)

— No hay nada que tanto exprese como un rostro humano. Hacia el retrato, sencillamente, retrato de un rostro o de un paisaje, o de un alma al través de unas facciones, va el arte, el no me equivoco. Va a desentrañar la realidad, de nuevo, ensanchando sus dominios. Y cuando la realidad es tan rica, tan sugestiva como en esta tierra...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

AYER...

Los jardines nos reciben con la primera lluvia otoñal, después de la prolongada sequedad veraniega. En nuestros tiempos bohemios y libres, añorábamos los toscos nublados que en mitad del invierno entenebrecen los claros pueblos meridionales. Solíamos refugiarnos en el estudio de cualquier pintor, y nos figurábamos hallarnos en el Barrio Latino, como un personaje de Murger. Más tarde, ya no seduce tanto el exotismo de las nieblas, con sus sutilezas nocturnas, ni la obediencia a base de pipa, chambergo y haraganería pintoresco-sentimental. Entonces deleitan los primeros lluviosos primaverales, que son salientes, y provocan en la tierra la sensualidad de un perfume voluptuoso. Asistimos como faunos a las nupcias de la Naturaleza, de unos elementos con otros. También pasa el período espantado, y en el comienzo de la melancolía ya inevitable, en punto a llover, se prefiere el llanto con que el otoño se asocia a nuestro dolor. Semejan lágrimas las gotas que resbalan trémulas y con

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

NUESTROA COLABORADORES

OTOÑAL

Hay algo más digno de respeto y simpatía que la ciencia y hasta que la misma inspiración: y es el deseo de saber y aprender leal y sinceramente manifestado.

Aquel coro regional de que os hablé aquí, y que tan dignas y genuinas cántigas entona, visitó la Exposición de arte gallego de La Coruña a tiempo de inaugurarse, y, ante los lienzos que cubrían las paredes y los bustos y relieves que se erguían en sus zócalos y pedestales, sintió un anhelo de *darse cuenta*, de que les fuese explicando lo que solo de un modo incierto llegaba hasta su espíritu.

No es privativo de ninguna clase social entender el arte, ni tampoco las letras. Y menos en España, donde no se hacen muy fuertes estudios. Estoy por decir que ni muy flacos. A cada paso, la comprensión del arte y la receptividad estética disminuyen, en proporción que alarma.

Emprended, si deseáis convenceros, conversaciones a diestro y siniestro, acerca de libros, cuadros, obras teatrales, y no digamos estatuas, monumentos y antigüedades. Veréis… ¡oh!, veréis… Mejor dicho, oiréis, y os quedaréis bajo el peso de una duda. ¿Es conveniente que haya arte, dado el reducido, cada día más reducido, número de los que lo aprecian con alguna exactitud y lo sienten y perciben con unas ráfagas de calor?

Dado el hecho, tan fácilmente comprobable, cuando los cantores, luciendo sus típicos trajes, entonada la última copla, solicitaron que les fuese enseñado lo que no sabían, parecióme que la virtud del canto actuaba en ellos, y que, de la sensación poética de su evocación musical, nacía otra, significativa y profunda. ¡Qué fuera si quisiesen todos entender la esencia y energía del arte! ¡Qué fuera si Orfeo, una vez más, apaciguase la rebelión de los instintos!

En este caso, que presencié, el ilustrado arquitecto señor Palacios recibió el honroso encargo de atender al ruego de los cantores; y lo habrá desempeñado a maravilla. El conjunto de obras que forman esta Exposición, relativamente superior, en general, a la última de Madrid, da margen para presentar contrastes y desarrollar teorías, porque no es una Exposición, compuesta de elementos fortuitamente reunidos, sin nexo común, sino que responde a intereses espirituales estrechamente ligados, y el mérito de la unidad, que tan raro va siendo, la avalará. La región ha impregnado a escultores, pintores y dibujantes, y no por eso les ha sometido a monotonía ni a disciplina estrecha. Las riendas de oro del sentir unánime han dejado libre el cuello, flotante las crines, y cada artista, mirando a lo mismo, ha mirado con sus propios ojos.

Los paisajistas y marinistas, como Lloréns y Bello Piñeyro, no ven el paisaje de la misma manera. Es verdad que en Galicia, en las cuatro provincias, tan diferentes en su fisonomía peculiar, hay tela cortada, no para dos paisajistas con estilo propio,

para una docena. Y nunca agotarían el contenido idílico, dramático y sentimental del paisaje, aunque peritasen a lienzo por día. Aquí mismo, en el balneario de Mondariz, donde me encuentro, veo en el salón de espera los paineles con las escenas de «Ciegos gallegos», de Castelao. Y su paisaje tétrico, dantesco, no es menos auténtico que el paisaje dulce y muelle del «Valle de samoedo», interpretado por Lloréns. He solicitado pensarlo, al cruzar los salvajes

«Parafios» que recomiendo a los pintores: no todo son ondulaciones y blanduras églogas. También cabe aquí lo áspero y lo sombrío. Pondal, en la poesía, fue el intérprete de la naturaleza esquiva, de la «fea tierra» que amaba y de la cual oía alzarse las voces ancestrales de su musa.

Ese aspecto de Galicia, lo bravío, lo grave, lo triste, lo hondo que sugiere, está representado en la Exposición por diversas obras, entre las cuales y en primer término hay que citar las de Corredoyra, señaladamente «Los peregrinos». El aspecto burlesco, satírico, de esta misma tendencia lo encontramos en el escultor Asorey. Es sobrado complicada y tiene demasiadas capas y estratos el alma gallega para no dar cabida a la sátira, a la ironía, al juego de la razón que descompone el sentimiento. No es solo en Asorey donde se observa esta descomposición negadora. También luce en Castelao y flota en Sobrino, y hasta se atisba al través de la serenidad de Juan Luis.

Acaso, analizando bien, pudierais descubrir esa veta, la más genuina de todas, en el robusto y claro y equilibrado realismo de Sotomayor, cuyos lienzos han reunido el mayor número de votos, de elogios y de entusiasmos. Más allá de la región está la patria, y es el temperamento artístico de España lo que crea estos ejemplares de pintores sólidos, sinceros, que transcriben la verdad, y de ella sacan sin alquimia alguna la poesía. Una cabeza de aldeana moza, arrebujada la cabeza en un pañuelo color de naranja y envuelto el cuerpo en otro pañuelo amarillo –osadía de colorista vigoroso y franco–, es, a mi ver, un trozo de pintura pasmoso. La cara de la aldeana, sin el pañuelo, con aureola, derivaría hacia el ensueño místico. Sería una virgen de un primitivo italiano.

No hay nada que tanto exprese como un rostro humano. Hacia el retrato, sencillamente, retrato de un rostro o de un paisaje, o de un alma al través de unas facciones, va el arte, si no me equivoco. Va a desentrañar la realidad, de nuevo, ensanchando sus dominios. Y cuando la realidad es tan rica, tan sugestiva como en esta tierra…

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

La Nación. Diario de la mañana. Núm. 320. Lunes 10 de Septiembre de 1917. P. 3.

Ocho páginas: CINCO cé

LA NACION

Año III. Núm. 694. Redacción, Administración y Talleres: San Lorenzo, 10.—Madrid. Domingo 20 de Octubre de 1918

DOS PROCESIONES

A la larga de la carretera, una tarde de diciembre o febrero, para cruzarla como pueda, el viajero ve pasar ante la vista de ningún reflexivo, una procesión de las de la canela, a fin de que no merezca protegerse el sitio. Porque los carros van de encallejados con ramas frescas, con evergreens, por medio del cual los conductores, en Roma, conservan las mantenas y gastronomías durante la marcha.

Aun el autor de la excursión, los alrededores, cuentan diciembre, y quedan al fallecimiento más acabado y horrible, que pueda alcanzar un cementerio. Y no sean los cementerios provinciales, monstruos el cacho de almudes, o cuerpo en forma o la interior a Cuenca, donde cada día hay un muerto, para enterrar a Madrid. No tienen ninguna hospitalidad al viajero a La Coruña, con un mal cielo, pocos días de sol, y nunca un cielo azul, como en Andalucía en ciertos transparentes de Madrid, como ocurre a Cuenca, en el último mal momento, con las nieves. Es cementerio es ciudad transparente de Madrid, como ocurre a Cuenca, en el último mal momento, con las nieves. Es cementerio es ciudad transparente de Madrid, como ocurre a Cuenca, en el último mal momento, con las nieves. Es cementerio es ciudad transparente de Madrid, como ocurre a Cuenca, en el último mal momento, con las nieves.

Con curiosidad nos la recuerda de las noches, no vemos ahora, porque mucho, en un rato, la cosa, en la claridad al amanecer. Primeras luces, rojas, oscilantes a ratos, de cera, los pequeños cirios, que encienden y los hachones, con el cera a cera, y los cirios, con el cera a cera, y los cirios, con el cera a cera, y los cirios

DOS PROCESIONES

A lo largo de la carretera una teoría de labradoras pasa enarbolando ramos, no para alfombrar con ellos la ruta de ningún redentor, sino para quemarlos en el lar de la casucha, a fin de que su ausencia purifique el aire. Porque los ramos son de eucalipto, de ese árbol salubre por excelencia, por medio del cual los capuchinos, en Roma, saquearon las marismas y pantanos que difundían la malaria.

Ante el azote de la epidemia, los aldeanos quieren desinfectar, y apelan al desinfectante más accesible y humilde, que puede obtenerse sin desembolso. Y yo miro la procesión con curiosidad, mientras el coche de alquiler, a trance, me lleva a la infestada Coruña, desde donde he de tomar el tren para regresar a Madrid. No realizo ninguna heroicidad al dirigirme a La Coruña, pues en mi aldea dejo la misma peste, el mismo mal misterioso, que tan pronto enloquece en súbitos transportes de furor, como arranca del pecho olas de sangre, entre las cuales va envuelta la vida. Salgo del contagio para entrar en el contagio, ¡y quién sabe si en el tren lo encontraré de nuevo! La muerte viaja, y sin tomar el billete ni prevenir maletas y maletines.

Con curiosidad miro la procesión de los ramos, no verdes, sino azulescos, porque significa mucho; es un paso largo, un salto casi, en la mentalidad aldeana. Personas de otra esfera social, obligadas a seguir más de cerca los progresos científicos, han solido burlarse, con gracia o sin ella de las doctrinas microbianas, visionariamente vaticinadas por el padre Fuentelapeña en su celebérrimo «Ente dilucidado». Ciertos preceptos de la higiene han tropezado con el escepticismo más terco, y aun el derecho a escupir en el suelo, se mira como sagrado e imprescriptible. Y si esto ocurre entre los que, si a mano viene, se ufanan de un título académico, ¿qué sucederá a los labradores, que en su mayor parte no saben leer, y por quienes, «a ruego», firma el primero que salta, si da la casualidad de que el tal sepa escribir? Como de extraño portento escucha el labrador lo de los microbios, y la incredulidad irónica que late en su espíritu le sugiere que se están burlando de él los médicos, los señores, los de «los papeles» llenos de mentiras… ¿Cómo se han de persuadir de que un animalito que no se ve, ni se sabe qué traza tiene, ha de ser el que enferma y mata a tantos cristianos?

¿Y cómo han de comprender que al bichejo se le combata quemando unos ramillos, o repartiendo por el aire unas cosas que echan un olido que confunde? Toda esta serie de nociones, reconozcámoslo, es muy insólita, y así como para sembrar el terreno duro e infértil hay que preparar la tierra, removiéndola y despedregándola, un trabajo previo e intenso parecería indispensable para convencer al labriego de la eficacia de eso que llamamos desinfección, esa «andrómina». Esa «cosa del otro mundo». Por fortuna, el aldeano gallego e inteligente, es fácil de iluminar, en medio de su escamona socarronería. Y no desinfecta más porque no puede. Y prácticamente ve que la desinfección algo consigue. La peste no es tan maligna desde que se

quema el eucalipto. Por eso miraba yo con interés la procesión de los ramos por el camino real, signo de una idea, que penetra en el meollo del aldeano y que tanto tiene de redentora. La desinfección y la limpieza van unidas. No se arguya que el aldeano no puede tener su vivienda aseada porque es pobre y vive rodeado de los abonos que prepara y curte. Si así fuese, no se vería limpieza por ninguna parte, y ello es que hay labriegos limpios, cuidadosos, que barren el piso de tierra, que arreglan esmeradamente el estiércol en el corral, la leña en el alpendre. Y el estiércol, recogido y amontonado con regularidad, ni es repugnante, ni envuelve el menor riesgo para la salud. Es residuo de establo, no residuo de vida humana, como en las ciudades las basuras y traperías. Sobre los establos se recomendaba que habitasen los enfermos de consunción, y no repugna el penetrante y tibio vaho del ganado vacuno. Hay, además, en la aldea un elemento compensador de otros elementos de fatalidad fisiológica: y es el aire libre. Cierto que este contagio que ahora se ensaña con nosotros es un mal que se respira, y en el aire flotan sus ponzoñas. En el aire, que nos llega desde sabe Dios qué campos ensangrentados, qué mal tapadas fosas, qué focos de infección cadavérica. Porque todo está infestado: la tierra, el mar y el aire, claro es, columpia los gérmenes y las letales influencias, que es un verdadero asombro si hasta poco ha (la primavera de 1918) no hicieron explosión. Sí; la peste, compañera inseparable de toda guerra en la historia, ha tardado en caer sobre los fieros humanos.

La procesión de los ramos de eucalipto, propiciadora, de la Naturaleza precedió a otra procesión, impenetradora de la misericordia del cielo. Hay en La Coruña una santa imagen, que desde tiempo, no inmemorial sino relativamente reciente (pues la imagen, de las llamadas «de vestir», debe de corresponder al siglo XVII), es objeto de profunda devoción. Mientras el cólera, a mediados del XIX, desolaba la ciudad, y había calles enteras con las casas cerradas por haber fallecido todos sus moradores; la imagen fue sacada en rogativa para implorar que cesase el azote. Es la Dolorosa una bella escultura, sellada con el dramático verismo del arte español; y cuando digo escultura, me refiero solo a la cara y manos, pues el resto del busto está cubierto con el negro ropaje de terciopelo, severo y prolongado, que presta a la figura una elegancia velazqueña. Si esta imagen pestañease y rompiese a andar con pasos majestuosos por regias antesalas, no habría dama de tal porte y de tal belleza, grave y señoril. A diferencia de otras Vírgenes, que son de reducidas dimensiones, la Dolorosa de La Coruña es de tamaño natural y de estatura aventajada y noble. Ya sé yo que las imágenes de vestir han sido muy censuradas por los puristas de la estética. En este caso, tienen orejeras, y su opinión es la estrecha y unilateral que quiere reducir al arte a una sola norma, mutilando así el sentimiento y la vida. No estas impresionantes efigies hispánicas: otras más toscas, casi bárbaras, como los Cristos de cobre llamados bizantinos, pertenecen a la estética por derecho propio.

Mientras en España, los incomprensivos condenaban indistintamente los «santos de palo», las Vírgenes de rodado manteo y escarolado rostrillo, las Soledades de sombría vestidura, en Francia, dos grandes poetas, uno de ellos tan hondamente artista como Teófilo Gautier, cantaban con entusiasmo sentimental la hermosura de la Madona de los Siete Puñales, y le dedicaban exvotos. Nadie ha encarnado su sentir en las imágenes con tanta fuerza y energía como la raza española, que saca la estética de la realidad, y se aproxima a lo divino por medio de lo humano. Y la Dolorosa de la parroquia de San Nicolás es una mujer afligida, o, mejor dicho, una inconsolable reina. Las lágrimas que resbalan por sus pálidas mejillas son de amor y piedad hacia los humanos. Cuando sale en sus andas va compadeciéndose, va haciendo ya el don de lástima. Llora con los míseros, llora con los que sufren. ¡Y aunque no hiciese más!...

Pero el espectro del cólera fue conjurado por la Madre. Tan pronto como salió la procesión, la epidemia empezó a decrecer. El recuerdo de este hecho, que cada cual puede explicar a su modo, no se ha perdido. Por él, ahora, nuevamente, a la vuelta de sesenta y pico de años, la efigie baja de su camarín y pasea su infinita expresión doliente, contristada, por las calles de la población, que padece y se postra.

Solemne, silenciosa, la procesión desfila. Nunca se ha visto ninguna en que alumbre tanta gente, sobre tres mil cirios, y miles de voces que a coro cantan la Salve. A medida que va adelantando, la esperanza, como un soplo dulce, vivaz, dilata los corazones. «¡Oh, muerte!, ¿dónde está tu victoria? ¡Oh, muerte!, ¿dónde está tu aguijón?», susurra la esperanza al oído de los que creen. Y en aquel momento de espiritualidad, se olvida el temor depresivo se olvida la reciente pérdida, que aún sangra; se olvida la amargura del día, el peso de las necesidades, miserias y amenazas de lo venidero. Los ojos se alzan buscando los brillantes ojos, que destilan llanto, de la imagen; el borde de su ropaje negro parece formado de luz y de sol.

¿Que cuál de las dos procesiones se me figura más necesaria, la de los ramos desinfectantes o la de la Dolorosa consoladora? Las dos, porque no tenemos cuerpo solamente, y lo que no es cuerpo ha menester remedio y fortaleza. Y no ignoramos, ni ha de repetirse por harto sabido, donde la fortaleza reside. Desinfectar, mucha aspirina, mucha quinina, tragos de coñac, leche, caldo. Lo «demás», por añadidura...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN

La Nación. Núm. 694. Domingo 20 de Octubre de 1918. P. 1.



Doce páginas: CINCO céntimos.

LA NACION

Año III. Núm. 701. Redacción, Administración y Talleres: San Lorenzo, 10.—Madrid. Domingo 27 de Octubre de 1918

LA SOMBRA DEL POETA

RECTIFICACION

EN LOS ANTIGUOS GALERIANOS

BOZONAZOS...

CASTILLA Y CATALUÑA

El duque de Orleans, grave

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

LOS HORRORES DE LA GUERRA

694

Una calle de Solesmes bloqueada por el bombardeo de los franceses

VIDA PALATINA

EL ESTADO DEL REY

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

LA SOMBRA DEL POETA

Solo en estado de sombras los vemos ya aparecer; porque, en realidad de presencia, los poetas se han ido, o, por lo menos ni son ni vistos ni notados, y mucho menos amados y sentidos, como lo fueron cuando las damas pálidas usaban luengos tirabuzones y en las tertulias se recitaba al piano alguna alegría lastimera…

No es este, no, el tiempo en que se lee a los poetas en que su voz llega a las muchedumbres. Nadie se aprende de memoria un verso, ni lo declama a la luz de la luna, convirtiéndolo en misterioso vehículo de emoción. Los poetas siguen naciendo, y pasan su vida en penumbra; fenecieron las lecturas de renglones desiguales en Sociedades y Ateneos; y los juegos florales –es preciso declararlo paladinamente– se han convertido en una cosa a la cual solo se alude con socarrón regocijo entre los que están en el secreto de esta y otras muchas cosas más…

Los poetas, he dicho, siguen naciendo, y aquí los hemos tenido entre el último tercio del pasado siglo y el primero del presente, tan interesantes y tan originales como pudo tenerlos la nación de más profunda vida artística y cultural. Aquí mismo, en Madrid, entre el tráfago periodístico, llegaron a enmudecer poetas tan verdaderos como, verbigracia, Cristóbal de Castro, y casi nadie deja de sorprenderse cuando se recuerda a la poesía sepultada bajo la invasión creciente de la rosa.

Pero el mundo está absorbido por la dura batalla social, por las pugnas económicas, y el poeta, callando, se refugia en su bosquecillo de laureles. Cuando sale de él y se nos presenta nuevamente casi no le reconocemos. ¿Dónde está la estrofa? El aire, cargado de emanaciones de carbón y gas, se la ha llevado.

Y he aquí que, sobre el fondo severo y escueto de una llanura castellana, a sus espaldas un celaje puro, inundado de sol, surge la figura conocida y semiolvidada de José María Gabriel y Galán… ¿No os acordáis? Es aquel maestro de escuela de Guijo de Granadilla, que supo encarnar en sus versos el alma de una región y casi de una raza; digo casi, porque España tiene muchas almas, y diferentes… Es el autor de *El alma*, del *Cristu Benditu*, el que arrancó lágrimas a los charros que oían recitar una composición suya, cuando estábamos sentados al margen de la "pura fontana" en el nada frondoso huerto de fray Luis de León, tan distinto de cómo lo describió su dueño, el que lo plantó con su propia mano…

Y surge el vate castellano, el de las castas inmensidades grises, al conjuro de la publicación de su "Epistolario", que ha recogido y publica piadosamente un amigo, D. Mariano de Santiago Cividades, que tuvo la precaución de guardar todo lo que el poeta le escribía y recoger otras cartas con ese cariñoso respeto que hace reliquias de los objetos indiferentes.

El "Epistolario" de Gabriel y Galán es, como su autor, serio, modesto, íntimo y cordial, no solo para la persona a quien se dirige, sino para todo y todos.

La cordialidad y la bondad manan de sus páginas, que empiezan con una conmovedora y patética lamentación por la muerte de la madre, que fue modelo de la preciosa poesía "El Ama". Hago notar, ante todo, el carácter de bondad que reviste a Gabriel y Galán, porque en la moderna literatura no faltan poetas, de los más excelsos, que ofrecen los rasgos contrarios a este en su psicología, que son, hasta a propósito, "poetas malditos", crueles y perversos. Y otros que pregonaron la bondad y el culto de la Humanidad lo hicieron sobre bases de odio, y hasta encontraron en el odio una musa inspiradora; y no he menester escribir el nombre de Víctor Hugo. No es tan fácil como parece ser bueno, bueno orgánicamente, desde adentro y sin violencia. Y aun es más difícil que ser bueno serlo sin esa soberbia y esa bobería y esa ñoñez que Gabriel y Galán detestaba, y que hacen aborrecible hasta la misma virtud.

Esta psicología del poeta se descubre y acusa claramente en el "Epistolario". Las cartas van desarrollando –iba a decir que como una cinta cinematográfica, pero diré que como una serie de gráficos precisos y detallados- el espíritu de quien las escribió, y no solo en espíritu, sino la vida, todo el conjunto de una existencia admirable, por su unidad y su ejemplaridad. Los afectos de familia resaltan amplios, ardientes, más exaltados cuando la muerte los intensifica; el deber pedagógico está expresado con una fuerza que sorprende y puede llamarse edificante, en estas tierras donde parece habitual tomar en broma lo que se está obligado a hacer; la evolución de la vocación literaria se muestra espontánea, sencilla, libre de pedanterías y de formaciones profesionales, de las que la acompañan en los Centros populosos, en los Círculos y focos de intelectualidad, sin mancha de envidiejas y de emulaciones mezquinas y con una especie de lo que llamaré pudor del arte que no conoce su hermosura y se avergüenza al oír celebrarla. Nada de esto es afectado ni falso en Gabriel y Galán. No le pesa de que le ensalcen; pero apenas cree en el elogio, y si alguna pretensión tiene, es la natural en la función que ejerce: la de escribir bien, correctamente el castellano. Sus poesías en fabla extremeña seguramente le parecen algo inferior, un juego que no merece lauro alguno…

Este gran poeta, tan natural y tan clásico a la vez, es principalmente un maestro de niños y un labrador charro. Ha sido la Tierra su inspiradora y la que le formó ese corazón rico en sentimiento, en el cual caben todos los amores, el filial, el paternal, la amistad, la gratitud… Hacia la Tierra, primordialmente amada y abandonada por las tareas docentes van todas sus simpatías, todas sus aspiraciones. Cuando, por fin, consigue vivir dedicado a la labranza y a la ganadería, se siente dichoso. Lo dice con gracia: "No gozo de diversiones de ciudad o pueblo grande porque aquí no las hay: pero ni me acuerdo de ellas. Casino, baile, paseo, conversación de los amigotes, café, billar, tertulia, nada me parece que existe. Y me aburro menos que antes. (Este "aburro" es persona del verbo "aburrirse" en el presente caso; no del verbo "aburrarse" si lo hay) "Aburrarme", puede que me "aburre" ahora más que

antes." Y a continuación describe su modo de emplear las horas en la soledad, en la cual su salud, que según confirma a cada paso este "Epistolario", no fue nunca muy completa, es, sin embargo, mejor que cuando las lecciones, el encierro y los versos le causaban neuralgias crueles. Ahora, nada de encerronas, nada de atracones de lectura; todos los días salir al campo porque "siempre hay mucho que hacer". No queda espacio de sentir el tedio, y "a esto contribuye especialmente la variedad de ocupaciones, que contrata con el martilleo del anterior oficio". Y añade, en sabroso lenguaje castellano: "Un día hay que ir a ver si las vacas comen bien donde estén; al otro, hay que salir forastero; al otro, a señalar árboles para que corten rama a las reses; al otro, a ver si las aguas crecidas hicieron daño en un prado; al otro, a cazar; al otro, a ver si parió una cerda; después, a cambiar de sitio para las vacas, a ver lo que descuajó un jornalero, a traer las jacas del prado, a señalar un chotillo recién nacido…"

Detrás de la sombra del poeta de "Castellanas y campesinas" veo alzarse la del cantor de "La descansada vida". Fray Luis saca la contemplación y la serenidad filosófica de donde Gabriel y Galán saca la energía del trabajo: de la misma naturaleza.

Si yo añadiese que el discípulo de Platón, el hombre del Renacimiento y el humilde maestro prendado de las labores rústicas son igualmente cristianos, nada nuevo diría. Lo más señalado en la fisonomía moral de Gabriel y Galán es, sin duda, lo religioso. Su religiosidad no está teñida de misticismo sublime, como la de fray Luis; es una religiosidad natural y social, sobre todo social, ya que por ella se siente Gabriel y Galán unido a todos los hombres en una comunión de esperanzas y de deberes. En este sentido no cabe nada más social que toda la obra poética de Gabriel y Galán empapada en el pensamiento de que el deber es una realidad, una ley estricta, y que para hablar de justicia hay que empezar aceptando el deber. Y en cuanto a la índole de esta poesía, creo que no se puede hacer de ella mayor alabanza de la que, sin querer y sin saberlo, hizo el mismo autor en unos versos firmados con seudónimo y dirigidos al Rey, en la revista Las Hurdes:

Señor: no soy un juglar; soy un sincero cantor del castellano solar.
Canto el alma popular;
no tengo nombre, señor…

¡Sombra del poeta! Y tampoco tuvieron nombre los cantores de la gesta castellana, los que crearon el «Romancero» y los poemas del Cid.

La condesa de PARDO BAZÁN
La Nación. Núm. 701. Domingo 27 de Octubre de 1918. P. 1.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 9, pp. 241-330.

Ocho páginas: CINCO céntimos

LA NACION

Año III. Núm. 707. Redacción, Administración y Talleres: San Lorenzo, 10.—Madrid. Domingo 3 de Noviembre de 1918

PULCHRA LEONINA

Sobre un crimen cuelga el velo del secreto de un lecho, todos nos sintamos poli cías de afición y nos echamos a discutir, a fantasear, mejor dicho, explicaciones y visión del enigma que por ahora aparece envuelto, no en densi dad, sino en pulso rapicos. A la ver dad, ese crimen no debía asombrarnos, porque en los tiempos cabe averiguar con exactitud quién se mató y quién se hizo matando, desde qué cuerdas, y otros detalles que apenas hasta en Alfonso. La libra publicista se des pierta al leer que un viajero, que dor mía en el departamento contiguo al del crimen, vió entrar a un hombre, y su hebo con gorra de viaje, bajar que se desvanecía al notar que al via ero se incorporaba. No conozco que un caso tan sospechoso no provocase la extrañeza subsecuente para que el bro cesante desperezado se lanzase en per secución del bulto. En el caso, todas las precauciones son pocas, y todo se debe indicio obliga a averiguar su cau sa. Y reconozco que es muy sabio se abstener, no es su crimen que todos tenemos ratones que asesinar o envenenar en el rincón, pero censurar hecho de los que se comprueban sólo por el testimo de la víctima no supiéramos que Lázaro. la vista engaña.

Dígalo por algo que el nombre de la estación de León me trae a la memoria. Cuando en el tirón tren de Ga licia pasábamos pocos días ha, por la misma ciudad, o, mejor dicho, por su estación ferroviaria, y sintiendo la ne cesidad de sanar en su fonda, aventura en que uno acompañados varios años nos con verdad en el mismo tren, de mismo de beber un sorbo de caldo en Astorga y tomar un bocado, una pacien zuda mujer del mundo donde ningún re sultaron ciertas. Creíamos los que nos habíamos bajado en busca de un poco de alimento con gran alimento estaba frío y no era fotográfico, no ya para su alberto, sino para la persona de gustos más sencillos; creíamos que la sopa sabía a agua, el salón de la enseñada procedía de algún cuadil de un cine ya no se usa en las aldeas, y que todos y cada uno de los platos que nos ofrecían eran como para es celebrar el entierro de nuestro exigen te. Creíamos que el suelo estaba alom brado de fosforescencias, y otros re sabores de los que pican encima, y ha ta creíamos que el manual había pres tado servicio cuatro días lo menos, y la limpieza de las servilletas corría parejas con la sopa.

Mas he aquí lo que acontece: no hay que huir de las novedades; no hay que oponerse ciegamente en la pro pia opinión, si aun en la de los que nos acompañan. El señor gobernador civil de la provincia, a quien no dis fi por parecerme que en tiempos de opulencia, y no sobra, nuestras mesas viajar los servicios públicos, y subir de puntos de todo trámite como es la estación de León, donde confluyen los trenes de Galicia y Asturias, no me gusta oler el suelo barrido estaba, que los manteles y servilletas eran palo ma, y la cocinera reunía todas las condiciones para ser cocinera y dejar ride. No son estas mismas las palabras del señor gobernador, pero sí es su sentido. Conviene añadir que el señor gobernador, sedán de su cuita se dar grande, rubio el diciman de los due ños de la fonda de la estación, lo cual todo con la querida poner una la formación autorizada. Así se que no nos cuido otro remedio, o mi y al mar gués don Eduardo, que la dirigir por corto laudamente, a la mano su ridad, ofreciéndole las deficiencias, con entrevista en que no puede ello frase de un obispo, que no pueden quitar la sepultura de que mulemos ca rreras y con quitamos por dusto de cuidado. Cierto el viajero del tren, hemos detenido, y vimos sólo una sombra vaga. Mejor que en protestar, habíamos bebido en volvernos del otro lado, y, cuando el viajero, empuñar el mando transformante.

Y viviendo a generalizar en vano de las fondas de estación, puesto que lo referente a la de León es casi intacto y fallada en contra de nuestros cero vos viajeros. Ahí con tanto por una referencia la parodia de la cocina es tenemos, pero a mí me fuera mucho cuando no es de actualidad.

Dicho sea de un viandante en los desarrollos temas gallegos. (Galicia es la Cochinera ferroviaria; yo lo sa ben mis compañeros lectores); dado que no se entienda parada subsidios para beber una taza de café (los tre nos son bajas desgraciadas del jefaz de la fonda), y que se está en ayunas hasta las once de la mañana—para con tando con refrigo de los vasos en que sirvieron mate—siquiera se diese ser vir en las fondas algo sano y sencillo, no tantos platos, no tantas pretensio nes; para todo caliente y cumplido. Una sopa del pachero, un cocido, unos hue vos pasados, y nada de exigencias si de pescados en vista. Que los cocidos sean lo que parecen, porque las mezclas ya no se llevan ni en Carnaval.

Alarme no con nada, nombre el rapaz que me interpreten, y en más prudente dejar que los servicios rueden como pue dan. De ello estoy convencido hace muchos años. Con todo eso, viendo nuestros nombres en cosa se lanza en chiflido, siempre es un disabogo.

Aun la deglutición del viajero, suer tes personas de la otra, que casi ha mará más las bodas, es una locura; no merece ni ser recordado. Apuesto, a más ahora, una novena junto en los labios al titular este artículo PUL CHRA LEONINA. Así ha subido un nombrado aquella nacional mayordo ría, desde lejanos cotos veraniegos de las pone al esplendor del cielo al rayo de su fosforescente de colores ra diantes. Y aunque, por fortuna, no lo sido. Rematemos ahora PULCHRA LEONINA y la estación, hayamos comer que epítetos quiere decir hermosa; y, en este caso, tomemos la hermosura como símbolo de limpie za, pues no creo que haya cosa más bella que lo puro. La claridad de las vidrieras de la divina cantidad de una vino de distinta limpieza celeste.

Al lado de la limpieza de la estación, la limpieza nuestros el sim bolo dentro del tren. Desde el primer momento lo vi, en mi inteligencia de viajero y escritora, más cualidad de lo que se limpieza por las versiones. Aunque la pulcritud personal, en los trenes, no está asegurada; pulcritud generalmente, los limpios de afuera no funcionar los este viaje ya se que, el habitante funcionado este igual, no es fácil entrar en un vagón por ser presa y rebasar se pescados, como quien rebasa una estela. De tal suer te, y como ahora de que este criminal el crimen era doblemente extraño. Según parece, los faros de los rápi dos van dirigidos sobre el cal pados una dirigidos sobre el cal fondo de la bandeja. Para ver documento las palabras atribuidas a un diplomático célebre y sagaz, de las que van quedando muy pocos, de cuyas orillas acaso en la penumbra la mu jer, a quien hay que buscar en primer término. ¡La mujer! Un cabello ru bio, un vestido bellos adheridos a la ropa de la víctima... Una bobra de se da. lo que queda siempre como indi cio revelador de la intriga amorosa o del complot infame... ¿Podrán la Poli cía y el juez ajustarse a esa bobra de fabrica hombre como dicía un poeta olvidado? ¿O cerrará sólo como bri tante interrogación más, proporcionó mayor obscuridad sobre lo ya tan enig mático?

¿No es cierto que se alientan tenta ciones de mirarse donde no nos lla man y escribir con epítetos de vde ferlines, que nos, como la inteligencia en asuntos de estrategia y poner, algo con todos alrededor de poner? Los no velistas, no se sabe en dónde, estamos muy habituados a esas encarnecidas de los lectores, porque sabemos que ninguno se propone solícito y desi guido de otros párrafos, que la pregu ranza o que de él se derivan. En un mismo corpo el del tren corre—pre ano o asesino?—no hay que conside rar a un ser objetivo sino sólo fantás tico aquel individuo sobre a un hombre en los días preparatorios el momento decisivo por mil inquietudes y cintas frentes con, una vía averiguadas, la desdoblen tan notoriamente como a los sentimientos a la luz un foco eléc trico. Y las novelistas entendemos no el mismo los asuntos sentidos, para conocer el misterio, hay que estudiar muy bien a la víctima, saber su vida, sus costumbres, su modo de ser, sus ideas durante los días que precedieron a la hora en que cada escribo, creyéndose que no empieza a indagar en con ver ción un poco, todavía no, ahora, no se ha tratado de descubrir por qué una persona que no fue nunca sino un coche cama tranca una vez en departamento común y corriente, y por qué este lleva que no pensaba volver a ver en un año el joven viudo tenía recogidas por el asiento de pasillo...

La imaginación es un diablillo. Hay que dejarle jugarlas con bicocca. Por los hechos se llega y vence hasta los resultados. Y si no se llega, hemos entretenido una hora y pintado con buena voz cuerpo que diverte cuando ésta (de lo cual ya sabemos que hay que desconfiar mucho...).

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

POLITICOS HUNGAROS



El conde Karolyi, presidente del Consejo Nacional de Hungría

ACORAZADO AUSTRIACO, HUNDIDO

La Embajada del Japón en Madrid recibió ayer mañana un telegrama de Roma que dice así:

ROMA 2.—Según noticias que en relacion a. H. de octubre y 3 de noviembre, el capitán del Cuerpo de Ingenieros navales Rafael Rodrigo, y el teniente médico Rafael Pardavé, es tuvieron en París y pudieron ver que el acorazado austriaco había sido hundido y sustituido el ca piten Cattaro, hacen altusión de la falsa noticia publicada.

El jefe de Estado Mayor, Tasa de Bernia

El «Viribus Unitis» fué hundido por oficiales españoles.

Según la versión de corresponsal viene en, en el momento de la entrega de la flota austriaca a la Asamblea Nacional yugoslava, los oficiales de la Marina austriaca entregaron un Pola a Diaz Bolonia sobre el acorazado «Viribus Unitis».



El generalísimo Ludendorff, que ha sido relevado de su cargo, después de cuatro años de actividad e incansable labor militar.



El socialista Liebknecht, que trae dos años de cautiverio ha recobrado la libertad, siendo en estos momentos el ídolo del proletariado alemán.

BOZONAZOS...

Dice el Imparcial:

«El retrato del retrato de Calvino»

Ya por lo dicho no.

Pero es lo que dice el esquivo.

«Además, pueden ver por ver...

Si entiende es a cada los caballos para que en los estribos vean.

Ilumínadores a esos animales.

Porque ¿también ve a ver el lado de todos Bien?

Leo una hoja suelta sobre «Arsenal» y pa bliones en Barcelona» y periódicos del Diluvio ¿Papel

«ALMA MATUTINA

—¿Dónde va usted señor desconocido? ¿Será algún descubierto?

—No, señor. En los años en completando que a su alcance va, más una tarea, para poder llenar el expediente.

Al señor don Mauro A. le ocurren la mayor en una 300 pesetas y varios documentos. Se la que don don Mauro.

—Me han puesto en cuadro!

—En Valladolid, según nos en la Prensa, un gitano ingresó en cepilo en 19 días.

—Pues hombre, no es mucho, para tan grande.

—¡Ya, mucho pescado!...

¡Ay, hombre, un anchoa.

EPISTOLA JUNONAL A FABIO-ANATEMO

Al mismo hombre, los mismos quitan: Nunca olvidaba una semana los libros y no me he de tenerte entonado!

En la plana séptima: ULTIMA HORA

EN ALCALA DE HENARES

¿CRIMEN O FANTASIA?

En Alcalá de Henares, en cuyo hospital quedó ingresado [illegible] para el es clarecimiento de los hechos [illegible] que ocupa no tenga otro fundamento que la imaginación verdugo del pue blo.

El hecho, en realidad y por el mo mento, está reducido a que el juzgado no entendido y llevado a efecto la au topsia, del cadáver de un sujeto lla mado Francisco Jiménez a los pocos días de haber sido enterrado.

Esto es lo existido hasta ahora; pe ro la fantasía no tardan en [illegible] cuos o menos novelescos.

Francisco Muñoz era un cazador furtivo, que desde hace algún tiempo se asociaba peligrosos, temerosos. Y, según afirman personas que le cono cían, decía que los individuos con un fantasma le perseguía y había abrigado intento.

Un día cayó enfermo de un mal gra ve, y a los pocos días, y a los pocos ha fallecido.

Esto es lo que se dice en Alcalá, y los vecinos y vecinas dicen de haber sentido un incremento, que el juez ha comenzado la instrucción de diligencias y la autopsia.

POLITICA EXTERIOR

LOS FUTUROS IMPERIOS

A pesar de la oposición de los políticos como Clemenceau, está ya casi decretada la formación de una Sociedad de las Naciones, que garanti cará la paz—si no definitivamente—, por lo menos durante una época bas tante larga, como la que siguió, por ejemplo, al Congreso de Viena. Mejor dicho, todo depende ante de la manera como arreglará la futura Conferencia de paz la cuestión de las nacionalidades en el interno territorio que se extiende desde los Vosgos hasta el Ural.

Pero dentro por supuesto la Sociedad de las Naciones, con su realidad aparte de diferencia de las alianzas que siempre existieron. ¿Podrá esta Sociedad o Liga arreglar todas las cuestiones pendientes? ¿Garantizará de ver dad los mismos derechos a los Estados Unidos que a la pequeña Andorra? ¿O es que dentro de esa Sociedad de las naciones alianzas más o menos abiertas?

Se evidencia que los Estados Unidos manifiestan a gran de la Liga internacional—la doctrina de Monroe, es decir, que no permitirán, ni a la Liga en conjunto, ni a ninguna Estado separadamente, que se meta en los asuntos de las tres Américas. «América para los yanquis», se gritará más fuerte que en la época de influencias de la Sociedad de las Naciones.

En mismo sentido exclusivamente con el Extremo Oriente, donde pueden mandar la influencia decisiva del Japón. Y con estas dos potencias mundiales colaborando [illegible] el mismo dicho, el Imperio británico. El Imperio americano arreglará, sin consultar a nadie, todos los asuntos concernientes a los colonos y «dominios» de Inglaterra.

¿Todos qué cuestiones podrá pues intervenir la Liga? En realidad si descontamos la enfasis de acción de los tres imperios mundiales, sólo que da Europa. La Asia occidental y el Africa del Norte son cuestiones con estos territorios, que son permanentes si el campo de batalla de la confla gración universal.

Es probable que durante algún tiem po continúen siendo sacudidos por los efectos ulteriores de cuatro años de guerra; pero bastante parecido en todo no muy lejano surgirá el problema de organizar a estos países, y se indudable que los individuos de las naciones de la Liga no podrán pues resentes divididos y así serán mejor su bre ellos. Pero podemos confiar, sin embargo, en que no han de resignar nuestra ambición a ser una colonia de po deres anticontinentales. Se formará entonces una mentalidad europea, o mejor dicho, sudoeuropea, y todos los pueblos que viven en el Viejo Mundo (Europa Continental, costas del Mediterráneo, Asia Menor y Central) in tentarán unirse. ¿Cómo se realizará este anhelo? ¿Por medios diplomáticos o por una serie sociales, que no hacen la Liga? No es posible saberlo todavía: mas es seguro que está unión se realizará. Frente a la doctrina de Monroe y a la del Japón, estos pueblos exhibirán otra doctrina semejante a la de Monroe para el Viejo Mundo. Si los latinos si los germanos quieren ser instrumentos de dominio para servir a los anglosajones, y nacerá un organismo que se parecerá al Imperio de Carlomagno o al de Napoleón. Pero la idea, creemos, sin contar las ramas menos importantes de la gran casa judeocristiana, cuando se realice en Europa y de todas estudias y vicisitudes en los años sobre el Viejo Mundo, que les pertenece.

NUEVO REGIMEN EN SAJONIA

NAUEN 2 (11 n.) Le segunda Cámara sajona será proporcional. Se ha [illegible] mentación del Gobierno, en 77 votos contra seis, pertenecientes a los socialistas, otros independientes.

El diputado de la Dieta Provincial, socialista Hirsch, nombrado Gobernador prusiano provincial, y Noske, también socialista, han sido nombrados ministros.

TELEFONOS DE LA NACION
Redacción, 4.009. Talleres, 486.

© 2012/2013 CASA-MUSEO EMILIA PARDO BAZÁN. *La Tribuna, Cadernos de Estudos da Casa-Museo Emilia Pardo Bazán*, núm. 8, pp. 241-330.

PULCHRA LEONINA

Ante un crimen como el del correo de mi tierra, todos nos sentimos policías de afición y nos echamos a discurrir, a fantasear, mejor dicho, explicaciones y claves del enigma que por ahora aparece envuelto, no en cendales, sino en paños tupidos. A la verdad, este crimen no debía esconderse, porque en los trenes cabe averiguar con exactitud quién se subió y quién se bajó, cuándo, desde que estación, y otros detalles que constan hasta en folletines. La fibra policíaca se despierta al leer que un viajero, que dormía en el departamento contiguo al del crimen, vio entrar a un hombre, a un bulto con gorra de visera, bulto que se desvaneció al notar que el viajero se incorporaba. No concibo que un caso tan sospechoso no provocase la extrañeza suficiente para que el bruscamente despertado se lanzase en persecución del bulto. En el tren, todas las precauciones son pocas, y todo suceso insólito obliga a averiguar su causa. Y reconozco que es muy arduo esclarecer, no ya un crimen que tanto interés tienen sus autores en envolver en el misterio, sino cualquier hecho de los que se comprueban solo con el sentido de la vista –si no supiésemos que, ¡ojo!, la vista engaña.

Dígolo por algo que el nombre de la estación de León me trae a la memoria. Cuando en el trágico tren de Galicia pasábamos, pocos días ha, por la noble ciudad, o, mejor dicho, por su estación ferroviaria, y teníamos la ocurrencia de cenar en su fonda, aventura en que nos acompañaban varios señores que venían en el mismo tren deseosos de beber un sorbo de caldo caliente y tomar un bocado, nos pareció notar allí muchas cosas que luego no resultaron ciertas. Creímos, los que nos habíamos bajado en busca de un poco de alimento, que este alimento estaba frío y no era tragable, no ya para un sibarita, sino para la persona de gustos más sencillos; creímos que la sopa sabía a sebo y el aceite de la ensalada procedía de algún candil de los que ya no se ven ni en las aldeas, y que todos y cada uno de los platos que nos sirvieron eran como para encalabrinar el estómago menos exigente. Creímos que el suelo estaba alfombrado de retazos de papel y otros residuos de los que piden escoba; y hasta creímos que el mantel había prestado servicio cuatro días por lo menos, y la blancura de las servilletas corría pareja con la suya.

Mas he aquí lo que acontece: no hay que fiarse de los sentidos; no hay que apoyarse excesivamente en la propia opinión, ni aun en la de los que nos acompañan. El señor gobernador civil de la provincia, a quien me dirigí por parecerme que en tiempos de epidemia, y en todos, conviene mucho vigilar los servicios públicos, y más en puntos de tanto tránsito como es la estación de León, donde confluyen los trenes de Galicia y Asturias, me asegura que el suelo barrido estaba, que los manteles y servilletas eran palomas y la comida reunía todas las condiciones para ser nutritiva y digestible. No son estas mismas las palabras del señor gobernador, pero sí es su sentido. Conviene añadir que el señor gobernador, según de su carta se desprende, refleja el dictamen

de los dueños de la fonda de la estación; lo cual indica que ha querido poseer una información autorizada. Así es que no nos queda otro remedio, a mí y al marqués de San Eduardo, que se dirigió por carta, igualmente, a la misma autoridad, señalándole las deficiencias, sino convenir en que no puede uno fiarse de sus ojos, y que otra vez, aunque nos resulte algo caro, nos haremos acompañar en los viajes por un notario y dos testigos, que puedan quitarnos la aprensión de que teníamos cataratas y nos quejábamos por gusto de quejarnos. Como el viajero del tren, íbamos dormidos, y vimos solo una sombra vaga. Mejor que en protestar, hubiésemos hecho en volvernos del otro lado, y, como el viajero, empalmar el sueño tranquilamente.

Y viniendo a generalizar en esto de las fondas de estaciones, puesto que lo referente a la de León es cosa juzgada y fallada en contra de nuestros errores visuales, diré que tengo por una calamidad la parodia de la cocina extranjera, que a mí me gusta mucho cuando no es de mentirijillas.

Dado que no va «restaurant» en los desgraciados trenes gallegos (Galicia es la Cenicienta ferroviaria, ya lo saben mis constantes lectores; dado que no se concede parada suficiente para beber una taza de café (los termos son hojas desprendidas del árbol de la ilusión), y que se está en ayunas hasta las once de la mañana –esto contando con retrasos de los cuales se dice «menos mal»–, siquiera se debía servir en las fondas algo sano y sencillo, no tantos platos, no tantas pretensiones; pero todo caliente y comible. Una sopa del puchero, un cocido, unos huevos pasados, y nada de «ragoûts» ni de pescados en salsa. Que las cosas sean lo que parecen, porque las máscaras ya no se llevan ni en Carnaval.

Claro es que nada consigo al exponer este programa, y es más práctico dejar que los servicios vayan como puedan. De ello estoy convencida hace muchos años. Con todo eso, vienen ocasiones en que se lanza un chillido. Siempre es un desahogo.

Ante la degollación del viajero, nuestro percance de la cena, que casi llamaré «de las burlas», es una bicoca; no merece ni ser recordado. Apenas, a estas alturas, una sonrisa juega en los labios al titular este artículo PULCHRA LEONINA. Así ha solido ser nombrada aquella catedral maravillosa, alada linterna cuyos ventanales dejan pasar el esplendor del cielo al través de un florecimiento de colores radiantes. Y aunque, por inofensiva ironía, llamemos ahora PULCHRA LEONINA a la estación, haremos constar que «pulchra» quiere decir hermosa; y, en este caso, tomamos la hermosura como sinónimo de limpieza, pues no creo que haya cosa más bella que lo puro. La claridad de las vidrieras de la divina catedral da una idea de diáfana limpieza celeste.

Al lado de lo luminoso de la catedral, resalta con mayor negrura el sombrío drama del tren. Desde el primer momento lo vi, en mi imaginación de novelista y cuentista, más complicado de lo que se juzgaría por las versiones. Aunque la seguridad personal, en los trenes, no está resguardada; aunque, generalmente, los

timbres de alarma no funcionan (en este caso ya sé que, si hubiesen funcionado sería igual), no es tan fácil entrar en un vagón por sorpresa y rebanar un pescuezo, como quien rebana una sandía. De tal suerte, y como obra de un solo criminal, el crimen era doblemente extraño. Según parece, las figuras de los cómplices van dibujándose sobre el caliginoso fondo de la historia. Para no desmentir las palabras atribuidas a un diplomático célebre y sagaz, de los que van quedando pocos, en este crimen asoma en la penumbra la mujer, a quien hay que buscar en primer término. ¡La mujer! Un cabello rubio, un vistoso cabello adherido a la ropa de la víctima… Una hebra de seda, lo que queda siempre como indicio revelador de la intriga amorosa o del complot infame… ¿Podrán la Policía y el juez agarrarse a esa hebra de febrea lumbre, como diría un poeta clasicón? ¿O quedará solo como irritante interrogación más proyectando mayor obscuridad sobre lo ya tan enigmático?

¿No es cierto que se sienten tentaciones de meterse donde no nos llaman y ejercitar esas aptitudes de «detective», que son, como la inteligencia en asuntos de estrategia y toreo, algo que todos alardean de poseer? Los novelistas, no se eche en olvido, estamos muy habituados a sacar consecuencias de los hechos, porque sabemos que ninguno se presenta solitario y desligado de otros infinitos, que lo prepararon o que de él se derivan. En un asesino como el del tren correo –¿asesino o asesinos?– no hay que considerar a un ser abstracto que solo funciona en aquel instante, sino a un hombre que ha ido preparándose al momento decisivo por mil impulsiones y circunstancias que, una vez averiguadas, lo descubren tan notoriamente como si le asestásemos a la faz un foco eléctrico. Y los novelistas entendemos –yo al menos lo supongo así– que, para conocer al asesino, hay que estudiar muy bien a la víctima; saber su vida, sus costumbres, su modo de ser, sus actos durante los últimos tiempos. A la hora en que esto escribo, creyérase que se empieza a indagar en este sentido un poco; todavía, no obstante, no se ha tratado de descifrar por qué una persona que no iba nunca sino en coche cama viajaba esta vez en departamento común y corriente, y por qué esas joyas que no pensaba volver a usar en un año el joven viudo fueron recogidas por él antes de partir…

La imaginación es un diablillo. Hay que dejarla juguetear con hipótesis. Por las hipótesis se llega a veces hasta las realidades. Y si no se llega, hemos entretenido una hora y pintado con humo una escena que divierte nuestra vista (de la cual ya sabemos que hay que desconfiar mucho…).

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.
La Nación. Núm. 707. Domingo 3 de Noviembre de 1918. P. 1.